

EL PROCESO.

FRANZ KAFKA

Ilustrado por :
SARA CHAVEZ



BIBLIOTECA
ENTRETRAMAS



FRANZ KAFKA

EL
PROCESO.

FRANZ
KAFKA.

 BIBLIOTECA
ENTRETRAMAS

Título original: *Der Prozess/ El Proceso*
Autor: Franz Kafka ,1925
Traducción: *Elejandria*



Ilustraciones: Sara Sofia Chavez Martinez
Diseño de portada: Sara Sofia Chavez Martinez
Maquetación: Sara Sofia Chavez Martinez
Coordinador editorial: Mateo Terán Guerrero
Asesor creativo: Mateo Terán Guerrero

Impresión: Biblioteca Entretramas
Impreso en Pasto, Colombia - Printed in Colombia



© Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro, incluyendo su contenido textual, visual y gráfico, puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito de la Biblioteca Entretramas.

Las ilustraciones contenidas en esta obra son propiedad intelectual de sus autores y están protegidas por las leyes internacionales de derechos de autor. Cualquier uso, reproducción o adaptación de este material, total o parcial, sin la autorización expresa del autor, está estrictamente prohibido y será sancionado conforme a la ley.

La Biblioteca Entretramas es una iniciativa sin ánimo de lucro que busca enriquecer culturalmente a la comunidad a través de la difusión de obras de dominio público. Su propósito es promover el acceso a la literatura y al conocimiento, utilizando estas herramientas como medios para la transformación social.

PRÓLOGO

A large, stylized, dark blue letter 'E' with a textured, slightly distressed appearance, serving as a decorative element for the start of the text.

El juicio comienza antes de saber que estás siendo juzgado. En El Proceso, Franz Kafka nos sumerge en la pesadilla de Josef K., un hombre común detenido sin saber por qué, acusado de un crimen que desconoce y perseguido por un sistema que no comprende. Con esta obra, Kafka teje un relato que no solo indaga en los misterios de la justicia, sino también en las profundidades de la condición humana.

La historia inicia de forma abrupta, sin contexto ni explicaciones. Esta es la primera lección de Kafka: el mundo no ofrece certezas. La vida de Josef K. se desmorona lentamente, atrapada en

un engranaje burocrático tan implacable como absurdo. No hay héroes ni villanos; hay únicamente sombras: los jueces, los abogados, los documentos, los espacios opresivos y las palabras vacías que nunca aclaran nada.

Kafka utiliza la opresión del sistema como un espejo en el que vemos reflejadas nuestras incertidumbres: ¿somos culpables de algo que no sabemos? ¿Hasta qué punto aceptamos pasivamente las imposiciones externas?

El lector que se adentra en esta obra debe hacerlo con la disposición de perderse. Kafka no ofrece un mapa ni una salida clara. Cada capítulo está construido como un pasillo más dentro del laberinto, y cada pasillo conduce a nuevas preguntas, más que a soluciones.

Al cerrar el libro, es posible que la frustración acompañe al lector, como lo hace con Josef K. Pero esta frustración no es un defecto de la obra, sino su mensaje más poderoso. En un mundo donde el control es una ilusión y el juicio es constante, Kafka nos recuerda que lo importante no es encontrar respuestas, sino enfrentar las preguntas con una conciencia despierta.



CAPÍTULO 1

**ARRESTO-CONVERSACIÓN CON LA SRA.
GRUBACH LUEGO LA SRTA. BÜRSTNER.**

Alguien debía estar mintiendo sobre Josef K., él sabía que no había hecho nada malo, pero una mañana fue detenido. Todos los días, a las ocho de la mañana, la cocinera de la señora Grubach -la señora Grubach era su casera- le traía el desayuno, pero hoy no ha venido. Eso no había ocurrido nunca. K. esperó un rato, miró desde su almohada a la anciana que vivía enfrente y que le observaba con una curiosidad poco habitual en ella, y finalmente, hambriento y desconcertado, tocó el timbre. Inmediatamente llamaron a la puerta y entró un hom-

bre. Nunca había visto al hombre en esta casa. Era delgado pero de complexión firme, sus ropas eran negras y ceñidas, con muchos pliegues y bolsillos, hebillas y botones y un cinturón, todo lo cual daba la impresión de ser muy práctico pero sin dejar muy claro para qué servían en realidad. “¿Quién es usted?”, preguntó K., sentándose medio erguido en su cama. El hombre, sin embargo, ignoró la pregunta como si su llegada tuviera que ser simplemente aceptada, y se limitó a responder: “¿Llamaste?” “Anna debería haberme traído el desayuno”, dijo K. Intentó averiguar quién era realmente el hombre, primero en silencio, sólo a través de la observación y pensando en ello, pero el hombre no se quedó quieto para ser mirado durante mucho tiempo. En cambio, se acercó a la puerta, la abrió ligeramente y le dijo a alguien que estaba claramente de pie inmediatamente detrás de ella: “Quiere que Ana le traiga el desayuno”. Se oyó una pequeña risa en la habitación vecina, no estaba claro, por el sonido, si eran varias las personas que se reían. El extraño hombre no pudo enterarse de nada que no supiera ya, pero ahora le dijo a K., como si hiciera su informe: “No es posible”. “Sería la primera vez que ocurre”, dijo K., mientras saltaba de la cama y se ponía rápidamente los pantalones. “Quiero ver quién es el que está en la habitación de al lado, y por qué la señora Grubach ha dejado que me molesten de esta manera”. Inmediatamente se le ocurrió que no era necesario que lo dijera en voz alta, y que en cierta medida debía reconocer su autoridad al ha-

cerlo, pero eso no le pareció importante en ese momento. Así, al menos, se lo tomó el forastero, que le dijo: “¿No crees que es mejor que te quedes donde estás?”. “No quiero quedarme aquí ni que me hable hasta que se haya presentado”. “Lo decía por su bien”, dijo el desconocido y abrió la puerta, esta vez sin que se lo pidieran. La siguiente habitación, en la que K. entró más despacio de lo que pretendía, tenía a primera vista el mismo aspecto que la noche anterior. Era la sala de estar de la señora Grubach, repleta de muebles, manteles, porcelana y fotografías. Tal vez hoy había un poco más de espacio que de costumbre, pero si era así no era inmediatamente evidente, sobre todo porque la principal diferencia era la presencia de un hombre sentado junto a la ventana abierta con un libro del que ahora levantaba la vista. “¿Deberías haberte quedado en tu habitación! ¿No te lo dijo Franz?” “¿Y qué es lo que quieres, entonces?”, dijo K., mirando de un lado a otro a este nuevo conocido y al llamado Franz, que había permanecido en la puerta. A través de la ventana abierta volvió a fijarse en la anciana, que se había acercado a la ventana de enfrente para poder seguir viéndolo todo. Mostraba una inquisición que realmente hacía pensar que se estaba volviendo senil. “Quiero ver a la señora Grubach...”, dijo K., haciendo un movimiento como si se apartara de los dos hombres - aunque éstos estaban muy lejos de él- y quisiera irse. “No”, dijo el hombre de la ventana, que arrojó su libro sobre la mesita y se puso de pie. “No puedes irte

cuando estás arrestado". "Eso es lo que parece", dijo K. "¿Y por qué estoy arrestado?", preguntó entonces. "Eso es algo que no podemos decirte. Vaya a su habitación y espere allí. El procedimiento está en marcha y te enterarás de todo a su debido tiempo. En realidad, no forma parte de mi trabajo ser amistoso con usted de esta manera, pero espero que nadie, aparte de Franz, se entere de ello, y él mismo ha sido más amistoso con usted de lo que debería haber sido, según las normas. Si sigues teniendo tan buena suerte como la que has tenido con los agentes que te han detenido, puedes contar con que las cosas te irán bien". K. quiso sentarse, pero entonces vio que, aparte de la silla junto a la ventana, no había ningún lugar en la habitación donde pudiera sentarse. "Tendrás la oportunidad de comprobar por ti mismo la veracidad de todo esto", dijo Franz y ambos hombres se acercaron a K. Eran bastante más grandes que él, especialmente el segundo, que le daba frecuentes palmadas en el hombro. Los dos palparon el camión de K. y le dijeron que ahora tendría que llevar uno de mucha menor calidad, pero que se quedarían con el camión junto con su otra ropa interior y se lo devolverían si su caso salía bien. "Es mejor para ti si nos das las cosas que si las dejas en el almacén", dijeron. "Las cosas tienden a perderse en el almacén y, al cabo de cierto tiempo, las venden, independientemente de que el caso haya terminado o no. Y los casos de este tipo pueden durar mucho tiempo, sobre todo los que han surgido úl-

timamente. Te darían el dinero que obtuvieran por ellos, pero no sería mucho, ya que lo que cuenta no es lo que les ofrecen por ellos cuando los venden, sino lo que se les escapa, y cosas así pierden su valor de todos modos cuando pasan de mano en mano, año tras año." K. apenas prestó atención a lo que decían, no le daba mucho valor a lo que aún pudiera poseer ni a quién decidía lo que ocurría con ellos. Era mucho más importante para él tener clara su posición, pero no podía pensar con claridad mientras esta gente estuviera aquí, la barriga del segundo policía -y sólo podían ser policías- parecía bastante amigable, asomando hacia él, pero cuando K. levantó la vista y vio su rostro seco y huesudo no parecía encajar con el cuerpo. Su fuerte nariz se torcía hacia un lado como si ignorara a K. y compartiera un entendimiento con el otro policía. ¿Qué clase de personas eran éstas? ¿De qué hablaban? ¿A qué oficina pertenecían? K. vivía en un país libre, al fin y al cabo, en todas partes había paz, todas las leyes eran decentes y se cumplían, ¿quién era el que se atrevía a abordarle en su propia casa? Siempre se inclinó por tomarse la vida con la mayor ligereza posible, por cruzar los puentes cuando llegaba a ellos, por no prestar atención al futuro, incluso cuando todo parecía estar amenazado. Pero aquí eso no le parecía lo correcto. Podía tomárselo todo como una broma, una gran broma preparada por sus colegas del banco por alguna razón desconocida, o también porque hoy era su trigésimo cumpleaños, todo era posible, por

supuesto, tal vez lo único que tenía que hacer era reírse en la cara de los policías de alguna manera y ellos se reírían con él, tal vez eran comerciantes de la esquina de la calle, parecían serlo, pero no obstante estaba decidido, desde que vio por primera vez al que se llamaba Franz, a no perder ninguna pequeña ventaja que pudiera tener sobre esa gente. Había un riesgo muy pequeño de que la gente dijera más tarde que no entendía una broma, pero -aunque normalmente no tenía la costumbre de aprender de la experiencia- también podía tener en mente algunas ocasiones sin importancia en las que, a diferencia de sus amigos más precavidos, había actuado sin pensar en absoluto en lo que podría suceder y le habían hecho sufrir por ello. No quería que eso se repitiera, al menos esta vez; si estaban actuando, él actuaría con ellos.

Todavía estaba a tiempo. "Permítame", dijo, y se apresuró a pasar entre los dos policías a su habitación. "Parece bastante sensato", les oyó decir a su espalda. Una vez en su habitación, abrió rápidamente el cajón de su escritorio, todo estaba muy ordenado, pero en su agitación no pudo encontrar enseguida los documentos de identidad que buscaba. Por fin encontró su permiso de ciclismo y estaba a punto de volver a los policías con él cuando le pareció demasiado mezquino, así que siguió buscando hasta encontrar su partida de nacimiento. Justo cuando volvió a la habitación contigua, la puerta del otro lado se abrió y la señora Grubach estaba a punto de entrar. Sólo la vio un instante,

pues en cuanto reconoció a K. se sintió claramente avergonzada, pidió perdón y desapareció, cerrando la puerta tras de sí con mucho cuidado. "Entra", podría haber dicho K. en ese momento. Pero ahora se quedó de pie en medio de la habitación con sus papeles en la mano y sin dejar de mirar la puerta, que no volvió a abrirse. Permaneció así hasta que le sobresaltó el grito del policía que estaba sentado en la mesita de la ventana abierta y que, como K. vio ahora, estaba desayunando. "¿Por qué no ha entrado?", preguntó. "No le está permitido", dijo el gran policía. "Está usted bajo arresto, ¿no es así?". "¿Pero cómo puedo estar bajo arresto? ¿Y cómo es que es así?" "Ahora está empezando de nuevo", dijo el policía, mojando un trozo de pan con mantequilla en el tarro de miel. "No respondemos a preguntas como ésa". "Tendrá que responderlas", dijo K. "Aquí están mis papeles de identificación, ahora muéstreme los suyos y, desde luego, quiero ver la orden de arresto". "¡Dios mío!", dijo el policía. "En una posición como la tuya, y crees que puedes empezar a dar órdenes, ¿verdad? No te servirá de nada ponernos en el lado equivocado, aunque creas que lo hará; ¡probablemente estamos más de tu lado que cualquier otra persona que conozcas!" "Eso es cierto, ya sabes, más vale que lo creas", dijo Franz, con una taza de café en la mano que no se llevó a la boca, sino que miró a K. de una manera que probablemente pretendía estar llena de significado, pero que en realidad no podía entenderse. K. se encontró, sin pretenderlo, en un diálogo

mudo con Franz, pero entonces bajó la mano sobre sus papeles y dijo: "Aquí están mis documentos de identidad". "¿Y qué quieres que hagamos al respecto?", respondió el gran policía, en voz alta. "Por la forma en que te comportas, es peor que un niño. ¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres acabar rápidamente con este gran y sangriento juicio tuyo hablando de identificaciones y órdenes de arresto con nosotros? Sólo somos policías, eso es todo lo que somos. Los oficiales subalternos como nosotros apenas sabemos distinguir un extremo de una tarjeta de identificación de otro, todo lo que tenemos que hacer con usted es vigilarlo durante diez horas al día y cobrar por ello. Eso es todo lo que somos. Eso sí, lo que podemos hacer es asegurarnos de que los altos funcionarios para los que trabajamos sepan qué tipo de persona es la que van a detener, y por qué debe ser detenida, antes de emitir la orden. Ahí no hay ningún error. Nuestras autoridades, hasta donde yo sé, y sólo conozco los grados más bajos, no salen a buscar culpables entre el público; es el culpable el que los atrae, como dice la ley, y tienen que enviarnos a los policías. Esa es la ley. ¿Dónde crees que habría algún error ahí?" "No conozco esa ley", dijo K. "Tan to peor para usted, entonces", dijo el policía. "Probablemente sólo existe en vuestras cabezas", dijo K., que quería, de alguna manera, insinuarse en los pensamientos de los policías, remodelar esos pensamientos en su beneficio o sentirse como en casa allí. Pero el policía se limitó a decir con displicen-

cia: "Ya lo sabrás cuando te afecte". Franz se sumó y dijo: "Mira esto, Willem, admite que no conoce la ley y al mismo tiempo insiste en que es inocente". "Tienes mucha razón, pero no conseguimos que entienda nada", dijo el otro. K. dejó de hablar con ellos; ¿tengo, pensó, que seguir enredándome con la cháchara de funcionarios tan bajos como éstos? Hablan de cosas de las que no tienen la más mínima comprensión. Sólo por su estupidez son capaces de estar tan seguros de sí mismos. Sólo necesito unas pocas palabras con alguien de mi misma posición social y todo será incomparablemente más claro, mucho más claro de lo que puede ser una larga conversación con estos dos. Subió y bajó un par de veces el espacio libre de la habitación, al otro lado de la calle pudo ver a la anciana que, ahora, había acercado a un anciano, mucho mayor que ella, a la ventana y lo tenía abrazado. K. tuvo que poner fin a esta exhibición: "Lléveme ante su superior", le dijo. "En cuanto quiera verte. Antes no", dijo el policía, el llamado Willem. "Y ahora mi consejo", añadió, "es que te metas en tu habitación, te quedes tranquilo y esperes a ver qué se hace contigo. Si sigues nuestro consejo, no te cansarás pensando en cosas sin sentido, tienes que recomponerte porque hay muchas cosas que te van a exigir. No te has comportado con nosotros como nos merecemos después de haber sido tan buenos contigo, te olvidas de que nosotros, seamos lo que seamos, seguimos siendo hombres libres y tú no, y eso es toda una ventaja. Pero, a pesar de

todo, estamos dispuestos, si tienes el dinero, a ir a buscarte un desayuno al café de la carretera”.

Sin dar ninguna respuesta a esta oferta, K. permaneció inmóvil durante algún tiempo. Tal vez, si abría la puerta de la habitación contigua o incluso la puerta principal, los dos no se atreverían a interponerse en su camino, tal vez ésa sería la forma más sencilla de zanjar todo el asunto, llevándolo a cabo. Pero tal vez lo agarrarían, y si lo tiraban al suelo perdería toda la ventaja que, en cierto sentido, tenía sobre ellos. Así que se decidió por la solución más segura, la forma en que las cosas irían en el curso natural de los acontecimientos, y volvió a su habitación sin otra palabra ni de él ni de los policías.

Se tiró en su cama, y del tocador tomó la bonita manzana que había puesto allí la noche anterior para su desayuno. Ahora era todo el desayuno que tenía y, de todos modos, como confirmó en cuanto le dio el primer y gran bocado, era mucho mejor que un desayuno que hubiera podido tomar gracias a la buena voluntad de los policías del sucio café. Se sentía bien y confiado, esta mañana no había ido a trabajar al banco, pero eso podía excusarse fácilmente debido al puesto relativamente alto que ocupaba allí. ¿Debía realmente enviar su explicación? Se lo pensó. Si nadie le creía, y en este caso sería comprensible, podría traer a la Sra. Grubach como testigo, o incluso a la pareja de ancianos del otro lado de la calle, que probablemente ahora mismo se dirigían a la ventana de enfrente.

A K. le extrañaba, al menos desde el punto de vista de los policías, que le hubieran hecho entrar en la habitación y le hubieran dejado solo allí, donde tenía diez maneras diferentes de suicidarse. Pero al mismo tiempo se preguntó, esta vez mirándolo desde su propio punto de vista, qué razón podía tener para hacerlo. Porque esos dos estaban sentados en la habitación de al lado y le habían quitado el desayuno, tal vez. Habría sido tan inútil suicidarse que, aunque hubiera querido, la inutilidad le habría hecho incapaz. Tal vez, si los policías no hubieran estado tan evidentemente limitados en sus capacidades mentales, se podría haber supuesto que habían llegado a la misma conclusión y que no veían ningún peligro en dejarlo solo por ello. Podían mirar ahora, si querían, y ver cómo se acercaba al armario de la pared donde guardaba una botella de buen aguardiente, cómo vaciaba primero un vaso en lugar de su desayuno y cómo tomaba luego un segundo vaso para darse valor, el último sólo como precaución por la improbable posibilidad de que fuera necesario.

Entonces se sobresaltó tanto por un grito que le llegó desde la otra habitación que golpeó sus dientes contra el cristal. “¡El supervisor quiere verte!”, dijo una voz. Lo que le sobresaltó fue el grito, ese grito cortante, abrupto, militar, que no habría esperado del policía llamado Franz. En sí mismo, la orden le pareció muy bienvenida. “¡Por fin!”, respondió, cerró el armario y, sin demora, se apresuró a entrar en la habitación contigua. Los dos poli-

cías estaban allí de pie y le persiguieron hasta su dormitorio como si fuera algo natural. “¿Qué crees que estás haciendo?”, le gritaron. “¿Crees que vas a ver al supervisor vestido sólo con tu camisa? Se encargaría de darte una buena paliza, y a nosotros también”. “¡Suéltame, por el amor de Dios!”, gritó K., que ya había sido empujado hacia atrás hasta su armario, “si me aborras cuando todavía estoy en la cama no puedes esperar encontrarme en mi vestido de noche”. “Eso no le servirá de nada”, dijeron los policías, que siempre se quedaban muy callados, casi tristes, cuando K. empezaba a gritar, y de ese modo le confundían o, hasta cierto punto, le hacían entrar en razón. “¡Ridículas formalidades!”, refunfuñó, mientras levantaba su abrigo de la silla y lo mantenía en ambas manos durante un rato, como si lo sostuviera para la inspección de los policías. Estos negaron con la cabeza. “Tiene que ser un abrigo negro”, dijeron. En ese momento, K. tiró el abrigo al suelo y dijo -sin saber ni siquiera él mismo lo que quería decir-: “Bueno, después de todo no va a ser el juicio principal”. Los policías se rieron, pero siguieron insistiendo: “Tiene que ser un abrigo negro”. “Bueno, por mí está bien si hace que las cosas vayan más rápido”, dijo K. Abrió él mismo el armario, pasó un largo rato buscando entre toda la ropa, y eligió su mejor traje negro que tenía una chaqueta corta que había sorprendido mucho a los que le conocían, luego sacó también una camisa nueva y empezó, con cuidado, a vestirse. Se dijo en secreto que había logrado acele-

rar las cosas al dejar que los policías se olvidaran de obligarle a bañarse. Los observó para ver si se acordaban después de todo, pero por supuesto nunca se les ocurrió, aunque Willem no olvidó enviar a Franz al supervisor con el mensaje de que K. se estaba vistiendo.

Una vez vestido, K. tuvo que pasar por delante de Willem cuando atravesó la siguiente habitación y entró en la de más allá, cuya puerta ya estaba abierta de par en par. K. sabía muy bien que esta habitación había sido alquilada recientemente a una mecanógrafa llamada “señorita Bürstner”. Tenía la costumbre de salir a trabajar muy temprano y volver a casa muy tarde, y K. nunca había intercambiado más que unas pocas palabras de saludo con ella. Ahora, su mesita de noche había sido colocada en el centro de la habitación para ser utilizada como escritorio para estos procedimientos, y el supervisor se sentó detrás de ella. Tenía las piernas cruzadas y había echado un brazo sobre el respaldo de la silla.

En un rincón de la sala había tres jóvenes que miraban las fotografías de la señorita Bürstner que se habían colocado en un trozo de tela en la pared. Colgada en la manilla de la ventana abierta había una blusa blanca. En la ventana de enfrente estaba de nuevo la vieja pareja, aunque ahora su número había aumentado, ya que detrás de ellos, y mucho más alto que ellos, se encontraba un hombre con una camisa abierta que dejaba ver su pecho y una barba de perilla rojiza que apretaba y retorció

con los dedos. "¿Josef K.?", preguntó el supervisor, quizá simplemente para atraer la atención de K. mientras miraba la sala. K. asintió. "Me atrevo a decir que te ha sorprendido bastante todo lo que ha ocurrido esta mañana", dijo el supervisor mientras, con ambas manos, apartaba los pocos objetos que había en la mesilla de noche: la vela y la caja de cerillas, un libro y un cojín de alfileres que estaban allí como si fueran cosas que necesitaría para sus propios asuntos. "Ciertamente", dijo K., y empezó a sentirse relajado ahora que, por fin, estaba frente a alguien con algo de sentido común, alguien con quien podría hablar de su situación. "Ciertamente estoy sorprendido, pero no estoy en absoluto muy sorprendido". "¿No estás muy sorprendido?", preguntó el supervisor, mientras colocaba la vela en el centro de la mesa y las demás cosas en un grupo a su alrededor. "Tal vez no me entiendas bien", se apresuró a señalar K. "Lo que quiero decir es que..." aquí K. interrumpió lo que estaba diciendo y miró a su alrededor buscando un lugar para sentarse. "Puedo sentarme, ¿no?", preguntó. "Eso no es habitual", respondió el supervisor. "Lo que quiero decir es...", dijo K. sin demorarse una segunda vez, "que, sí, estoy muy sorprendido, pero cuando ya llevas treinta años en el mundo y has tenido que abrirte camino por ti mismo en todo, que ha sido mi suerte, entonces te endureces ante las sorpresas y no te las tomas demasiado a pecho. Sobre todo lo que ha pasado hoy". "¿Por qué especialmente lo que ha pasado hoy?" "No quisiera decir

que veo todo esto como una broma, parece que te has tomado demasiadas molestias en hacer todos estos preparativos para eso. Todo el mundo en la casa debe participar en ello así como todos ustedes, eso sería ir más allá de lo que podría ser una broma. Así que no quiero decir que esto sea una broma". "Muy cierto", dijo el supervisor, mirando a ver cuántas cerillas quedaban en la caja. "Pero por otro lado", continuó K., mirando a todos los presentes e incluso deseando poder llamar la atención de los tres que estaban mirando las fotografías, "por otro lado esto no puede ser tan importante. Eso se deduce del hecho de que he sido acusado, pero no se me ocurre el más mínimo delito por el que se me pueda acusar. Pero eso no viene al caso, la cuestión principal es: ¿Quién emite la acusación? ¿Qué oficina está llevando a cabo este asunto? ¿Son ustedes funcionarios? Ninguno de vosotros lleva uniforme, a no ser que lo que lleváis" -aquí se volvió hacia Franz- "sea un uniforme, en realidad es más bien un traje de viaje. Exijo una respuesta clara a todas estas preguntas, y estoy seguro de que, una vez aclaradas las cosas, podremos despedirnos en los mejores términos." El supervisor dejó la caja de cerillas sobre la mesa. "Están cometiendo un gran error", dijo. "Estos señores y yo no tenemos nada que ver con su negocio, de hecho no sabemos casi nada de usted. Podríamos llevar un uniforme tan correcto y exacto como usted quiera y su situación no sería peor por ello. En cuanto a si estás imputado, no puedo darte ningún

tipo de respuesta clara al respecto, ni siquiera sé si lo estás o no. Está arrestado, en eso tiene razón, pero no sé más que eso. Tal vez estos oficiales han estado charlando con usted, bueno si lo han hecho eso es todo, charlar. No puedo darle una respuesta a sus preguntas, pero puedo darle un consejo: Será mejor que pienses menos en nosotros y en lo que te va a pasar, y que pienses un poco más en ti. Y deja de hacer todo este escándalo sobre tu sentido de la inocencia; no das tan mala impresión, pero con todo este escándalo lo estás dañando. Y también deberías hablar un poco menos. Casi todo lo que has dicho hasta ahora han sido cosas que podríamos haber sacado de tu comportamiento, aunque no hubieras dicho más que unas pocas palabras. Y lo que has dicho no ha sido precisamente a tu favor”.

K. se quedó mirando al supervisor. ¿Este hombre, probablemente más joven que él, le daba lecciones como un maestro de escuela? ¿Le estaba castigando por su honestidad con una reprimenda? Y no iba a saber nada de los motivos de su detención ni de los que le detenían. Se enfadó un poco y empezó a caminar de un lado a otro. Nadie le impidió hacerlo y se echó las mangas hacia atrás, se palpó el pecho, se alisó el pelo, se acercó a los tres hombres y les dijo: “No tiene sentido”, ante lo cual los tres se volvieron hacia él y se acercaron con expresiones serias. Finalmente se detuvo de nuevo frente al escritorio del supervisor. “El fiscal Hasterer es un buen amigo mío”, dijo, “¿puedo lla-

marle por teléfono?”. “Desde luego”, dijo el supervisor, “pero no sé qué sentido tendrá eso, supongo que debe tener algún asunto privado que quiera discutir con él”. “¿Qué sentido tiene?”, gritó K., más desconcertado que cruzado. “¿Quién te crees que eres? Quieres ver algún punto en él mientras llevas a cabo algo tan inútil como podría ser. ¡Es suficiente para hacer llorar! Estos señores primero me abordan, y ahora se sientan o se paran aquí y dejan que me arrastre delante de ustedes. ¿Qué sentido tendría telefonar a un fiscal del estado cuando estoy ostensiblemente bajo arresto? Muy bien, no haré la llamada telefónica”. “Puede llamarlo si quiere”, dijo el supervisor, extendiendo la mano hacia la sala exterior donde estaba el teléfono, “por favor, adelante, haga su llamada telefónica”. “No, ya no quiero”, dijo K., y se acercó a la ventana. Al otro lado de la calle, la gente seguía allí, junto a la ventana, y sólo ahora que K. había subido a la suya pareció inquietarse por observar tranquilamente lo que ocurría. La pareja de ancianos quiso levantarse, pero el hombre que estaba detrás los calmó. “Tenemos una especie de público allí”, llamó K. al supervisor, en voz bastante alta, mientras señalaba con el dedo índice. “Váyanse”, les llamó entonces al otro lado. Y los tres retrocedieron inmediatamente unos pasos, y la pareja de ancianos se encontró detrás del hombre, que entonces los ocultó con la amplitud de su cuerpo y parecía, por los movimientos de su boca, estar diciendo algo incomprensible en la distancia. Sin embargo, no

desaparecieron del todo, sino que parecieron esperar el momento en que pudieran volver a la ventana sin ser notados. "¡Gente intrusa y desconsiderada!", dijo K. al volver a la sala. Es posible que el supervisor estuviera de acuerdo con él, al menos K. creyó ver eso con el rabillo del ojo. Pero era igualmente posible que ni siquiera hubiera estado escuchando, ya que tenía la mano firmemente apoyada en la mesa y parecía estar comparando la longitud de sus dedos. Los dos policías estaban sentados sobre un arcón cubierto con una manta de colores, frotándose las rodillas. Los tres jóvenes se habían puesto las manos en la cadera y miraban sin rumbo. Todo estaba quieto, como en una oficina olvidada. "Ahora, señores", gritó K., y por un momento pareció que los llevaba a todos sobre sus hombros, "parece que sus asuntos conmigo han terminado. En mi opinión, lo mejor es dejar de preguntarse si están procediendo correcta o incorrectamente, y cerrar el asunto pacíficamente con un apretón de manos mutuo. Si usted es de la misma opinión, entonces por favor..." y se acercó al escritorio del supervisor y le tendió la mano. El supervisor levantó los ojos, se mordió el labio y miró la mano extendida de K.; K. seguía creyendo que el supervisor haría lo que él sugería. Pero en lugar de eso, se levantó, cogió un sombrero redondo y duro que estaba sobre la cama de la señorita Bürstner y se lo puso con cuidado en la cabeza, usando ambas manos como si se probara un sombrero nuevo. "Todo te parece tan sencillo, ¿verdad?", le dijo a K.

mientras lo hacía, "así que crees que deberíamos cerrar el asunto de forma pacífica, ¿no? No, no, eso no servirá. Por otro lado, no me gustaría que pensaras que no hay esperanza para ti. No, ¿por qué debería pensar eso? Simplemente estás bajo arresto, nada más que eso. Eso es lo que tenía que decirte, eso es lo que he hecho y ahora he visto cómo te lo has tomado. Es suficiente por un día y podemos despedirnos el uno del otro, al menos por el momento. Supongo que ahora querrás ir al banco, ¿no?" "¿En el banco?", preguntó K., "Creía que estaba arrestado". K. dijo esto con cierto desafío, ya que, aunque su apretón de manos no había sido aceptado, se sentía más independiente de toda esta gente, especialmente desde que el supervisor se había levantado. Estaba jugando con ellos. Si se marchaban, había decidido que correría tras ellos y se ofrecería a dejar que le arrestaran. Por eso llegó a repetir: "¿Cómo voy a entrar en el banco si estoy detenido?". "Veo que me ha entendido mal", dijo el supervisor que ya estaba en la puerta. "Es cierto que está usted detenido, pero eso no debe impedirle realizar su trabajo. Y no debería haber nada que te impida seguir con tu vida habitual". "En ese caso no es tan malo, estar bajo arresto", dijo K., y se acercó al supervisor. "Nunca quise decir que fuera otra cosa", respondió. "Apenas parece haber sido necesario notificarme la detención en ese caso", dijo K., y se acercó aún más. Los demás también se habían acercado. Todos se habían reunido en un estrecho espacio junto a la

puerta. "Ese era mi deber", dijo el supervisor. "Un deber tonto", dijo K., inflexible. "Puede ser", respondió el supervisor, "pero no perdamos el tiempo hablando así. Había supuesto que querías ir al banco. Como está prestando mucha atención a cada palabra, añadiré esto: No te estoy obligando a ir al banco, sólo había asumido que querías hacerlo. Y para facilitarte las cosas, y para que puedas ir al banco con la menor molestia posible he puesto a tu disposición a estos tres señores, colegas tuyos." "¿Qué es eso?", exclamó K., y miró a los tres con asombro. Sólo recordaba haberlos visto en su grupo por las fotografías, pero estos jóvenes sin carácter y anémicos eran, en efecto, funcionarios de su banco, no colegas suyos, eso era ponerlo demasiado alto y mostraba una laguna en la omnisciencia del supervisor, pero no por ello dejaban de ser miembros del personal subalterno del banco. ¿Cómo es posible que K. no lo viera? ¡Qué ocupado debía estar con el supervisor y los policías para no haber reconocido a estos tres! Rabensteiner, con su porte rígido y sus manos oscilantes, Kullich, con su pelo rubio y sus ojos profundos, y Kaminer, con su sonrisa involuntaria causada por espasmos musculares crónicos. "Buenos días", dijo K. al cabo de un rato, extendiendo la mano a los caballeros cuando éstos se inclinaron correctamente ante él. "No les he reconocido en absoluto. Así que ahora nos pondremos a trabajar, ¿de acuerdo?" Los caballeros rieron y asintieron con entusiasmo, como si eso fuera lo que habían

estado esperando todo el tiempo, salvo que K. se había dejado el sombrero en su habitación, por lo que todos se apresuraron, uno tras otro, a ir a buscarlo, lo que provocó cierta vergüenza. K. se quedó donde estaba y los observó a través de la puerta doble abierta; el último en salir, por supuesto, fue el apático Rabensteiner, que no había hecho más que un elegante trote. Kaminer llegó al sombrero y K., como tenía que hacer a menudo en el banco, se recordó a sí mismo a la fuerza que la sonrisa no era deliberada, que de hecho no era capaz de sonreír deliberadamente. En ese momento, la señora Grubach abrió la puerta del pasillo para entrar en el salón, donde estaba toda la gente. No parecía sentirse culpable de nada en absoluto, y K., como a menudo antes, miró el cinturón de su delantal que, sin razón alguna, cortaba tan profundamente su corpulento cuerpo. Una vez abajo, K., con el reloj en la mano, decidió tomar un taxi; ya se había retrasado media hora y no había necesidad de hacer más largo el retraso. Kaminer corrió a la esquina para llamarlo, y los otros dos hacían evidentes esfuerzos por mantener a K. desviado cuando Kullich señaló el portal de la casa del otro lado de la calle, donde apareció el hombre grande de la barba rubia de chivo y, un poco avergonzado al principio por dejarse ver en toda su estatura, retrocedió hasta la pared y se apoyó en ella. La pareja de ancianos probablemente seguía en las escaleras. K. se enfadó con Kullich por señalar a ese hombre al que ya había visto él mismo, de hecho

al que esperaba. "¡No le mires!", espetó, sin darse cuenta de lo extraño que era hablar así a los hombres libres. Pero, de todos modos, no hizo falta ninguna explicación, ya que justo en ese momento llegó el taxi, se sentaron dentro y se pusieron en marcha. Dentro del taxi, K. recordó que no se había dado cuenta de que el supervisor y los policías se marchaban: el supervisor le había impedido ver a los tres empleados del banco y ahora los tres empleados del banco le habían impedido ver al supervisor. Esto demostró que K. no estaba muy atento, y resolvió vigilarse más a sí mismo en este sentido. Sin embargo, no pensó en ello mientras se giraba y se inclinaba sobre la repisa trasera del coche para ver al supervisor y a los policías si podía. Pero se dio la vuelta enseguida y se recostó cómodamente en la esquina del taxi sin siquiera haber hecho el esfuerzo de ver a nadie. Aunque no lo pareciera, ahora era justo el momento en que necesitaba un poco de ánimo, pero los señores parecían cansados en ese momento, Rabensteiner miraba fuera del coche a la derecha, Kullich a la izquierda y sólo Kaminer estaba allí con su sonrisa al servicio de K. Habría sido inhumano burlarse de aquello.

Aquella primavera, siempre que era posible, K. solía pasar las tardes después del trabajo -por lo general se quedaba en la oficina hasta las nueve- con un breve paseo, solo o en compañía de algunos de los funcionarios del banco, y luego entraba en un pub donde se sentaba en la mesa de los habituales con hombres, en su mayoría mayores,

hasta las once. Sin embargo, había también excepciones a esta costumbre, ocasiones, por ejemplo, en las que K. era invitado por el director del banco (al que respetaba mucho por su laboriosidad y confianza) a dar un paseo con él en su coche o a cenar con él en su gran casa. K. también iba, una vez a la semana, a ver a una chica llamada Elsa que trabajaba como camarera en un bar de vinos durante toda la noche hasta altas horas de la mañana. Durante el día sólo recibía visitas mientras estaba en la cama.

Esa noche, sin embargo, -el día había pasado rápidamente con mucho trabajo y muchos saludos de cumpleaños respetuosos y amistosos- K. quería ir directamente a casa. Cada vez que tenía un pequeño descanso del trabajo del día, consideraba, sin saber exactamente lo que tenía en mente, que el piso de la señora Grubach parecía haber quedado en gran desorden por los acontecimientos de esa mañana, y que le correspondía a él ponerlo de nuevo en orden. Una vez restablecido el orden, todo rastro de aquellos acontecimientos se habría borrado y todo volvería a tomar su curso anterior. En particular, no había nada que temer de los tres funcionarios del banco, se habían sumergido de nuevo en su papeleo y no se veía en ellos ninguna alteración. K. había llamado a cada uno de ellos, por separado o todos juntos, a su despacho aquel día sin más motivo que el de observarlos; siempre estaba satisfecho y siempre había podido dejarlos marchar de nuevo.

A las nueve y media de aquella noche, cuando llegó de nuevo al frente del edificio donde vivía, se encontró en el portal con un joven que estaba de pie, con las piernas separadas y fumando en pipa. “¿Quién eres?”, preguntó inmediatamente K., acercando su rostro al del muchacho, ya que era difícil de ver en la media luz del rellano. “Soy el hijo del casero, señor”, respondió el muchacho, sacando la pipa de su boca y haciéndose a un lado. “¿El hijo del casero?”, preguntó K., y golpeó impacientemente el suelo con su bastón. “¿Quiere algo, señor? ¿Quiere que vaya a buscar a mi padre?” “No, no”, dijo K., había algo indulgente en su voz, como si el chico le hubiera hecho algún daño y lo estuviera disculpando. “Está bien”, dijo entonces, y siguió adelante, pero antes de subir las escaleras se dio la vuelta una vez más.

Podría haber ido directamente a su habitación, pero como quería hablar con la señora Grubach, fue directamente a su puerta y llamó. Ella estaba sentada a la mesa con una media tejida y un montón de medias viejas delante de ella. K. se disculpó, un poco avergonzado por haber llegado tan tarde, pero la señora Grubach era muy amable y no quería oír ninguna disculpa, siempre estaba dispuesta a hablar con él, sabía muy bien que era su mejor inquilino y su favorito. K. miró la habitación, tenía el mismo aspecto de siempre, los platos del desayuno, que habían estado en la mesa junto a la ventana esa mañana, ya habían sido recogidos. “Las manos de una mujer hacen muchas cosas cuando

nadie mira”, pensó, él mismo podría haber destrozado toda la vajilla en el acto, pero desde luego no habría sido capaz de llevársela toda. Miró a la señora Grubach con cierta gratitud. “¿Por qué trabajas hasta tan tarde?”, preguntó. Ahora estaban los dos sentados a la mesa, y K. hundía de vez en cuando las manos en el montón de medias. “Hay mucho trabajo que hacer”, dijo ella, “durante el día pertenezco a los inquilinos; si tengo que ordenar mis propias cosas sólo me quedan las noches”. “Me temo que hoy le he causado un trabajo excepcional”. “¿A qué se refiere, señor K.?”, preguntó ella, interesándose más y dejando su trabajo en el regazo. “Me refiero a los hombres que estuvieron aquí esta mañana”. “Oh, ya veo”, dijo ella, y volvió tranquilamente a lo que estaba haciendo, “eso no fue ningún problema, no especialmente”. K. miró en silencio mientras retomaba la media tejida. Parece sorprendida de que lo mencione, pensó, parece pensar que es impropio que lo mencione. Tanto más importante es que lo haga. Una anciana es la única persona con la que puedo hablar de ello. “Pero debe haberte causado algún trabajo”, dijo entonces, “pero no volverá a ocurrir”. “No, no puede volver a ocurrir”, convino ella, y sonrió a K. de una manera casi dolorosa. “¿Lo dices en serio?”, preguntó K. “Sí”, dijo ella, más suavemente, “pero lo importante es que no debes tomártelo demasiado a pecho. Hay tantas cosas horribles que suceden en el mundo. Ya que está siendo tan sincero conmigo, señor K., puedo admitirle que escuché un

poco de lo que ocurría desde detrás de la puerta, y que esos dos policías me contaron también una o dos cosas. Todo tiene que ver con su felicidad, y eso es algo que me toca bastante de cerca, quizás más de lo que debería, ya que, después de todo, sólo soy su casera. De todos modos, he oído una o dos cosas, pero no puedo decir que se trate de algo muy serio. No. Te han arrestado, pero no es de la misma manera que cuando arrestan a un ladrón. Si te arrestan de la misma manera que a un ladrón, entonces es malo, pero un arresto como este... Me parece que es algo muy complicado -perdóname si estoy diciendo una estupidez-, algo muy complicado que no entiendo, pero algo que en realidad no necesitas entender de todos modos.

“No hay nada estúpido en lo que ha dicho, señora Grubach, o al menos estoy en parte de acuerdo con usted, sólo que mi forma de juzgar todo el asunto es más dura que la suya, y pienso que no sólo no es algo complicado, sino simplemente un alboroto por nada. Me pilló desprevenido, eso es lo que pasó. Si me hubiera levantado tan pronto como me desperté sin dejarme confundir porque Anna no estaba allí, si me hubiera levantado sin hacer caso a nadie que pudiera estar en mi camino y hubiera venido directamente a ti, si hubiera hecho algo como desayunar en la cocina como excepción, pedirte que me trajeras la ropa de mi habitación, en fin, si me hubiera comportado con sensatez entonces no habría pasado nada más, todo lo que estaba esperando a suceder se habría

sofocado. La gente no suele estar preparada. En el banco, por ejemplo, estoy bien preparado, allí no podría ocurrirme nada de este tipo, allí tengo mi propio asistente, hay teléfonos para llamadas internas y externas delante de mí en el escritorio, recibo continuamente visitas de personas, representantes, funcionarios, pero además de eso, y lo más importante, siempre estoy ocupado con mi trabajo, es decir, siempre estoy alerta, incluso sería un placer para mí encontrarme ante algo de este tipo. Pero ahora se ha acabado, y en realidad ya no quería hablar de ello, sólo quería escuchar lo que usted, como mujer sensata, pensaba de todo ello, y me alegra mucho saber que estamos de acuerdo. Pero ahora debes darme la mano, un acuerdo de este tipo necesita ser confirmado con un apretón de manos”.

¿Me va a dar la mano? El supervisor no le dio la mano, pensó, y miró a la mujer de forma diferente a la anterior, examinándola. Ella se levantó, como él también se había levantado, y se sintió un poco cohibida, no había sido capaz de entender todo lo que K. dijo. Como resultado de esta cohibición dijo algo que ciertamente no pretendía y ciertamente no era apropiado. “No se lo tome tan a pecho, señor K.”, dijo, con lágrimas en la voz y también, por supuesto, olvidando el apretón de manos. “No sabía que me lo tomaba a mal”, dijo K., sintiéndose repentinamente cansado y viendo que si esta mujer estaba de acuerdo con él era de muy poco valor.

Antes de salir por la puerta preguntó: "¿Está la señorita Bürstner en casa?". "No", dijo la señora Grubach, sonriendo al dar esta simple información, diciendo por fin algo sensato. "Está en el teatro. ¿Quiere verla? ¿Debo darle un mensaje?" "Yo... sólo quería tener unas palabras con ella". "Me temo que no sé cuándo va a venir; normalmente vuelve tarde cuando ha estado en el teatro". "Realmente no importa", dijo K. su cabeza colgando mientras se dirigía a la puerta para salir, "sólo quería darle mis disculpas por ocupar su habitación hoy". "No hace falta, señor K., es usted demasiado concienzudo, la señorita no sabe nada de esto, no ha estado en casa desde esta mañana temprano y todo ha sido ordenado de nuevo, puede verlo usted mismo". Y abrió la puerta de la habitación de la señorita Bürstner. "Gracias, le tomo la palabra", dijo K., pero no obstante se acercó a la puerta abierta. La luna brillaba tranquilamente en la habitación sin luz. Por lo que se veía, todo estaba efectivamente en su sitio, ni siquiera la blusa colgaba del picaporte de la ventana. Las almohadas de la cama tenían un aspecto notablemente regordete al estar medio a la luz de la luna. "La señorita Bürstner suele llegar tarde a casa", dijo K., mirando a la señora Grubach como si eso fuera responsabilidad suya. "¡Así son los jóvenes!", dijo la señora Grubach para excusarse. "Por supuesto, por supuesto", dijo K., "pero se puede llevar demasiado lejos". "Sí, puede ser", dijo la Sra. Grubach, "tiene usted mucha razón, Sr. K. Quizá lo sea en este caso. Desde luego, no quisiera

decir nada desagradable sobre la señorita Bürstner, es una chica buena y dulce, amable, ordenada, puntual, trabaja mucho, todo eso lo aprecio mucho, pero una cosa es cierta, debería tener más orgullo, ser un poco menos comunicativa. Ya dos veces este mes, en la calle de enfrente, la he visto con otro señor. No me gusta decir esto, usted es el único al que se lo he dicho, Sr. K., se lo juro por Dios, pero no voy a tener más remedio que tener unas palabras con la Srta. Bürstner al respecto. Y no es lo único que me preocupa de ella". "Señora Grubach, va usted por el camino equivocado", dijo K., tan enfadado que apenas pudo disimularlo, "y además ha entendido mal lo que decía de la señorita Bürstner, no es eso lo que quería decir. De hecho, le advierto directamente que no le diga nada, está usted muy equivocado, conozco muy bien a la señorita Bürstner y no hay nada de cierto en lo que dice. Es más, tal vez me estoy pasando, no quiero estorbarle, dígame lo que crea conveniente. Buenas noches". "Sr. K.", dijo la Sra. Grubach como pidiéndole algo y apresurándose hacia su puerta que ya había abierto, "no quiero hablar con la Srta. Bürstner en absoluto, todavía no, por supuesto que seguiré vigilándola pero usted es el único al que le he contado lo que sé. Y es, al fin y al cabo, algo que todo el que alquila habitaciones tiene que hacer si quiere mantener la casa decente, eso es todo lo que intento hacer". "¡Decente!", gritó K. a través de la rendija de la puerta, "si quieres mantener la casa decente primero tendrás que avisar-

me". Luego cerró la puerta de golpe, se oyeron unos suaves golpes a los que no prestó más atención. No le apetecía en absoluto irse a la cama, así que decidió quedarse despierto, lo que también le daría la oportunidad de averiguar cuándo llegaría a casa la señorita Bürstner. Quizás también sería posible, aunque un poco inoportuno, tener unas palabras con ella. Mientras estaba tumbado junto a la ventana, llevándose las manos a los ojos cansados, pensó por un momento que podría castigar a la señora Grubach convenciendo a la señorita Bürstner de que presentara su renuncia al mismo tiempo que él. Pero enseguida se dio cuenta de que eso sería escandalosamente excesivo, e incluso se sospecharía que se estaba mudando de casa por los incidentes de aquella mañana. Nada habría sido más disparatado y, sobre todo, más inútil y despreciable.

Cuando se cansó de mirar hacia la calle vacía, abrió ligeramente la puerta del salón para poder ver a cualquiera que entrara en el piso desde donde él estaba y se tumbó en el sofá. Se quedó tumbado, fumando tranquilamente un cigarro, hasta cerca de las once. No fue capaz de aguantar más que eso, y salió un poco al pasillo como si de esa manera pudiera hacer llegar antes a la señorita Bürstner. No sentía ningún deseo especial por ella, ni siquiera recordaba su aspecto, pero ahora quería hablar con ella y le irritaba que su llegada tardía a casa significara que ese día estaría lleno de malestar y desorden hasta el final. También era culpa

de ella que no hubiera cenado esa noche y que no hubiera podido visitar a Elsa como tenía previsto. Sin embargo, aún podía compensar ambas cosas si iba al bar de vinos donde trabajaba Elsa. Quería hacerlo incluso más tarde, después de la discusión con la señorita Bürstner.

Eran ya más de las once y media cuando se oyó a alguien en la escalera. K., que se había perdido en sus pensamientos en el pasillo, subiendo y bajando ruidosamente como si fuera su propia habitación, huyó detrás de su puerta. La señorita Bürstner había llegado. Temblando, se echó un chal de seda sobre sus delgados hombros mientras cerraba la puerta. Al momento siguiente entraría sin duda en su habitación, donde K. no debía entrometerse en medio de la noche; eso significaba que tendría que hablar con ella ahora, pero, por desgracia, no había puesto la luz eléctrica en su habitación, de modo que cuando saliera de la oscuridad daría la impresión de ser un ataque y, sin duda, habría sido, como mínimo, bastante alarmante. No había tiempo que perder, y en su impotencia susurró a través de la rendija de la puerta: "Señorita Bürstner". Parecía que le estaba suplicando, no llamándola. "¿Hay alguien ahí?", preguntó la señorita Bürstner, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos. "Soy yo", dijo K. y salió. "¡Oh, señor K.!", dijo la señorita Bürstner con una sonrisa. "Buenas noches", y le ofreció la mano. "Quería hablar con usted, si me lo permite". "¿Ahora?", preguntó la señorita Bürstner, "¿tiene que ser ahora? Es un poco

extraño, ¿no?" "Te he estado esperando desde las nueve". "Bueno, estaba en el teatro, no sabía nada de que me estabas esperando". "La razón por la que necesito hablar contigo sólo ha surgido hoy". "Ya veo, pues no veo por qué no, supongo que, aparte de estar tan cansado, podría caer. Ven a mi habitación unos minutos entonces. Ciertamente no podemos hablar aquí afuera, despertaríamos a todos y creo que eso sería más desagradable para nosotros que para ellos. Espera aquí hasta que encienda la luz de mi habitación, y luego baja la luz de aquí". K. hizo lo que se le dijo, y luego incluso esperó hasta que la señorita Bürstner salió de su habitación y le invitó tranquilamente, una vez más, a entrar. "Siéntese", le dijo, indicando la otomana, mientras ella misma permanecía de pie junto al poste de la cama a pesar del cansancio del que había hablado; ni siquiera se quitó el sombrero, que era pequeño pero estaba decorado con abundantes flores. "¿Qué es lo que querías, entonces? Tengo mucha curiosidad". Cruzó suavemente las piernas. "Supongo que dirás", comenzó K., "que el asunto no es realmente tan urgente y que no necesitamos hablar de ello ahora mismo, pero..." "Nunca escucho las presentaciones", dijo la señorita Bürstner. "Eso facilita mucho mi trabajo", dijo K. "Esta mañana, hasta cierto punto por mi culpa, tu habitación estaba un poco desordenada, esto ocurrió por culpa de gente que no conocía y en contra de mi voluntad pero, como he dicho, por mi culpa; quería disculparme por ello". "¿Mi habitación?",

preguntó la señorita Bürstner, y en lugar de mirar alrededor de la habitación escudriñó a K. "Es cierto", dijo K., y ahora, por primera vez, se miraron a los ojos, "no tiene sentido decir exactamente cómo sucedió". "Pero eso es lo interesante del asunto", dijo la señorita Bürstner. "No", dijo K. "Bueno, entonces", dijo la señorita Bürstner, "no quiero forzar la entrada en ningún secreto, si usted insiste en que no tiene interés no insistiré. Estoy muy contenta de perdonarte por ello, como pides, sobre todo porque no veo nada en absoluto que haya quedado desordenado". Con la mano apoyada en la parte baja de la cadera, hizo un recorrido por la habitación. Se detuvo en la alfombra donde estaban las fotografías. "¡Mira esto!", gritó. "Mis fotografías realmente han sido puestas en los lugares equivocados. Es horrible. Alguien realmente ha estado en mi habitación sin permiso". K. asintió y maldijo en voz baja a Kaminer, que trabajaba en su banco y que siempre estaba activo haciendo cosas que no tenían ni utilidad ni propósito. "Es extraño", dijo la señorita Bürstner, "que me vea obligada a prohibirle algo que debería haberse prohibido a sí misma, es decir, entrar en mi habitación cuando yo no estoy". "Pero ya te expliqué", dijo K., y se acercó a ella junto a las fotografías, "que no fui yo quien interfirió en tus fotografías; pero como no me crees tendré que admitir que la comisión investigadora trajo consigo a tres empleados del banco, uno de los cuales debió de tocar tus fotografías y en cuanto tenga ocasión pediré que lo despidan

del banco. Sí, hubo una comisión de investigación aquí", añadió K., mientras la joven le miraba inquisitivamente. "¿Por su culpa?", preguntó ella. "Sí", contestó K. "¡No!", exclamó la dama con una carcajada. "Sí, lo eran", dijo K., "entonces crees que soy inocente, ¿no?". "Bueno, ahora, inocente...", dijo la señora, "no quiero empezar a hacer ningún pronunciamiento que pueda tener consecuencias graves, después de todo no te conozco realmente, significa que están tratando con un criminal serio si envían una comisión investigadora directamente a por él. Pero ahora no estás detenido -al menos supongo que no te has escapado de la cárcel, teniendo en cuenta que pareces bastante tranquilo-, así que no puedes haber cometido ningún delito de ese tipo." "Sí", dijo K., "pero podría ser que la comisión investigadora viera que soy inocente, o no tan culpable como se había supuesto". "Sí, esa es ciertamente una posibilidad", dijo la señorita Bürstner, que parecía muy interesada. "Escuche", dijo K., "usted no tiene mucha experiencia en asuntos legales". "No, es cierto, no la tengo", dijo la señorita Bürstner, "y a menudo lo he lamentado, ya que me gustaría saberlo todo y me interesan mucho los asuntos jurídicos. Hay algo peculiarmente atractivo en la ley, ¿no es así? Pero sin duda perfeccionaré mis conocimientos en este campo, ya que el mes que viene empiezo a trabajar en un despacho jurídico." "Eso está muy bien", dijo K., "eso significa que podrás ayudarme en mi juicio". "Eso podría ser", dijo la señorita Bürstner, "¿por

qué no? Me gusta hacer uso de lo que sé". "Lo digo muy en serio", dijo K., "o al menos, medio en serio, como usted. Este asunto es demasiado insignificante para llamar a un abogado, pero podría hacer buen uso de alguien que pudiera aconsejarme." "Sí, pero si voy a aconsejarte tendré que saber de qué se trata", dijo la señorita Bürstner. "Ese es exactamente el problema", dijo K., "yo tampoco lo sé". "Así que te has estado burlando de mí", dijo la señorita Bürstner sumamente decepcionada, "realmente no deberías intentar algo así a estas horas de la noche". Y se alejó de las fotografías en las que habían permanecido tanto tiempo juntas. "Señorita Bürstner, no", dijo K., "no me estoy burlando de usted. Por favor, créame. Ya le he dicho todo lo que sé. Más de lo que sé, de hecho, ya que en realidad ni siquiera era una comisión de investigación, así es como los llamé porque no sé cómo llamarlos. No hubo ningún tipo de interrogatorio, simplemente me arrestaron, pero por un comité". La señorita Bürstner se sentó en la otomana y volvió a reírse. "¿Cómo fue entonces?", preguntó. "Fue terrible", dijo K., aunque su mente ya no estaba en el tema, se había quedado totalmente absorto en la mirada de la señorita Bürstner, que apoyaba su barbilla en una mano -el codo descansaba en el cojín de la otomana- y acariciaba lentamente su cadera con la otra. "Eso es demasiado vago", dijo la señorita Bürstner. "¿Qué es demasiado vago?", preguntó K. Luego se acordó de sí mismo y preguntó: "¿Quiere que le muestre cómo era?". Quería

moverse de alguna manera, pero no quería irse. "Ya estoy cansada", dijo la señorita Bürstner. "Has llegado muy tarde", dijo K. "Ahora has empezado a regañarme. Bueno, supongo que me lo merezco, ya que para empezar no debería haberte dejado entrar aquí, y resulta que ni siquiera tenía sentido". "Oh, sí había un punto, ahora verás lo importante que era", dijo K. "¿Puedo apartar esta mesa de tu cabecera y ponerla aquí?" "¿Qué crees que estás haciendo?", dijo la señorita Bürstner. "¡Claro que no puedes!" "En ese caso no puedo enseñártela", dijo K., bastante molesto, como si la señorita Bürstner hubiera cometido alguna ofensa incomprensible contra él. "Muy bien, entonces, si lo necesita para mostrar lo que quiere decir, tome la mesita de noche entonces", dijo la señorita Bürstner, y tras una breve pausa añadió con voz débil: "Estoy tan cansada que permito más de lo que debería". K. puso la mesita en el centro de la habitación y se sentó detrás de ella. "Hay que hacerse una idea de dónde se ha situado la gente, es muy interesante. Yo soy el supervisor, sentados allí en el pecho hay dos policías, de pie junto a las fotografías hay tres jóvenes. Colgando de la manilla de la ventana hay una blusa blanca -lo menciono de paso-. Y ahora comienza. Ah, sí, me olvido de mí mismo, la persona más importante de todas, por lo que estoy aquí de pie frente a la mesa. El supervisor está sentado muy cómodamente, con las piernas cruzadas y el brazo colgando sobre el respaldo, como un vago. Y ahora sí que empieza. El supervisor me grita

como si tuviera que despertarme, de hecho me grita, me temo que, para que quede claro, yo también tengo que gritar, y no es más que mi nombre lo que grita". La señorita Bürstner, riendo mientras le escuchaba, se puso el dedo índice en la boca para que K. no gritara, pero era demasiado tarde. K. estaba demasiado absorto en su papel y gritó lentamente: "¡Josef K.!". No fue tan fuerte como había amenazado, pero, sin embargo, una vez que lo gritó de repente, el grito pareció extenderse gradualmente por toda la habitación.

Hubo una serie de golpes fuertes, bruscos y regulares en la puerta de la habitación contigua. La señorita Bürstner se puso pálida y se llevó la mano al corazón. K. se sobresaltó especialmente, ya que por un momento había sido incapaz de pensar en otra cosa que no fueran los acontecimientos de aquella mañana y la chica para la que los estaba realizando. Apenas se había recompuesto cuando saltó hacia la señorita Bürstner y le tomó la mano. "No tengas miedo", susurró, "lo arreglaré todo. ¿Pero quién puede ser? Sólo es el salón de al lado, nadie duerme allí". "Sí lo hacen", susurró la señorita Bürstner al oído de K., "un sobrino de la señora Grubach, capitán del ejército, duerme allí desde ayer. No hay ninguna otra habitación libre. Yo también lo había olvidado. ¿Por qué has tenido que gritar así? Me has hecho enfadar bastante". "No hay ninguna razón para ello", dijo K., y, ahora que se hundía de nuevo en el cojín, le besó la frente. "Vete, vete", dijo ella, volviéndose a sentar

apresuradamente, "sal de aquí, vete, qué es lo que quieres, él está escuchando en la puerta, puede oírlo todo. Me estás causando muchos problemas". "No me iré", dijo K., "hasta que te hayas calmado un poco. Ven a la otra esquina de la habitación, allí no podrá oírnos". Ella dejó que la llevara hasta allí. "No olvides", dijo él, "aunque esto pueda ser desagradable para ti no corres ningún peligro real. Ya sabes el aprecio que me tiene la señora Grubach, ella es la que tomará todas las decisiones en esto, sobre todo porque el capitán es su sobrino, pero cree todo lo que digo sin rechistar. Es más, me ha pedido prestada una gran suma de dinero y eso la hace depender de mí. Confirmaré cualquier cosa que diga para explicar que estemos aquí juntos, por muy inapropiada que sea, y le garantizo que la señora Grubach no sólo dirá que cree la explicación en público, sino que la creerá de verdad y sinceramente. No tendrá necesidad de considerarme de ninguna manera. Si desea que se sepa que la he atacado, la señora Grubach será informada de ello y lo creerá sin perder siquiera su confianza en mí, así de respetuosa es conmigo." La señorita Bürstner miró al suelo delante de ella, tranquila y un poco hundida en sí misma. "¿Por qué la señora Grubach no creería que la he atacado?", añadió K. Miró su pelo delante de ella, desfilado, recogido, rojizo y firmemente sujeto. Creyó que ella levantaría la vista hacia él, pero sin cambiar sus modales dijo: "Perdóneme, pero fue lo repentino del golpe lo que me sobresaltó tanto, no tanto las conse-

cuencias de que el capitán estuviera aquí. Todo estaba tan silencioso después de que usted gritara, y luego se produjo el golpe, eso fue lo que me sorprendió tanto, y yo estaba sentada justo al lado de la puerta, el golpe fue justo al lado mío. Gracias por sus sugerencias, pero no las aceptaré. Puedo asumir la responsabilidad de cualquier cosa que ocurra en mi habitación yo mismo, y puedo hacerlo con cualquiera. Me sorprende que no te des cuenta de lo insultantes que son tus sugerencias y lo que implican sobre mí, aunque ciertamente reconozco tus buenas intenciones. Pero ahora, por favor, vete, déjame en paz, necesito que te vayas ahora incluso más que antes. El par de minutos que me pediste se han convertido en media hora, más de media hora ya". K. le cogió la mano y luego la muñeca: "¿Pero no estás enfadada conmigo?", dijo. Ella apartó la mano y respondió: "No, no, nunca me enfado con nadie". Le agarró la muñeca una vez más, ella lo toleró ahora y, de ese modo, le condujo a la puerta. Él tenía toda la intención de marcharse. Pero cuando llegó a la puerta se detuvo como si no hubiera esperado encontrar una puerta allí, la señorita Bürstner aprovechó ese momento para liberarse, abrir la puerta, salir al pasillo y decirle suavemente a K. desde allí: "Ahora, ven, por favor. Mira", señaló la puerta del capitán, de la que salía una luz, "ha puesto una luz y se está riendo de nosotros". "Muy bien, ya voy", dijo K., se adelantó, la agarró, la besó en la boca y luego en toda la cara como un animal sediento que lame con la lengua

cuando acaba de encontrar agua. Finalmente la besó en el cuello y en la garganta y dejó sus labios apretados allí durante mucho tiempo. No levantó la vista hasta que se oyó un ruido procedente de la habitación del capitán. "Ya me voy", dijo, quería dirigirse a la señorita Bürstner por su nombre de pila, pero no lo sabía. Ella le hizo un gesto de cansancio, le ofreció su mano para que la besara mientras se daba la vuelta como si no supiera lo que estaba haciendo, y volvió a su habitación con la cabeza inclinada. Poco después, K. estaba acostado en su cama. No tardó en dormirse, pero antes de hacerlo pensó un rato en su comportamiento, estaba satisfecho con él, pero sintió cierta sorpresa por no estar más satisfecho; estaba seriamente preocupado por la señorita Bürstner a causa del capitán.



CAPÍTULO 2

PRIMER INTERROGATORIO.

K fue informado por teléfono de que habría una pequeña audiencia sobre su caso el domingo siguiente. Se le hizo saber que estos interrogatorios se sucederían regularmente, quizás no cada semana pero sí con bastante frecuencia. Por un lado, a todos les interesaba que el procedimiento concluyera rápidamente, pero por otro lado, todos los aspectos de los interrogatorios debían llevarse a cabo de forma exhaustiva, sin que duraran demasiado tiempo debido al estrés asociado. Por ello, se decidió realizar una serie de exámenes breves, uno tras otro. Se eligió el domingo como

día de las audiencias para que K. no fuera molesto en su trabajo profesional. Se suponía que estaría de acuerdo con ello, pero si deseaba otra fecha, en la medida de lo posible, se le acomodaría. Los interrogatorios podrían incluso celebrarse por la noche, por ejemplo, pero probablemente K. no estaría lo suficientemente fresco a esa hora. De todos modos, mientras K. no pusiera ninguna objeción, la vista se dejaría para el domingo. Era evidente que tendría que comparecer sin falta, probablemente no era necesario indicárselo. Se le daría el número del edificio donde debía presentarse, que estaba en una calle de un barrio alejado del centro de la ciudad en el que K. nunca había estado.

Una vez recibido este aviso, K. colgó el auricular sin dar una respuesta; había decidido inmediatamente ir allí ese domingo, era ciertamente necesario, los procedimientos habían comenzado y tenía que enfrentarse a ellos, y este primer examen sería probablemente también el último. Todavía estaba pensativo junto al teléfono cuando oyó la voz del subdirector detrás de él; quería utilizar el teléfono pero K. se interpuso en su camino. "¿Malas noticias?", preguntó el subdirector con indiferencia, no para averiguar nada, sino sólo para alejar a K. del aparato. "No, no", dijo K., se hizo a un lado pero no se alejó del todo. El subdirector descolgó el auricular y, mientras esperaba su conexión, se apartó de él y le dijo a K.: "Una pregunta, señor K.: ¿le gustaría tener el placer de acompañarme en mi velero el domingo por la mañana? Vienen bastantes personas, seguro que

conoce a algunas de ellas. Uno de ellos es Hasterer, el fiscal del estado. ¿Le gustaría venir? Acompañame". K. trató de prestar atención a lo que decía el subdirector. Para él no era de poca importancia, ya que esta invitación del subdirector, con el que nunca se había llevado muy bien, significaba que estaba intentando mejorar sus relaciones con él. Demostró lo importante que se había vuelto K. en el banco y cómo su segundo funcionario más importante parecía valorar su amistad, o al menos su imparcialidad. Sólo hablaba al lado del receptor del teléfono mientras esperaba su conexión, pero al dar esta invitación el subdirector se estaba humillando. Pero como K. tendría que humillarlo por segunda vez, le dijo: "Muchas gracias, pero me temo que no tendré tiempo el domingo, tengo una obligación previa". "Lástima", dijo el subdirector, y se dirigió a la conversación telefónica que acababa de conectar. No fue una conversación corta, pero K. permaneció de pie, confundido junto al aparato, todo el tiempo que duró. Sólo cuando el subdirector colgó, tomó conciencia y dijo, para excusar en parte su permanencia allí sin motivo: "Acabo de recibir una llamada telefónica, tengo que ir a un sitio, pero se han olvidado de decirme a qué hora". "Pregúntales entonces", dijo el subdirector. "No es tan importante", dijo K., aunque de ese modo su excusa anterior, ya bastante débil, se hizo aún más débil. A medida que avanzaba, el subdirector siguió hablando de otras cosas. K. se obligó a contestar, pero sus pensamientos se centraban sobre todo en ese domin-

go, en cómo sería mejor llegar para las nueve de la mañana, ya que esa era la hora a la que los tribunales siempre empezaban a trabajar entre semana.

El tiempo era aburrido el domingo. K. estaba muy cansado, ya que se había quedado bebiendo hasta altas horas de la noche celebrando con algunos de los habituales, y casi se había quedado dormido. Se vistió apresuradamente, sin tiempo para pensar y reunir los diversos planes que había elaborado durante la semana. Sin desayunar, se apresuró a llegar al suburbio del que le habían hablado. Curiosamente, aunque tuvo poco tiempo para mirar a su alrededor, se encontró con los tres funcionarios del banco implicados en su caso, Rabensteiner, Kullich y Kaminer. Los dos primeros viajaban en un tranvía que atravesaba la ruta de K., pero Kaminer estaba sentado en la terraza de un café y se inclinaba con curiosidad sobre la pared mientras K. se acercaba. Todos parecían mirarle, sorprendidos al ver a su superior correr; era una especie de orgullo que hacía que K. quisiera ir a pie, este era su asunto y la idea de cualquier ayuda de extraños, por mínima que fuera, le repugnaba, también quería evitar pedir la ayuda de alguien porque eso les iniciaría en el asunto aunque fuera ligeramente. Y, después de todo, no deseaba en absoluto humillarse ante el comité por ser demasiado puntual. De todos modos, ahora estaba corriendo para llegar a las nueve en punto si era posible, aunque no tenía ninguna cita para esa hora.

Había pensado que reconocería el edificio des-

de la distancia por algún tipo de señal, sin saber exactamente cómo sería la señal, o por algún tipo de actividad particular fuera de la entrada. A K. le habían dicho que el edificio estaba en la Juliuss-trasse, pero cuando se paró en la entrada de la calle, ésta consistía a cada lado en casi nada más que construcciones monótonas y grises, altos bloques de pisos ocupados por gente pobre. Ahora, un domingo por la mañana, la mayoría de las ventanas estaban ocupadas, hombres en mangas de camisa se asomaban a fumar o sostenían con cuidado y delicadeza a los niños pequeños en los alféizares. Otras ventanas estaban apiladas con ropa de cama, por encima de la cual aparecía brevemente la cabeza desaliñada de una mujer. La gente se llamaba al otro lado de la calle, y una de las llamadas provocó una fuerte carcajada del propio K. Era una calle larga, y a lo largo de ella había pequeñas tiendas por debajo del nivel de la calle, en las que se vendían diversos tipos de alimentos, a las que se accedía bajando unos pocos escalones. Las mujeres entraban y salían de ellas o se quedaban charlando en los escalones. Un frutero, que subía su mercancía a los escaparates, estaba tan desatento como K. y casi lo derriba con su carro. Justo en ese momento, un gramófono, que en mejores lugares de la ciudad se habría visto como desgastado, comenzó a tocar alguna melodía asesina.

K. se adentró en la calle, lentamente, como si ahora tuviera mucho tiempo, o como si el juez de instrucción le estuviera mirando desde una

de las ventanas y, por tanto, supiera que K. había encontrado el camino. Eran poco más de las nueve. El edificio estaba bastante alejado de la calle, abarcaba una superficie tan grande que era casi extraordinaria, y el portal en particular era alto y largo. Era evidente que estaba destinado a los carros de reparto de los distintos almacenes que rodeaban el patio y que ahora estaban cerrados con los nombres de las empresas, algunas de las cuales K. conocía por su trabajo en el banco. En contraste con sus hábitos habituales, permaneció un rato de pie a la entrada del patio observando todos estos detalles externos. Cerca de él, había un hombre descalzo sentado en un cajón y leyendo un periódico. Había dos muchachos que se balanceaban en un carro de mano. Delante de una bomba había una chica joven y débil con una camisa de fuerza que, mientras el agua fluía hacia su bidón, miraba a K. Había un trozo de cuerda tendido entre dos ventanas en una esquina del patio, con algo de ropa colgada para que se secase. Un hombre estaba debajo de ella dando instrucciones para dirigir el trabajo que se estaba realizando.

K. se dirigió a la escalera para llegar a la sala donde se celebraría la audiencia, pero luego se quedó quieto de nuevo, ya que además de estos escalones podía ver otras tres entradas de escalera, y también parecía haber un pequeño pasillo al final del patio que conducía a un segundo patio. Le irritaba que no le hubieran dado indicaciones más precisas para llegar a la habitación, eso significa-

ba que estaban siendo especialmente negligentes con él o especialmente indiferentes, y decidió dejárselo claro en voz alta y sin ambigüedades. Al final decidió subir las escaleras, sus pensamientos jugaban con algo que recordaba que el policía, Willem, le había dicho; que el tribunal es atraído por la culpa, de lo que se deducía que la sala debía estar en la escalera que K. seleccionó por casualidad.

Al subir, molestó a un numeroso grupo de niños que jugaban en la escalera y que le miraron al atravesar sus filas. "La próxima vez que venga aquí", se dijo, "tengo que traer caramelos para caerles bien o un palo para pegarles". Justo antes de llegar al primer rellano tuvo incluso que esperar un poco hasta que una pelota terminara su movimiento, dos chiquillos con caras astutas como sinvergüenzas adultos le sujetaron por las perneras del pantalón hasta que lo hiciera; si se los quitaba de encima tendría que hacerles daño, y tenía miedo del ruido que harían al gritar.

En el primer piso comenzó su búsqueda de verdad. Todavía se sentía incapaz de preguntar por la comisión investigadora, así que se inventó un carpintero llamado Lanz -este nombre se le ocurrió porque el capitán, sobrino de la señora Grubach, se llamaba Lanz para poder preguntar en cada piso si el carpintero Lanz vivía allí y obtener así la oportunidad de mirar en las habitaciones. Sin embargo, resultó que eso fue posible en la mayoría de los casos sin más, ya que casi todas las puertas quedaban abiertas y los niños entraban y salían co-

rriendo. La mayoría eran habitaciones pequeñas, de una sola ventana, donde también se cocinaba. Muchas mujeres llevaban a los bebés en un brazo y trabajaban en los fogones con el otro. Niñas medio adultas, que parecían estar vestidas sólo con sus pinafores, trabajaban arduamente corriendo de un lado a otro. En todas las habitaciones, las camas seguían siendo utilizadas por personas enfermas, o todavía dormidas, o por gente estirada en ellas con la ropa puesta. K. llamó a los pisos cuyas puertas estaban cerradas y preguntó si Lanz, el carpintero, vivía allí. Generalmente era una mujer la que abría la puerta, escuchaba la consulta y se dirigía a alguien de la habitación que se levantaba de la cama. "El señor pregunta si un carpintero llamado Lanz, vive aquí". "¿Un carpintero, llamado Lanz?", preguntaba desde la cama". "Así es", decía K., aunque estaba claro que la comisión investigadora no se encontraba allí, por lo que su tarea había llegado a su fin. Hubo muchos que pensaron que debía ser muy importante para K. encontrar a Lanz el carpintero y se lo pensaron mucho, nombrando a un carpintero que no se llamaba Lanz o dando un nombre que tenía alguna vaga similitud con Lanz, o preguntaron a los vecinos o acompañaron a K. a una puerta muy lejana donde pensaban que podría vivir alguien de esa clase en la parte trasera del edificio o donde estaría alguien que podría aconsejar a K. mejor que ellos mismos. Al final, K. tuvo que renunciar a preguntar si no quería que lo llevaran de un piso a otro de esta manera. Se arre-

de usted, no se permitirá la entrada a nadie más". "Muy sensato", dijo K., "pero ya está demasiado lleno". Pero entonces volvió a entrar de todos modos. Pasó entre dos hombres que hablaban junto a la puerta -uno de ellos tenía las manos muy extendidas delante de sí haciendo los movimientos de contar dinero, el otro le miraba de cerca a los ojos- y alguien le cogió de la mano. Era un joven pequeño y con la cara roja. "Entra, entra", dijo. K. se dejó llevar por él, y resultó que había -sorprendentemente en una multitud densamente abarrotada de gente que se movía de un lado a otro en un estrecho pasillo que podía ser la división entre dos facciones; esta idea se vio reforzada por el hecho de que en las primeras filas a su izquierda y a su derecha apenas había un rostro que mirara en su dirección, no vio más que las espaldas de personas que dirigían su discurso y sus movimientos sólo hacia los miembros de su propio bando. La mayoría de ellos iban vestidos de negro, con viejas batas largas y formales que les colgaban holgadamente. Esta vestimenta era lo único que desconcertaba a K., ya que de otro modo habría tomado toda la asamblea por una reunión política local.

En el otro extremo de la sala a la que K. había sido conducido había una pequeña mesa colocada en ángulo sobre un podio muy bajo que estaba tan abarrotado como todos los demás lugares, y detrás de la mesa, cerca del borde del podio, estaba sentado un hombre pequeño, gordo y jadeante que hablaba con alguien detrás de él. Este segun-

pintió de su plan inicial, que al principio le había parecido tan práctico. Al llegar a la quinta planta, decidió renunciar a la búsqueda, se despidió de un joven y simpático trabajador que quería llevarle aún más lejos y bajó las escaleras. Pero entonces el pensamiento de cuánto tiempo estaba perdiendo le hizo enfadarse, volvió de nuevo y llamó a la primera puerta del quinto piso. Lo primero que vio en la pequeña habitación fue un gran reloj en la pared que ya marcaba las diez. "¿Vive aquí un carpintero llamado Lanz?", preguntó. "¿Perdón?", dijo una joven de ojos negros y brillantes que en ese momento estaba lavando la ropa interior de los niños en un cubo. Señaló con su mano mojada la puerta abierta de la habitación contigua.

K. pensó que había entrado en una reunión. La sala, de tamaño medio y con dos ventanas, estaba repleta de gente de lo más variopinta; nadie prestaba atención a la persona que acababa de entrar. Bajo su techo estaba rodeada por una galería que también estaba totalmente ocupada y donde la gente sólo podía permanecer agachada con la cabeza y la espalda tocando el techo. K., que encontraba el aire demasiado cargado, salió de nuevo y dijo a la joven, que probablemente había entendido mal lo que había dicho: "He pedido un carpintero, alguien que se llama Lanz". "Sí", dijo la mujer, "por favor, pase". K. probablemente no la habría seguido si la mujer no se hubiera acercado a él, hubiera cogido el pomo de la puerta y hubiera dicho: "Tendré que cerrar la puerta después

do hombre estaba de pie con las piernas cruzadas y los codos apoyados en el respaldo de la silla, provocando muchas risas. De vez en cuando lanzaba el brazo al aire como si hiciera una caricatura de alguien. El joven que guiaba a K. tuvo algunas dificultades para informar al hombre. Ya había intentado dos veces decirle algo, poniéndose de puntillas, pero sin conseguir la atención del hombre, que estaba sentado encima de él. Sólo cuando uno de los presentes en el estrado le llamó la atención sobre el joven, el hombre se volvió hacia él y se inclinó para escuchar lo que le decía en voz baja. Luego sacó su reloj y miró rápidamente a K. "Deberías haber llegado hace una hora y cinco minutos", dijo. K. iba a responderle, pero no tuvo tiempo de hacerlo, ya que apenas el hombre habló se produjo un murmullo generalizado en toda la parte derecha del vestíbulo. "Deberías haber estado aquí hace una hora y cinco minutos", repitió ahora el hombre, elevando esta vez la voz, y miró rápidamente alrededor de la sala bajo él. El murmullo también se hizo inmediatamente más fuerte y, como el hombre no dijo nada más, se fue apagando poco a poco. Ahora la sala estaba mucho más silenciosa que cuando K. había entrado. Sólo la gente de la galería no había dejado de hacer comentarios. Por lo que se podía distinguir, en la penumbra, el polvo y la niebla, parecían estar menos vestidos que los de abajo. Muchos de ellos habían traído almohadas que habían colocado entre sus cabezas y el techo para no hacerse daño al presio-

narse contra él.

K. había decidido que se dedicaría más a observar que a hablar, así que no se defendió por haber llegado supuestamente tarde, y se limitó a decir: "Bueno, tal vez he llegado tarde, ya estoy aquí". Siguió un fuerte aplauso, una vez más desde el lado derecho de la sala. Es fácil que la gente se ponga de tu lado, pensó K., y sólo le molestó el silencio del lado izquierdo, que estaba directamente detrás de él y desde el que sólo hubo aplausos de unos pocos individuos. Se preguntó qué podría decir para conseguir que todos ellos le apoyaran juntos o, si eso no era posible, para conseguir al menos el apoyo de los demás durante un rato.

"Sí", dijo el hombre, "pero ahora ya no tengo ninguna obligación de escuchar su caso" -se oyó de nuevo un murmullo, pero esta vez era engañoso, ya que el hombre hizo a un lado las objeciones de la gente con la mano y continuó- "Sin embargo, como excepción, continuaré con él hoy. Pero no deberían volver a llegar tarde de esta manera. Y ahora, ¡un paso adelante!" Alguien bajó del podio para que hubiera un lugar libre para K., y éste subió a él. Se puso de pie apretado contra la mesa, la presión de la multitud detrás de él era tan grande que tuvo que apretarse contra ella si no quería empujar el escritorio del juez hacia abajo del podio y tal vez al juez junto con él.

El juez, sin embargo, no prestó atención a eso, sino que se sentó muy cómodamente en su silla y, después de decir unas palabras para cerrar su

discusión con el hombre que estaba detrás de él, cogió un pequeño cuaderno de notas, el único elemento de su escritorio. Era como un viejo cuaderno de ejercicios de la escuela y se había deformado bastante de tanto hojearlo. "Ahora bien", dijo el juez, hojeando el libro. Se dirigió a K. con el tono de alguien que conoce sus datos y dijo: "¿Es usted pintor de casas?". "No", dijo K., "soy el jefe de personal de un gran banco". A esta respuesta le siguieron las risas de la facción de la derecha que estaba en el vestíbulo, eran tan sinceras que K. no pudo evitar unirse a ellas. La gente se apoyaba con las manos en las rodillas y se agitaba como si sufriera un grave ataque de tos. Incluso algunos de los que estaban en la galería se reían. El juez se había enfadado bastante, pero parecía no tener poder sobre los que estaban debajo de él en la sala, trató de reducir el daño que se había hecho en la galería y saltó amenazándolos, sus cejas, hasta entonces apenas notables, se levantaron y se volvieron grandes, negras y tupidas sobre sus ojos.

La parte izquierda de la sala seguía tranquila, sin embargo, la gente permanecía en filas con la cara mirando hacia el estrado escuchando lo que allí se decía, observaban el ruido del otro lado de la sala con la misma tranquilidad e incluso permitían que algunos individuos de sus propias filas, aquí y allá, se adelantaran a la otra facción. Los de la facción de la izquierda no sólo eran menos numerosos que los de la derecha, sino que probablemente no eran más importantes que ellos, aunque su comporta-

miento era más tranquilo y eso hacía parecer que lo eran. Cuando K. comenzó a hablar ahora estaba convencido de que lo hacía de la misma manera que ellos.

"Su pregunta, milord, sobre si soy pintor de casas -de hecho, incluso más que eso, no me lo ha preguntado en absoluto, sino que simplemente me lo ha impuesto- es sintomática de toda la forma en que se está llevando a cabo este proceso contra mí. Tal vez usted objetará que no hay ningún procedimiento contra mí. Tendrá razón, ya que sólo hay procedimientos si reconozco que los hay. Pero, por el momento, lo reconozco, por lástima de ustedes mismos en gran medida. Es imposible no observar todo este asunto sin sentir lástima. No digo que las cosas se hagan sin el debido cuidado, pero me gustaría dejar claro que soy yo quien hace el reconocimiento".

K. dejó de hablar y miró hacia el vestíbulo. Había hablado bruscamente, más bruscamente de lo que pretendía, pero había tenido mucha razón. Debería haber sido recompensado con algunos aplausos aquí y allá, pero todo estaba en silencio, todos estaban claramente a la espera de lo que seguiría, tal vez la quietud estaba preparando el terreno para un estallido de actividad que pondría fin a todo este asunto. Fue un tanto inquietante que justo en ese momento se abriera la puerta del fondo de la sala, la joven lavandera, que parecía haber terminado su trabajo, entró y, a pesar de toda su cautela, atrajo la atención de algunos de los allí

presentes. Sólo el juez le hizo gracia a K. directamente, ya que parece que le llamaron la atención inmediatamente las palabras de K. Hasta entonces, le había escuchado de pie, ya que el discurso de K. le había cogido por sorpresa mientras dirigía su atención a la galería. Ahora, en la pausa, se sentó muy lentamente, como si no quisiera que nadie se diera cuenta. Volvió a sacar el cuaderno, probablemente para dar la impresión de estar más tranquilo.

"Eso no le servirá de nada, señor", continuó K., "incluso su pequeña libreta sólo confirmará lo que yo digo". K. se sintió satisfecho de no escuchar más que sus propias y tranquilas palabras en esta sala llena de desconocidos, e incluso se atrevió a coger despreocupadamente el cuaderno del juez de instrucción y, tocándolo sólo con la punta de los dedos como si se tratara de algo repugnante, lo levantó en el aire, sujetándolo justo por una de las páginas centrales, de modo que las otras, a cada lado, estrechamente escritas, manchadas y amarillentas, se agitaron. "Estas son las notas oficiales del juez de instrucción", dijo, y dejó caer el cuaderno sobre el escritorio. "Puede leer en su cuaderno todo lo que quiera, señor, realmente no tengo nada que temer en este cuaderno de cargos, aunque no tengo acceso a él ya que no me gustaría tenerlo en la mano, sólo puedo tocarlo con dos dedos". El juez cogió el cuaderno de donde había caído sobre el escritorio - lo que sólo podía ser una señal de su profunda humillación, o al menos así debió percibirlo-, trató de ordenarlo un poco y lo

sostuvo de nuevo frente a sí para leerlo.

Las personas de la primera fila le miraron, mostrando tal tensión en sus rostros que él volvió a bajar la mirada hacia ellos durante algún tiempo. Cada uno de ellos era un anciano, algunos de ellos con barba blanca. ¿Serían acaso el grupo crucial que podría hacer cambiar a toda la asamblea en un sentido u otro? Se habían sumido en un estado de inmovilidad mientras K. daba su discurso, y no había sido posible sacarlos de esta pasividad ni siquiera cuando el juez estaba siendo humillado. "Lo que me ha sucedido", continuó K., con menos del vigor que había tenido antes, escudriñaba continuamente los rostros de la primera fila, y esto daba a su discurso un carácter algo nervioso y distraído, "lo que me ha sucedido no es sólo un caso aislado. Si lo fuera no tendría mucha importancia, ya que no la tiene para mí, pero es un síntoma de los procedimientos que se llevan a cabo contra muchos. Es en nombre de ellos que estoy aquí ahora, no sólo por mí".

Sin proponérselo, había levantado la voz. En algún lugar de la sala, alguien levantó las manos y le aplaudió gritando: "¡Bravo! ¿Por qué no? ¡Bravo! De nuevo digo: ¡Bravo!". Algunos de los hombres de la primera fila se tantearon en sus barbas, ninguno miró a su alrededor para ver quién gritaba. Ni siquiera K. le dio importancia, pero le levantó el ánimo; ya no creía necesario en absoluto que todos los presentes en la sala le aplaudieran, bastaba con que la mayoría se pusiera a pensar en el asunto y que uno solo, de vez en cuando, se convenciera.

"No pretendo ser un orador de éxito", dijo K. después de esta reflexión, "eso es probablemente más de lo que soy capaz de todos modos. Estoy seguro de que el juez de instrucción puede hablar mucho mejor que yo, después de todo es parte de su trabajo. Todo lo que quiero es una discusión pública de un error público. Escuche: hace diez días me pusieron bajo arresto, el arresto en sí es algo de lo que me río, pero eso no viene al caso. Vinieron a buscarme por la mañana cuando todavía estaba en la cama. Tal vez se había dado la orden de detener a algún pintor de casas -eso parece posible después de lo que ha dicho el juez-, a alguien tan inocente como yo, pero me eligieron a mí. Había dos matones de la policía ocupando la habitación de al lado. No podrían haber tomado mejores precauciones si yo hubiera sido un ladrón peligroso. Y estos policías eran gentuza sin principios, me hablaron hasta el hartazgo, querían sobornos, querían engañarme para que les diera mi ropa, querían dinero, supuestamente para poder traerme el desayuno después de haberse comido descaradamente mi propio desayuno delante de mis ojos. Y ni siquiera eso fue suficiente. Me llevaron delante del supervisor a otra habitación. Esta era la habitación de una señora a la que tengo mucho respeto, y me vi obligada a mirar mientras el supervisor y los policías hacían todo un desastre en esta habitación por mi culpa, aunque no por culpa mía. No fue fácil mantener la calma, pero lo conseguí y me quedé completamente tranquilo cuando le

pregunté al supervisor por qué estaba detenido. Si estuviera aquí tendría que confirmar lo que digo. Lo veo ahora, sentado en la silla de la señora que mencioné, una imagen de la arrogancia de la gente. ¿Qué creen que ha respondido? Lo que me dijo, señores, en el fondo no era nada; quizás realmente no sabía nada, me había puesto bajo arresto y estaba satisfecho. De hecho, había hecho algo más que eso y había llevado a tres empleados subalternos del banco donde trabajo a la habitación de la señora; se habían ocupado de interferir en unas fotografías que pertenecían a la señora y de causar un desorden. Por supuesto, había otra razón para traer a estos empleados; se esperaba que ellos, al igual que mi casera y su criada, difundieran la noticia de mi detención y dañaran mi reputación pública y, en particular, me destituyeran de mi puesto en el banco. Pues bien, no consiguieron nada de eso, ni lo más mínimo, incluso mi casera, que es una persona bastante sencilla -y les daré aquí su nombre con todo respeto, se llama señora Grubach-, incluso la señora Grubach fue lo suficientemente comprensiva como para ver que una detención como ésta no tiene más importancia que un ataque llevado a cabo en la calle por algunos jóvenes que no se mantienen bajo el debido control. Repito que todo este asunto no me ha causado más que malestar e irritación temporal, pero ¿no podría haber tenido también consecuencias mucho peores?"

K. se interrumpió aquí y miró al juez, que no dijo nada. Mientras lo hacía, le pareció ver que el juez

hacía un movimiento de ojos para hacer una señal a alguien de la multitud. K. sonrió y dijo: "Y ahora el juez, justo a mi lado, está haciendo una señal secreta a alguien entre ustedes. Parece que hay alguien entre ustedes que está recibiendo instrucciones de arriba. No sé si la señal está destinada a producir abucheos o aplausos, pero me resistiré a intentar adivinar su significado demasiado pronto. Realmente no me importa, y le doy a su señoría el juez mi pleno y público permiso para que deje de hacer señales secretas a su subordinado a sueldo ahí abajo y dé sus órdenes con palabras en su lugar; que se limite a decir "¡Abucheos ya!", y la próxima vez "¡Aplausos ya!".

Ya sea por vergüenza o por impaciencia, el juez se balanceó hacia atrás y hacia delante en su asiento. El hombre que estaba detrás de él, con el que había estado hablando antes, se inclinó de nuevo hacia delante, ya fuera para darle unas palabras generales de ánimo o algún consejo concreto. Debajo de ellos, en el vestíbulo, la gente hablaba entre sí en voz baja pero animadamente. Las dos facciones parecían tener puntos de vista fuertemente opuestos, pero ahora empezaban a mezclarse, algunos individuos señalaban a K., otros al juez. El aire de la sala era fangoso y extremadamente opresivo, los que estaban más alejados apenas podían ser vistos a través de él. Debió de ser especialmente molesto para los visitantes que se encontraban en la tribuna, ya que se vieron obligados a preguntar en voz baja a los participantes

en la asamblea qué estaba ocurriendo exactamente, aunque con tímidas miradas al juez. Las respuestas que recibían eran igual de silenciosas, y se daban tras la protección de una mano levantada.

"Ya casi he terminado lo que tenía que decir", dijo K., y como no había timbre disponible golpeó el escritorio con el puño de una manera que sobresaltó al juez y a su asesor y les hizo levantar la vista el uno del otro. "Nada de esto me concierne y, por lo tanto, estoy en condiciones de hacer una valoración serena de ello y, suponiendo que este llamado tribunal tenga alguna importancia real, les convendrá mucho escuchar lo que tengo que decir. Si quieren discutir lo que digo, por favor no se molesten en escribirlo hasta más tarde, no tengo tiempo que perder y pronto me iré.

"Hubo un silencio inmediato, lo que demostró lo bien que K. controlaba a la multitud. No hubo gritos entre ellos como al principio, ni siquiera se aplaudió, pero si no estaban ya convencidos, parecían estar muy cerca de hacerlo.

K. se alegró de la tensión que se respiraba entre todos los presentes mientras le escuchaban, un murmullo surgió del silencio que fue más vigorizante de lo que podría haber sido el más extático de los aplausos. "No hay duda", dijo en voz baja, "de que hay una enorme organización que determina lo que dice este tribunal. En mi caso, esto incluye mi arresto y el examen que se está llevando a cabo hoy aquí, una organización que emplea a policías que pueden ser sobornados, supervisores zoque-

tes y jueces de los que no se puede decir nada mejor que que no son tan arrogantes como otros. Esta organización mantiene incluso una judicatura de alto nivel junto con su tren de innumerables sirvientes, escribas, policías y toda la asistencia que necesita, tal vez incluso verdugos y torturadores -no tengo miedo de usar esas palabras-. Y cuál es, señores, el propósito de esta enorme organización. Su propósito es detener a personas inocentes y emprender procesos inútiles contra ellas que, como en mi caso, no conducen a ningún resultado. ¿Cómo vamos a evitar que los gobernantes se corrompan profundamente cuando todo carece de sentido? Eso es imposible, ni siquiera el más alto juez sería capaz de conseguirlo por sí mismo. Por eso los policías intentan robar la ropa de las personas a las que detienen, por eso los supervisores irrumpen en las casas de personas que no conocen, por eso se humilla a personas inocentes ante las multitudes en lugar de someterlas a un juicio adecuado. Los policías sólo hablaron de los almacenes donde ponen las propiedades de los que arrestan, me gustaría ver esos almacenes donde se dejan deteriorar las posesiones que tanto les costó conseguir a los arrestados, si es que no son robadas por las manos ladronas de los almacenistas."

K. fue interrumpido por un chillido procedente del extremo más alejado del vestíbulo, sombreó los ojos para ver hasta allí, ya que la luz mortecina del día hacía que el humo fuera blanquecino y difícil de ver a través de él. Era la lavandera, a la que K. había

reconocido como probable fuente de disturbios nada más entrar. Ahora era difícil ver si era culpa suya o no. K. sólo pudo ver que un hombre la había arrinconado junto a la puerta y se apretaba contra ella. Pero no era ella la que gritaba, sino el hombre, que había abierto mucho la boca y miraba al techo. Se había formado un pequeño círculo alrededor de los dos, los visitantes que estaban cerca de él en la galería parecían encantados de que el tono serio que K. había introducido en la reunión se hubiera alterado de esa manera. El primer pensamiento de K. fue correr hacia allí, y también pensó que todo el mundo querría poner orden allí o al menos hacer que la pareja abandonara la sala, pero la primera fila de personas frente a él se quedó donde estaba, nadie se movió y nadie dejó pasar a K. Al contrario, se interpusieron en su camino, los ancianos extendieron sus brazos frente a él y una mano de alguna parte -no tuvo tiempo de darse la vuelta- le agarró por el cuello. K., para entonces, se había olvidado de la pareja, le pareció que se limitaba su libertad como si se tomara en serio su detención, y, sin pensar en lo que hacía, bajó de un salto del estrado. Ahora se encontraba cara a cara con la multitud. ¿Había juzgado bien al pueblo? ¿Había confiado demasiado en el efecto de su discurso? ¿Habían estado fingiendo todo el tiempo que había estado hablando, y ahora que llegaba al final y a lo que debía seguir, estaban cansados de fingir? ¡Qué caras había a su alrededor! Los ojos oscuros y pequeños parpadeaban aquí y allá, las mejillas

caídas como en los hombres borrachos, sus largas barbas eran finas y rígidas, si las agarraban era más bien como si hicieran de sus manos unas garras, no como si agarraran sus propias barbas. Pero debajo de esas barbas -y éste fue el verdadero descubrimiento que hizo K.- había insignias de diversos tamaños y colores que brillaban en los cuellos de sus abrigos. Por lo que pudo ver, cada uno de ellos llevaba una de estas insignias. Todos pertenecían al mismo grupo, aunque parecían estar divididos a la derecha y a la izquierda de él, y cuando se volvió de repente vio la misma insignia en el cuello del juez de instrucción, que le miraba tranquilamente con las manos en el regazo. "Así que -exclamó K., levantando los brazos como si esta súbita comprensión necesitara más espacio-, todos vosotros trabajáis para esta organización, ahora veo que sois la misma panda de tramposos y mentirosos de la que acabo de hablar, os habéis metido aquí para escuchar y fisgonear, habéis dado la impresión de haberos formado en facciones, uno de vosotros incluso me ha aplaudido para ponerme a prueba, ¡y habéis querido aprender a atrapar a un inocente! Pues bien, espero que no hayas venido aquí para nada, espero que o bien te hayas divertido con alguien que esperaba que defendieras su inocencia o bien -suéltame o te pego-, gritó K. a un anciano tembloroso que se había apretado especialmente contra él, o bien que hayas aprendido realmente algo. Así que te deseo buena suerte en tu oficio". Tomó enérgicamente su sombrero de donde repo-

saba en el borde de la mesa y, rodeado de un silencio causado quizás por lo completo de su sorpresa, se encaminó hacia la salida. Sin embargo, el juez de instrucción parece haberse movido aún más rápido que K., ya que le estaba esperando en la puerta. "Un momento", dijo. K. se quedó donde estaba, pero miró a la puerta con la mano ya en el picaporte en lugar de mirar al juez. "Sólo quería llamar su atención", dijo el juez, "sobre algo de lo que parece no ser consciente todavía: hoy se ha privado de las ventajas que una audiencia de este tipo da siempre a alguien que está detenido". K. se rió hacia la puerta. "Pandilla de patanes", dijo, "podéis quedaros con todas vuestras audiencias como un regalo mío", luego abrió la puerta y se apresuró a bajar los escalones. Detrás de él, el ruido de la asamblea aumentó al animarse de nuevo y, probablemente, comenzar a discutir estos acontecimientos como si se tratara de un estudio científico.

CAPÍTULO 3

EN LA SALA VACIA-EL ESTUDIANTE-LOS
DESPACHOS.

Todos los días de la semana siguiente, K. esperaba que llegara otra citación, no podía creer que su rechazo a más audiencias se hubiera tomado al pie de la letra, y cuando la esperada citación realmente no había llegado el sábado por la tarde, lo interpretó como que le esperaban, sin decírselo, para presentarse en el mismo lugar a la misma hora. Así que el domingo se puso de nuevo en marcha en la misma dirección, subiendo sin vacilar las escaleras y atravesando los pasillos; algunas personas se acordaban de él y le saludaban desde sus portales, pero ya no necesitaba preguntar a nadie el camino y pronto llegó a la puerta correcta. Se abrió en cuanto llamó y, sin prestar atención a la mujer

que había visto la última vez y que estaba de pie en el umbral, se disponía a entrar directamente en la sala contigua cuando ella le dijo: "Hoy no hay sesión". "¿Cómo que no hay sesión?", preguntó él, incapaz de creerlo. Pero la mujer le convenció abriendo la puerta de la habitación contigua. Efectivamente, estaba vacía, y tenía un aspecto aún más lúgubre que el domingo anterior. En el podio estaba la mesa exactamente igual que antes, con unos cuantos libros sobre ella. "¿Puedo echar un vistazo a esos libros?", preguntó K., no porque tuviera especial curiosidad, sino para no haber venido en balde. "No", dijo la mujer mientras volvía a cerrar la puerta, "eso no está permitido. Esos libros pertenecen al juez de instrucción". "Ya veo", dijo K., y asintió, "esos libros deben ser de leyes, y así es como este tribunal hace las cosas, no sólo para juzgar a personas que son inocentes, sino incluso para juzgarlas sin que sepan lo que está pasando." "Supongo que tienes razón", dijo la mujer, que no había entendido exactamente lo que quería decir. "Será mejor que me vaya de nuevo, entonces", dijo K. "¿Debo dar un mensaje al juez de instrucción?", preguntó la mujer. "¿Lo conoce, entonces?", preguntó K. "Por supuesto que lo conozco", dijo la mujer, "mi marido es el ujier del tribunal". Fue ahora cuando K. se dio cuenta de que la habitación, en la que antes no había más que un lavabo, había sido habilitada como sala de estar. La mujer vio lo sorprendido que estaba y le dijo: "Sí, podemos vivir aquí como queramos, sólo que tenemos que despejar la habitación cuando el tribunal está en sesión. El trabajo de mi marido tiene muchas desventajas". "No es tanto la habitación lo que me sorprende", dijo K., mirán-

dola de forma cruzada, "es que estés casada lo que me choca". "¿Estás pensando en lo que pasó la última vez que el tribunal estaba en sesión, cuando molesté lo que estabas diciendo?", preguntó la mujer. "Por supuesto", dijo K., "ya es pasado y casi lo he olvidado, pero en aquel momento me puso furiosa. Y ahora tú misma me dices que eres una mujer casada". "No fue ninguna desventaja para ti que te interrumpieran el discurso. La forma en que hablaron de ti después de que te fuiste fue muy mala". "Eso bien podría ser", dijo K., dándose la vuelta, "pero no te excusa". "No hay nadie que conozca que me lo eche en cara", dijo la mujer. "Él, que me abrazó, lleva mucho tiempo persiguiéndome. Puede que no sea muy atractiva para la mayoría de la gente, pero lo soy para él. No tengo ninguna protección frente a él, incluso mi marido ha tenido que acostumbrarse; si quiere conservar su trabajo tiene que soportarlo, ya que ese hombre es un estudiante y casi seguro que será muy poderoso más adelante. Siempre está detrás de mí, acababa de salir cuando tú llegaste". "Eso encaja con todo lo demás", dijo K., "no me sorprende". "¿Quieres mejorar un poco las cosas aquí?", preguntó la mujer lentamente, observándole como si dijera algo que pudiera ser tan peligroso para K. como para ella misma. "Eso es lo que pensé cuando te oí hablar, me gustó mucho lo que dijiste. Eso sí, sólo escuché una parte, me perdí el principio y al final estaba tumbada en el suelo con el estudiante... es tan horrible aquí", dijo tras una pausa, y cogió la mano de K. "¿Crees que realmente serás capaz de mejorar las cosas?" K. sonrió y giró un

poco su mano entre las suaves manos de ella. "Realmente no es mi trabajo mejorar las cosas aquí, como tú dices", dijo, "y si le dijeras eso al juez de instrucción se reiría de ti o te castigaría por ello. Realmente no me habría involucrado en este asunto si hubiera podido evitarlo, y no habría perdido el sueño preocupándome por cómo hay que mejorar este tribunal. Pero el hecho de que me digan que he sido arrestado -y estoy arrestado- me obliga a tomar alguna medida, y a hacerlo por mi propio bien. Sin embargo, si puedo serle de alguna utilidad en el proceso, por supuesto que lo haré con gusto. Y lo haré con gusto no sólo por caridad, sino también porque usted puede serme de alguna ayuda". "¿Cómo podría ayudarle, entonces?", dijo la mujer. "Podría, por ejemplo, enseñarme los libros que hay sobre la mesa". "Sí, desde luego", gritó la mujer, y arrastró a K. detrás de ella mientras se apresuraba hacia ellos. Los libros eran viejos y estaban muy desgastados, la cubierta de uno de ellos casi se había roto por la mitad, y se sostenía con unos pocos hilos. "Todo está muy sucio aquí", dijo K., sacudiendo la cabeza, y antes de que pudiera recoger los libros la mujer limpió parte del polvo con su delantal. K. cogió el libro que estaba encima y lo abrió de golpe, apareciendo una imagen indecente. Un hombre y una mujer sentados desnudos en un sofá, la intención básica de quien lo había dibujado era fácil de ver, pero había tenido una falta de habilidad tan grande que lo único que se podía distinguir era al hombre y a la mujer

que dominaban el cuadro con sus cuerpos, sentados en posturas demasiado erguidas que creaban una perspectiva falsa y dificultaban su acercamiento. K. no hojeó más ese libro, sino que se limitó a abrir el siguiente por su portada, era una novela con el título, Lo que Grete sufrió de su marido, Hans. "Así que éste es el tipo de libro de derecho que estudian aquí", dijo K., "éste es el tipo de persona que se sienta a juzgarme". "Puedo ayudarte", dijo la mujer, "¿quieres que lo haga?" "¿Podría hacerlo sin ponerse en peligro? Usted dijo antes que su marido depende totalmente de sus superiores". "Todavía quiero ayudarte", dijo la mujer, "ven aquí, tenemos que hablar de ello. No digas más sobre el peligro que corro, sólo temo el peligro donde quiero temerlo. Ven aquí". Señaló el podio y le invitó a sentarse en el escalón con ella. "Tienes unos ojos oscuros preciosos", dijo después de que se hubieran sentado, mirando a la cara de K., "la gente dice que yo también tengo ojos bonitos, pero los tuyos son mucho más bonitos. Fue lo primero en lo que me fijé cuando llegaste. Incluso por eso entré aquí, en el salón de actos, después, nunca lo haría normalmente, ni siquiera se me permite". Así que de eso se trata todo esto, pensó K., se está ofreciendo a mí, es tan degenerada como todo lo que hay por aquí, está harta de los funcionarios de la corte, lo cual es comprensible, supongo, y por eso se acerca a cualquier desconocido y le hace cumplidos sobre sus ojos. Con eso, K. se levantó en silencio como si hubiera dicho sus pensamientos en

voz alta y así le explicó su acción a la mujer. "No creo que puedas ayudarme", dijo, "para ser realmente útil tendrías que estar en contacto con altos funcionarios. Pero estoy seguro de que sólo conoce a los empleados inferiores, y hay una multitud de ellos pululando por aquí. Estoy seguro de que los conoce muy bien y que podría conseguir mucho a través de ellos, no lo dudo, pero lo máximo que se podría hacer a través de ellos no tendría ninguna relación con el resultado final del juicio. Usted, por el contrario, perdería a algunos de sus amigos como resultado, y no deseo eso. Continúe con estas personas de la misma manera que lo ha hecho, ya que me parece que es algo de lo que no puede prescindir. No me arrepiento de decir esto, ya que, en compensación por tu cumplido hacia mí, también te encuentro bastante atractiva, sobre todo cuando me miras con tanta tristeza como ahora, aunque realmente no tienes ninguna razón para hacerlo. Perteneces a la gente que tengo que combatir, y te sientes muy cómoda entre ellos, incluso estás enamorada del estudiante, o si no lo amas al menos lo prefieres a tu marido. Es fácil verlo por lo que has dicho". "¡No!", gritó ella, permaneció sentada donde estaba y agarró la mano de K., que no consiguió apartar con la suficiente rapidez. "¡No puedes irte ahora, no puedes irte cuando me has juzgado mal así! ¿Eres realmente capaz de irte ahora? ¿Realmente soy tan inútil que ni siquiera me haces el favor de quedarte un poco más?" "No me entiendes", dijo K., volviendo a

sentarse, "si realmente es importante para ti que me quede aquí, lo haré con mucho gusto, tengo tiempo de sobra, vine aquí pensando que se celebraría un juicio. Todo lo que quise decir con lo que acabo de decir fue pedirle que no hiciera nada en mi nombre en el proceso contra mí. Pero incluso eso no es nada para que usted se preocupe si considera que no hay nada que dependa del resultado de este juicio, y que, sea cual sea el veredicto, me reiré de él. Y eso incluso presuponiendo que llegue a alguna conclusión, cosa que dudo mucho. Creo que es mucho más probable que los funcionarios del tribunal sean demasiado perezosos, demasiado olvidadizos, o incluso demasiado temerosos de continuar con estos procedimientos y que pronto serán abandonados, si no lo han sido ya. Incluso es posible que finjan seguir con el juicio con la esperanza de recibir un gran soborno, aunque ya le digo que eso será en vano, ya que no pago sobornos a nadie. Tal vez un favor que podría hacerme sería decirle al juez de instrucción, o a cualquier otra persona a la que le guste difundir noticias importantes, que nunca se me inducirá a pagar ningún tipo de soborno mediante ninguna estratagema suya, y estoy seguro de que tienen muchas estratagemas a su disposición. No hay ninguna perspectiva de eso, puede decírselo abiertamente. Y lo que es más, espero que ya se hayan dado cuenta ellos mismos, o incluso si no lo han hecho, este asunto no es realmente tan importante para mí como ellos creen. Esos señores sólo se ahorra-

rían algo de trabajo para ellos, o por lo menos algunas molestias para mí, que, sin embargo, estoy encantado de soportar si sé que cada molestia para mí es un golpe contra ellos. Y me aseguraré de que sea un golpe contra ellos. ¿Conoce usted realmente al juez?" "Claro que sí", dijo la mujer, "fue el primero en el que pensé cuando me ofrecí a ayudarte. No sabía que es un funcionario menor, pero si usted lo dice debe ser cierto. Eso sí, sigo pensando que el informe que da a sus superiores debe tener alguna influencia. Y escribe muchos informes. Usted dice que estos funcionarios son perezosos, pero ciertamente no son todos perezosos, especialmente este juez de instrucción, escribe siempre tanto. El domingo pasado, por ejemplo, la sesión se prolongó hasta la noche. Todo el mundo se había ido, pero el juez de instrucción se quedó en la sala, tuve que traerle una lámpara, todo lo que tenía era una pequeña lámpara de cocina, pero estaba muy satisfecho con ella y se puso a escribir enseguida. Mientras tanto llegó mi marido, que siempre tiene el día libre los domingos, volvimos a meter los muebles y a ordenar nuestra habitación y luego vinieron algunos vecinos, nos sentamos a hablar un rato junto a una vela, en fin, nos olvidamos del juez de instrucción y nos fuimos a la cama. De repente, en la noche, debió ser bastante tarde, me desperté, al lado de la cama, estaba el juez de instrucción sombreando la lámpara con la mano para que no cayera la luz sobre mi marido, no necesitaba ser tan cuidadoso,

tal y como duerme mi marido la luz no le habría despertado de todos modos. Me quedé bastante sorprendida y casi grité, pero el juez fue muy amable, me advirtió que debía tener cuidado, me susurró que ha estado escribiendo todo este tiempo, y ahora me ha devuelto la lámpara, y nunca olvidará cómo me veía cuando me encontró allí dormida. Lo que quiero decir, con todo esto, es que el juez de instrucción realmente escribe muchos informes, especialmente sobre ti, ya que interrogarte era sin duda una de las principales cosas en la agenda de ese domingo. Si escribe informes tan largos deben ser de cierta importancia. Y además de todo eso, se puede ver por lo que pasó que el juez de instrucción me persigue, y es justo ahora, cuando ha empezado a fijarse en mí, que puedo tener mucha influencia sobre él. Y también tengo otras pruebas de que significo mucho para él. Ayer me envió a ese alumno, en el que realmente confía y con el que trabaja, le envió con un regalo para mí, unas medias de seda. Dijo que era porque me aclaro en el juzgado, pero eso es sólo una pretensión, ese trabajo no es más que lo que debo hacer, es para lo que le pagan a mi marido. Bonitas medias, son, mira," -estiró la pierna, se subió la falda hasta la rodilla y miró, ella misma, las medias- "son bonitas medias, pero son demasiado buenas para mí, de verdad."

Se interrumpió de repente y puso su mano sobre la de K., como si quisiera calmarlo, y susurró: "Cállate, Berthold nos está mirando". K. levantó lenta-

mente la vista. En la puerta de la sala se encontraba un joven, de baja estatura, con las piernas no del todo rectas, y que movía continuamente el dedo en torno a una barba corta, fina y rojiza con la que esperaba parecer digno. K. lo miró con cierta curiosidad, era el primer estudiante que había conocido de la desconocida disciplina de la jurisprudencia, cara a cara al menos, un hombre que incluso muy probablemente alcanzaría un alto cargo algún día. El estudiante, en cambio, no parecía reparar en K., simplemente retiró su dedo de la barba lo suficiente como para hacer una seña a la mujer y se acercó a la ventana, la mujer se inclinó hacia K. y le susurró: "No te enfades conmigo, por favor, no lo hagas, y por favor, tampoco pienses mal de mí, tengo que ir con él ahora, con este hombre horrible, sólo mira sus piernas dobladas. Pero volveré enseguida y luego me iré contigo si me llevas, iré a donde quieras, puedes hacer lo que quieras conmigo, seré feliz si puedo estar lejos de aquí el mayor tiempo posible, sería mejor si pudiera irme de aquí para siempre." Acarició la mano de K. una vez más, se levantó de un salto y corrió hacia la ventana. Antes de que se diera cuenta, K. se aferró a su mano pero no logró atraparla. Realmente se sentía atraído por la mujer, e incluso después de pensarlo mucho no pudo encontrar una buena razón para no ceder a su encanto. Se le pasó por la cabeza la idea de que la mujer pretendía atraparle en nombre de la corte, pero fue una objeción que no le costó rechazar. ¿De qué manera podría atraparlo?

¿No seguía siendo libre, tan libre que podía aplastar a toda la corte cuando quisiera, al menos en lo que a él se refería? ¿No podía tener tanta confianza en sí mismo? Y su oferta de ayuda sonaba sincera, y tal vez no era del todo inútil. Y tal vez no hubiera mejor venganza contra el juez de instrucción y sus compinches que arrebatarse a esta mujer y tenerla para él. Tal vez entonces, después de mucho trabajo escribiendo informes deshonestos sobre K., el juez iría a la cama de la mujer a altas horas de la noche y la encontraría vacía. Y estaría vacía porque ella pertenecía a K., porque esta mujer en la ventana, este cuerpo exuberante, flexible y cálido en sus sombrías ropas de material áspero y pesado le pertenecía a él, totalmente a él y sólo a él. Una vez que hubo asentado sus pensamientos hacia la mujer de esta manera, empezó a encontrar que la tranquila conversación en la ventana se estaba alargando demasiado, golpeó el podio con los nudillos, y luego incluso con el puño. El estudiante apartó brevemente la vista de la mujer para mirar a K. por encima del hombro, pero se dejó molestar, de hecho incluso se acercó a la mujer y la abrazó. Ella bajó la cabeza como si le escuchara atentamente, al hacerlo él la besó justo en el cuello, casi sin interrumpir lo que decía. K. vio esto como una confirmación de la tiranía que el estudiante ejercía sobre la mujer y de la que ella ya se había quejado, se levantó y caminó de un lado a otro de la habitación. Mirando de reojo al estudiante, se preguntaba cuál sería la forma más rápida de deshacerse de

él, y por eso no le pareció mal que el estudiante, claramente molesto por el vaivén de K., que ahora se había convertido en un zapateo, le dijera: "No tienes que quedarte aquí, sabes, si te estás impacientando. Podrías haberte ido antes, nadie te habría echado de menos. De hecho, deberías haberte ido, deberías haberte ido lo más rápido posible en cuanto llegué". Este comentario podría haber provocado toda la rabia posible entre ellos, pero K. también tuvo en cuenta que se trataba de un posible funcionario judicial que se dirigía a un acusado desfavorecido, y bien podría haberse enorgullecido de hablar así. K. permaneció de pie muy cerca de él y dijo con una sonrisa: "Tienes mucha razón, estoy impaciente, pero la forma más fácil de resolver esta impaciencia sería que nos dejaras. Por otra parte, si ha venido aquí a estudiar -estudiante, según he oído-, estaré encantado de dejarle la habitación y marcharme con la mujer. Estoy seguro de que aún te queda mucho por estudiar antes de convertirte en juez. Es cierto que todavía no estoy muy familiarizado con su rama de la jurisprudencia, pero supongo que implica mucho más que hablar con rudeza, y veo que no tiene vergüenza de hacerlo extremadamente bien." "No se le debería haber permitido moverse con tanta libertad", dijo el estudiante, como si quisiera dar una explicación a la mujer por los insultos de K., "eso fue un error. Se lo he dicho al juez de instrucción. Al menos debería haber estado detenido en su habitación entre las audiencias. A veces es imposible entender

lo que el juez cree que está haciendo". "Pierdes el tiempo", dijo K., y luego extendió la mano hacia la mujer y le dijo: "ven conmigo". "Así que es eso", dijo el estudiante, "oh no, no vas a cogerla", y con una fuerza que no se hubiera esperado de él, la miró con ternura, la levantó en un brazo y, con la espalda doblada por el peso, corrió con ella hacia la puerta. De este modo demostró, inequívocamente, que hasta cierto punto tenía miedo de K., pero, no obstante, se atrevió a provocarlo aún más acariciando y apretando el brazo de la mujer con la mano libre. K. corrió los pocos pasos hasta él, pero cuando lo había alcanzado y estaba a punto de agarrarlo y, si era necesario, estrangularlo, la mujer dijo: "No es bueno, es el juez de instrucción quien me ha mandado llamar, no me atrevo a ir contigo, este pequeño bastardo..." y aquí pasó su mano por la cara del estudiante, "este pequeño bastardo no me deja". "¡Y tú no quieres que te liberen!", gritó K., poniendo la mano en el hombro del estudiante, que entonces lo chasqueó con los dientes. "¡No!" gritó la mujer, empujando a K. con ambas manos, "no, no hagas eso, ¿qué crees que estás haciendo? Eso sería mi fin. Suéltalo, por favor, suéltalo. Sólo está cumpliendo las órdenes del juez, me está llevando hacia él". "Deja que te lleve entonces, y no quiero ver nada más de ti", dijo K., enfurecido por su decepción y dándole al estudiante un golpe en la espalda, de modo que tropezó brevemente y luego, contento de no haberse caído, saltó inmediatamente con su carga. K. los siguió lentamente.

Se dio cuenta de que era el primer revés inequívoco que sufría por parte de esta gente. Por supuesto, no era nada de lo que preocuparse, aceptó el revés sólo porque buscaba pelea. Si se quedara en casa y siguiera con su vida normal sería mil veces superior a esa gente y podría quitarse de encima a cualquiera de ellos sólo con una patada. Y se imaginó la escena más risible posible como ejemplo de esto, si este despreciable estudiante, este niño inflado, este pelirrojo de rodillas, si estuviera arrodillado en la cama de Elsa retorciéndose las manos y pidiendo perdón. K. disfrutó tanto imaginando esta escena que decidió llevar al estudiante con Elsa si alguna vez tenía la oportunidad.

K. tenía curiosidad por saber adónde llevarían a la mujer y se apresuró a acercarse a la puerta, pues no era probable que el estudiante la llevara del brazo por las calles. Resultó que el trayecto era mucho más corto. Justo enfrente del piso había un estrecho tramo de escaleras de madera que probablemente conducían al ático, que giraban a medida que avanzaban, de modo que no era posible ver dónde terminaban. El estudiante subió a la mujer por estos escalones, y después de los esfuerzos de correr con ella, pronto estuvo gimiendo y moviéndose muy lentamente. La mujer saludó a K. y, subiendo y bajando los hombros, trató de demostrar que era una parte inocente en este secuestro, aunque el gesto no mostraba mucho arrepentimiento. K. la observó sin expresión, como un extraño, no quería mostrar ni que estaba decepcionado ni que

superaría fácilmente su decepción.

Los dos habían desaparecido, pero K. permaneció de pie en la puerta. Tuvo que aceptar que la mujer no sólo le había engañado, sino que también le había mentado cuando dijo que la llevaban ante el juez de instrucción. El juez de instrucción ciertamente no estaría sentado y esperando en el ático. Las escaleras de madera no le explicarían nada por mucho tiempo que las mirara. Entonces K. se fijó en un papelito que había junto a ellas, se acercó a él y leyó, con mano infantil y poco práctica, "Entrada a las oficinas del tribunal". Entonces, ¿las oficinas del tribunal estaban aquí, en el ático de esta vivienda? Si era así como estaban alojadas no atraía mucho respeto, y era un cierto consuelo para el acusado darse cuenta del poco dinero del que disponía este tribunal si tenía que ubicar sus oficinas en un lugar donde los inquilinos del edificio, que a su vez se encontraban entre los más pobres, tiraban sus trastos innecesarios. Por otro lado, era posible que los funcionarios tuvieran suficiente dinero pero que lo despilfarraran en sí mismos en lugar de utilizarlo para los fines del tribunal. A tenor de la experiencia que K. tenía de ellos hasta el momento, eso parecía incluso probable, salvo que si se permitía que el tribunal decayera de esa manera no sólo humillaría al acusado sino que le daría más ánimos que si el tribunal estuviera simplemente en estado de pobreza. K. comprendía también ahora que el tribunal se avergonzaba de citar a los acusados en el ático de este

edificio para la audiencia inicial, y por qué prefería imponerles en sus propias casas. ¡En qué posición se encontraba K., comparado con el juez sentado en el ático! K., en el banco, tenía un gran despacho con una antesala, y disponía de una enorme ventana por la que podía contemplar la actividad de la plaza. Sin embargo, era cierto que no tenía ingresos secundarios procedentes de sobornos y fraudes, y no podía decirle a un criado que le llevara una mujer a la oficina del brazo. K., sin embargo, estaba bastante dispuesto a prescindir de esas cosas, al menos en esta vida. K. seguía mirando el aviso cuando un hombre subió las escaleras, miró a través de la puerta abierta hacia la sala de estar, donde también era posible ver la sala del tribunal, y finalmente le preguntó a K. si acababa de ver a una mujer allí. "Usted es el ujier del tribunal, ¿no?", preguntó K. "Así es", dijo el hombre, "oh, sí, usted es el acusado K., ahora también le reconozco. Me alegro de verle aquí". Y le ofreció la mano a K., lo que no era ni mucho menos lo que K. esperaba. Y cuando K. no dijo nada, añadió: "Sin embargo, no hay ninguna sesión judicial prevista para hoy". "Ya lo sé", dijo K. mientras miraba el abrigo civil del ujier que, junto a sus botones ordinarios, mostraba dos dorados como única señal de su cargo y parecía haber sido tomado de un antiguo abrigo de oficial del ejército. "Estuve hablando con su esposa hace un rato. Ya no está aquí. El estudiante se la ha llevado al juez de instrucción". "Escucha esto", dijo el ujier, "siempre se la llevan lejos de mí. Hoy es

domingo, y no es parte de mi trabajo hacer nada hoy, pero me mandan con algún mensaje que ni siquiera es necesario sólo para alejarme de aquí. Lo que hacen es enviarme no muy lejos para que todavía pueda esperar volver a tiempo si me doy prisa. Así que salgo corriendo lo más rápido que puedo, grito el mensaje a través de la rendija de la puerta de la oficina a la que me han enviado, tan sin aliento que apenas podrán entenderlo, vuelvo corriendo aquí de nuevo, pero el estudiante ha sido incluso más rápido que yo... bueno, él tiene que ir menos lejos, sólo tiene que bajar las escaleras. Si no fuera tan dependiente de ellos, habría aplastado al estudiante contra la pared aquí hace mucho tiempo. Justo aquí, junto al cartel. Siempre sueño con hacer eso. Justo aquí, justo encima del suelo, ahí es donde está aplastado contra la pared, con los brazos estirados, los dedos separados, las piernas torcidas retorcidas en círculo y la sangre chorreando a su alrededor. Aunque hasta ahora sólo ha sido un sueño". "¿No hay nada más que haga?", preguntó K. con una sonrisa. "Nada que yo sepa", dijo el acomodador. "Y ahora va a ser aún peor, hasta ahora sólo se la llevaba para él, ahora ha empezado a llevársela para el juez y todo, como siempre había dicho que haría". "Entonces, ¿no comparte su esposa parte de la responsabilidad?", preguntó K. Tuvo que forzarse al hacer esta pregunta, ya que él también se sentía muy celoso ahora. "Claro que sí", dijo el ujier, "es más culpa de ella que de ellos. Fue ella la que se apegó a él. Todo

lo que ha hecho, es perseguir a cualquier mujer. Sólo en este bloque hay cinco pisos en los que le han echado después de abrirse camino. Y mi mujer es la más guapa de todo el edificio, pero es a mí a quien no deja ni defenderse". "Si las cosas son así, no se puede hacer nada", dijo K. "¿Y por qué no?", preguntó el ujier. "Es un cobarde ese estudiante, si quiere ponerle un dedo encima a mi mujer lo único que habría que hacer es darle una paliza tan buena que no se atrevería a volver a hacerlo. Pero yo no puedo hacer eso, y nadie más me va a hacer el favor ya que todos le tienen miedo a su poder. El único que podría hacerlo es un hombre como tú". "¿Qué, cómo podría hacerlo?", preguntó K. con asombro. "Bueno, te enfrentas a un cargo, ¿no?", dijo el ujier. "Sí, pero eso es una razón más para tener miedo. Aunque no tenga ninguna influencia en el resultado del juicio probablemente tenga alguna en el examen inicial." "Sí, exactamente", dijo el ujier, como si la opinión de K. hubiera sido tan correcta como la suya. "Sólo que aquí no se suelen celebrar juicios sin ninguna esperanza". "No soy de la misma opinión", dijo K., "aunque eso no debería impedirme tratar con el estudiante si se presenta la oportunidad". "Le estaría muy agradecido", dijo el ujier de la corte, con cierta formalidad, no pareciendo realmente creer que su mayor deseo pudiera cumplirse. "Tal vez", continuó K., "tal vez haya aquí algunos otros funcionarios suyos, tal vez todos, que merecerían lo mismo". "Oh, sí, sí", dijo el ujier, como si esto fuera algo natural. Luego miró a

K. con confianza, cosa que, a pesar de toda su amabilidad, no había hecho hasta entonces, y añadió: "Siempre se rebelan". Pero la conversación parecía haberse vuelto un poco incómoda para él, ya que la interrumpió diciendo: "ahora tengo que presentarme en la oficina. ¿Quieres venir conmigo?". "No tengo nada que hacer allí", dijo K. "Podrías echar un vistazo. Nadie te hará caso". "¿Merece la pena verlo entonces?", preguntó K. vacilante, aunque se sentía muy entusiasmado por ir con él. "Bueno", dijo el acomodador, "pensé que te interesaría". "De acuerdo entonces", dijo finalmente K., "iré con usted". Y, más rápido que el propio acomodador, subió corriendo los escalones.

En la entrada estuvo a punto de caerse, ya que detrás de la puerta había otro escalón. "No muestran mucha preocupación por el público", dijo. "No muestran ninguna preocupación", dijo el acomodador, "sólo hay que ver la sala de espera aquí". Consistía en un largo pasillo del que salían unas puertas toscas que daban acceso a los distintos departamentos del ático. No había ninguna fuente de luz directa, pero no estaba del todo oscuro, ya que muchos de los departamentos, en lugar de paredes sólidas, sólo tenían barras de madera que llegaban hasta el techo para separarlos del pasillo. La luz se abría paso a través de ellas, y también era posible ver a los funcionarios individuales a través de las mismas, ya que se sentaban a escribir en sus escritorios o se levantaban en los marcos de madera y observaban a la gente del pasillo a través

de los huecos. Sólo había unas pocas personas en el pasillo, probablemente porque era domingo. No eran muy impresionantes. Estaban sentados, igualmente espaciados, en dos filas de largos bancos de madera que se habían colocado a ambos lados del pasillo. Todos iban vestidos de forma descuidada, aunque las expresiones de sus rostros, su porte, el estilo de sus barbas y muchos detalles difíciles de identificar demostraban que pertenecían a la clase alta. No había perchas para ellos, por lo que habían colocado sus sombreros bajo el banco, cada uno probablemente siguiendo el ejemplo de los demás. Cuando los que estaban sentados más cerca de la puerta vieron a K. y al ujier de la corte se levantaron para saludarles, y cuando los demás vieron eso, también pensaron que tenían que saludarles, de modo que cuando los dos pasaron todos los presentes se levantaron. Ninguno de ellos estaba bien erguido, sus espaldas estaban inclinadas, sus rodillas dobladas, estaban de pie como mendigos en la calle. K. esperó al ujier, que le seguía justo detrás. "Deben estar todos muy desanimados", dijo. "Sí", dijo el ujier, "son los acusados, todos los que ves aquí han sido acusados". "¡De verdad!", dijo K. "Entonces son colegas míos". Y se dirigió al más cercano, un hombre alto y delgado con el pelo casi gris. "¿Qué es lo que está esperando aquí?" preguntó K., cortésmente, pero el hombre se sobresaltó al ser hablado inesperadamente, lo que era aún más lamentable de ver porque el hombre tenía claramente alguna experiencia del mundo y en otro lu-

gar habría sido ciertamente capaz de mostrar su superioridad y no habría renunciado fácilmente a la ventaja que había adquirido. Sin embargo, aquí no sabía qué respuesta dar a una pregunta tan sencilla y miraba a los demás como si tuvieran la obligación de ayudarlo y como si nadie pudiera esperar una respuesta de él sin esa ayuda. Entonces, el ujier del tribunal se acercó a él y, para calmarlo y levantarle el ánimo, le dijo: "El señor aquí presente sólo pregunta qué es lo que está esperando. Puedes darle una respuesta". La voz del ujier le era probablemente familiar, y tuvo mejor efecto que la de K. "Estoy... Estoy esperando...." comenzó, y luego se detuvo. Estaba claro que había elegido este comienzo para poder dar una respuesta precisa a la pregunta, pero ahora no sabía cómo continuar. Algunos de los que esperaban se habían acercado y se colocaron alrededor del grupo, el ujier del tribunal les dijo: "Quítense del camino, mantengan la pasarela libre". Se apartaron ligeramente, pero no tanto como donde habían estado sentados antes. Mientras tanto, el hombre al que K. se había acercado por primera vez se había recompuesto e incluso le respondió con una sonrisa. "Hace un mes presenté unas solicitudes de prueba para mi caso, y estoy esperando a que se resuelva". "Ciertamente, parece que se esfuerza mucho", dijo K. "Sí", dijo el hombre, "al fin y al cabo es mi asunto". "No todo el mundo piensa como usted", dijo K. "Yo también he sido acusado, pero juro por mi alma que no he presentado pruebas ni he hecho nada

por el estilo. ¿De verdad crees que es necesario?" "Realmente no lo sé, exactamente", dijo el hombre, una vez más totalmente inseguro de sí mismo; claramente pensaba que K. estaba bromeando con él y, por lo tanto, probablemente pensó que lo mejor era repetir su respuesta anterior para no cometer nuevos errores. Como K. le miraba con impaciencia, se limitó a decir: "por lo que a mí respecta, he solicitado que se escuchen estas pruebas". "¿Quizás no cree que he sido acusado?", preguntó K. "Oh, por favor, ciertamente lo creo", dijo el hombre, haciéndose ligeramente a un lado, pero había más ansiedad en su respuesta que creencia. "¿No me cree entonces?", preguntó K., y le agarró del brazo, inconscientemente impulsado por el humilde comportamiento del hombre, y como si quisiera obligarle a creerle. Pero no quería herir al hombre y sólo lo había agarrado muy ligeramente. Sin embargo, el hombre gritó como si K. le hubiera agarrado no con dos dedos sino con unas pinzas al rojo vivo. Al gritar de esta manera tan ridícula, K. acabó por cansarse de él, si no se creía que estaba acusado, mejor; tal vez incluso pensaba que K. era un juez. Y antes de irse, lo abrazó mucho más fuerte, lo empujó de nuevo al banquillo y siguió su camino. "Estos acusados son muy sensibles, la mayoría", dijo el ujier del tribunal. Casi todos los que habían estado esperando se habían reunido ahora alrededor del hombre que, a estas alturas, había dejado de gritar y parecían hacerle muchas preguntas precisas sobre el incidente. A K. se le

acercó un guardia de seguridad, identificable sobre todo por su espada, cuya vaina parecía ser de aluminio. Esto sorprendió enormemente a K., que alargó la mano para cogerla. El guardia había acudido por los gritos y preguntó qué había pasado. El ujier de la corte le dijo unas palabras para intentar calmarlo, pero el guardia le explicó que tenía que investigarlo él mismo, saludó y se apresuró a seguir, caminando con pasos muy cortos, probablemente a causa de la gota.

K. no se preocupó mucho por el guardia ni por esta gente, sobre todo porque vio un desvío del pasillo, más o menos a mitad de camino, a mano derecha, donde no había ninguna puerta que le impidiera ir en esa dirección. Preguntó al ujier si ese era el camino correcto, el ujier asintió con la cabeza, y ese fue el camino que siguió K. El ujier se quedaba siempre uno o dos pasos por detrás de K., lo que le resultaba irritante, ya que en un lugar como éste podía dar la impresión de que lo conducía alguien que lo había detenido, por lo que a menudo esperaba a que el ujier lo alcanzara, pero el ujier siempre permanecía detrás de él. Para poner fin a su malestar, K. dijo finalmente: "Ahora que he visto cómo es esto, me gustaría irme". "Todavía no lo has visto todo", dijo ingenuamente el ujier. "No quiero verlo todo", dijo K., que también se sentía muy cansado, "quiero irme, ¿cuál es el camino hacia la salida?". "No te habrás perdido, ¿verdad?", preguntó asombrado el acomodador, "bajas por aquí hasta la esquina, y luego a la de-

recha por el pasillo recto hasta la puerta". "Acompáñeme", dijo K., "muéstreme el camino, me voy a perder, hay muchos caminos diferentes aquí". "Es el único camino que hay", dijo el ujier, que ahora había empezado a sonar bastante reprobado, "no puedo volver contigo otra vez, tengo que entregar mi informe, y ya he perdido mucho tiempo por tu culpa." "¡Ven conmigo!" repitió K., ahora algo más agudo, como si por fin hubiera pillado al acomodador en una mentira. "No grites así", susurró el ujier, "aquí hay oficinas por todas partes. Si no quieres volver solo, acompáñame un poco más lejos o espera aquí hasta que haya resuelto mi informe, entonces estaré encantado de volver contigo". "No, no", dijo K., "no voy a esperar y debes venir conmigo ahora". K. todavía no había mirado nada en la habitación donde se encontraba, y sólo cuando se abrió una de las muchas puertas de madera que había a su alrededor, se dio cuenta. Una mujer joven, probablemente convocada por el volumen de la voz de K., entró y preguntó: "¿Qué es lo que quiere el caballero?". En la oscuridad, detrás de ella, también se acercaba un hombre. K. miró al ujier. Al fin y al cabo, había dicho que nadie se fijaría en K., y ahora venían dos personas, sólo hacía falta que se dieran cuenta de su presencia y que todos en el despacho le pidieran explicaciones de por qué estaba allí. Lo único comprensible y aceptable era decir que estaba acusado de algo y que quería saber la fecha de su próxima audiencia, pero era una explicación que no quería dar, sobre todo porque

no era cierta: sólo había venido por curiosidad. O bien, una explicación aún menos utilizable, podría decir que quería comprobar que el tribunal era tan repugnante por dentro como por fuera. Y parecía que había acertado en esta suposición, no deseaba entrometerse más, ya estaba bastante perturbado por lo que había visto, no estaba en el estado de ánimo adecuado para enfrentarse a un alto funcionario como el que podría aparecer detrás de cualquier puerta, y quería irse, ya fuera con el ujier de la corte o, si era necesario, solo.

Pero debía de parecer muy extraño de pie, en silencio, y la joven y el ujier le miraban como si pensaran que en cualquier momento iba a sufrir una gran metamorfosis que no querían perderse. Y en la puerta estaba el hombre que K. había notado antes en el fondo, agarrado firmemente a la viga sobre la puerta baja, balanceándose un poco sobre las puntas de los pies como si se impacientara mientras lo observaba. Pero la joven fue la primera en reconocer que el comportamiento de K. se debía a que se sentía ligeramente indispuerto, trajo una silla y preguntó: "¿No quiere sentarse?". K. se sentó inmediatamente y, para mantenerse mejor en su sitio, apoyó los codos en los reposabrazos. "Estás un poco mareado, ¿verdad?", le preguntó ella. Su rostro estaba ahora cerca de él, tenía la expresión severa que tienen muchas mujeres jóvenes justo cuando están en la flor de su juventud. "No es nada por lo que debas preocuparte", dijo ella, "eso no es nada inusual aquí, casi todo el mundo

sufre un ataque así la primera vez que viene aquí. Es tu primera vez, ¿no? Sí, no es nada inusual entonces. El sol quema el techo y la madera caliente hace que el aire sea muy espeso y pesado. Hace que este lugar sea bastante inadecuado para las oficinas, independientemente de otras ventajas que pueda ofrecer. Pero el aire es casi imposible de respirar en los días en que hay muchos negocios, y eso es casi todos los días. Y cuando piensas que aquí también se pone a secar mucha ropa -y no podemos evitar que los inquilinos lo hagan- no es de extrañar que empieces a sentirte mal. Pero al final te acostumbras al aire. Cuando estés aquí por segunda o tercera vez, apenas notarás lo opresivo que es el aire. ¿Te sientes mejor ahora?" K. no contestó, se sentía demasiado avergonzado por haber sido puesto a merced de esa gente por su repentina debilidad, y el hecho de saber la razón por la que se sentía mal no le hizo sentirse mejor sino un poco peor. La muchacha se dio cuenta enseguida, y para que el aire fuera más fresco para K., cogió un palo de la ventana que estaba apoyado en la pared y empujó para abrir una pequeña trampilla justo encima de la cabeza de K. que daba al exterior. Pero cayó tanto hollín que la muchacha tuvo que volver a cerrar inmediatamente la escotilla y limpiar el hollín de las manos de K. con su pañuelo, ya que K. estaba demasiado cansado para hacerlo por sí mismo. Le hubiera gustado sentarse tranquilamente donde estaba hasta tener las fuerzas suficientes para salir, y cuanto menos alboroto hi-

ciera la gente por él, antes sería. Pero entonces la chica dijo: "No puedes quedarte aquí, estamos en el camino de la gente aquí..." K. la miró como preguntando de quién era el camino que obstaculizaban. "Si quieres, puedo llevarte a la habitación de los enfermos", y volviéndose hacia el hombre que estaba en la puerta le dijo: "Por favor, ayúdame". El hombre se acercó inmediatamente a ellos, pero K. no quería ir a la habitación de los enfermos, eso era justo lo que quería evitar, que lo llevaran de un lugar a otro, cuanto más lejos fuera más difícil debía ser. Así que dijo: "Ya puedo caminar", y se puso de pie, temblando después de haberse acostumbrado a estar sentado tan cómodamente. Pero entonces fue incapaz de mantenerse erguido. "No lo consigo", dijo negando con la cabeza, y volvió a sentarse con un suspiro. Se acordó del ujier que, a pesar de todo, habría sido capaz de sacarle de allí, pero que parecía haberse ido mucho antes. K. miró entre el hombre y la joven que estaban frente a él, pero no pudo encontrar al ujier. "Creo", dijo el hombre, que iba elegantemente vestido y cuyo aspecto impresionaba especialmente con un chaleco gris que tenía dos largas y afiladas puntas, "que el caballero se siente mal por el ambiente que hay aquí, así que lo mejor, y lo que él más preferiría, sería no llevarlo a la sala de enfermos sino sacarlo de las oficinas por completo." "Así es", exclamó K., con tanta alegría que estuvo a punto de interrumpir lo que el hombre decía, "estoy seguro de que así me sentiré mejor enseguida, realmente no

estoy tan débil, lo único que necesito es un poco de apoyo bajo los brazos, no le causaré muchas molestias, de todos modos no es un camino tan largo, lléveme hasta la puerta y luego me sentaré un rato en las escaleras y me recuperaré pronto, ya que no sufro de ataques como éste en absoluto, yo mismo me sorprendo de ello. Además trabajo en una oficina y estoy bastante acostumbrado al aire de la oficina, pero aquí parece que es demasiado fuerte, vosotros mismos lo habéis dicho. Así que, por favor, sean tan amables de ayudarme un poco en mi camino, me siento mareado, ya ven, y me pondrá enfermo si me levanto solo". Y con eso levantó los hombros para facilitar que los dos le cogieran por los brazos.

El hombre, sin embargo, no siguió esta sugerencia, sino que se limitó a quedarse con las manos en los bolsillos del pantalón y a reírse a carcajadas. "Ya ves", le dijo a la chica, "tenía mucha razón. El caballero sólo se encuentra mal aquí, y no en general". La joven sonrió también, pero golpeó ligeramente el brazo del hombre con la punta de los dedos, como si se hubiera permitido divertirse demasiado con K. "Entonces, ¿qué te parece?", dijo el hombre, todavía riendo, "realmente quiero sacar al caballero de aquí". "Está bien, entonces", dijo la chica, inclinando brevemente su encantadora cabeza. "No te preocupes demasiado por su risa", dijo la chica a K., que se había vuelto a poner triste y miraba tranquilamente hacia delante como si no necesitara más explicaciones. "Este caballero... ¿me

permite presentarle?" (el hombre dio su permiso con un gesto de la mano), "así que el trabajo de este caballero es dar información. Da toda la información que necesitan las personas que están esperando, ya que nuestro juzgado y sus oficinas no son muy conocidos entre el público y le preguntan bastante. Tiene una respuesta para cada pregunta, puedes probarlo si te apetece. Pero esa no es su única distinción, su otra distinción es su elegancia al vestir. Nosotros, es decir, todos los que trabajamos aquí en las oficinas, decidimos que el informador debía ir elegantemente vestido, ya que continuamente tiene que tratar con los litigantes y es el primero con el que se encuentran, por lo que tiene que dar una primera impresión digna. Los demás me temo que, como puedes ver sólo con mirarme, vestimos muy mal y anticuados; y de todas formas no tiene mucho sentido gastar en ropa, ya que apenas salimos de las oficinas, incluso dormimos aquí. Pero, como he dicho, decidimos que el informador tendría que tener ropa bonita. Como la dirección de este lugar es bastante peculiar en este sentido, y nos la conseguirían, hicimos una colecta -algunos de los litigantes también contribuyeron- y le compramos estas preciosas prendas y otras más. Así que todo estaría listo para que diera una buena impresión, excepto que la estropeara de nuevo riéndose y asustando a la gente." "Así es", dijo el hombre, burlándose de ella, "pero no entiendo por qué le explicas al caballero todos nuestros hechos íntimos, o más bien por

qué se los impones, ya que estoy seguro de que no le interesa del todo. Basta con mirarle ahí sentado, está claro que está ocupado con sus propios asuntos". A K. no le apetecía contradecirle. Puede que la intención de la muchacha fuera buena, quizá tenía instrucciones de distraerlo o de darle la oportunidad de recogerse, pero el intento no había funcionado. "Tuve que explicarle por qué te reías", dijo la chica. "Supongo que era un insulto". "Creo que perdonaría insultos aún peores si finalmente lo llevara fuera". K. no dijo nada, ni siquiera levantó la vista, toleraba que los dos negociaran sobre él como un objeto, eso era incluso lo que más le convenía. Pero de repente sintió la mano del informador en un brazo y la de la joven en el otro. "Sube entonces, enclenque", dijo el informador. "Muchas gracias a los dos", dijo K., gratamente sorprendido, mientras se levantaba lentamente y guiaba personalmente esas manos desconocidas a los lugares donde más necesitaba apoyo. Mientras se acercaban al pasillo, la muchacha dijo en voz baja al oído de K.: "Debo parecer que es muy importante mostrar al dador de información bajo una buena luz, pero no debes dudar de lo que digo, sólo quiero decir la verdad. No tiene el corazón duro. En realidad no es su trabajo ayudar a los litigantes fuera si están mal, pero lo hace de todos modos, como puedes ver. No creo que ninguno de nosotros sea duro de corazón, tal vez todos queramos ser útiles, pero al trabajar para las oficinas judiciales es fácil que demos la impresión de ser duros de cora-

zón y de no querer ayudar a nadie. Eso me entristece bastante". "¿No le gustaría sentarse aquí un rato?", preguntó el informador, que ya estaba en el pasillo y justo delante del acusado con el que K. había hablado antes. K. se sintió casi avergonzado de ser visto por él, antes se había mantenido tan erguido frente a él y ahora tenía que ser sostenido por otros dos, su sombrero era sostenido por el informador en equilibrio sobre los dedos extendidos, su cabello estaba despeinado y colgaba sobre el sudor de su frente. Pero el acusado parecía no darse cuenta de lo que ocurría y se limitaba a permanecer humildemente, como si quisiera disculparse ante el informador por estar allí. El informador pasó la mirada por delante de él. "Sé", dijo, "que mi caso no puede resolverse hoy, todavía no, pero he venido de todos modos, pensé, pensé que podría esperar aquí de todos modos, hoy es domingo, tengo mucho tiempo, y no molesto a nadie aquí". "No hace falta que te disculpes tanto", dijo el informador, "es muy loable que estés tan atento. Está ocupando espacio aquí cuando no es necesario, pero mientras no me estorbe no haré nada para impedir que siga la evolución de su caso tan de cerca como quiera. Cuando uno ha visto a tanta gente que se desentiende vergonzosamente de sus casos aprende a tener paciencia con gente como usted. Siéntese". "Es muy bueno con los litigantes", susurró la chica. K. asintió con la cabeza, pero empezó a alejarse de nuevo cuando el informador repitió: "¿No le gustaría sentarse aquí un

rato?". "No", dijo K., "no quiero descansar". Lo había dicho con la mayor decisión posible, pero en realidad le habría venido muy bien sentarse. Era como si sufriera mareos. Se sentía como si estuviera en un barco en un mar agitado, como si el agua golpeará contra las paredes de madera, un estruendo desde el fondo del pasillo como si el torrente se estrellara sobre él, como si el pasillo se balanceara y los litigantes que esperaban a cada lado se levantarán y hundieran. Esto hacía aún más incomprendible la calma de la chica y del hombre que lo conducía. Estaba a su merced, si lo soltaban caería como una tabla. Sus ojitos miraban aquí y allá, K. podía sentir la uniformidad de sus pasos pero no podía hacer lo mismo, ya que de paso en paso era prácticamente llevado. Por fin se dio cuenta de que le hablaban, pero no les entendía, lo único que oía era un ruido que llenaba todo el espacio y a través del cual parecía sonar una nota más alta e inmutable, como una sirena. "Más alto", susurró con la cabeza agachada, avergonzado por tener que pedirles que hablaran más alto cuando sabía que habían hablado lo suficientemente alto, aunque para él hubiera sido incomprendible. Por fin, una corriente de aire fresco le dio en la cara como si se hubiera abierto un hueco en la pared que tenía delante, y a su lado oyó que alguien decía: "Primero dice que quiere irse, y luego puedes decirle cien veces que ésta es la salida y no se mueve". K. se dio cuenta de que estaba frente a la salida, y que la joven había abierto la puerta. Le pareció

que todas sus fuerzas volvían a él de inmediato, y para tener un anticipo de la libertad se dirigió directamente a una de las escaleras y se despidió allí de sus compañeros, que se inclinaron ante él. "Muchas gracias", repitió, les estrechó la mano una vez más y no la soltó hasta que creyó ver que les costaba soportar el aire comparativamente fresco de la escalera después de estar tanto tiempo acostumbrados al aire de las oficinas. Apenas pudieron responder, y la joven podría incluso haberse caído si K. no hubiera cerrado la puerta con extrema rapidez. Entonces K. se quedó quieto un rato, se peinó con la ayuda de un espejo de bolsillo, recogió su sombrero de la escalera de al lado -el informante debió de tirarlo allí- y luego bajó corriendo los escalones con tanta frescura y a saltos tan largos que el contraste con su estado anterior casi le asusta. Su estado de salud, normalmente robusto, nunca le había preparado para sorpresas como ésta. ¿Acaso su cuerpo quería rebelarse y provocarle una nueva prueba mientras soportaba la anterior con tan poco esfuerzo? No rechazó del todo la idea de que debería ver a un médico la próxima vez que tuviera la oportunidad, pero hiciera lo que hiciera -y esto era algo sobre lo que podía aconsejarse a sí mismo- quería pasar todas las mañanas de domingo en el futuro mejor de lo que había pasado ésta.



CAPÍTULO 4

LA AMIGA DE LA SRTA. BÜRSTNER

Durante algún tiempo después de esto, a K. le resultó imposible intercambiar siquiera unas pocas palabras con la señorita Bürstner. Intentó comunicarse con ella de muchas y diversas maneras, pero ella siempre encontraba la forma de evitarlo. Llegaba directamente a casa desde la oficina, se quedaba en su habitación sin la luz encendida y se sentaba en el sofá sin nada más para distraerse que vigilar el pasillo vacío. Si la criada pasaba y cerraba la puerta de la habitación aparentemente vacía, se levantaba al cabo de un rato y la volvía a abrir. Por la mañana se levantaba una hora antes de lo habitual para poder encontrar a la señorita Bürstner sola mientras iba a

la oficina. Pero ninguno de estos esfuerzos tuvo éxito. Entonces le escribió una carta, tanto a la oficina como al piso, en la que intentaba justificar una vez más su comportamiento, se ofrecía a enmendar lo que pudiera, prometía no traspasar nunca los límites que ella le impusiera y rogaba simplemente tener la oportunidad de hablar con ella alguna vez, sobre todo porque tampoco podía hacer nada con la Sra. Grubach hasta que no hablara con la señorita Bürstner, finalmente le comunicó que el domingo siguiente se quedaría en su habitación todo el día esperando una señal de ella de que había alguna esperanza de que se cumpliera su petición, o al menos que le explicara por qué no podía cumplirla aunque él hubiera prometido respetar cualquier estipulación que ella hiciera. Las cartas no fueron devueltas, pero tampoco hubo respuesta. Sin embargo, el domingo siguiente hubo una señal que parecía bastante clara. Era todavía temprano cuando K. se dio cuenta, a través del ojo de la cerradura, de que había un nivel inusual de actividad en el pasillo que pronto disminuyó. Una profesora de francés, aunque era alemana y se llamaba Montag, una chica pálida y febril, con una ligera cojera, que había ocupado anteriormente una habitación propia, se estaba trasladando a la habitación de la señorita Bürstner. Se la podía ver arrastrando los pies por el pasillo durante varias horas, siempre había otra prenda de ropa o una manta o un libro que había olvidado y que había que ir a buscar especialmente y llevar a la nueva casa.

Cuando la señora Grubach le traía el desayuno a K. -desde que le había puesto tan mala cara que no se fiaba de la criada para hacer el más mínimo trabajo- no tenía más remedio que hablar con ella, por primera vez en cinco días. "¿Por qué hay tanto ruido en el pasillo hoy?", le preguntó mientras le servía el café, "¿No se puede hacer algo al respecto? ¿Tiene que hacerse esta limpieza en domingo?". K. no miró a la Sra. Grubach, pero vio, no obstante, que parecía sentir cierto alivio al respirar. Incluso las preguntas agudas como ésta del Sr. K. las percibió como un perdón, o como el comienzo del perdón. "No estamos desalojando nada, señor K.", dijo ella, "es sólo que la señorita Montag se va a mudar con la señorita Bürstner y está trasladando sus cosas". No dijo nada más, sino que se limitó a esperar a ver cómo se lo tomaba K. y si le permitía seguir hablando. Pero K. la mantuvo en la incertidumbre, tomó la cuchara y revolvió pensativamente su café mientras permanecía en silencio. Luego levantó la vista hacia ella y le dijo: "¿Y las sospechas que tenía antes sobre la señorita Bürstner, las ha abandonado?". "Señor K.", llamó la señora Grubach, que había estado esperando esta misma pregunta, mientras juntaba las manos y las extendía hacia él. "Acabo de hacer un comentario fortuito y te lo has tomado muy mal. No tenía la menor intención de ofender a nadie, ni a ti ni a nadie. Me conoce desde hace mucho tiempo, señor K., estoy seguro de que está convencido de ello. ¡No sabe lo que he sufrido en los últimos días! ¡Que diga mentiras sobre mis inquilinos! ¡Y

usted, Sr. K., se lo creyó! ¡Y dijo que debía avisarle! Que le avisara". Ante este último grito, la señora Grubach ya estaba ahogando sus lágrimas, se levantó el delantal a la cara y lloriqueó en voz alta.

"Oh, no llore, señora Grubach", dijo K., mirando por la ventana, sólo pensaba en la señorita Bürstner y en cómo aceptaba a una chica desconocida en su habitación. "Ahora no llore", dijo de nuevo mientras volvía su mirada a la habitación donde la señora Grubach seguía llorando. "Tampoco quise hacer daño cuando dije eso. Fue simplemente un malentendido entre nosotros. Eso puede ocurrir a veces incluso entre viejos amigos". La señora Grubach se bajó el delantal hasta debajo de los ojos para ver si K. realmente intentaba una reconciliación. "Bueno, sí, así es", dijo K., y como el comportamiento de la señora Grubach indicaba que el capitán no había dicho nada, se atrevió a añadir: "¿De verdad crees, entonces, que querría enemistarme contigo por una chica que apenas conocemos?" "Sí, tiene usted mucha razón, señor K.", dijo la señora Grubach, y luego, para su desgracia, en cuanto se sintió un poco más libre para hablar, añadió algo bastante inepto. "No dejaba de preguntarme por qué el señor K. se interesaba tanto por la señorita Bürstner. ¿Por qué discute conmigo por ella, si sabe que con cualquier palabra cruzada suya no podré dormir esa noche? Y no he dicho nada de la señorita Bürstner que no haya visto con mis propios ojos". K. no dijo nada en respuesta, debería haberla echado de la habitación en cuanto hubiera

abierto la boca, y no quería hacerlo. Se contentó con beber su café y dejar que la señora Grubach sintiera que era superflua. Afuera todavía se oían los pasos arrastrados de la señorita Montag, que iba de un lado a otro del pasillo. "¿Oyes eso?", preguntó K. señalando con la mano la puerta. "Sí", dijo la señora Grubach con un suspiro, "quería darle una ayuda y quería que la criada la ayudara también, pero es testaruda, quiere mover todo ella misma. Me pregunto por la señorita Bürstner. A menudo siento que es una carga para mí tener a la Srta. Montag como inquilina pero la Srta. Bürstner la acepta en su habitación con ella misma." "No hay nada de qué preocuparse", dijo K., aplastando los restos de un terrón de azúcar en su taza. "¿Te causa algún problema?" "No", dijo la señora Grubach, "en sí mismo es muy bueno tenerla allí, me deja otra habitación libre y puedo dejar que la ocupe mi sobrino, el capitán. Empecé a preocuparme de que te molestara cuando tuve que dejarle vivir en la sala de estar junto a ti en los últimos días. No es muy considerado". "¿Qué idea!", dijo K. poniéndose de pie, "no hay duda de eso. Parece creer que porque no soporto este ir y venir de la señorita Montag soy demasiado sensible, y ahí vuelve de nuevo." La Sra. Grubach parecía impotente. "¿Debo decirle que deje la mudanza del resto de sus cosas para más tarde, entonces, Sr. K.? Si eso es lo que quiere, lo haré inmediatamente". "¡Pero tiene que mudarse con la señorita Bürstner!", dijo K. "Sí", dijo la señora Grubach, sin entender del todo lo que

K. quería decir. "Así que tiene que llevar sus cosas allí". La señora Grubach se limitó a asentir. K. se irritó aún más por esta muda impotencia que, vista desde fuera, podría haber parecido una especie de desafío por parte de ella. Comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, entre la ventana y la puerta, privando así a la señora Grubach de la posibilidad de salir, lo que de otro modo probablemente habría hecho.

Justo cuando K. llegó de nuevo a la puerta, alguien llamó a ella. Era la criada, para decir que la señorita Montag deseaba tener unas palabras con el señor K., y que por lo tanto le pedía que fuera al comedor, donde le estaba esperando. K. escuchó a la criada pensativo, y luego volvió a mirar a la sorprendida señora Grubach de una manera casi despectiva. Su mirada parecía decir que K. llevaba mucho tiempo esperando esta invitación para la señorita Montag, y que era la confirmación del sufrimiento que le habían hecho pasar aquella mañana de domingo los inquilinos de la señora Grubach. Envió a la criada de vuelta con la respuesta de que estaba en camino, luego se dirigió al armario para cambiarse el abrigo, y en respuesta a los suaves lloriqueos de la señora Grubach sobre las molestias que estaba causando la señorita Montag se limitó a pedirle que recogiera las cosas del desayuno. "Pero si apenas lo has tocado", dijo la señora Grubach. "¡Oh, llévatelo!", gritó K. Le parecía que la señorita Montag se mezclaba en todo y le producía repulsión.

Al atravesar el pasillo miró la puerta cerrada de la habitación de la señorita Bürstner. Pero no era allí donde estaba invitado, sino en el comedor, al que abrió la puerta de un tirón sin llamar. La habitación era larga pero estrecha, con una sola ventana. Sólo había espacio suficiente para colocar dos armarios en ángulo en el rincón junto a la puerta, y el resto de la habitación estaba totalmente ocupado por la larga mesa de comedor que empezaba junto a la puerta y llegaba hasta la gran ventana, que quedaba así casi inaccesible. La mesa ya estaba puesta para un gran número de personas, ya que los domingos casi todos los inquilinos cenaban aquí a mediodía.

Cuando K. entró, la señorita Montag se acercó a él desde la ventana, a un lado de la mesa. Se saludaron en silencio. Entonces la señorita Montag, con la cabeza inusualmente erguida como siempre, dijo: "No estoy segura de que me conozca". K. la miró con el ceño fruncido. "Por supuesto que sí", dijo, "usted vive aquí con la señora Grubach desde hace bastante tiempo". "Pero tengo la impresión de que no prestas mucha atención a lo que ocurre en la casa de huéspedes", dijo la señorita Montag. "No", dijo K. "¿No quiere sentarse?", dijo la señorita Montag. En silencio, los dos sacaron sillas del extremo más alejado de la mesa y se sentaron uno frente al otro. Pero la señorita Montag se levantó de nuevo, ya que había dejado su bolso en el alféizar de la ventana y fue a buscarlo; recorrió todo el salón arrastrando los pies. Cuando regresó, con el bolso balanceándose ligeramente, dijo: "Me

gustaría tener unas palabras con usted en nombre de mi amiga. Habría venido ella misma, pero hoy no se encuentra bien. Tal vez tenga la amabilidad de perdonarla y escucharme a mí. De todos modos, no hay nada que ella haya podido decir que yo no vaya a decir. Al contrario, de hecho, creo que puedo decir incluso más que ella porque soy relativamente imparcial. ¿No estás de acuerdo?" "¿Qué hay que decir, entonces?", respondió K., que estaba cansado de que la señorita Montag observara continuamente sus labios. De ese modo, ella tomó el control de lo que él quería decir antes de que lo dijera. "Es evidente que la señorita Bürstner se niega a concederme el encuentro personal que le pedí". "Así es", dijo la señorita Montag, "o mejor dicho, no es en absoluto así, la forma en que lo plantea es notablemente severa. En general, las reuniones no se conceden ni lo contrario. Pero puede ser que las reuniones se consideren innecesarias, y así es aquí. Ahora, después de tu comentario, puedo hablar abiertamente. Has pedido a mi amiga, verbalmente o por escrito, la posibilidad de hablar con ella. Ahora bien, mi amiga es consciente de sus razones para pedir esta reunión -o al menos supongo que lo es- y por eso, por razones que desconozco, está bastante segura de que no beneficiaría a nadie si esta reunión tuviera lugar. Además, sólo ayer, y muy brevemente, me dejó claro que esa reunión tampoco podría ser beneficiosa para usted, cree que sólo puede haber sido una cuestión de azar el que se le ocurriera esa

idea, y que incluso sin ninguna explicación por su parte, usted mismo se dará cuenta muy pronto, si no lo ha hecho ya, de la inutilidad de su idea. Mi respuesta a esto es que, aunque puede ser muy acertada, considero ventajoso, si se quiere que el asunto quede perfectamente claro, darle una respuesta explícita. Le ofrecí mis servicios para asumir la tarea y, tras algunas dudas, mi amigo aceptó. Espero, sin embargo, haber actuado también en su interés, ya que hasta la más mínima incertidumbre en el menor de los asuntos seguirá siendo siempre una causa de sufrimiento y si, como en este caso, puede eliminarse sin un esfuerzo sustancial, es mejor que se haga sin demora." "Se lo agradezco", dijo K. en cuanto la señorita Montag hubo terminado. Se levantó lentamente, la miró a ella, luego al otro lado de la mesa, luego por la ventana -la casa de enfrente estaba allí bajo el sol- y se dirigió a la puerta. La señorita Montag le siguió unos pasos, como si no confiara del todo en él. En la puerta, sin embargo, ambos tuvieron que retroceder cuando se abrió y entró el capitán Lanz. Era la primera vez que K. lo veía de cerca. Era un hombre grande, de unos cuarenta años, con un rostro bronceado y carnoso. Se inclinó ligeramente, con la intención de dirigirse también a K., y luego se acercó a la señorita Montag y le besó la mano con deferencia. Era muy elegante en su forma de moverse. La cortesía que mostraba hacia la señorita Montag contrastaba notablemente con la forma en que había sido tratada por K. No obstante, la

señorita Montag no parecía estar enfadada con K. ya que incluso le parecía que quería presentar al capitán. K., sin embargo, no quería ser presentado, no habría podido mostrar ningún tipo de amistad ni con la señorita Montag ni con el capitán, el beso en la mano los había unido, para K., en un grupo que lo mantendría a distancia de la señorita Bürstner y que, al mismo tiempo, parecería totalmente inofensivo y desinteresado. Sin embargo, K. creyó ver algo más que eso, creyó ver también que la señorita Montag había elegido un medio bueno, pero de doble filo. Exageró la importancia de la relación entre K. y la señorita Bürstner, y sobre todo exageró la importancia de pedir hablar con ella y trató al mismo tiempo de hacer ver que K. lo exageraba todo. Ella se sentiría decepcionada, K. no quería exagerar nada, era consciente de que la señorita Bürstner era una pequeña mecanógrafa que no le ofrecería mucha resistencia durante mucho tiempo. Para ello no tuvo en cuenta, deliberadamente, lo que la señora Grubach le había contado sobre la señorita Bürstner. Todas estas cosas pasaban por su mente mientras salía de la habitación sin apenas decir una palabra de cortesía. Quería ir directamente a su habitación, pero una pequeña risa de la señorita Montag que escuchó desde el comedor a sus espaldas le hizo pensar que podría preparar una sorpresa para los dos, el capitán y la señorita Montag. Miró a su alrededor y escuchó para saber si podía haber algún disturbio en alguna de las habitaciones de alrededor, todo estaba

tranquilo, lo único que se oía era la conversación del comedor y la voz de la señora Grubach desde el pasillo que llevaba a la cocina. Este parecía un momento oportuno, K. se dirigió a la habitación de la señorita Bürstner y llamó suavemente. No se oyó nada, así que volvió a llamar, pero siguió sin obtener respuesta. ¿Estaba dormida? ¿O se encontraba realmente mal? ¿O estaba fingiendo al darse cuenta de que sólo podía ser K. quien llamara con tanta suavidad? K. asumió que estaba fingiendo y llamó más fuerte, y finalmente, cuando los golpes no dieron resultado, abrió cuidadosamente la puerta con la sensación de estar haciendo algo que no sólo era impropio sino también inútil. En la habitación no había nadie. Es más, no se parecía en nada a la habitación que K. había conocido antes. Contra la pared había ahora dos camas una detrás de otra, había ropa apilada en tres sillas cerca de la puerta, un armario estaba abierto. La señorita Bürstner debió salir mientras la señorita Montag le hablaba en el comedor. A K. no le molestó mucho, pues no esperaba encontrar a la señorita Bürstner con tanta facilidad y había hecho este intento por poco más que para fastidiar a la señorita Montag. Pero eso le hizo más embarazoso cuando, al cerrar la puerta de nuevo, vio a la señorita Montag y al capitán hablando en la puerta abierta del comedor. Probablemente llevaban allí desde que K. había abierto la puerta, y evitaban parecer que observaban a K., sino que charlaban ligeramente y seguían sus movimientos con miradas, las miradas

distraídas a un lado como las que se hacen durante una conversación. Pero estas miradas eran pesadas para K., y se apresuró a bordear la pared para volver a su propia habitación.



CAPÍTULO 5

EL HOMBRE LÁTIGO

Una tarde, unos días más tarde, K. caminaba por uno de los pasillos que separaban su oficina de la escalera principal -era casi el último en irse a casa esa noche, sólo quedaban un par de trabajadores a la luz de una sola bombilla en el departamento de despachos- cuando oyó un suspiro detrás de una puerta que él mismo nunca había abierto pero que siempre había pensado que sólo conducía a un trastero. Se quedó asombrado y volvió a escuchar para comprobar si no estaba equivocado. Durante un rato se

hizo el silencio, pero luego vinieron más suspiros. Lo primero que pensó fue en llamar a uno de los sirvientes, pues bien podría valer la pena tener un testigo presente, pero luego se dejó llevar por una curiosidad incontrolable que le hizo abrir la puerta de un tirón. Era, como había pensado, un cuarto de trastos. Formularios viejos e inservibles, botellas de tinta de piedra vacías yacían esparcidas detrás de la entrada. Pero en la propia sala, parecida a un armario, había tres hombres agazapados bajo el bajo techo. Una vela fijada en un estante les daba luz. "¿Qué están haciendo aquí?", preguntó K. en voz baja, pero sin pensar. Uno de los hombres estaba claramente al mando, y llamaba la atención por ir vestido con una especie de traje de cuero oscuro que dejaba al descubierto el cuello y el pecho y los brazos. No respondió. Pero los otros dos gritaron: "¡Sr. K.! Nos van a pegar porque usted hizo una queja sobre nosotros al juez de instrucción". Y ahora, K. se dio cuenta por fin de que en realidad eran los dos policías, Franz y Willem, y que el tercer hombre tenía un bastón en la mano con el que iba a golpearles. "Bueno", dijo K., mirándolos fijamente, "no hice ninguna queja, sólo dije lo que ocurrió en mi casa. Y su comportamiento no fue del todo inobjetable, después de todo". "Señor K.", dijo Willem, mientras Franz intentaba claramente refugiarse detrás de él como protección del tercer hombre, "si supiera lo mal que nos pagan no pensaría tan mal de nosotros. Tengo una familia que alimentar, y Franz aquí quería casarse, sólo hay que conseguir

más dinero donde se pueda, no se puede hacer sólo trabajando duro, no por mucho que se intente. Me tentó mucho tu ropa fina, a los policías no se les permite hacer ese tipo de cosas, claro que no, y no estuvo bien por nuestra parte, pero es tradición que la ropa sea para los oficiales, así ha sido siempre, créeme; y es comprensible también, no, lo que pueden significar cosas así para quien tenga la mala suerte de ser detenido. Pero si empieza a hablar de ello abiertamente entonces el castigo tiene que llegar". "Yo no sabía nada de esto que me has contado, y no he hecho ningún tipo de petición para que te castiguen, simplemente actuaba por principios". "Franz", dijo Willem, volviéndose hacia el otro policía, "¿no te dije que el señor no dijo que quería que nos castigaran? Ahora puedes oírlo por ti mismo, él ni siquiera sabía que tendríamos que ser castigados". "No te dejes convencer, hablando así", dijo el tercer hombre a K., "este castigo es justo e inevitable". "No le hagas caso", dijo Willem, interrumpiéndose sólo para llevarse rápidamente la mano a la boca cuando había recibido un golpe de la vara, "sólo nos castigan porque tú hiciste una denuncia contra nosotros. De lo contrario, no nos habría pasado nada, ni siquiera si hubieran descubierto lo que habíamos hecho. ¿Puedes llamar a eso justicia? Los dos, especialmente yo, habíamos demostrado nuestra valía como buenos policías durante un largo período -tienes que admitir que en lo que respecta al trabajo oficial hicimos el trabajo bien-, las cosas parecían buenas

para nosotros, teníamos perspectivas, es bastante seguro que hubiéramos sido nombrados hombres látigo también, como éste, sólo que él tuvo la suerte de que nadie presentara una queja sobre él, ya que realmente no se reciben muchas quejas como esa. Sólo que ahora todo ha terminado, señor K., nuestras carreras han llegado a su fin, ahora vamos a tener que hacer un trabajo muy inferior al de policía y además de todo esto vamos a recibir esta terrible y dolorosa paliza." "Entonces, ¿el bastón puede realmente causar tanto dolor?", preguntó K., probando el bastón que el hombre del látigo blandía delante de él. "Vamos a tener que desnudarnos totalmente", dijo Willem. "Oh, ya veo", dijo K., mirando directamente al hombre del látigo, su piel era de color marrón quemado como la de un marinero, y su rostro mostraba salud y vigor. "¿No hay entonces ninguna posibilidad de ahorrarles a estos dos la paliza?", le preguntó. "No", dijo el hombre del látigo, sacudiendo la cabeza con una carcajada. "¡Desvístanse!", ordenó a los policías. Y a K. le dijo: "No debes creer todo lo que te dicen, es el miedo a ser golpeado, ya les ha debilitado un poco la cabeza. Este de aquí, por ejemplo -señaló a Willem-, todo lo que te dijo sobre sus perspectivas de carrera, es simplemente ridículo. Míralo, fíjate en lo gordo que está; los primeros golpes de caña se perderán entre toda esa grasa. ¿Sabes qué es lo que le ha hecho engordar tanto? Tiene el hábito de, todos los que son arrestados por él, se comen su desayuno. ¿No se comió tu de-

sayuno? Sí, eso pensé. Pero un hombre con una barriga así no puede ser convertido en un hombre látigo y nunca lo será, eso está fuera de lugar". "Hay hombres-látigo así", insistió Willem, que acababa de soltar el cinturón de este pantalón. "No", dijo el hombre del látigo, dándole tal golpe con el bastón en el cuello que le hizo estremecerse, "no deberías estar escuchando esto, sólo desvístete". "Yo haría que valiera la pena si los dejaras ir", dijo K., y sin mirar de nuevo al hombre del látigo -ya que estos asuntos se llevan mejor con los dos pares de ojos bajados- sacó su cartera. "Y entonces intentarías poner una denuncia contra mí también", dijo el hombre del látigo, "y conseguirías que me azotaran. No, no". "Ahora, sé razonable", dijo K., "si hubiera querido que castigaran a estos dos no estaría ahora tratando de comprar su libertad, ¿verdad? Podría simplemente cerrar la puerta aquí detrás de mí, ir a casa y no ver ni oír nada más. Pero no es eso lo que estoy haciendo, realmente es mucho más importante para mí dejarlos libres; si me hubiera dado cuenta de que serían castigados, o incluso de que podrían ser castigados, nunca los habría nombrado en primer lugar, ya que no son ellos los que considero responsables. Es la organización la que tiene la culpa, los altos cargos son los culpables". "¡Así es!", gritaron los policías, que inmediatamente recibieron otro golpe en sus espaldas, que a estas alturas estaban al descubierto. "Si tuvieras aquí a un juez superior bajo tu bastón", dijo K., presionando el bastón mientras ha-

blaba para evitar que se levantara una vez más, "realmente no haría nada para detenerte, al contrario, incluso te pagaría dinero para que tuvieras más fuerza". "Sí, todo eso es muy plausible, lo que dices ahí", dijo el hombre del látigo, "sólo que yo no soy el tipo de persona que puedes sobornar. Mi trabajo es azotar a la gente, así que los azoto". Franz, el policía, había estado bastante callado hasta ahora, probablemente esperando un buen resultado de la intervención de K., pero ahora se acercó a la puerta vistiendo sólo sus pantalones, se arrodilló colgándose del brazo de K. y susurró: "Aunque no consigas que se apiade de nosotros, al menos intenta que me liberen. Willem es mayor que yo, es menos sensible que yo en todos los sentidos, incluso recibió una ligera paliza hace un par de años, pero mi historial sigue limpio, sólo hice las cosas como las hice porque Willem me llevó a ello, ha sido mi maestro tanto para lo bueno como para lo malo. Frente al banco mi pobre novia me espera en la entrada, estoy tan avergonzado de mí mismo, es lamentable". Su cara estaba llena de lágrimas, y se secó en el abrigo de K. "No voy a esperar más", dijo el hombre del látigo, agarrando el bastón con ambas manos y echándose encima de Franz, mientras Willem se acobardaba en un rincón y miraba en secreto, sin atreverse siquiera a girar la cabeza. Entonces, el repentino grito que salió de Franz fue largo e irrevocable, parecía no provenir de un ser humano sino de un instrumento que estaba siendo torturado, todo el pasillo reso-

nó con él, debió ser escuchado por todos en el edificio. "¡No grites así!", gritó K., sin poder evitarlo, y, mientras miraba ansiosamente en la dirección de la que vendría el sirviente, le dio a Franz un empujón, no fuerte, pero sí lo suficiente como para que cayera inconsciente, arañando el suelo con las manos por reflejo; aún no evitó ser golpeado; la vara aún lo encontró en el suelo; la punta de la vara se balanceaba regularmente hacia arriba y hacia abajo mientras él rodaba de un lado a otro bajo sus golpes. Y ahora uno de los sirvientes apareció en la distancia, con otro a pocos pasos detrás de él. K. había cerrado rápidamente la puerta, se acercó a una de las ventanas que daban al patio y la abrió. Los gritos habían cesado por completo. Para que el criado no entrara, gritó: "¡Soy yo!". "Buenas noches, jefe de personal", le respondió alguien. "¿Pasa algo?" "No, no", respondió K., "sólo es un perro que aúlla en el patio". No se oyó nada de los sirvientes, así que añadió: "Pueden volver a lo que estaban haciendo". No quería verse envuelto en una conversación con ellos, así que se asomó a la ventana. Un rato después, cuando se asomó al pasillo, ya se habían ido. Ahora, K. permanecía en la ventana, no se atrevía a volver al trastero, y tampoco quería volver a casa. El patio al que se asomó era pequeño y rectangular, a su alrededor había oficinas, todas las ventanas estaban ahora a oscuras y sólo las de la parte superior captaban el reflejo de la luna. K. se esforzó por ver en la oscuridad de una de las esquinas del patio, donde habían

quedado unos carros de mano detrás de otros. Se sintió angustiado por no haber podido evitar los azotes, pero eso no era culpa suya, si Franz no hubiera gritado de esa manera -es evidente que debió causar mucho dolor, pero es importante mantener el control de uno mismo en los momentos importantes-, si Franz no hubiera gritado era al menos muy probable que K. hubiera podido disuadir al azotador. Si todos los oficiales subalternos eran despreciables, por qué el hombre del látigo, cuyo puesto era el más inhumano de todos, iba a ser una excepción, y K. había notado muy claramente cómo se le habían iluminado los ojos al ver los billetes, evidentemente sólo había parecido serio respecto a los azotes para subir un poco el nivel del soborno. Y K. no había sido poco generoso, realmente había querido liberar a los policías; si ahora realmente había empezado a hacer algo contra la degeneración del tribunal, era evidente que también tendría que hacer algo aquí. Pero, por supuesto, le fue imposible hacer nada en cuanto Franz empezó a gritar. K. no podía dejar que el personal subalterno del banco, y tal vez incluso todo tipo de personas, se presentaran y le pillaran por sorpresa mientras regateaba con esa gente en el cuarto de los trastos. Nadie podía esperar ese tipo de sacrificio de él. Si esa hubiera sido su intención, casi habría sido más fácil, K. se habría quitado la ropa y se habría ofrecido al hombre del látigo en el lugar de los policías. De todos modos, el hombre del látigo no habría aceptado esta sustitución, ya

que de ese modo habría violado gravemente su deber sin obtener ningún beneficio. Lo más probable es que hubiera incumplido su deber por partida doble, ya que los empleados del juzgado probablemente tenían órdenes de no causar ningún daño a K. mientras estuviera imputado, aunque es posible que en este caso existieran condiciones especiales. Sea como fuere, K. no pudo hacer más que cerrar la puerta, aunque eso no eliminara todos los peligros a los que se enfrentaba. Era lamentable que hubiera dado un empujón a Franz, y sólo podía excusarse por el calor del momento.

A lo lejos, oyó los pasos de los sirvientes; no quería que se dieran cuenta de su presencia, así que cerró la ventana y se dirigió hacia la escalera principal. En la puerta del trastero se detuvo y escuchó un rato. Todo estaba en silencio. Los dos policías estaban completamente a merced del hombre del látigo; podría haberlos matado a golpes. K. extendió la mano hacia el pomo de la puerta, pero la retiró de repente. Ya no estaba en condiciones de ayudar a nadie, y los sirvientes no tardarían en volver; sin embargo, se prometió a sí mismo que volvería a plantear el asunto a alguien y se encargaría de que, en la medida en que estuviera en su mano, los verdaderos culpables, los altos funcionarios a los que nadie se había atrevido a señalar hasta entonces, recibieran su debido castigo. Mientras bajaba la escalera principal de la fachada del banco, miró atentamente a todos los que pasaban, pero no se veía a ninguna chi-

ca que pudiera estar esperando a alguien, ni siquiera a cierta distancia del banco. La afirmación de Franz de que su novia le estaba esperando se demostró así que era una mentira, aunque perdonable y destinada sólo a suscitar más simpatía.

Los policías siguieron en la mente de K. durante todo el día siguiente; no pudo concentrarse en su trabajo y tuvo que quedarse en su oficina un poco más que el día anterior para poder terminarlo. De camino a casa, al pasar de nuevo por el trastero, abrió su puerta como si fuera su costumbre. En lugar de la oscuridad que esperaba, vio todo igual que la noche anterior, y no supo cómo responder. Todo estaba exactamente igual que cuando abrió la puerta la noche anterior. Los formularios y los frascos de tinta justo en el umbral de la puerta, el hombre del látigo con su bastón, los dos policías, todavía desnudos, la vela en el estante, y los dos policías empezaron a lamentarse y a gritar "¡Sr. K.!". K. cerró la puerta de inmediato, e incluso la golpeó con los puños como si eso la cerrara con mayor firmeza. Casi llorando, corrió hacia los sirvientes que trabajaban tranquilamente en la fotocopiadora. "¡Vayan a limpiar ese cuarto de chatarra!", gritó, y, asombrados, dejaron lo que estaban haciendo. "¡Deberían haberlo hecho hace tiempo, nos estamos hundiendo en la suciedad!". Podrían hacer el trabajo al día siguiente, asintió K., era demasiado tarde para obligarles a hacerlo allí mismo, como había pretendido en un principio. Se sentó brevemente para mantenerlos cerca de él

un poco más, ojeó algunas de las copias para dar la impresión de que las revisaba y luego, al ver que no se atreverían a salir al mismo tiempo que él, se fue a casa cansado y con la mente adormecida.



CAPÍTULO 6

EL TÍO DE K.-LENI

Una tarde -K. estaba muy ocupado en ese momento, preparando el correo-, el tío de K., Karl, un pequeño propietario de tierras rurales, entró en la sala, abriéndose paso entre dos de los empleados que traían unos papeles. K. esperaba desde hacía tiempo la aparición de su tío, pero el hecho de verle ahora le chocaba mucho menos que la perspectiva de que apareciera mucho antes. Su tío tenía que venir, K. estaba seguro de ello desde hacía un mes. Ya pensó en su momento que podía ver cómo llegaría su tío, ligeramente inclinado, con su maltrecho sombrero panamá en

la mano izquierda, la mano derecha ya extendida sobre el escritorio mucho antes de que se acercara lo suficiente como para correr despreocupadamente hacia K. derribando todo lo que se encontraba en su camino. El tío de K. siempre tenía prisa, ya que sufría de la desafortunada creencia de que tenía una serie de cosas que hacer mientras estaba en la gran ciudad y tenía que resolverlas todas en un día -sus visitas sólo duraban un día- y, al mismo tiempo, pensaba que no podía renunciar a ninguna conversación o asunto o placer que pudiera surgir por casualidad. El tío Karl era el antiguo tutor de K., por lo que éste tenía el deber de ayudarlo en todo esto, así como de ofrecerle una cama para pasar la noche. "Me persigue un fantasma del campo", decía.

En cuanto se hubieron saludado -K. le había invitado a sentarse en el sillón, pero el tío Karl no tenía tiempo para eso- dijo que quería hablar brevemente con K. en privado. "Es necesario", dijo con un trago de cansancio, "es necesario para mi tranquilidad". K. hizo salir inmediatamente al personal subalterno de la sala y les dijo que no dejaran entrar a nadie. "¿Qué es eso que he oído, Josef?", gritó el tío de K. cuando se quedaron solos, mientras se sentaba en la mesa metiendo varios papeles debajo de sí mismo sin mirarlos para estar más cómodo. K. no dijo nada, sabía lo que iba a pasar, pero, aliviado de repente del esfuerzo del trabajo que había estado haciendo, cedió a una agradable lasitud y miró por la ventana hacia el otro lado de la calle. Desde donde estaba sentado, sólo podía

ver una pequeña sección triangular de la misma, parte de las paredes vacías de las casas entre dos escaparates. "¡Estás mirando por la ventana!", gritó su tío, levantando los brazos, "¡Por el amor de Dios, Josef, dame una respuesta! ¿Es cierto, puede ser realmente cierto?" "Tío Karl", dijo K., volviendo a salir de su ensoñación, "realmente no sé qué es lo que quieres de mí". "Josef", dijo su tío en tono de advertencia, "por lo que sé, siempre has dicho la verdad. ¿Debo tomar lo que acabas de decir como una mala señal?" "Creo que sé qué es lo que quieres", dijo K. obedientemente, "supongo que habrás oído hablar de mi juicio". "Así es", respondió su tío con una lenta inclinación de cabeza, "me he enterado de tu juicio". "¿Por quién te has enterado, entonces?", preguntó K. "Erna me escribió", dijo su tío, "ella no tiene mucho contacto contigo, es cierto, no le prestas mucha atención, me temo que, sin embargo, se enteró. Hoy he recibido su carta y, por supuesto, he venido directamente aquí. Y no por otra razón, pero me parece que es razón suficiente. Puedo leerle la parte de la carta que le concierne". Sacó la carta de su cartera. "Aquí está. Escribe: "Hace mucho tiempo que no veo a Josef, la semana pasada estuve en el banco pero Josef estaba tan ocupado que no me dejaron pasar; esperé allí casi una hora pero luego tuve que volver a casa porque tenía mi clase de piano. Me hubiera gustado hablar con él, quizás haya una oportunidad en otra ocasión. Me envió una gran caja de bombones por mi onomástica, fue muy amable y

atento por su parte. Me olvidé de contártelo cuando te escribí, y sólo me acuerdo ahora que me lo preguntas. El chocolate, como estoy seguro de que sabes, desaparece enseguida en esta casa de huéspedes, casi tan pronto como sabes que alguien te ha regalado chocolate se ha ido. Pero hay algo más que quería contarte sobre Josef. Como ya he dicho, no me dejaron pasar a verle al banco porque estaba negociando con un señor en ese momento. Después de haber estado esperando tranquilamente durante mucho tiempo, pregunté a uno de los empleados si su reunión duraría mucho más. Me contestó que probablemente sería así, ya que se trataba de un proceso judicial, dijo, que se estaba llevando a cabo contra él. Le pregunté qué tipo de procedimiento judicial se estaba llevando a cabo contra el secretario jefe, y si no estaba cometiendo algún error, pero me dijo que no estaba cometiendo ningún error, que había un procedimiento judicial en curso e incluso que se trataba de algo bastante serio, pero que no sabía nada más al respecto. Le hubiera gustado poder ayudar al propio secretario jefe, ya que éste era un caballero, bueno y honesto, pero no sabía qué podía hacer y sólo esperaba que hubiera algún caballero influyente que se pusiera de su parte. Estoy seguro de que eso es lo que ocurrirá y de que al final todo saldrá bien, pero mientras tanto las cosas no pintan nada bien, y eso se ve en el estado de ánimo del propio secretario jefe. Por supuesto, no le di demasiada importancia a esta conversación, e incluso hice lo posi-

ble por tranquilizar al empleado del banco, que era un hombre bastante sencillo. Le dije que no debía hablar con nadie más sobre esto, y creo que todo es un simple rumor, pero aun así creo que sería bueno que usted, querido padre, investigara el asunto la próxima vez que nos visite. Te será fácil averiguar más detalles y, si es realmente necesario, hacer algo al respecto a través de las grandes e influyentes personas que conoces. Pero si no es necesario, y eso es lo que parece más probable, al menos tu hija tendrá pronto la oportunidad de abrazarte y lo espero con impaciencia. 'Es una buena niña -dijo el tío de K. cuando terminó de leer, y se secó unas lágrimas de los ojos. K. asintió. Con todos los diferentes trastornos que había tenido últimamente se había olvidado por completo de Erna, incluso de su cumpleaños, y la historia de los chocolates estaba claro que se la había inventado para no meterse en problemas con sus tíos. Era muy conmovedor, y ni siquiera las entradas para el teatro, que le enviaría regularmente a partir de entonces, serían suficientes para recompensarla, pero realmente no le parecía, ahora, que fuera correcto visitarla en su alojamiento y mantener conversaciones con una pequeña colegiala de dieciocho años. "¿Y qué tienes que decir al respecto?", preguntó su tío, que había olvidado toda su prisa y emoción al leer la carta, y parecía estar a punto de leerla de nuevo. "Sí, tío", dijo K., "es verdad". "¡Cierto!", gritó su tío. "¿Qué es verdad? ¿Cómo puede ser verdad? ¿Qué clase de juicio es?

Espero que no sea un juicio penal". "Es un juicio penal", contestó K. "¿Y te quedas aquí sentado tranquilamente mientras tienes un juicio penal alrededor de tu cuello?", gritó su tío, haciéndose cada vez más fuerte. "Cuanto más tranquilo esté, mejor será el resultado", dijo K. con voz cansada, "no te preocupes". "¿Cómo puedo evitar preocuparme?", gritó su tío, "¡Josef, mi querido Josef, piensa en ti mismo, en tu familia, piensa en nuestro buen nombre! Hasta ahora, siempre has sido nuestro orgullo, no te conviertas ahora en nuestra desgracia. No me gusta cómo te comportas -dijo mirando a K. con la cabeza inclinada-, así no se comporta un inocente cuando se le acusa de algo, no si aún le quedan fuerzas. Dime de qué se trata para que pueda ayudarte. Es algo que tiene que ver con el banco, supongo". "No", dijo K. mientras se levantaba, "y estás hablando demasiado alto, tío, supongo que uno de los empleados está escuchando en la puerta y eso me parece bastante desagradable. Es mejor que vayamos a otro sitio, así podré responder a todas tus preguntas, en la medida en que pueda. Y sé muy bien que tengo que dar cuenta a la familia de lo que hago". "¡Claro que sí!", gritó su tío, "Muy bien, lo sabes. Ahora muévete, Josef, ¡date prisa!" "Todavía tengo que preparar algunos documentos", dijo K., y, utilizando el intercomunicador, llamó a su adjunto, que entró unos instantes después. El tío de K., todavía enfadado y excitado, hizo un gesto con la mano para indicar que K. le había llamado, aunque no había ninguna necesi-

dad de hacerlo. K. se puso delante del escritorio y le explicó al joven, que escuchaba tranquilo y atento, lo que habría que hacer ese día en su ausencia, hablando con voz tranquila y haciendo uso de varios documentos. La presencia del tío de K. mientras esto ocurría era bastante inquietante; no escuchaba lo que se decía, sino que al principio permanecía con los ojos muy abiertos y mordiéndose nerviosamente los labios. Luego empezó a pasearse por la habitación, se detenía de vez en cuando en la ventana o se paraba delante de un cuadro lanzando siempre diversas exclamaciones como: "¡Eso es totalmente incomprensible para mí!" o "Ahora dime, ¿qué se supone que debes hacer con eso?". El joven fingió no darse cuenta de nada y escuchó las instrucciones de K. hasta el final, tomó algunas notas, se inclinó ante K. y su tío y salió de la habitación. El tío de K. le había dado la espalda y miraba por la ventana, recogiendo las cortinas con las manos extendidas. Apenas se había cerrado la puerta cuando gritó: "¡Por fin! Ahora que ha dejado de dar saltos podemos ir nosotros también". Una vez que estuvieron en el vestíbulo del banco, donde había varios miembros del personal y donde, justo en ese momento, cruzaba el subdirector, no hubo, por desgracia, forma de evitar que el tío de K. hiciera continuamente preguntas sobre el juicio. "Ahora bien, Josef", comenzó, reconociendo ligeramente las reverencias de los que les rodeaban al pasar, "cuéntame todo sobre este juicio; ¿de qué tipo de juicio se trata?". K. hizo

algunos comentarios que transmitían poca información, incluso se rió un poco, y sólo cuando llegaron a la escalinata delantera le explicó a su tío que no había querido hablar abiertamente delante de aquella gente. "Muy bien", dijo su tío, "pero ahora empieza a hablar". Con la cabeza hacia un lado, y fumando su cigarro a caladas cortas e impacientes, escuchó. "En primer lugar, tío", dijo K., "no es un juicio como los que se celebran en una sala normal". "Tanto peor", dijo su tío. "¿Cómo es eso?", preguntó K., mirándolo. "Lo que quiero decir es que es para peor", repitió. Estaban de pie en los escalones delanteros del banco; como el portero parecía estar escuchando lo que decían, K. atrajo a su tío hacia abajo, donde fueron absorbidos por el bullicio de la calle. Su tío tomó el brazo de K. y dejó de hacer preguntas con tanta urgencia sobre el juicio, caminaron un rato en silencio. "Pero, ¿cómo ha surgido todo esto?", acabó preguntando, deteniéndose con la suficiente brusquedad como para sobresaltar a la gente que caminaba detrás, que tuvo que evitar chocar con él. "Cosas así no surgen de repente, empiezan a desarrollarse mucho tiempo antes, debe haber habido señales de alerta, ¿por qué no me escribiste? Sabes que haría cualquier cosa por ti, hasta cierto punto sigo siendo tu tutor, y hasta hoy eso es algo de lo que estaba orgulloso. Te seguiré ayudando, claro que sí, sólo que ahora, ahora que el juicio ya está en marcha, lo hace muy difícil. Pero da igual; lo mejor ahora es que te tomes unas pequeñas vacaciones

quedándote con nosotros en el campo. Has perdido peso, ya lo veo. La vida en el campo te dará fuerzas, eso será bueno, te espera mucho trabajo duro. Pero además será una forma de alejarte de la cancha, hasta cierto punto. Aquí tienen todos los medios para mostrar los poderes a su disposición y están automáticamente obligados a usarlos contra ti; en el país tendrán que delegar la autoridad en diferentes organismos o simplemente tendrán que intentar molestarte por carta, telegrama o teléfono. Y eso debilitará el efecto, no te liberará de ellos pero te dará espacio para respirar". "Podrías prohibirme que me vaya", dijo K., que había sido arrastrado ligeramente a la forma de pensar de su tío por lo que había estado diciendo. "No pensé que lo harías", dijo su tío pensativo, "no sufrirás demasiada pérdida de poder al alejarte". K. agarró a su tío por debajo del brazo para que no se detuviera y le dijo: "Creía que todo esto te parecía menos importante que a mí, y ahora te lo tomas tan a pecho". "Josef", llamó su tío tratando de desenredarse de él para que dejara de caminar, pero K. no lo soltó, "has cambiado completamente, antes eras tan astuto, ¿ahora lo estás perdiendo?

¿Quieres perder el juicio? ¿Te das cuenta de lo que eso significaría? Significaría que serías simplemente destruido. Y que todos los que conoces se hundirían contigo o, como mínimo, serían humillados, deshonrados hasta el suelo. Josef, controlate. La forma en que eres tan indiferente al respecto, me está volviendo loco. Viéndote, casi

puedo creer en ese viejo dicho: "Tener un juicio así significa perder un juicio así". "Mi querido tío", dijo K., "no servirá de nada excitarse, no es bueno para ti hacerlo y no sería bueno para mí hacerlo. El caso no se ganará excitándose, y por favor, admite que mi experiencia práctica cuenta, al igual que siempre he respetado y sigo respetando tu experiencia, incluso cuando me sorprende. Dices que la familia también se verá afectada por este juicio; la verdad es que no veo cómo, pero eso no viene al caso y estoy muy dispuesto a seguir tus instrucciones en todo esto. Sólo que no veo ninguna ventaja en quedarme en el país, ni siquiera para ti, ya que eso indicaría huida y sentimiento de culpa. Y además, aunque estoy más sujeto a la persecución si me quedo en la ciudad, también puedo presionar mejor el asunto aquí." "Tienes razón", dijo su tío en un tono que parecía indicar que por fin se estaban acercando el uno al otro, "sólo hice la sugerencia porque, según vi, si te quedas en la ciudad el caso se pondrá en peligro por tu indiferencia hacia él, y pensé que era mejor que yo hiciera el trabajo por ti. Pero, ¿impulsarás tú mismo las cosas con todas tus fuerzas, si es así, eso será naturalmente mucho mejor?" "Estamos de acuerdo entonces", dijo K. "¿Y tienes alguna sugerencia sobre lo que debo hacer a continuación?" "Bueno, naturalmente tendré que pensarlo", dijo su tío, "debes tener en cuenta que llevo veinte años viviendo en el campo, casi sin descanso, se pierde la capacidad de tratar asuntos como éste. Pero tengo algunos contactos impor-

tantes con varias personas que, supongo, conocen mejor que yo estas cosas, y ponerse en contacto con ellas es algo natural. Ahí fuera, en el campo, he estado saliendo del paso, estoy seguro de que ya son conscientes de ello. Sólo en momentos como éste lo notas tú mismo. Y este asunto tuyo ha sido en gran medida inesperado, aunque, curiosamente, esperaba algo así después de leer la carta de Erna, y hoy, cuando he visto tu cara, lo he sabido con casi total certeza. Pero todo eso queda en el tintero, lo importante ahora es que no tenemos tiempo que perder". Mientras seguía hablando, el tío de K. se había puesto de puntillas para llamar a un taxi y ahora metía a K. en el coche detrás de él mientras gritaba una dirección al conductor. "Vamos ahora a ver al doctor Huld, el abogado", dijo, "estuvimos juntos en la escuela. Estoy seguro de que conoce el nombre, ¿no? ¿No? Pues es extraño. Tiene muy buena reputación como abogado defensor y por trabajar con los pobres. Pero lo estimo especialmente como alguien en quien se puede confiar". "Por mí está bien, haz lo que haz", dijo K., aunque se sintió incómodo por la forma apresurada y urgente con que su tío trataba el asunto. No era muy alentador, como acusado, que le llevaran a un abogado para pobres. "No sabía", dijo, "que se pudiera llevar a un abogado en asuntos como éste". "Pues claro que puedes", dijo su tío, "eso es evidente. ¿Por qué no ibas a contratar a un abogado? Y ahora, para que esté bien instruido en este asunto, cuéntame qué ha

pasado hasta ahora". K. comenzó inmediatamente a contarle a su tío lo que había sucedido, sin guardarse nada -ser completamente abierto con él era la única manera en que K. podía protestar por la creencia de su tío de que el juicio era una gran desgracia. Mencionó el nombre de la señorita Bürstner sólo una vez y de pasada, pero eso no disminuyó su franqueza sobre el juicio, ya que la señorita Bürstner no tenía ninguna relación con él. Mientras hablaba, miró por la ventana y vio cómo, justo en ese momento, se acercaban al suburbio donde estaban las oficinas del tribunal. Se lo hizo notar a su tío, pero a éste no le pareció especialmente llamativa la coincidencia. El taxi se detuvo frente a un edificio oscuro. El tío de K. llamó a la primera puerta a ras de suelo; mientras esperaban, sonrió mostrando sus grandes dientes y susurró: "Las ocho; no es la hora habitual para visitar a un abogado, pero a Huld no le importará de mi parte". Dos grandes ojos negros aparecieron en la mirilla de la puerta, miraron fijamente a los dos visitantes durante un rato y luego desaparecieron; la puerta, sin embargo, no se abrió. K. y su tío se confirmaron mutuamente el hecho de haber visto los dos ojos. "Una nueva criada, temerosa de los extraños", dijo el tío de K., y volvió a llamar a la puerta. Los ojos aparecieron de nuevo. Esta vez parecían casi tristes, pero la llama de gas abierta que ardía con un siseo cerca de sus cabezas emitía poca luz y eso pudo haber creado simplemente una ilusión. "Abre la puerta", llamó el tío de K., levantando el puño

contra ella, "¡somos amigos del doctor Huld, el abogado!". "El doctor Huld está enfermo", susurró alguien detrás de ellos. En una puerta, al fondo de un estrecho pasillo, se encontraba un hombre en bata, dándoles esta información en voz muy baja. El tío de K., que ya se había enfadado mucho por la larga espera, se giró bruscamente y replicó: "Enfermo. ¿Dice que está enfermo?" y se dirigió hacia el caballero de una manera que parecía casi amenazante, como si fuera la propia enfermedad. "Ya le han abierto la puerta", dijo el caballero, señalando la puerta del abogado. Se puso la bata y desapareció. En efecto, la puerta se había abierto, una joven -K. reconoció los ojos oscuros y ligeramente saltonestaba en el pasillo con un largo delantal blanco, sosteniendo una vela en la mano. "¡La próxima vez, abre antes!", dijo el tío de K. en lugar de un saludo, mientras la chica hacía una ligera reverencia.

"Acompáñanos, Josef", dijo entonces a K., que se acercaba lentamente a la muchacha. "El Dr. Huld se encuentra mal", dijo la chica mientras el tío de K., sin detenerse, corría hacia una de las puertas. K. siguió mirando a la chica con asombro mientras se daba la vuelta para bloquear el paso a la sala de estar, tenía una cara redonda como la de un cachorro, no sólo las pálidas mejillas y la barbilla eran redondas sino también las sienes y el nacimiento del pelo. "¡Josef!", llamó su tío una vez más, y preguntó a la muchacha: "Es un problema de corazón, ¿verdad?". "Creo que sí, señor", dijo la muchacha, que ahora había encontrado tiempo para adelan-

tarse con la vela y abrir la puerta de la habitación. En un rincón de la habitación, donde no llegaba la luz de la vela, un rostro con una larga barba miró desde la cama. "Leni, ¿quién es el que entra?", preguntó el abogado, incapaz de reconocer a sus invitados porque estaba deslumbrado por la vela. "Es tu viejo amigo, Albert", dijo el tío de K. "Oh, Albert", dijo el abogado, dejándose caer sobre su almohada como si esta visita significara que no tendría que guardar las apariencias. "¿Es realmente tan grave?", preguntó el tío de K., sentándose en el borde de la cama. "No creo que lo sea. Es una recurrencia de tu problema cardíaco y se te pasará como las otras veces". "Tal vez", dijo el abogado en voz baja, "pero es tan problemático como siempre. Apenas puedo respirar, no puedo dormir en absoluto y cada día estoy más débil." "Ya veo", dijo el tío de K., apretando firmemente su sombrero panamá contra la rodilla con su gran mano. "Son malas noticias. ¿Pero está recibiendo el tipo de cuidado adecuado? Esto es muy deprimente, está muy oscuro. Hace mucho tiempo que estuve aquí, pero entonces me pareció más acogedor. Incluso tu jovencita no parece tener mucha vida, a menos que esté fingiendo". La doncella seguía de pie junto a la puerta con la vela; por lo que se veía, observaba a K. más que a su tío, incluso mientras éste seguía hablando de ella. K. se apoyó en una silla que había acercado a la muchacha. "Cuando uno está tan enfermo como yo -dijo el abogado-, necesita tener paz. No lo encuentro deprimente". Tras

una breve pausa, añadió: "Y Leni me cuida bien, es una buena chica". Pero eso no bastó para persuadir al tío de K., que se había puesto visiblemente en contra de la cuidadora de su amigo y, aunque no contradijo a la inválida, la persiguió con el ceño fruncido mientras ella se acercaba a la cama, ponía la vela en la mesita de noche e, inclinándose sobre la cama, lo alborotaba ordenando las almohadas. El tío de K. casi se olvidó de la necesidad de mostrar alguna consideración hacia el hombre que yacía enfermo en la cama, se levantó, caminó de un lado a otro detrás de la cuidadora, y a K. no le habría sorprendido que la hubiera agarrado de las faldas por detrás y la hubiera arrastrado lejos de la cama. El propio K. observó con calma, ni siquiera se sintió decepcionado al encontrar al abogado indispuesto, no había podido hacer nada para oponerse al entusiasmo que su tío había desarrollado por el asunto, se alegró de que ese entusiasmo se hubiera distraído ahora sin que él tuviera que hacer nada al respecto. Su tío, probablemente simplemente queriendo ser ofensivo con la asistente del abogado, dijo entonces: "Jovencita, ahora por favor déjenos solos un rato, tengo algunos asuntos personales que discutir con mi amigo". La cuidadora del doctor Huld seguía inclinada sobre la cama del inválido y alisando la tela que cubría la pared junto a él, se limitó a girar la cabeza y entonces, en llamativo contraste con el enfado que primero impidió hablar al tío de K. y luego dejó salir las palabras a borbotones, dijo en voz muy baja:

"Ya ve que el doctor Huld está tan enfermo que no puede discutir ningún asunto". Probablemente fue sólo por conveniencia que ella había repetido las palabras pronunciadas por el tío de K., pero un espectador podría haberlo percibido incluso como una burla y él, por supuesto, saltó como si acabara de ser apuñalado. "Maldito...", en los primeros borbotones de su excitación apenas se entendían sus palabras, K. se sobresaltó aunque había esperado algo parecido y corrió hacia su tío con la intención, sin duda, de cerrarle la boca con ambas manos. Afortunadamente, sin embargo, detrás de la muchacha, el inválido se levantó, el tío de K. puso una fea cara como si tragara algo repugnante y luego, algo más calmado, dijo: "Naturalmente, no hemos perdido el sentido común, todavía no; si lo que pido no fuera posible, no lo estaría pidiendo. Ahora, por favor, vete". La cuidadora se puso de pie junto a la cama, mirando directamente al tío de K., y éste creyó notar que con una mano acariciaba la mano del abogado. "Puedes decir cualquier cosa delante de Leni", dijo la inválida, en un tono inequívocamente suplicante. "No es asunto mío", dijo el tío de K., "y no son mis secretos". Y se revolvió como si no quisiera entrar en más negociaciones sino darse un poco más de tiempo para pensar. "¿De quién es el asunto entonces?", preguntó el abogado con voz agotada mientras se inclinaba de nuevo hacia atrás. "De mi sobrino", dijo el tío de K., "y lo he traído conmigo". Y lo presentó: "El secretario jefe Josef K.". "¡Oh!", dijo el inválido,

ahora con mucha más vida, y extendió la mano hacia K. "Perdóneme, no me había fijado en usted". Luego le dijo a su cuidadora: "Leni, vete", tendiéndole la mano como si se tratara de una despedida que tendría que durar mucho tiempo. Esta vez la chica no ofreció resistencia. "Así que tú", dijo finalmente al tío de K., que también se había calmado y se acercó, "no has venido a visitarme porque estoy enfermo, sino que has venido por negocios". El abogado parecía ahora mucho más fuerte, parecía que la idea de ser visitado porque estaba enfermo le había debilitado de alguna manera, se quedó apoyando en un codo, lo que debía ser bastante cansado, y se tiraba continuamente de un mechón de pelo en medio de la barba. "Ya tienes mucho mejor aspecto", dijo el tío de K., "ahora que esa bruja ha salido". Se interrumpió, susurró: "¡Apuesto a que está escuchando!" y se acercó de un salto a la puerta. Pero detrás de la puerta no había nadie, el tío de K. regresó no decepcionado, ya que el hecho de que ella no escuchara le pareció peor que si lo hubiera hecho, pero probablemente algo amargado. "Te equivocas con ella", dijo el abogado, pero no hizo nada más para defenderla; tal vez era su manera de indicar que no necesitaba ser defendida. Pero en un tono mucho más comprometido continuó: "En lo que respecta a los asuntos de su sobrino, será una empresa extremadamente difícil y me consideraría afortunado si mis fuerzas duraran lo suficiente para ello; me temo mucho que no lo haré, pero de todos modos no quiero dejar nada

sin probar; si no aguanto, siempre puede conseguir a otro. A decir verdad, este asunto me interesa demasiado, y no puedo renunciar a la posibilidad de participar en él. Si mi corazón se rinde totalmente, al menos habrá encontrado un asunto digno en el que fracasar". K. creyó no entender ni una palabra de todo este discurso, miró a su tío en busca de una explicación, pero su tío estaba sentado en la mesilla de noche con la vela en la mano, un frasco de medicina había rodado de la mesa al suelo, asentía a todo lo que decía el abogado, estaba de acuerdo con todo, y de vez en cuando miraba a K. instándole a mostrar la misma conformidad. Quizá el tío de K. ya le había contado al abogado lo del juicio. Pero eso era imposible, todo lo que había ocurrido hasta entonces hablaba en contra. Así que dijo: "No entiendo...." "Bueno, tal vez he entendido mal lo que has dicho", dijo el abogado, tan asombrado y avergonzado como K. "Tal vez he ido demasiado rápido. ¿De qué querías hablarme?

Creía que tenía que ver con tu juicio". "Por supuesto que sí", dijo el tío de K., que entonces le preguntó: "Entonces, ¿qué es lo que quieres?". "Sí, pero ¿cómo es que sabes algo de mí y de mi caso?", preguntó K. "Oh, ya veo", dijo el abogado con una sonrisa. "Soy abogado, me muevo en los círculos judiciales, la gente habla de varios casos diferentes y los más interesantes se quedan en tu mente, especialmente cuando se refieren al sobrino de un amigo. No hay nada muy notable en eso". "¿Qué es lo que quieres, entonces?", preguntó una vez más

el tío de K., "pareces tan inquieto por ello". "¿Te mueves en los círculos de este tribunal?", preguntó K. "Sí", dijo el abogado. "Estás haciendo preguntas como un niño", dijo el tío de K. "¿En qué círculos debo moverme, entonces, si no es con miembros de mi propia disciplina?", añadió el abogado. Sonaba tan indiscutible que K. no dio ninguna respuesta. "Pero tú trabajas en el Tribunal Superior, no en ese tribunal del ático", había querido decir, pero no se atrevió a pronunciarlo. "Tiene que darse cuenta", continuó el abogado, en un tono como si estuviera explicando algo obvio, innecesario e incidental, "tiene que darse cuenta de que también obtengo grandes ventajas para mis clientes al mezclarme con esa gente, y lo hago de muchas maneras diferentes, no es algo de lo que se pueda estar hablando todo el tiempo. Ahora estoy un poco en desventaja, por supuesto, debido a mi enfermedad, pero sigo recibiendo visitas de algunos buenos amigos míos del juzgado y aprendo una o dos cosas. Puede que incluso aprenda más que muchos de los que gozan de la mejor salud y se pasan todo el día en el juzgado. Y ahora mismo estoy recibiendo una visita muy grata, por ejemplo". Y señaló hacia un rincón oscuro de la sala. "¿Dónde?", preguntó K., casi sin poder evitar su sorpresa. Miró a su alrededor con inquietud; la pequeña vela emitía muy poca luz para llegar hasta la pared de enfrente. Y entonces, algo comenzó a moverse en la esquina. A la luz de la vela que sostenía el tío de K. se podía ver a un anciano sentado junto a una

pequeña mesa. Llevaba tanto tiempo sentado allí sin que se notara que apenas podía respirar. Ahora se levantó con gran alboroto, claramente descontento de que se hubiera llamado la atención sobre él. Era como si, agitando las manos como si fueran alas cortas, esperara desviar las presentaciones y los saludos, como si no quisiera molestar a los demás con su presencia y pareciera exhortarlos a que lo dejaran en la oscuridad y se olvidaran de su presencia. Eso, sin embargo, era algo que ya no se le podía conceder. "Nos ha cogido usted por sorpresa, ya ve", dijo el abogado a modo de explicación, indicando alegremente al caballero que se acercara, cosa que, despacio, vacilando, mirando a su alrededor, pero con cierta dignidad, hizo. "El director de la oficina -oh, sí, perdóneme, no le he presentado-, éste es mi amigo Albert K., éste es su sobrino, el jefe de personal Josef K., y éste es el director de la oficina... Así que el director de la oficina ha tenido la amabilidad de hacerme una visita. Sólo se puede apreciar lo valiosa que es una visita de este tipo si se conoce el secreto del montón de trabajo que tiene el director de la oficina. Bueno, vino de todos modos, estábamos charlando tranquilamente, dentro de lo que cabe cuando estoy tan débil, y aunque no le habíamos dicho a Leni que no debía dejar entrar a nadie porque no esperábamos a nadie, hubiéramos preferido quedarnos solos, pero entonces apareciste tú, Albert, golpeando la puerta con tus puños, el director de la oficina se fue al rincón arrastrando su mesa y

su silla con él, pero ahora resulta que podríamos tener, es decir, si eso es lo que deseas, podríamos tener algo que discutir entre nosotros y sería bueno que volviéramos a estar todos juntos. -Director de la oficina... -dijo con la cabeza a un lado, señalando con una humilde sonrisa un sillón cerca de la cama. "Me temo que sólo podré quedarme unos minutos más", sonrió el director de la oficina mientras se extendía en el sillón y miraba el reloj. "Los negocios me llaman. Pero no quisiera perder la oportunidad de conocer a un amigo de mi amigo". Incluyó ligeramente la cabeza hacia el tío de K., que parecía muy contento con su nuevo conocido, pero no era el tipo de persona que expresaba sus sentimientos de deferencia y respondió a las palabras del director de la oficina con una risa avergonzada, pero sonora. ¡Un espectáculo horrible! K. pudo observar tranquilamente todo, ya que nadie le prestó atención, el director de la oficina asumió el liderazgo de la conversación, como parecía ser su costumbre una vez que había sido llamado, el abogado escuchaba atentamente con la mano en la oreja, su debilidad inicial quizás sólo había tenido la función de alejar a sus nuevos visitantes. El tío de K. sirvió de portador de la vela -balanceando la vela sobre su muslo mientras el director de la oficina la miraba con frecuencia de forma nerviosa- y pronto se liberó de su vergüenza y quedó rápidamente encantado no sólo por la forma de hablar del director de la oficina, sino también por los suaves movimientos de la mano con los que la

acompañaba. K., apoyado en el poste de la cama, fue totalmente ignorado por el director de la oficina, tal vez deliberadamente, y sirvió al anciano sólo como público. Además, apenas tenía idea de qué trataba la conversación y sus pensamientos pronto se dirigieron a la asistenta y a los malos tratos que había sufrido por parte de su tío. Poco después, empezó a preguntarse si no había visto antes al director de la oficina en algún lugar, quizás entre las personas que estaban en su primera audiencia. Puede que se equivocara, pero pensó que el director de la oficina bien podría estar entre los señores mayores de barba fina de la primera fila.

Se oyó entonces un ruido que todos escucharon desde el pasillo, como si se rompiera algo de porcelana. "Iré a ver qué ha pasado", dijo K., que salió lentamente de la sala como dando a los demás la oportunidad de detenerle. Apenas había salido al pasillo, orientándose en la oscuridad con la mano que aún sostenía firmemente la puerta, cuando otra mano pequeña, mucho más pequeña que la de K., se colocó sobre la suya y cerró suavemente la puerta. Era la cuidadora que había estado esperando allí. "No ha pasado nada", le susurró, "sólo he tirado un plato contra la pared para sacarte de allí". "Yo también estaba pensando en ti", respondió K. con inquietud. "Tanto mejor", dijo el cuidador. "Ven conmigo". A los pocos pasos, llegaron a una puerta de cristal esmerilado que la cuidadora le abrió. "Entre aquí", le dijo. Era claramente el despacho del abogado, equipado con muebles

viejos y pesados, por lo que se podía ver a la luz de la luna que ahora iluminaba sólo una pequeña sección rectangular del suelo junto a cada una de las tres grandes ventanas. "Por aquí", dijo el cuidador, señalando un baúl oscuro con un respaldo de madera tallada. Cuando se hubo sentado, K. siguió mirando la habitación, era una sala grande con un techo alto, los clientes de este abogado de los pobres debían sentirse bastante perdidos en ella. K. pensó que podía ver los pequeños pasos con los que los visitantes se acercaban al enorme escritorio. Pero luego se olvidó de todo esto y sólo tuvo ojos para la cuidadora que se sentó muy cerca de él, casi apretándolo contra el reposabrazos. "Pensé", dijo ella, "que vendrías aquí por ti mismo sin que yo tuviera que llamarte primero". Ha sido extraño. Primero me miras fijamente nada más entrar y luego me haces esperar. Y también deberías llamarme Leni", añadió rápida y repentinamente, como si no hubiera que perder ningún momento de esta conversación. "Con mucho gusto", dijo K. "Pero en cuanto a que sea extraño, Leni, eso es fácil de explicar. En primer lugar, tenía que escuchar lo que decían los viejos y no podía irme sin una buena razón, pero en segundo lugar no soy una persona atrevida, si acaso soy bastante tímida, y tú, Leni, tampoco parecías que se te pudiera conquistar de un plumazo." "No es eso", dijo Leni, apoyando un brazo en el reposabrazos y mirando a K., "no te gustaba, y supongo que tampoco te gusto ahora". "Gustar no sería mucho", dijo K.,

evasivamente. "¡Oh!", exclamó ella con una sonrisa, aprovechando así el comentario de K. para obtener una ventaja sobre él. Así que K. permaneció en silencio durante un rato. Ya se había acostumbrado a la oscuridad de la habitación y era capaz de distinguir varias instalaciones y accesorios. Le impresionó especialmente un gran cuadro que colgaba a la derecha de la puerta, y se inclinó hacia delante para verlo mejor. Representaba a un hombre vestido con la toga de un juez; estaba sentado en un elevado trono dorado que resplandecía en el cuadro. Lo extraño del cuadro era que este juez no estaba sentado con una calma digna, sino que tenía el brazo izquierdo apretado contra el respaldo y el reposabrazos; su brazo derecho, sin embargo, estaba completamente libre y sólo se agarraba al reposabrazos con la mano, como si estuviera a punto de saltar en cualquier momento con vigorosa indignación y hacer algún comentario decisivo o incluso dictar sentencia. Probablemente se imaginaba al acusado al pie de la escalinata, cuya parte superior se veía en el cuadro, cubierta por una alfombra amarilla. "Ese podría ser mi juez", dijo K., señalando el cuadro con un dedo. "Lo conozco", dijo Leni mirando el cuadro, "viene aquí muy a menudo. Esa foto es de cuando era joven, pero nunca pudo parecerse a ella, ya que es diminuto, casi. Pero a pesar de eso, se hizo agrandar en la foto porque es muy vanidoso, como todo el mundo por aquí. Pero incluso yo soy vanidoso y eso me hace muy infeliz que no te guste". K. respondió a este

último comentario simplemente abrazando a Leni y atrayéndola hacia él, que apoyó tranquilamente su cabeza en su hombro. Al resto, sin embargo, le dijo: "¿Qué rango tiene?". "Es un juez de instrucción", dijo ella, tomando la mano con la que K. la sostenía y jugando con sus dedos. "Sólo un juez de instrucción, una vez más", dijo K. decepcionado, "los altos funcionarios se mantienen ocultos. Pero aquí está sentado en un trono". "Eso es todo inventado", dijo Leni con la cara inclinada sobre la mano de K., "realmente está sentado en una silla de cocina con una vieja manta de caballo doblada sobre ella. ¿Pero tienes que estar siempre pensando en tu juicio?", añadió lentamente. "No, en absoluto", dijo K., "probablemente incluso pienso demasiado poco en él". "Ese no es el error que cometes", dijo Leni, "eres demasiado inflexible, eso es lo que he oído". "¿Quién ha dicho eso?", preguntó K., sintió el cuerpo de ella contra su pecho y miró su rico y oscuro cabello apretado.

"Estaría diciendo demasiado si te lo dijera", respondió Leni. "Por favor, no pidas nombres, pero sí deja de cometer estos errores tuyos, deja de ser tan inflexible, no hay nada que puedas hacer para defenderte de este tribunal, tienes que confesar. Así que confiesa en cuanto tengas la oportunidad. Sólo entonces te darán la oportunidad de escapar, no hasta entonces. Sólo que sin ayuda del exterior incluso eso es imposible, pero no debes preocuparte por conseguir esta ayuda ya que yo mismo quiero ayudarte." "Entiendes mucho de este tribu-

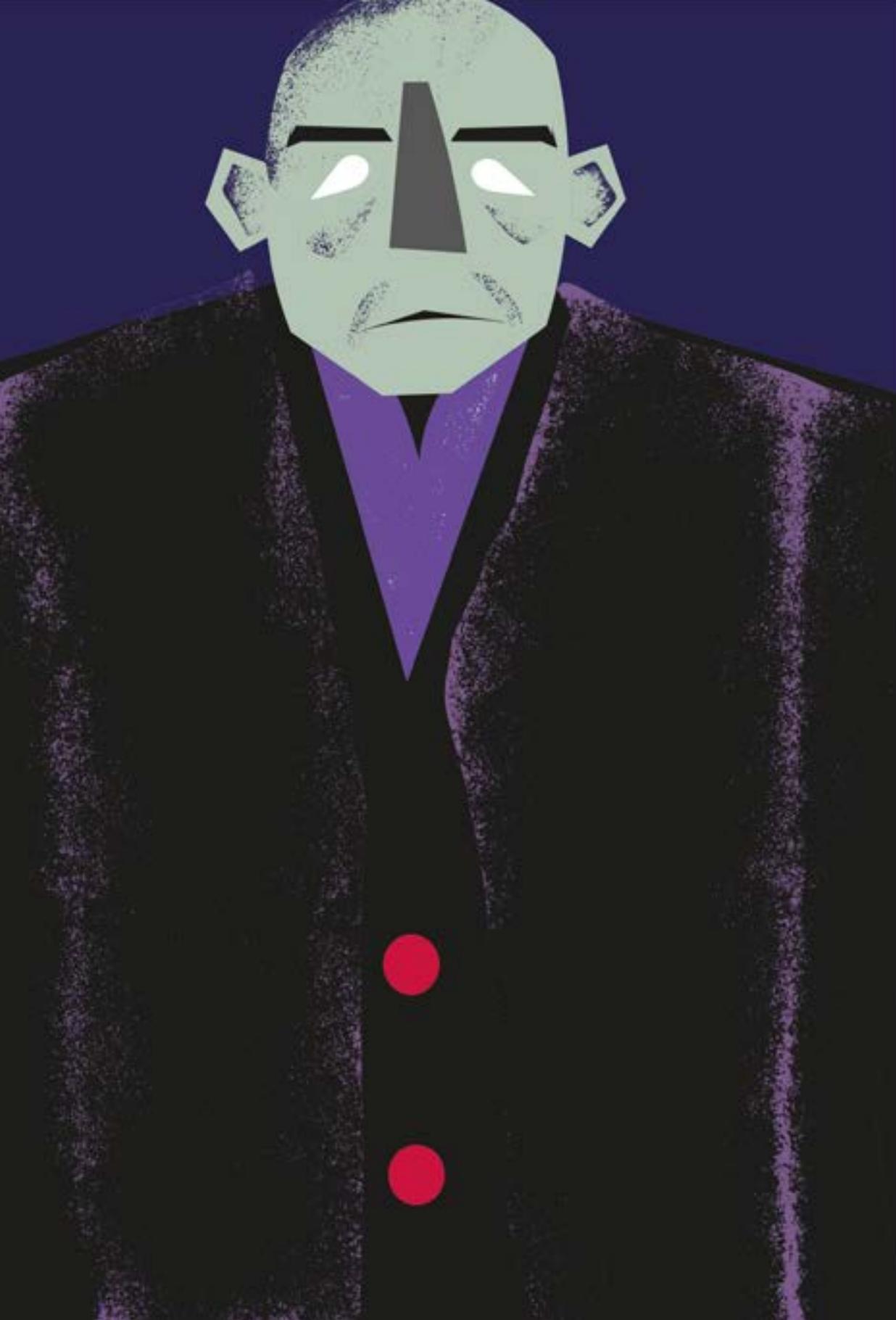
nal y de los trucos que se necesitan", dijo K. mientras la levantaba, ya que estaba demasiado cerca de él, sobre su regazo. "Está bien, entonces", dijo ella, y se acomodó en su regazo alisando su falda y ajustando su blusa. Luego le pasó los brazos por el cuello, se inclinó hacia atrás y lo miró largamente. "¿Y si no confieso, no podrías ayudarme entonces?", preguntó K. para ponerla a prueba. Estoy acumulando mujeres que me ayudan, pensó para sí mismo casi con asombro, primero la señorita Bürstner, luego la esposa del ujier de la corte, y ahora esta pequeña asistente de cuidados que parece tener alguna necesidad incomprensible de mí. ¡La forma en que se sienta en mi regazo como si fuera su lugar apropiado! "No", respondió Leni, sacudiendo lentamente la cabeza, "no podía ayudarte entonces. Pero de todos modos no quieres mi ayuda, no significa nada para ti, eres demasiado terca y no te dejas convencer". Luego, después de un rato, preguntó: "¿Tienes un amante?" "No", dijo K. "Oh, debes tenerlo", dijo ella. "Bueno, realmente la tengo", dijo K. "Piensa que incluso la he traicionado mientras llevaba su fotografía conmigo". Leni insistió en que le mostrara una fotografía de Elsa, y luego, encorvada sobre su regazo, estudió la imagen con detenimiento. La fotografía no había sido tomada mientras Elsa posaba para ella, sino que la mostraba justo después de haber protagonizado un baile salvaje como el que le gustaba hacer en los bares de vinos, su falda aún estaba abierta mientras daba vueltas, había colocado las manos

en sus firmes caderas y, con el cuello tenso, miraba a un lado con una risa; no se podía ver en la foto a quién iba dirigida su risa. "Tiene los cordones muy apretados", dijo Leni, señalando el lugar donde creía que se veía esto. "No me gusta, es torpe y tosca. Pero quizá sea amable y simpática contigo, esa es la impresión que te da la foto. Las chicas grandes y fuertes como ella a menudo no saben ser más que gentiles y amistosas. ¿Sería capaz de sacrificarse por ti, sin embargo?" "No", dijo K., "no es amable ni amistosa, y tampoco sería capaz de sacrificarse por mí. Pero nunca le he pedido nada de eso. Nunca he mirado este cuadro tan de cerca como tú". "No puedes pensar mucho en ella, entonces", dijo Leni. "No puede ser tu amante después de todo". "Sí lo es", dijo K., "No voy a retirar mi palabra de eso". "Bueno, puede que ahora sea tu amante", dijo Leni, "pero no la echarías mucho de menos si la perdieras o si la cambiaras por otra persona, yo por ejemplo". "Eso es ciertamente concebible", dijo K. con una sonrisa, "pero ella tiene una gran ventaja sobre ti, no sabe nada de mi juicio, e incluso si lo supiera no pensaría en ello. No trataría de persuadirme para que fuera menos inflexible". "Pues eso no es ninguna ventaja", dijo Leni. "Si no tiene más ventaja que esa, puedo seguir esperando. ¿Tiene algún defecto corporal?" "Defectos corporales?", preguntó K. "Sí", dijo Leni, "ya que yo tengo un defecto corporal, sólo uno pequeño. Mira". Separó los dedos corazón y anular de su mano derecha. Entre esos dedos, el colgajo de piel que los unía llegaba

casi hasta la articulación superior del meñique. En la oscuridad, K. no vio al principio qué era lo que ella quería mostrarle, así que le llevó la mano para que pudiera sentirlo. "Qué fenómeno de la naturaleza", dijo K., y cuando hubo echado un vistazo a toda la mano añadió: "¡Qué garra tan bonita!". Leni miró con una especie de orgullo cómo K. abría y cerraba repetidamente sus dos dedos con asombro, hasta que, finalmente, los besó brevemente y los soltó. "¡Oh!", exclamó inmediatamente, "¡me has besado!". Apresuradamente, y con la boca abierta, se subió al regazo de K. con las rodillas. Él estaba casi atónito mientras la miraba, ahora que estaba tan cerca de él había un olor amargo e irritante de ella, como a pimienta, le agarró la cabeza, se inclinó sobre él y le mordió y besó el cuello, incluso le mordió el pelo. "¡He ocupado su lugar!", exclamaba de vez en cuando. "¡Mira, ahora me has tomado a mí en vez de a ella!". Justo en ese momento se le escapó la rodilla y, con un pequeño grito, estuvo a punto de caer sobre la alfombra, K. trató de sujetarla rodeándola con sus brazos y fue arrastrado con ella. "Ahora eres mía", le dijo. Las últimas palabras que le dirigió al salir fueron: "Aquí tienes la llave de la puerta, ven cuando quieras", y le plantó un beso sin dirección en la espalda. Cuando salió por la puerta principal caía una ligera lluvia, estaba a punto de ir al centro de la calle para ver si todavía podía vislumbrar a Leni en la ventana cuando el tío de K. saltó de un coche que K., pensando en otras cosas, no había visto esperando fuera del edificio.

Agarró a K. por ambos brazos y lo empujó contra la puerta como si quisiera clavarlo a ella. "Jovencito", le gritó, "¿cómo has podido hacer una cosa así? Las cosas iban bien con este negocio tuyo, y ahora le has causado un daño terrible. Te escabulles con una sucia cosita que, además, es obviamente la querida del abogado, y te alejas durante horas. Ni siquiera intentas buscar una excusa, no intentas ocultar nada, no, eres bastante abierto al respecto, te escapas con ella y te quedas allí. Y mientras tanto nosotros estamos sentados allí, tu tío que tanto esfuerzo hace por ti, el abogado al que hay que ganar para tu lado, y sobre todo el director de la oficina, un señor muy importante que está al mando directo de tu asunto en su etapa actual. Queríamos discutir la mejor manera de ayudarte, yo tenía que manejar al abogado con mucho cuidado, él tenía que manejar al director de la oficina con mucho cuidado, y tú tenías la mayor razón de todas para al menos darme algo de apoyo. En lugar de lo cual te mantienes al margen. Al final no pudimos seguir fingiendo, pero estos son hombres educados y muy capaces, no dijeron nada al respecto para no herir mis sentimientos, pero al final ni siquiera ellos pudieron seguir forzándose y, como no podían hablar del asunto en cuestión, se callaron. Estuvimos sentados durante varios minutos, escuchando para ver si finalmente no volvía. Todo en vano. Al final el director de la oficina se levantó, ya que se había quedado mucho más tiempo del que tenía previsto, se despidió, me

miró con simpatía sin poder evitarlo, esperó en la puerta un buen rato aunque es más de lo que puedo entender porque estaba siendo tan bueno, y luego se fue. Yo, por supuesto, me alegré de que se hubiera ido, había estado conteniendo la respiración todo este tiempo. Todo esto tuvo aún más efecto en el abogado que yacía allí enfermo, cuando me despedí de él, el buen hombre, era bastante incapaz de hablar. Probablemente has contribuido a su colapso total y así has acercado a la muerte al mismo hombre del que dependes. Y a mí, tu propio tío, me dejas aquí bajo la lluvia -sólo siento esto, estoy completamente mojadoesperando aquí durante horas, enfermo de preocupación".



CAPÍTULO 7

ABOGADO-FABRICANTE-PINTOR

Una mañana de invierno -la nieve caía con la luz mortecina del exterior- K. estaba sentado en su despacho, ya muy cansado a pesar de lo temprano de la hora. Le había dicho al sirviente que estaba ocupado con un trabajo importante y que no debía permitirse que ninguno de los empleados subalternos entrara a verlo, para que al menos no lo molestaran. Pero en lugar de trabajar, se dio la vuelta en su silla, movió lentamente varios objetos alrededor de su escritorio, pero luego, sin ser consciente de ello, colocó su bra-

zo estirado sobre la superficie del escritorio y se sentó inmóvil con la cabeza hundida en el pecho.

Ya no podía quitarse de la cabeza la idea del juicio. A menudo se había preguntado si no sería una buena idea elaborar una defensa por escrito y entregarla al tribunal. Contendría una breve descripción de su vida y explicaría por qué había actuado como lo había hecho en cada uno de los acontecimientos que tuvieran alguna importancia, si ahora consideraba que había actuado bien o mal, y sus razones para cada uno de ellos. No cabe duda de las ventajas que tendría una defensa escrita de este tipo frente a la del abogado, que de todos modos no estaba exento de defectos. K. no tenía ni idea de las acciones que el abogado estaba llevando a cabo; ciertamente no era mucho, hacía más de un mes que el abogado le había citado, y ninguna de las discusiones anteriores había dado a K. la impresión de que este hombre pudiera hacer mucho por él. Sobre todo, apenas le había hecho preguntas. Y aquí había muchas preguntas que hacer. Preguntar era lo más importante. K. tenía la sensación de que él mismo podría hacer todas las preguntas necesarias aquí. El abogado, por el contrario, no hacía preguntas, sino que hablaba él mismo o se sentaba en silencio frente a él, se inclinaba ligeramente hacia delante sobre el escritorio, probablemente porque era duro de oído, se tiraba de un mechón de pelo en medio de la barba y miraba hacia la alfombra, quizás hacia el mismo lugar donde K. se había acostado con Leni. De vez en cuando le daba a K. alguna vaga adver-

tencia del tipo que se da a los niños. Sus discursos eran tan inútiles como aburridos, y K. decidió que cuando llegara la factura final no pagaría ni un céntimo por ellos. Una vez que el abogado pensaba que había humillado a K. lo suficiente, solía empezar algo que le levantara el ánimo de nuevo. Entonces decía que ya había ganado muchos casos de este tipo, en parte o en su totalidad, casos que quizá no eran tan difíciles como éste, pero que, a primera vista, tenían aún menos esperanzas de éxito. Tenía una lista de estos casos aquí en el cajón -daba golpecitos en uno u otro de los cajones de su escritorio-, pero lamentablemente no podía mostrárselos a K., ya que se trataba de secretos oficiales. No obstante, la gran experiencia que había adquirido con todos estos casos sería, por supuesto, beneficiosa para K. Por supuesto, se había puesto a trabajar de inmediato y estaba casi listo para presentar los primeros documentos. Serían muy importantes, porque la primera impresión de la defensa suele determinar todo el curso del procedimiento. Pero, lamentablemente, tendría que aclarar a K. que los primeros documentos presentados a veces ni siquiera son leídos por el tribunal. Se limitan a ponerlos con los demás documentos y a señalar que, por el momento, el interrogatorio y la observación del acusado son mucho más importantes que cualquier cosa escrita. Si el demandante insiste, entonces añaden que antes de tomar cualquier decisión, en cuanto se haya reunido todo el material, teniendo en cuenta, por supuesto, todos los documentos, también se

revisarán estos primeros documentos que se han presentado. Pero, por desgracia, ni siquiera esto suele ser cierto, los primeros documentos presentados suelen extraviarse o perderse por completo, e incluso si los conservan hasta el final apenas se leen, aunque el abogado sólo lo sepa por rumores. Todo esto es muy lamentable, pero no carece totalmente de justificación. Pero K. no debe olvidar que el juicio no sería público, si el tribunal lo considera necesario puede hacerse público pero no hay ninguna ley que diga que tenga que serlo. En consecuencia, el acusado y su defensa no tienen acceso ni siquiera a las actas judiciales, y especialmente al escrito de acusación, y eso significa que generalmente no sabemos -o al menos no con precisión- de qué tienen que tratar los primeros documentos, lo que significa que si contienen algo relevante para el caso es sólo por una afortunada coincidencia. Si algo sobre las acusaciones individuales y los motivos de las mismas sale a la luz o puede adivinarse durante el interrogatorio del acusado, entonces es posible elaborar y presentar documentos que realmente dirijan la cuestión y presenten pruebas, pero no antes. Condiciones como ésta, por supuesto, colocan a la defensa en una posición muy desfavorable y difícil. Pero eso es lo que pretenden. De hecho, la defensa no está realmente permitida por la ley, sólo se tolera, e incluso hay alguna disputa sobre si las partes pertinentes de la ley implican incluso eso. Así que, estrictamente hablando, no existe un abogado

reconocido por el tribunal, y cualquiera que se presente ante este tribunal como abogado no es básicamente más que un abogado de cuartel. El efecto de todo esto, por supuesto, es eliminar la dignidad de todo el procedimiento, la próxima vez que K. esté en las oficinas del tribunal le gustaría echar un vistazo a la sala de abogados, sólo para que la haya visto. Puede que se sorprenda de la gente que ve allí reunida. La sala que se les ha asignado, con su estrecho espacio y su bajo techo, será suficiente para mostrar el desprecio que el tribunal tiene por esta gente. La única luz de la sala llega a través de una ventanita que está tan alta que, si quieres mirar por ella, primero tienes que conseguir que uno de tus compañeros te apoye en su espalda, e incluso entonces el humo de la chimenea que hay justo enfrente te subirá por la nariz y te ennegrecerá la cara. En el suelo de esta sala -para dar otro ejemplo de las condiciones que hay allí- hay un agujero que lleva ahí más de un año, no es tan grande como para que un hombre pueda caerse a través de él, pero es lo suficientemente grande como para que tu pie desaparezca por él. La sala de los abogados está en el segundo piso del ático; si tu pie lo atraviesa, quedará colgando en el primer piso del ático, debajo de él, y justo en el pasillo donde esperan los litigantes. No es una exageración cuando los abogados dicen que unas condiciones así son una vergüenza. Las quejas a la dirección no surten el menor efecto, pero los abogados tienen estrictamente prohibido modificar

nada en la sala a su costa. Pero incluso tratar a los abogados de esta manera tiene sus razones. Quieren, en la medida de lo posible, impedir cualquier tipo de defensa, que todo sea responsabilidad del acusado. No es un mal punto de vista, en el fondo, pero nada más erróneo que pensar a partir de ahí que los abogados no son necesarios para el acusado en este tribunal. Por el contrario, no hay ningún tribunal donde sean menos necesarios que aquí. Esto se debe a que los procedimientos se mantienen generalmente en secreto, no sólo para el público sino también para los acusados. Sólo hasta donde es posible, por supuesto, pero es posible en gran medida. Y el acusado tampoco puede ver las actas judiciales, y es muy difícil deducir lo que hay en las actas judiciales de lo que se ha dicho durante el interrogatorio basado en ellas, especialmente para el acusado que se encuentra en una situación difícil y se enfrenta a todas las preocupaciones posibles para distraerlo. Es entonces cuando comienza la defensa. Normalmente no se permite que el abogado de la defensa esté presente mientras se interroga al acusado, así que después, y si es posible todavía en la puerta de la sala de interrogatorios, tiene que aprender lo que pueda de él y extraer todo lo que pueda ser de utilidad, aunque lo que el acusado tenga que relatar suele ser muy confuso. Pero eso no es lo más importante, ya que realmente no hay mucho que se pueda aprender de esta manera, aunque en esto, como en cualquier otra cosa, un hombre competente aprenderá

más que otro. Sin embargo, lo más importante son las conexiones personales del abogado, ahí es donde reside el verdadero valor de tomar un consejo. Ahora bien, lo más probable es que K. ya haya aprendido por experiencia propia que, entre sus órdenes más bajas, la organización judicial tiene sus imperfecciones, el tribunal está estrictamente cerrado al público, pero el personal que olvida su deber o que acepta sobornos muestra, en cierta medida, dónde están las lagunas. Aquí es donde la mayoría de los abogados se abren paso, aquí es donde se pagan sobornos y se extrae información, incluso, al menos en épocas anteriores, ha habido incidentes en los que se han robado documentos. No se puede negar que se han obtenido algunos resultados sorprendentemente favorables para los acusados de esta manera, durante un tiempo limitado, y estos pequeños abogados se pavonean luego de ellos y atraen nuevos clientes, pero para el curso posterior de los procedimientos no significa nada o nada bueno. Lo único realmente valioso son los contactos personales honestos, los contactos con los funcionarios superiores, aunque sean funcionarios superiores de los grados inferiores, como comprenderá. Esa es la única forma en que se puede influir en el progreso del juicio, apenas perceptible al principio, es cierto, pero a partir de ahí se hace cada vez más visible. Por supuesto, no hay muchos abogados que puedan hacer esto, y K. ha hecho una muy buena elección en este asunto. Probablemente no haya más de uno o dos

que tengan tantos contactos como el Dr. Huld, pero no se preocupan por la compañía de la sala de abogados y no tienen nada que ver con ella. Esto significa que tienen tanto menos contacto con los funcionarios del tribunal. No es en absoluto necesario que el Dr. Huld vaya al juzgado, espere en las antecámaras a que aparezcan los jueces instructores, si es que aparecen, e intente conseguir algo que, según el estado de ánimo de los jueces, suele ser más aparente que real y, la mayoría de las veces, ni siquiera eso. No, K. ha comprobado por sí mismo que los funcionarios del tribunal, incluso algunos de bastante alto rango, se presentan sin que se les pida, están encantados de dar información totalmente abierta o, al menos, fácil de entender, discuten las siguientes etapas del procedimiento, de hecho en algunos casos se les puede ganar y están bastante dispuestos a adoptar el punto de vista de la otra persona. Sin embargo, cuando esto ocurre, nunca hay que confiar demasiado en ellos, ya que por muy firmemente que hayan declarado este nuevo punto de vista a favor del demandado, podrían volver directamente a sus oficinas y redactar un informe para el tribunal que diga justo lo contrario, y podría ser incluso más duro para el demandado que el punto de vista original, del que insisten en haber sido totalmente disuadidos. Y, por supuesto, no hay forma de defenderse de esto, algo que se dice en privado es efectivamente en privado y no puede luego ser utilizado en público, no es algo que facilite a la defensa mantener el fa-

vor de esos señores. Por otro lado, también es cierto que los caballeros no se involucran en la defensa -que por supuesto se hará con gran pericia- sólo por razones filantrópicas o para ser amables, en algunos aspectos sería más cierto decir que ellos también la tienen asignada. Aquí es donde entran en juego las desventajas de una estructura judicial que, desde el principio, estipula que todos los procedimientos se desarrollen en privado. En los juicios normales y mediocres sus funcionarios tienen contacto con el público, y están muy bien equipados para ello, pero aquí no; los juicios normales siguen su curso por sí solos, casi, y sólo necesitan un empujón aquí y allá; pero cuando se enfrentan a casos especialmente difíciles están tan perdidos como a menudo lo están con los que son muy sencillos; se ven obligados a pasar todo el tiempo, día y noche, con sus leyes, y por eso no tienen el tacto adecuado para las relaciones humanas, y eso es una grave carencia en casos como éste. Es entonces cuando vienen a pedir consejo al abogado, con un criado detrás llevando los documentos que normalmente se mantienen tan secretos. Podrías haber visto a muchos señores en esta ventana, señores de los que menos te esperas, mirando por esta ventana con desesperación a la calle de abajo mientras el abogado está en su mesa estudiando los documentos para poder darles un buen consejo. Y en momentos así también es posible ver la excepcional seriedad con la que estos señores se toman su profesión y cómo se ven sumidos en una

gran confusión por dificultades que no están en su naturaleza superar. Pero no están en una posición fácil, considerar sus posiciones como fáciles sería hacerles una injusticia. Los diferentes rangos y jerarquías de la corte son interminables, e incluso alguien que conozca su funcionamiento no puede saber siempre lo que va a pasar. Pero incluso para los funcionarios subalternos, los procedimientos en las salas de audiencia suelen mantenerse en secreto, por lo que apenas pueden ver cómo se desarrollan los casos con los que trabajan, los asuntos judiciales aparecen en su rango de visión a menudo sin que sepan de dónde vienen y siguen adelante sin que sepan a dónde van. Así que los funcionarios de este tipo no son capaces de aprender lo que se puede aprender estudiando las sucesivas etapas por las que pasan los juicios individuales, el veredicto final o las razones del mismo. Sólo pueden ocuparse de la parte del juicio que la ley les asigna, y suelen saber menos que la defensa sobre los resultados de su trabajo una vez que ha salido de ella, aunque la defensa suele estar en contacto con el acusado hasta que el juicio está casi al final, de modo que los funcionarios judiciales pueden aprender muchas cosas útiles de la defensa. Teniendo en cuenta todo esto, ¿sigue sorprendiendo a K. que los funcionarios estén irritados y se expresen a menudo sobre los litigantes de forma poco halagüeña, lo que es una experiencia compartida por todos? Todos los funcionarios están irritados, incluso cuando parecen tranquilos. Esto causa mu-

chas dificultades a los abogados junior, por supuesto. Hay una anécdota, por ejemplo, que tiene mucho de verdad. Dice así:

Uno de los funcionarios más veteranos, un hombre bueno y pacífico, se ocupaba de un asunto difícil para el tribunal que se había vuelto muy confuso, sobre todo gracias a las aportaciones de los abogados. Había estado estudiándolo durante un día y una noche sin descanso, ya que estos funcionarios son realmente muy trabajadores, nadie trabaja tanto como ellos. Cuando se acercaba la mañana, y había estado trabajando durante veinticuatro horas con un resultado probablemente muy escaso, se dirigió a la entrada principal, esperó allí emboscado y cada vez que un abogado intentaba entrar en el edificio lo arrojaba por los escalones. Los abogados se reunían frente a la escalinata y discutían entre ellos lo que debían hacer; por un lado, en realidad no tenían ningún derecho a que se les permitiera entrar en el edificio, de modo que apenas podían hacer nada legalmente al funcionario y, como ya he mencionado, tendrían que tener cuidado de no poner a todos los funcionarios en su contra. Por otra parte, cualquier día que no se pase en el juzgado es un día perdido para ellos y era un asunto de cierta importancia forzar su entrada. Al final, acordaron que intentarían cansar al viejo. Enviaron a un abogado tras otro a subir corriendo los escalones y dejarse tirar de nuevo, ofreciendo la resistencia que pudiera, siempre que fuera una resistencia pasiva, y sus co-

legas le alcanzarían al final de los escalones. Esto duró cerca de una hora, hasta que el viejo caballero, que ya estaba agotado de trabajar toda la noche, se cansó mucho y volvió a su despacho. Los que estaban al pie de la escalinata no podían creerlo al principio, así que enviaron a alguien a mirar detrás de la puerta para ver si realmente no había nadie, y sólo entonces se reunieron todos y probablemente ni siquiera se atrevieron a quejarse, ya que no es ni mucho menos tarea de los abogados introducir mejoras en el sistema judicial, ni siquiera querer hacerlo. Incluso el abogado más novato puede entender hasta cierto punto la relación que existe, pero un punto significativo es que casi todos los acusados, incluso los más sencillos, empiezan a pensar en sugerencias para mejorar el tribunal tan pronto como se ha iniciado su procedimiento, muchos de ellos incluso suelen dedicar a este asunto un tiempo y una energía que podrían emplearse mucho mejor en otra cosa. Lo único correcto es aprender a lidiar con la situación tal y como es. Incluso si fuera posible mejorar algún detalle de la misma -lo que de todos modos no es más que una tontería supersticiosa- lo mejor que podrían conseguir, aunque haciéndose un daño incalculable en el proceso, es que habrán atraído la atención especial de los funcionarios para cualquier caso que se presente en el futuro, y los funcionarios siempre están dispuestos a buscar venganza. Nunca atraigas la atención hacia ti. Mantén la calma, por mucho que vaya en contra de tu ca-

rácter. Intenta comprender el tamaño del organismo de la corte y cómo, en cierta medida, permanece en estado de suspensión, y que incluso si alteras algo en un lugar sacarás el suelo de debajo de tus pies y podrías caer, mientras que si un organismo enorme como la corte se ve alterado en un lugar cualquiera, le resulta fácil proporcionarse un sustituto en otro lugar. Todo está conectado con todo lo demás y continuará sin ningún cambio o bien, lo que es bastante probable, aún más cerrado, más atento, más estricto, más malévolos. Así que es mejor dejar el trabajo a los abogados y no seguir molestando. No sirve de mucho hacer acusaciones, sobre todo si no se aclara en qué se basan y todo su significado, pero hay que decir que K. causó mucho daño a su propio caso con su comportamiento hacia el director de la oficina, era un hombre muy influyente pero ahora bien podría ser tachado de la lista de los que podrían hacer algo por K. Si se menciona el juicio, aunque sea de pasada, es bastante obvio que lo ignora. Estos funcionarios son, en muchos sentidos, como los niños. A menudo, algo bastante inofensivo -aunque el comportamiento de K., por desgracia, no podría calificarse de inofensivo- les hace sentirse tan ofendidos que incluso dejan de hablar con buenos amigos suyos, se apartan cuando los ven y hacen todo lo posible para oponerse a ellos. Pero luego, sin ninguna razón en particular, sorprendentemente, alguna pequeña broma que sólo se intentó porque todo parecía tan desesperado les hará reír y se

reconciliarán. Es difícil y duro al mismo tiempo tratar con ellos, y apenas hay razones para ello. A veces resulta bastante sorprendente que una sola vida media sea suficiente para abarcar tanto como para tener alguna vez éxito en el trabajo. Por otra parte, también hay momentos oscuros, como los que tiene todo el mundo, en los que crees que no has conseguido nada en absoluto, en los que parece que las únicas pruebas que llegan a buen puerto son las que estaban decididas a tener un buen final desde el principio y lo harían sin ninguna ayuda, mientras que todas las demás se pierden a pesar de todas las carreras de ida y vuelta, de todos los esfuerzos, de todos los pequeños y aparentes éxitos que dieron tanta alegría. Entonces ya no te sientes muy seguro de nada y, si te preguntaran por una prueba que iba bien por su propia naturaleza pero que se torció para mal porque ayudaste en ella, ni siquiera te atreverías a negarlo. E incluso eso es una especie de autoconfianza, pero entonces es la única que queda. Los abogados son especialmente vulnerables a ataques de depresión de ese tipo -y no son más que ataques de depresión, por supuesto- cuando un caso se les quita de repente de las manos después de haberlo llevado satisfactoriamente durante algún tiempo. Eso es probablemente lo peor que le puede pasar a un abogado. No es que el acusado le quite el caso, eso casi nunca ocurre, una vez que un acusado ha contratado a un determinado abogado tiene que quedarse con él pase lo que pase. ¿Cómo podría

seguir solo después de haber aceptado la ayuda de un abogado? No, eso no ocurre, pero lo que sí ocurre a veces es que el juicio toma un rumbo en el que el abogado puede no estar de acuerdo. El cliente y el juicio simplemente se alejan del abogado; y entonces ni siquiera el contacto con los funcionarios del tribunal servirá de nada, por muy buenos que sean, ya que ellos mismos no saben nada. El juicio habrá entrado en una fase en la que no se puede dar más ayuda, en la que se está tramitando en tribunales a los que nadie tiene acceso, en la que el acusado ni siquiera puede ser contactado por su abogado. Un día llegas a casa y te encuentras con que todos los documentos que has presentado, en los que te has esforzado y en los que tenías puestas tus mejores esperanzas, están encima de la mesa, han sido devueltos porque no pueden pasar a la siguiente fase del juicio, no son más que trozos de papel sin valor. No significa que el caso se haya perdido, en absoluto, o al menos no hay ninguna razón decisiva para suponerlo, es sólo que no se sabe nada más del caso y no se va a decir nada de lo que está pasando. Bueno, casos así son las excepciones, me alegra decir, y aunque el juicio de K. sea uno de ellos, todavía está, por el momento, muy lejos. Pero todavía había muchas oportunidades para que los abogados se pusieran a trabajar, y K. podía estar seguro de que las aprovecharían. Como había dicho, el momento de presentar los documentos estaba todavía en el futuro y no había prisa por prepararlos, era mucho

más importante iniciar las conversaciones iniciales con los funcionarios correspondientes, y ya se habían producido. Con mayor o menor éxito, hay que decirlo. Era mucho mejor no desvelar ningún detalle antes de tiempo, ya que de ese modo sólo se podría influir desfavorablemente en K. y se podrían alimentar sus esperanzas o ponerle demasiado ansioso, mejor sólo decir que algunos individuos han hablado muy favorablemente y se han mostrado muy dispuestos a ayudar, aunque otros han hablado menos favorablemente, pero tampoco se han negado en absoluto a ayudar. Así que, en general, los resultados son muy alentadores, sólo que no hay que sacar ninguna conclusión en particular, ya que todos los procedimientos preliminares comienzan de la misma manera y sólo la forma en que se desarrollen más adelante mostrará cuál ha sido el valor de estos procedimientos preliminares. En cualquier caso, no se ha perdido nada todavía, y si conseguimos poner al director de la oficina, a pesar de todo, de nuestra parte -y se han emprendido varias acciones con este fin-, entonces todo es una herida limpia, como diría un cirujano, y podemos esperar los resultados con cierta comodidad.

Cuando empezó a hablar de esta manera, el abogado fue bastante incansable. Cada vez que K. iba a verle, lo repasaba todo. Siempre había algún progreso, pero nunca se le podía decir de qué tipo de progreso se trataba. La primera serie de documentos que había que presentar se estaba tra-

bajando, pero aún no estaba lista, lo que normalmente resultaba ser una gran ventaja la siguiente vez que K. iba a verle, ya que la ocasión anterior habría sido un muy mal momento para ponerlos, lo que no podían saber entonces. Si K., estupefacto por toda esta conversación, señalaba alguna vez que incluso teniendo en cuenta todas estas dificultades el progreso era muy lento, el abogado objetaría que el progreso no era lento en absoluto, sino que podrían haber avanzado mucho más si K. hubiera acudido a él en el momento adecuado. Pero había acudido a él con retraso y ese retraso traería aún más dificultades, y no sólo en lo que se refiere al tiempo. La única interrupción que se agradecía durante estas visitas era siempre cuando Leni se las ingeniaba para llevarle al abogado su té mientras K. estaba allí. Entonces se colocaba detrás de K. -pretendiendo observar al abogado mientras se inclinaba con avidez sobre su taza, se servía el té y bebía- y dejaba que K. le cogiera la mano en secreto. Siempre había un silencio absoluto. El abogado bebía. K. apretaba la mano de Leni y ésta se atrevía a veces a acariciar suavemente el pelo de K. "¿Todavía estás aquí?", preguntaba el abogado cuando estaba listo. "Quería quitar los platos", decía Leni, se daban un último apretón de manos, el abogado se limpiaba la boca y volvía a hablar a K. con renovada energía.

¿El abogado trataba de consolar a K. o de confundirlo? K. no podía saberlo, pero le parecía claro que su defensa no estaba en buenas manos. Tal

vez todo lo que decía el abogado era bastante correcto, aunque evidentemente quería hacerse notar lo más posible y probablemente nunca había llevado un caso tan importante como decía que era el de K. Pero seguía siendo sospechoso cómo mencionaba continuamente sus contactos personales con los funcionarios. ¿Serían explotados únicamente en beneficio de K.? El abogado nunca se olvidaba de mencionar que sólo trataban con funcionarios subalternos, lo que significaba funcionarios que dependían de otros, y la dirección que se tomara en cada juicio podía ser importante para su propio avance. Podría ser que se sirvieran del abogado para orientar los juicios en una determinada dirección, lo que, por supuesto, siempre sería a costa del acusado. Desde luego no significaba que lo hicieran en todos los juicios, eso no era nada probable, y probablemente también había juicios en los que daban ventajas al abogado y todo el espacio que necesitara para girarlo en la dirección que quisiera, ya que también sería ventajoso para ellos mantener su reputación intacta. Si esa era realmente su relación, ¿cómo dirigirían el juicio de K. que, como había explicado el abogado, era especialmente difícil y, por lo tanto, lo suficientemente importante como para atraer una gran atención desde la primera vez que llegara al tribunal? No podía haber muchas dudas sobre lo que harían. Los primeros indicios de ello ya se podían ver en el hecho de que todavía no se habían presentado los primeros documentos a pesar de

que el juicio ya había durado varios meses, y que, según el abogado, todo estaba todavía en su fase inicial, lo que era muy eficaz, por supuesto, para hacer que el acusado fuera pasivo y mantenerlo indefenso. Entonces podía ser sorprendido de repente con el veredicto, o al menos con una notificación de que la audiencia no había decidido a su favor y el asunto pasaría a una instancia superior.

Era imprescindible que K. tomara cartas en el asunto. En mañanas de invierno como ésta, cuando estaba muy cansado y todo se arrastraba letárgicamente por su cabeza, esta creencia suya parecía irrefutable. Ya no sentía el desprecio por el juicio que había tenido antes. Si hubiera estado solo en el mundo le habría sido fácil ignorarlo, aunque también era seguro que, en ese caso, el juicio nunca habría surgido en primer lugar. Pero ahora, su tío ya le había arrastrado a ver al abogado, tenía que tener en cuenta a su familia; su trabajo ya no estaba totalmente al margen del desarrollo del juicio, él mismo lo había mencionado por descuido -con una cierta e inexplicable complacencia- a conocidos y otros se habían enterado de la manera que él desconocía, su relación con la señorita Bürstner parecía estar en problemas por ello. En resumen, ya no tenía opción de aceptar el juicio o rechazarlo, estaba en medio de él y tenía que defenderse. Si estaba cansado, eso era malo.

Pero no había razón para preocuparse demasiado antes de necesitarlo. Había sido capaz de ascender por sí mismo a su elevada posición en el banco

en un tiempo relativamente corto y de conservarla con el respeto de todos, ahora simplemente tenía que aplicar al juicio algunos de los talentos que lo habían hecho posible, y no había duda de que tenía que salir bien. Lo más importante, si se quería conseguir algo, era rechazar de antemano cualquier idea de que pudiera ser de alguna manera culpable. No había culpabilidad. El juicio no era más que un gran negocio, como ya había concluido en beneficio del banco muchas veces, un negocio que escondía muchos peligros acechantes que le esperaban en una emboscada, como solían hacerlo, y contra esos peligros habría que defenderse. Para lograrlo, no debía tener ninguna idea de culpabilidad, hiciera lo que hiciera, tendría que velar por sus propios intereses lo más posible. Visto así, no había más remedio que quitarle al abogado su representación muy pronto, como mucho esa misma tarde. El abogado le había dicho, mientras hablaba con él, que eso era algo inaudito y que probablemente le haría mucho daño, pero K. no podía tolerar ningún impedimento a sus esfuerzos en lo que se refería a su juicio, y estos impedimentos eran probablemente causados por el propio abogado. Pero una vez que se hubiera sacudido al abogado, los documentos tendrían que ser presentados de inmediato y, si fuera posible, tendría que ocuparse de que fueran tratados todos los días. Por supuesto, no bastaría con que K. se sentara en el pasillo con su sombrero bajo el banco como los demás. Día tras día, él mismo, o una de las mujeres

u otra persona en su nombre, tendría que correr detrás de los funcionarios y obligarles a sentarse en sus mesas y estudiar los documentos de K. en lugar de mirar al pasillo a través de la reja. No podía haber tregua en estos esfuerzos, todo tendría que ser organizado y supervisado, ya era hora de que el tribunal se encontrara con un acusado que supiera defenderse y hacer uso de sus derechos.

Pero cuando K. tuvo la confianza de intentar hacer todo esto, la dificultad de componer los documentos fue demasiado para él. Antes, apenas una semana antes, sólo podía sentir vergüenza ante la idea de que le hicieran redactar él mismo esos documentos; nunca se le había pasado por la cabeza que la tarea pudiera ser también difícil. Recordó una mañana en la que, ya apurado por el trabajo, lo dejó todo de lado y cogió un bloc de papel en el que esbozó algunas de sus ideas sobre cómo debían ser los documentos de este tipo. Tal vez se las ofrecería a aquel abogado tan lento, pero justo en ese momento se abrió la puerta del despacho del director y el subdirector entró en la habitación con una sonora carcajada. K. se sintió muy avergonzado, aunque el subdirector, por supuesto, no se reía de los documentos de K., de los que no sabía nada, sino de un chiste que acababa de oír sobre la bolsa, un chiste que necesitaba una ilustración para ser entendido, y ahora el subdirector se inclinó sobre el escritorio de K., le quitó el lápiz de la mano y dibujó la ilustración en el bloc de notas que K. había destinado a sus ideas sobre su caso.

Ahora K. no tenía más pensamientos de vergüenza, había que preparar los documentos y presentarlos. Si, como era muy probable, no encontraba tiempo para hacerlo en la oficina, tendría que hacerlo en casa por la noche. Si las noches no eran suficientes, tendría que tomarse unas vacaciones. Sobre todo, no podía detenerse a mitad de camino, eso era un sinsentido no sólo en los negocios sino siempre y en todas partes. Ni que decir tiene que los documentos suponían una cantidad de trabajo casi interminable. Era fácil llegar a la convicción, no sólo para los de carácter ansioso, de que era imposible terminarlo nunca. Esto no era por pereza o por engaño, que eran las únicas cosas que podían entorpecer al abogado en su preparación, sino porque no sabía cuál era la acusación ni siquiera las consecuencias que podía acarrear, de modo que tenía que recordar cada pequeña acción y acontecimiento de toda su vida, mirándolos desde todos los ángulos y comprobándolos y reconsiderándolos. También era un trabajo muy descorazonador. Hubiera sido más adecuado como forma de pasar los largos días después de haberse jubilado y vuelto senil. Pero ahora, justo cuando K. necesitaba aplicar todos sus pensamientos a su trabajo, cuando todavía se estaba levantando y ya suponía una amenaza para el subdirector, cuando cada hora pasaba tan rápido y quería disfrutar de las breves tardes y noches de juventud, era el momento en que tenía que empezar a elaborar estos documentos. Una vez más, empezó a sentir resen-

timiento. Casi involuntariamente, sólo para ponerle fin, su dedo buscó el botón del timbre eléctrico de la antesala. Al pulsarlo, miró el reloj. Eran las once, dos horas, había pasado gran parte de su costoso tiempo soñando y su ingenio estaba, por supuesto, aún más embotado que antes. Pero el tiempo, sin embargo, no había sido desperdiciado, había llegado a algunas decisiones que podrían ser de valor. Además de varias piezas de correo, los sirvientes trajeron dos tarjetas de visita de unos señores que ya esperaban a K. desde hacía tiempo. En realidad, se trataba de clientes muy importantes del banco a los que no había que hacer esperar bajo ningún concepto. ¿Por qué habían llegado en un momento tan inoportuno y por qué, según parecían preguntar los caballeros al otro lado de la puerta cerrada, el laborioso K. estaba utilizando el mejor tiempo de los negocios para sus asuntos privados? Cansado de lo que había pasado antes, y cansado en previsión de lo que iba a seguir, K. se levantó para recibir al primero de ellos.

Era un hombre bajo y alegre, un fabricante que K. conocía bien. Se disculpó por molestar a K. en un trabajo importante, y K., por su parte, se disculpó por haber hecho esperar al fabricante durante tanto tiempo. Pero incluso esta disculpa fue pronunciada de forma tan mecánica y con una entonación tan falsa que el fabricante se habría dado cuenta sin duda si no hubiera estado totalmente preocupado por sus asuntos comerciales. En su lugar, sacó apresuradamente cálculos y tablas de todos sus

bolsillos, los extendió delante de K., explicó varios puntos, corrigió un pequeño error en la aritmética que notó al ojearlo todo rápidamente, y le recordó a K. un negocio similar que había concluido con él un año antes, mencionando de pasada que esta vez había otro banco que se esforzaba por conseguir su negocio, y finalmente dejó de hablar para conocer la opinión de K. sobre el asunto. Y K., efectivamente, al principio había seguido con atención lo que decía el fabricante, él también era consciente de lo importante que era el trato, pero desgraciadamente no duró, pronto dejó de escuchar, asintió a cada una de las exclamaciones más fuertes del fabricante durante un rato, pero finalmente dejó de hacer incluso eso y no hizo más que mirar la cabeza calva inclinada sobre los papeles, preguntándose cuándo se daría cuenta por fin el fabricante de que todo lo que decía era inútil. Cuando dejó de hablar, K. realmente pensó al principio que era para tener la oportunidad de confesar que era incapaz de escuchar. En cambio, al ver la expectación en el rostro del fabricante, evidentemente dispuesto a rebatir cualquier objeción que se le hiciera, lamentó darse cuenta de que la discusión de negocios debía continuar. Así que agachó la cabeza como si le hubieran dado una orden y empezó a mover lentamente el lápiz sobre los papeles, de vez en cuando se detenía a mirar una de las cifras. El fabricante pensó que debía haber alguna objeción, tal vez sus cifras no eran realmente sólidas, tal vez no eran la cuestión decisiva, pensara lo

que pensara, el fabricante cubrió los papeles con la mano y comenzó de nuevo, acercándose mucho a K., a explicar en qué consistía el trato. "Es difícil", dijo K., frunciendo los labios. Lo único que podía ofrecerle alguna orientación eran los papeles, y el fabricante los había tapado de su vista, así que se limitó a hundirse contra el brazo de la silla. Incluso cuando la puerta del despacho del director se abrió y reveló no muy claramente, como a través de un velo, al subdirector, no hizo más que levantar la vista débilmente. K. no pensó más en el asunto, se limitó a observar el efecto inmediato de la aparición del subdirector y, para él, el efecto fue muy agradable; el fabricante se levantó inmediatamente de su asiento y se apresuró a ir al encuentro del subdirector, aunque a K. le hubiera gustado animarlo diez veces más, ya que temía que el subdirector volviera a desaparecer. No tenía por qué preocuparse, los dos caballeros se encontraron, se estrecharon la mano y se dirigieron juntos al escritorio de K. El fabricante dijo que lamentaba encontrar al jefe de personal tan poco dispuesto a hacer negocios, señalando a K. que, bajo la mirada del subdirector, se había inclinado de nuevo sobre los papeles. Mientras los dos hombres se inclinaban sobre el escritorio y el fabricante se esforzaba por ganar y mantener la atención del subdirector, K. sintió como si fueran mucho más grandes de lo que realmente eran y que sus negociaciones giraban en torno a él. Girando cuidadosa y lentamente sus ojos hacia arriba, trató de enterarse de lo que

estaba ocurriendo por encima de él, tomó uno de los papeles de su escritorio sin mirar qué era, lo puso sobre la palma de su mano y lo levantó lentamente mientras se ponía a la altura de los dos hombres. No tenía ningún plan particular en mente mientras hacía esto, sino que simplemente sintió que así era como actuaría si sólo había terminado de preparar ese gran documento que iba a quitarle la carga por completo. El subdirector había estado prestando toda su atención a la conversación y no hizo más que echar un vistazo al papel, no leyó en absoluto lo que estaba escrito en él, ya que lo que era importante para el secretario jefe no lo era para él, lo tomó de la mano de K. diciendo: "Gracias, ya estoy familiarizado con todo", y lo volvió a dejar tranquilamente sobre el escritorio. K. le dirigió una mirada amarga y de soslayo. Pero el director adjunto no se dio cuenta de esto en absoluto, o si se dio cuenta sólo le levantó el ánimo, se reía con frecuencia a carcajadas, una vez avergonzó claramente al fabricante cuando planteó una objeción de forma ingeniosa, pero lo sacó inmediatamente de su vergüenza comentando negativamente sobre sí mismo, y finalmente lo invitó a su despacho donde podrían llevar el asunto a su conclusión. "Es un asunto muy importante", dijo el fabricante. "Lo entiendo perfectamente. Y estoy seguro de que el secretario jefe..." -aunque al decir esto se dirigía en realidad sólo al fabricante- "estará encantado de que se lo quitemos de encima. Es algo que hay que considerar con calma. Pero parece que hoy está

sobrecargado, incluso hay gente en la sala de fuera que lleva horas esperándole". K. aún tenía el suficiente control de sí mismo como para apartar la vista del subdirector y dirigir su sonrisa amistosa, aunque rígida, sólo al fabricante, no hizo ninguna otra réplica, se agachó ligeramente y se apoyó con ambas manos en su escritorio como un oficinista, y observó cómo los dos caballeros, aún hablando, cogían los papeles de su mesa y desaparecían en el despacho del director. En el umbral de la puerta, el fabricante se volvió y dijo que no se despediría de K. todavía, que por supuesto le haría saber al jefe de la oficina el éxito de sus conversaciones, pero que también tenía una pequeña cosa que contarle.

Por fin, K. estaba solo. No se le pasó por la cabeza hacer pasar a nadie más a su despacho y sólo fue vagamente consciente de lo agradable que era que la gente de fuera pensara que seguía negociando con el fabricante y, por eso, no podía dejar entrar a nadie a verle, ni siquiera al criado. Se acercó a la ventana, se sentó en el alféizar que había junto a ella, se agarró firmemente al picaporte y miró la plaza de fuera. La nieve seguía cayendo, el tiempo aún no había mejorado en absoluto.

Permaneció mucho tiempo sentado así, sin saber qué era en realidad lo que le inquietaba tanto, sólo de vez en cuando echaba un vistazo, ligeramente sobresaltado, por encima del hombro a la puerta de la habitación exterior donde, erróneamente, creía haber oído algún ruido. No vino nadie, y eso le hizo sentirse más tranquilo, se acercó

al lavabo, se enjuagó la cara con agua fría y, con la cabeza algo más despejada, volvió a su lugar junto a la ventana. La decisión de tomar su defensa en sus manos le parecía ahora más pesada de lo que había supuesto en un principio. Durante todo el tiempo que había dejado su defensa en manos del abogado, su juicio le había afectado poco en lo esencial, lo había observado desde lejos como algo que apenas podía alcanzarle directamente, cuando le convenía miraba para ver cómo estaban las cosas, pero también podía volver a sacar la cabeza cuando quería. Ahora, en cambio, si iba a llevar él mismo su defensa, tendría que dedicarse por completo al tribunal -por lo menos de momento-, el éxito significaría, más adelante, su liberación completa y definitiva, pero si quería conseguirlo tendría que ponerse, para empezar, en un peligro mucho mayor del que había corrido hasta ahora. Si alguna vez sintió la tentación de dudar de ello, su experiencia con el subdirector y el fabricante aquel día sería suficiente para convencerle de ello. ¿Cómo pudo sentarse allí totalmente convencido de la necesidad de hacer su propia defensa? ¿Cómo sería después? ¿Cómo sería su vida en los días siguientes? ¿Encontraría el camino a través de todo ello hasta una conclusión feliz? ¿Una defensa cuidadosamente elaborada -y cualquier otro tipo no habría tenido sentido- no significaba también que tendría que aislarse de todo lo demás tanto como pudiera? ¿Sobreviviría a eso? ¿Y cómo iba a conseguir llevar a cabo todo esto en el banco? Se trata-

ba de mucho más que presentar unos documentos que probablemente podría preparar en unos días de permiso, aunque habría sido una gran temeridad pedir tiempo libre al banco justo en ese momento, era todo un juicio y no había forma de ver cuánto podría durar. ¡Se trataba de una enorme dificultad que se había lanzado de repente en la vida de K.!

¿Y se suponía que él debía hacer el trabajo del banco en un momento como éste? Miró a su escritorio. ¿Debía dejar que la gente entrara a verle y negociar con ellos en un momento como éste? Mientras su juicio seguía su curso, mientras los funcionarios del tribunal, en la sala del ático, estaban sentados mirando los papeles de este juicio, ¿debía preocuparse por los asuntos del banco? ¿No le parecía una especie de tortura, reconocida por el tribunal, relacionada con el juicio y que le perseguía? ¿Y es probable que alguien en el banco, al juzgar su trabajo, tuviera en cuenta su peculiar situación? Nadie y nunca. Había quien sabía de su juicio, aunque no estaba muy claro quién lo sabía ni cuánto. Pero esperaba que los rumores no hubieran llegado hasta el subdirector, pues de lo contrario, obviamente, pronto encontraría la forma de aprovecharlo para perjudicar a K., no demostraría ni camaradería ni humanidad. ¿Y qué hay del director? Era cierto que estaba bien dispuesto hacia K., y en cuanto se enterara del juicio probablemente trataría de hacer todo lo posible para facilitarle las cosas, pero desde luego no se dedicaría a ello. K. en un momento dado había proporcionado el con-

trapeso a lo que decía el subdirector, pero ahora el director estaba cayendo cada vez más bajo su influencia, y el subdirector también explotaría la condición debilitada del director para reforzar su propio poder. Entonces, ¿qué podía esperar K.? Tal vez consideraciones de este tipo debilitaban su poder de resistencia, pero seguía siendo necesario no engañarse a sí mismo y ver todo tan claramente como se podía ver en ese momento.

Sin ninguna razón en particular, sólo para evitar volver a su escritorio por un tiempo, abrió la ventana. Era difícil de abrir y tuvo que girar la manilla con las dos manos. Entonces, a través de toda la altura y anchura de la ventana, la mezcla de niebla y humo se introdujo en la habitación, llenándola de un ligero olor a quemado. Algunos copos de nieve entraron con ella. "Es un otoño horrible", dijo el fabricante, que había entrado en la habitación sin ser notado después de ver al subdirector y que ahora estaba de pie detrás de K. K. asintió con la cabeza y miró con inquietud el maletín del fabricante, del que ahora probablemente sacaría los papeles e informaría a K. del resultado de sus negociaciones con el subdirector. Sin embargo, el fabricante vio hacia dónde miraba K., llamó a su maletín y, sin abrirlo, le dijo: "Estarás deseando saber cómo han ido las cosas. Ya tengo el contrato en el bolsillo, casi. Es un hombre encantador tu subdirector, aunque tiene sus peligros". Se rió al estrechar la mano de K. y quiso hacerle reír con él. Pero a K. le pareció una vez más sospechoso que el

fabricante no quisiera enseñarle los papeles y no vio nada en sus comentarios de lo que reírse. "Jefe de empleados", dijo el fabricante, "supongo que el tiempo ha estado afectando a su estado de ánimo, ¿verdad? Hoy parece usted muy preocupado". "Sí", dijo K., levantando la mano y sujetando la sien de su cabeza, "dolores de cabeza, preocupaciones en la familia". "Muy bien", dijo el fabricante, que siempre tenía prisa y nunca podía escuchar a nadie durante mucho tiempo, "todo el mundo tiene su cruz que cargar". K. había dado inconscientemente un paso hacia la puerta, como si quisiera acompañar al fabricante a la salida, pero éste dijo: "Jefe de personal, hay algo más que me gustaría mencionarle. Lo siento mucho si es algo que le va a molestar precisamente hoy, pero ya he ido a verle dos veces, últimamente, y cada vez me he olvidado de ello. Si lo retraso más, podría perder su sentido. Sería una pena, ya que creo que lo que tengo que decir tiene algún valor". Antes de que K. tuviera tiempo de responder, el fabricante se acercó a él, le golpeó ligeramente con el nudillo en el pecho y le dijo en voz baja: "Tienes un juicio en marcha, ¿no?". K. dio un paso atrás e inmediatamente exclamó: "¡Eso es lo que te ha dicho el subdirector!". "No, no", dijo el fabricante, "¿cómo iba a saberlo el subdirector?". "¿Y tú?", preguntó K., ya más controlado. "Oigo cosas sobre el tribunal aquí y allá", dijo el fabricante, "y eso se aplica incluso a lo que quería contarte". "¡Hay tanta gente que tiene conexiones con el tribunal!", dijo K. con la cabeza baja, y condujo al

fabricante hasta su escritorio. Se sentaron donde habían estado antes, y el fabricante dijo: "Me temo que no es mucho lo que tengo que contarte. Sólo que, en asuntos como éste, es mejor no pasar por alto los más mínimos detalles. Además, realmente quiero ayudarte de alguna manera, por muy modesta que sea mi ayuda. Hemos sido buenos socios hasta ahora, ¿no es así? Pues bien". K. quiso disculparse por su comportamiento en la conversación de ese mismo día, pero el fabricante no toleró ninguna interrupción, se metió el maletín en el sobaco para demostrar que tenía prisa y continuó. "Conozco su caso a través de un tal Titorelli. Es un pintor, Titorelli es sólo su nombre artístico, ni siquiera sé cuál es su verdadero nombre. Lleva años viniendo a mi despacho de vez en cuando, y trae consigo pequeños cuadros que compro más o menos por caridad, ya que apenas es más que un mendigo. Y también son bonitas fotos, paisajes de páramo y ese tipo de cosas. Ambos nos habíamos acostumbrado a hacer negocios de esta manera y siempre iba bien. Sólo que una vez estas visitas se hicieron demasiado frecuentes, empecé a reñirle por ello, nos pusimos a hablar y me interesé por cómo era que podía ganarse la vida sólo pintando, y entonces me enteré con asombro de que su principal fuente de ingresos era pintar retratos. Trabajo para el tribunal", dijo, "¿qué tribunal?", dije yo. Estoy seguro de que puedes imaginar lo asombrado que me quedé al saber todo esto. Desde entonces, cada vez que viene a visitarme, aprendo

algo nuevo sobre el tribunal, y así, poco a poco, voy entendiendo algo de su funcionamiento. De todos modos, Titorelli habla mucho y a menudo tengo que apartarlo, no sólo porque seguramente está mintiendo, sino también, sobre todo, porque un empresario como yo, que ya está al borde del colapso bajo el peso de sus propias preocupaciones empresariales, no puede prestar demasiada atención a las de los demás. Pero todo eso no es más que un detalle. Tal vez -esto es lo que he estado pensando-, quizá Titorelli pueda ayudarte de alguna manera, conoce a muchos jueces y aunque no pueda tener mucha influencia él mismo, puede darte algún consejo sobre cómo poner a algunas personas influyentes de tu lado. E incluso si este consejo no resulta ser toda la diferencia, sigo pensando que será muy importante una vez que lo tengas. Tú mismo eres casi un abogado. Eso es lo que siempre digo, Sr. K. el secretario jefe es casi un abogado. Oh, estoy seguro de que este juicio tuyo saldrá bien. Entonces, ¿quieres ir a ver a Titorelli? Si se lo pido, seguro que hará todo lo posible. Realmente creo que deberías ir. No es necesario que sea hoy, por supuesto, sólo algún día, cuando tengas la oportunidad. Y de todos modos -también quiero decirte esto- no tienes que ir a ver a Titorelli, este consejo mío no te obliga en absoluto. No, si crees que puedes arreglártelas sin Titorelli seguramente será mejor dejarlo completamente al margen. Tal vez ya tengas una idea clara de lo que vas a hacer y Titorelli podría trastocar tus planes.

No, si ese es el caso, ¡por supuesto que no deberías ir allí bajo ninguna circunstancia! Y ciertamente no será fácil aceptar los consejos de un muchacho como él. Aun así, depende de ti. Aquí está la carta de recomendación y aquí está la dirección".

Decepcionado, K. cogió la carta y se la guardó en el bolsillo. Incluso en el mejor de los casos, la ventaja que podría obtener de esta recomendación era incomparablemente menor que el daño que suponía el hecho de que el fabricante supiera de su juicio, y que el pintor estuviera difundiendo la noticia. No pudo más que dedicar unas palabras de agradecimiento al fabricante, que ya se dirigía a la puerta. "Iré allí", dijo al despedirse del fabricante en la puerta, "o, como estoy muy ocupado en este momento, le escribiré, tal vez quiera venir a verme a mi despacho algún día". "Estaba seguro de que encontraría la mejor solución", dijo el fabricante. "Aunque había pensado que preferirías evitar invitar a gente como ese Titorelli al banco y hablar del juicio aquí. Y no siempre es buena idea enviar cartas a gente como Titorelli, no se sabe lo que puede pasar con ellos. Pero seguro que lo ha pensado todo y sabe lo que puede y lo que no puede hacer". K. asintió y acompañó al fabricante a través de la antesala. Pero, a pesar de parecer tranquilo por fuera, en realidad estaba muy sorprendido; le había dicho al fabricante que le escribiría a Titorelli sólo para demostrarle de alguna manera que valoraba sus recomendaciones y que consideraría la oportunidad de hablar con Titorelli

sin demora, pero si hubiera pensado que Titorelli podía ofrecer alguna ayuda que valiera la pena, no se habría demorado. Pero fue el comentario del fabricante el que hizo que K. se diera cuenta de los peligros que eso podía acarrear. ¿Era realmente capaz de confiar tan poco en su propio entendimiento? Si era posible que invitara a un personaje dudoso al banco con una carta clara, y le pidiera consejo sobre su juicio, separado del subdirector por no más que una puerta, ¿no era posible o incluso muy probable que hubiera también otros peligros que no había visto o hacia los que estaba corriendo? No siempre había alguien a su lado para advertirle. Y justo ahora, en el momento en que debía actuar con todas sus fuerzas, se le presentaban una serie de dudas que nunca había conocido y que afectaban a su propia vigilancia. Las dificultades que había sentido en la realización de su trabajo de oficina, ¿van a afectar ahora también al juicio? Ahora, por lo menos, se encontraba incapaz de entender cómo podía tener la intención de escribir a Titorelli e invitarle a entrar en el banco.

Sacudió la cabeza al pensar en ello una vez más cuando el criado se acercó a su lado y le llamó la atención sobre los tres caballeros que esperaban en un banco de la antesala. Llevaban ya mucho tiempo esperando ver a K. Ahora que el criado estaba hablando con K. se habían levantado y cada uno de ellos quería aprovechar la oportunidad de ver a K. antes que los demás. Había sido una negligencia por parte del banco dejarles perder el tiem-

po aquí en la sala de espera, pero ninguno de ellos quería llamar la atención. "Señor K., ...", decía uno de ellos, pero K. le había dicho al criado que trajera su abrigo de invierno y les dijo a los tres, mientras el criado le ayudaba a ponérselo, "Por favor, perdónenme, señores, me temo que no tengo tiempo para verles en este momento. Les ruego que me disculpen, pero tengo que resolver un asunto urgente y tengo que marcharme enseguida. Ya han visto ustedes el retraso que he tenido. ¿Sería tan amable de volver mañana o en otro momento? O tal vez podríamos arreglar sus asuntos por teléfono. O tal vez quiera decirme ahora, brevemente, de qué se trata y yo pueda entonces darle una respuesta completa por escrito. Sea como sea, lo mejor será que vuelva a venir aquí". Los caballeros vieron ahora que su espera había sido totalmente inútil, y estas sugerencias de K. les dejaron tan asombrados que se miraron sin decir nada. "Entonces está acordado, ¿no?", preguntó K., que se había vuelto hacia el criado que le traía el sombrero. A través de la puerta abierta del despacho de K. pudieron ver que la nevada en el exterior se había vuelto mucho más intensa. Así que K. se subió el cuello de su abrigo y se lo abotonó bien alto bajo la barbilla. Justo en ese momento, el subdirector salió de la habitación contigua, sonrió al ver a K. negociando con los caballeros con su abrigo de invierno, y preguntó: "¿Estás a punto de salir?". "Sí", dijo K., poniéndose más erguido, "tengo que salir por unos asuntos". Pero el subdirector ya se había

vuelto hacia los caballeros. "¿Y qué pasa con estos señores?", preguntó. "Creo que ya llevan mucho tiempo esperando". "Ya hemos llegado a un acuerdo", dijo K. Pero ahora los caballeros no podían contenerse más, rodearon a K. y le explicaron que no habrían estado esperando durante horas si no se tratara de algo importante que había que discutir ahora, a fondo y en privado. El subdirector les escuchó durante un rato, también miró a K. mientras sostenía su sombrero en la mano limpiando el polvo de éste aquí y allá, y luego dijo: "Señores, hay una manera muy sencilla de resolver esto. Si lo prefieren, estaré encantado de encargarme de estas negociaciones en lugar del secretario jefe. Por supuesto, sus negocios deben ser discutidos sin demora. Somos hombres de negocios como ustedes y conocemos el valor del tiempo de un empresario. ¿Quieren venir por aquí?" Y abrió la puerta que conducía a la antesala de su propio despacho.

El subdirector parecía muy hábil para apropiarse de todo lo que K. se veía ahora obligado a abandonar. Pero, ¿no estaba K. renunciando a más de lo que debía absolutamente? Al huir a un pintor desconocido, con, como tenía que admitir, muy poca esperanza de algún vago beneficio, su renombre estaba sufriendo un daño que no podía ser reparado. Probablemente, sería mucho mejor volver a quitarse el abrigo de invierno y, como mínimo, intentar recuperar a los dos caballeros que, sin duda, seguían esperando en la habitación contigua. Si K. no hubiera vislumbrado entonces

al subdirector en su despacho, buscando algo en sus estanterías como si fueran suyas, probablemente incluso habría hecho el intento. Cuando K., algo agitado, se acercó a la puerta, el subdirector le gritó: "¡Oh, todavía no te has ido!". Volvió su rostro hacia él -sus muchos y profundos pliegues parecían mostrar fuerza más que edad- e inmediatamente comenzó de nuevo a buscar.

"Estoy buscando una copia de un contrato", dijo, "que este caballero insiste en que usted debe tener. ¿Podría usted ayudarme a buscarlo?" K. dio un paso adelante, pero el subdirector dijo: "gracias, ya lo he encontrado", y con un gran paquete de papeles, que sin duda debía incluir muchos más documentos que la simple copia del contrato, se dio la vuelta y volvió a su propio despacho.

"No puedo ocuparme de él en este momento", se dijo K., "pero una vez que mis dificultades personales se hayan resuelto, entonces será sin duda el primero en recibir el efecto de esto, y ciertamente no le gustará". Ligeramente calmado por estos pensamientos, K. encomendó al criado, que ya hacía tiempo que le mantenía abierta la puerta del pasillo, la tarea de decirle al director, cuando pudiera, que K. iba a salir del banco por un asunto de negocios. Al salir del banco se sintió casi feliz ante la idea de poder dedicarse más a sus propios asuntos durante un tiempo.

Se dirigió directamente al pintor, que vivía en una zona periférica de la ciudad que estaba muy cerca de las oficinas del juzgado, aunque esta zona

era aún más pobre, las casas eran más oscuras, las calles estaban llenas de suciedad que soplaba lentamente sobre la nieve medio derretida. En el gran portal del edificio donde vivía el pintor sólo estaba abierta una de las dos puertas, junto a la otra se había abierto un agujero en la pared, y cuando K. se acercó a él salió disparado un repugnante líquido amarillo y humeante que hizo que algunas ratas se escabulleran hacia el canal cercano. Abajo, junto a la escalera, había un niño pequeño tumbado sobre su vientre llorando, pero apenas se oía por el ruido de un taller de metalistería al otro lado del vestíbulo, que ahogaba cualquier otro sonido. La puerta del taller estaba abierta, tres trabajadores estaban de pie en un círculo alrededor de alguna pieza que estaban golpeando con martillos. Una gran plancha de hojalata colgada en la pared proyectaba una luz pálida que se abría paso entre dos de los trabajadores, iluminando sus rostros y sus arpones de trabajo. K. no hizo más que echar un vistazo a cualquiera de estas cosas, quería acabar con esto cuanto antes, intercambiar sólo unas palabras para saber cómo estaban las cosas con el pintor y volver directamente al banco. Incluso si tuviera un pequeño éxito aquí, tendría un buen efecto en su trabajo en el banco para ese día. En el tercer piso tuvo que ralentizar el paso, le faltaba el aire: los escalones, al igual que la altura de cada piso, eran mucho más altos de lo necesario y le habían dicho que el pintor vivía justo en el ático. El aire también era bastante opresivo, no había una

escalera propiamente dicha y los estrechos escalones estaban cerrados por paredes a ambos lados, sin más que una pequeña y alta ventana aquí y allá. En el momento en que K. se detuvo un momento, unas chicas jóvenes salieron corriendo de uno de los pisos y subieron a toda prisa las escaleras, riendo. K. las siguió lentamente, alcanzó a una de las chicas que había tropezado y había sido dejada atrás por las otras, y le preguntó mientras subían una al lado de la otra: "¿Hay un pintor, Titorelli, que vive aquí?". La niña, de apenas trece años y algo jorobada, le clavó el codo y le miró de reojo. Su juventud y sus defectos corporales no habían impedido que fuera ya bastante depravada. No sonrió ni una sola vez, sino que miró a K. con seriedad, con ojos agudos y adquisitivos. K. fingió no darse cuenta de su comportamiento y le preguntó: "¿Conoces a Titorelli, el pintor?". Ella asintió y preguntó en respuesta: "¿Para qué quieres verlo?". K. pensó que le convendría averiguar rápidamente algo más sobre Titorelli. "Quiero que pinte mi retrato", dijo. "¿Pintar tu retrato?", preguntó, abriendo demasiado la boca y golpeando ligeramente a K. con la mano, como si hubiera dicho algo extraordinariamente sorprendente o torpe, con ambas manos se levantó la falda, que ya era muy corta, y, tan rápido como pudo, salió corriendo tras las otras chicas, cuyos gritos indistintos se perdían en las alturas. Sin embargo, en la siguiente vuelta de la escalera, K. se encontró de nuevo con todas las chicas. La muchacha jorobada les había hablado claramente

de las intenciones de K. y le estaban esperando. Se colocaron a ambos lados de la escalera, apretándose contra la pared para que K. pudiera pasar entre ellas, y se alisaron los delantales con las manos. Todos sus rostros, incluso en esta guardia de honor, mostraban una mezcla de infantilismo y depravación. A la cabeza de la fila de chicas, que ahora, riendo, empezaban a acercarse a K., estaba la jorobada que había asumido el papel de líder. Gracias a ella, K. encontró la dirección correcta sin demora; habría seguido subiendo las escaleras que tenía delante, pero ella le indicó que para llegar a Titorelli tenía que desviarse hacia un lado. Los peldaños que conducían al pintor eran especialmente estrechos, muy largos, sin ningún giro, toda la longitud se podía ver de un vistazo y, en la parte superior, en la puerta cerrada de Titorelli, llegaba a su fin. Esta puerta estaba mucho mejor iluminada que el resto de la escalera por la luz de una pequeña claraboya situada oblicuamente sobre ella, había sido montada con tabloncillos de madera sin pintar y el nombre "Titorelli" estaba pintado en ella con amplias pinceladas rojas. K. no había subido más que la mitad de los escalones, acompañado por su séquito de chicas, cuando, evidentemente como consecuencia del ruido de todos esos pasos, la puerta se abrió ligeramente y en la rendija apareció un hombre que parecía estar vestido sólo con su camisón. "¡Oh!", gritó al ver la multitud que se acercaba, y desapareció. La chica jorobada aplaudió con alegría y las otras chicas se agolpa-

ron detrás de K. para empujarlo más rápido hacia adelante.

Sin embargo, aún no habían llegado a la cima, cuando el pintor que estaba por encima de ellos abrió de repente la puerta de par en par y, con una profunda reverencia, invitó a K. a entrar. A las chicas, en cambio, trató de mantenerlas alejadas, no quería dejar entrar a ninguna de ellas por mucho que le rogaran y por mucho que se esforzaran en entrar; si no podían entrar con su permiso, intentarían entrar a la fuerza contra su voluntad. La única que lo consiguió fue la jorobada cuando se coló por debajo de su brazo extendido, pero el pintor la persiguió, la agarró por la falda, le dio una vuelta y la volvió a dejar junto a la puerta con las otras chicas que, a diferencia de la primera, no se habían atrevido a cruzar el umbral mientras el pintor había abandonado su puesto. K. no sabía qué hacer con todo esto, ya que todas parecían divertirse. Una detrás de otra, las muchachas junto a la puerta estiraban el cuello y gritaban al pintor varias palabras que pretendían ser una broma, pero que K. no entendía, e incluso el pintor se reía cuando el jorobado daba vueltas en su mano. Luego cerró la puerta, se inclinó una vez más hacia K., le ofreció la mano y se presentó diciendo: "Titorelli, pintor". K. señaló la puerta, detrás de la cual cuchicheaban las muchachas, y dijo: "Parece que eres muy popular en este edificio". "¡Ah, esos mocosos!", dijo el pintor, tratando en vano de abrocharse el camisón en el cuello. También estaba descalzo y, aparte de

eso, no llevaba más que un pantalón de lino amarillento suelto sujeto con un cinturón cuyo extremo libre se movía de un lado a otro. "Esos niños son una verdadera carga para mí", continuó. El botón superior de su camisón se desprendió y renunció a intentar abrocharlo, buscó una silla para K. y le hizo sentarse en ella. "Una vez pinté a una de ellas -hoy no está aquí- y desde entonces me siguen. Si estoy aquí sólo entran cuando yo lo permito, pero en cuanto salgo siempre hay al menos uno de ellos aquí. Se han hecho una llave de mi puerta y se la prestan unos a otros. Es difícil imaginar el dolor que supone. Supongamos que vuelvo a casa con una señora a la que voy a pintar, abro la puerta con mi propia llave y me encuentro a la jorobada allí o algo así, junto a la mesa pintándose los labios de rojo con mi pincel, y mientras tanto sus hermanitas estarán haciendo guardia por ella, moviéndose de un lado a otro y provocando el caos en todos los rincones de la habitación. O bien, como ocurrió ayer, puedo volver a casa a última hora de la tarde -perdónenme el aspecto y el desorden de la habitación, es por ellas-, puedo llegar a casa a última hora de la tarde y querer acostarme, entonces siento que algo me pellizca la pierna, miro debajo de la cama y saco a otra de ellas de debajo. No sé por qué me molestan así, supongo que habrán visto que no hago nada para que se acerquen a mí. Y también me dificultan mi trabajo, claro. Si no me dieran este estudio a cambio de nada, me habría mudado hace mucho tiempo". Justo en ese momen-

to, una vocecita, tierna y ansiosa, llamó desde debajo de la puerta: "Titorelli, ¿podemos entrar ya?". "No", respondió el pintor. "¿Ni siquiera yo, solo?", volvió a preguntar la voz. "Ni siquiera tú solo", dijo el pintor, mientras se dirigía a la puerta y la cerraba.

Mientras tanto, K. había estado observando la habitación; si no se lo hubieran señalado, nunca se le habría ocurrido que esta pequeña y miserable habitación pudiera llamarse estudio. Apenas era lo suficientemente larga o ancha para dar dos pasos. Todo, suelo, paredes y techo, era de madera, entre los tablones se veían estrechos huecos. Al otro lado de donde estaba K., la cama estaba apoyada en la pared bajo un revestimiento de diferentes colores. En el centro de la habitación había un cuadro sobre un caballete, cubierto con una camisa cuyos brazos colgaban hasta el suelo. Detrás de K. estaba la ventana, a través de la cual la niebla impedía ver más allá del tejado cubierto de nieve del edificio vecino.

El giro de la llave en la cerradura le recordó a K. que no había querido quedarse demasiado tiempo. Así que sacó del bolsillo la carta del fabricante, se la tendió al pintor y le dijo: "He sabido de usted por este caballero, un conocido suyo, y es por su consejo que he venido aquí". El pintor ojeó la carta y la arrojó sobre la cama. Si el fabricante no hubiera dicho muy claramente que Titorelli era un conocido suyo, un pobre hombre que dependía de su caridad, entonces habría sido realmente muy posible creer que Titorelli no lo conocía o, al menos,

que no podía recordarlo. Esta impresión aumentó cuando el pintor le preguntó: "¿Quería usted comprar unos cuadros o quería hacerse pintar?". K. miró al pintor con asombro. ¿Qué decía realmente la carta? K. había dado por sentado que el fabricante había explicado al pintor en su carta que K. no quería nada más con él que saber más sobre su ensayo. Se había precipitado demasiado al venir aquí. Pero ahora tenía que dar al pintor algún tipo de respuesta y, mirando al caballete, dijo: "¿Está trabajando en un cuadro actualmente?" "Sí", dijo el pintor, y tomó la camisa que colgaba sobre el caballete y la arrojó sobre la cama después de la carta. "Es un retrato. Una obra bastante buena, aunque aún no está terminada". Esta era una coincidencia conveniente para K., le daba una buena oportunidad para hablar del tribunal ya que el cuadro mostraba, muy claramente, a un juez. Es más, era notablemente similar a la foto del despacho del abogado, aunque ésta mostraba a un juez bastante diferente, un hombre pesado con una barba completa que era negra y tupida y se extendía a los lados hasta las mejillas del hombre. El cuadro del abogado era también una pintura al óleo, mientras que éste había sido realizado con colores pastel y era pálido y poco claro. Pero todo lo demás del cuadro era similar, ya que también este juez se agarraba con fuerza al brazo de su trono y parecía siniestramente a punto de levantarse de él. Al principio K. estuvo a punto de decir: "Ciertamente es un juez", pero se contuvo por el momento y se acercó al

cuadro como si quisiera estudiarlo en detalle. Había una gran figura representada en el centro del respaldo del trono que K. no pudo entender y preguntó al pintor por ella. Habrá que trabajar un poco más en ella, le dijo el pintor, y cogiendo un lápiz de pastel de una mesita añadió unos cuantos trazos a los bordes de la figura, pero sin aclararla por lo que K. pudo ver. "Esa es la figura de la justicia", dijo finalmente el pintor. "Ya veo", dijo K., "aquí está la venda y aquí están las escamas. Pero, ¿no son esas alas las que tiene en los talones, y no se mueve?". "Sí", dijo el pintor, "tuve que pintarlo así según el contrato. En realidad es la figura de la justicia y la diosa de la victoria, todo en uno". "Esa no es una buena combinación", dijo K. con una sonrisa. "La justicia debe permanecer quieta, de lo contrario la balanza se moverá y no será posible emitir un veredicto justo". "Sólo hago lo que el cliente quería", dijo el pintor. "Sí, ciertamente", dijo K., que no había querido criticar a nadie con ese comentario. "Has pintado la figura tal y como aparece realmente en el trono". "No", dijo el pintor, "nunca he visto esa figura ni ese trono, todo es una invención, pero me dijeron qué era lo que tenía que pintar". "¿Cómo es eso?", preguntó K. fingiendo no entender del todo lo que dijo el pintor. "Es un juez sentado en la silla del juez, ¿no es así?". "Sí", dijo el pintor, "pero ese juez no está muy alto y nunca se ha sentado en ningún trono así". "Y se ha pintado en una pose tan grandiosa. Está sentado ahí como el presidente de la corte". "Sí, los caballeros así son muy vani-

dosos", dijo el pintor. "Pero tienen permiso de las altas esferas para hacerse pintar así. Está estrictamente establecido el tipo de retrato que cada uno de ellos puede conseguir para sí mismo. Sólo que es una lástima que no se puedan distinguir los detalles de su traje y su pose en este cuadro, los colores pastel no son realmente adecuados para mostrar a la gente así." "Sí", dijo K., "parece extraño que sea en colores pastel". "Eso es lo que quería el juez", dijo el pintor, "está pensado para una mujer". La visión del cuadro le dio ganas de trabajar, se arremangó las mangas de la camisa, cogió algunos de los lápices de colores y K. observó cómo una sombra rojiza se acumulaba alrededor de la cabeza del juez bajo sus puntas temblorosas e irradiaba hacia los bordes del cuadro. Este juego de sombras rodeaba lentamente la cabeza como un adorno o una distinción elevada. Pero alrededor de la figura de la Justicia, aparte de alguna coloración apenas perceptible, permanecía la luz, y en esta luminosidad la figura parecía brillar hacia delante, de modo que ahora no parecía ni el Dios de la Justicia ni el Dios de la Victoria, parecía ahora, más bien, una perfecta representación del Dios de la Caza. K. encontró el trabajo del pintor más absorbente de lo que hubiera querido; pero finalmente se reprochó el haberse quedado tanto tiempo sin haber hecho nada relevante para su propio asunto. "¿Cómo se llama este juez?", preguntó de repente. "No puedo decírselo", respondió el pintor. Estaba profundamente inclinado sobre el cuadro y claramente des-

atendiendo a su invitado que, al principio, había recibido con tanto cuidado. K. consideró que se trataba de un defecto del pintor, que le irritaba porque le hacía perder tiempo. "Supongo que debes ser un administrador de la corte", dijo. El pintor dejó inmediatamente sus lápices de colores, se puso de pie, se frotó las manos y miró a K. con una sonrisa. "Siempre directo con la verdad", dijo. "Quieres aprender algo sobre el tribunal, como dice en tu carta de recomendación, pero luego empiezas a hablar de mis cuadros para ponerme de tu parte. Aun así, no te lo tendré en cuenta, no debías saber que eso era algo totalmente equivocado para intentar conmigo. Oh, por favor!", dijo bruscamente, repeliendo el intento de K. de hacer alguna objeción. Luego continuó:- Y además, tienes mucha razón en tu comentario de que soy un administrador del tribunal." Hizo una pausa, como si quisiera dar a K. el tiempo necesario para asimilar este hecho. Se oyó de nuevo a las chicas detrás de la puerta. Probablemente estaban apretadas alrededor del ojo de la cerradura, tal vez incluso podían ver el interior de la habitación a través de los huecos de los tablones. K. renunció a la oportunidad de excusarse de alguna manera, ya que no deseaba distraer al pintor de lo que estaba diciendo, o tal vez no quería que se pusiera demasiado por encima de sí mismo y de esta manera se hiciera hasta cierto punto inalcanzable, así que preguntó: "¿Es una posición públicamente reconocida?" "No", fue la cortante respuesta del pintor, como si la pregunta le

impidiera decir algo más. Pero K. quiso que siguiera hablando y dijo: "Bueno, posiciones como ésta, que no están oficialmente reconocidas, a menudo pueden tener más influencia que las que sí lo están". "Y así es conmigo", dijo el pintor, y asintió con el ceño fruncido. "Ayer estuve hablando de su caso con el fabricante, y me preguntó si no me gustaría ayudarlo, y le contesté: "Puede venir a verme si quiere", y ahora me alegro de verle aquí tan pronto. Este asunto parece ser muy importante para usted, y, por supuesto, no me sorprende. ¿No le gustaría quitarse el abrigo ahora?" K. tenía la intención de quedarse muy poco tiempo, pero la invitación del pintor fue, sin embargo, muy bien recibida. El aire de la habitación se había vuelto poco a poco bastante opresivo para él, varias veces había mirado con asombro una pequeña estufa de hierro en la esquina que ciertamente no podía estar encendida, el calor de la habitación era inexplicable. Mientras se quitaba el abrigo de invierno y se desabrochaba también la bata, el pintor le dijo a modo de disculpa: "Tengo que entrar en calor. Y esto es muy acogedor, ¿verdad? Esta habitación es muy buena en ese sentido". K. no contestó, pero en realidad no era el calor lo que le incomodaba, sino, mucho más, la congestión, el aire que casi dificultaba la respiración, la habitación probablemente no había sido ventilada durante mucho tiempo. La incomodidad se hizo más fuerte para K. cuando el pintor le invitó a sentarse en la cama mientras él mismo se sentaba en la única silla de la

habitación, frente al caballete. El pintor incluso pareció no entender por qué K. permanecía en el borde de la cama e instó a K. a que se pusiera cómodo y, como dudaba, se acercó él mismo a la cama y presionó a K. hasta el fondo de la ropa de cama y las almohadas. Luego volvió a su asiento y por fin hizo su primera pregunta objetiva, que hizo que K. se olvidara de todo lo demás. "Eres inocente, ¿verdad?", preguntó. "Sí", dijo K. Sintió una simple alegría al responder a esta pregunta, sobre todo porque la respuesta se daba a un particular y, por tanto, no tendría consecuencias. Hasta entonces nadie le había hecho esta pregunta tan abiertamente. Para aprovechar su placer, añadió: "Soy totalmente inocente". "Entonces", dijo el pintor, y bajó la cabeza y pareció pensar. De repente, volvió a levantar la cabeza y dijo: "Bueno, si eres inocente, todo es muy sencillo". K. comenzó a fruncir el ceño, este supuesto síndico del tribunal estaba hablando como un niño ignorante. "Que yo sea inocente no hace que las cosas sean sencillas", dijo K. A pesar de todo, no pudo evitar sonreír y negó lentamente con la cabeza. "Hay muchos detalles finos en los que el tribunal se pierde, pero al final mete la mano en algún lugar donde originalmente no había nada y saca una enorme culpa". "Sí, sí, claro", dijo el pintor, como si K. hubiera interrumpido su hilo de pensamiento sin motivo. "Pero tú eres inocente, ¿no?". "Pues claro que lo soy", dijo K. "Eso es lo principal", dijo el pintor. No había ningún contraargumento que pudiera influir en él, pero aun-

que se había decidido no estaba claro si hablaba así por convicción o por indiferencia. K., entonces, quiso averiguarlo y dijo por lo tanto: "Estoy seguro de que usted está más familiarizado con el tribunal que yo, apenas sé más que lo que he oído, y eso ha sido de muchas personas muy diferentes. Pero todos estaban de acuerdo en una cosa, y era que cuando se hacen acusaciones mal pensadas no se ignoran, y que una vez que el tribunal ha hecho una acusación está convencido de la culpabilidad del acusado y es muy difícil hacerle pensar lo contrario." "¿Muy difícil?", preguntó el pintor, lanzando un mano al aire. "Es imposible hacerle pensar lo contrario. Si pintara a todos los jueces aquí al lado en un lienzo, y tú trataras de defenderte frente a él, tendrías más éxito con ellos que con el tribunal real." "Sí", se dijo K., olvidando que sólo había ido allí a investigar al pintor.

Una de las muchachas detrás de la puerta se puso en marcha de nuevo, y preguntó: "Titorelli, ¿se va a ir pronto?". "¡Silencio!", gritó el pintor en la puerta, "¿No ve que estoy hablando con el señor?". Pero esto no bastó para satisfacer a la muchacha y preguntó: "¿Vas a pintar su cuadro?". Y como el pintor no contestó, añadió: "Por favor, no lo pinte, es un tipo horrible". Siguió un balbuceo incomprensible y entrelazado de gritos y respuestas y llamadas de acuerdo. El pintor se acercó de un salto a la puerta, la abrió muy levemente -se veían las manos entrelazadas de las muchachas estirándose a través de la rendija como si quisieran algo- y dijo: "Si no os

calláis os tiro a todas por la escalera. Sentaos aquí, en los escalones, y callaos". Probablemente no le obedecieron de inmediato, por lo que tuvo que ordenar: "¡Abajo en los escalones!". Sólo entonces se hizo el silencio.

"Lo siento", dijo el pintor mientras volvía hacia K. K. apenas se había vuelto hacia la puerta, había dejado completamente a criterio del pintor si lo pondría bajo su protección y cómo lo haría si quería. Incluso ahora, apenas hizo ningún movimiento cuando el pintor se inclinó sobre él y, susurrándole al oído para que no se le oyera fuera, le dijo: "Estas chicas también pertenecen a la corte". "¿Cómo es eso?", preguntó K., mientras inclinaba la cabeza hacia un lado y miraba al pintor. Pero el pintor volvió a sentarse en su silla y, medio en broma, medio en explicación, "Bueno, todo pertenece a la corte". "Eso es algo en lo que nunca me había fijado hasta ahora", dijo K. secamente, este comentario general del pintor hizo que su comentario sobre las chicas fuera mucho menos molesto. No obstante, K. miró un rato hacia la puerta, detrás de la cual las chicas estaban ahora sentadas tranquilamente en los escalones. Salvo que una de ellas había introducido una pajita para beber por una rendija entre los tablones y la movía lentamente hacia arriba y hacia abajo. "Parece que todavía no tenéis una idea general de lo que es el tribunal", dijo el pintor, que había separado mucho las piernas y golpeaba fuertemente el suelo con la punta del pie. "Pero como eres inocente no lo necesitarás de to-

dos modos. Te sacaré de esto yo mismo". "¿Cómo piensas hacerlo?", preguntó K. "Tú mismo dijiste no hace mucho que es imposible ir al tribunal con razones y pruebas". "Sólo es imposible por las razones y pruebas que uno mismo lleva al tribunal", dijo el pintor, levantando el dedo índice como si K. no hubiera notado una fina distinción. "La cosa es diferente si intentas hacer algo detrás del tribunal público, es decir, en las salas de consulta, en los pasillos o aquí, por ejemplo, en mi estudio". A K. le resultaba ahora mucho más fácil creer lo que decía el pintor, o más bien coincidía en gran medida con lo que también le habían dicho otros. De hecho, era incluso bastante prometedor. Si realmente era tan fácil influir en los jueces a través de los contactos personales, como había dicho el abogado, entonces los contactos del pintor con esos vanos jueces eran especialmente importantes y, como mínimo, no debían ser infravalorados. Y el pintor encajaría muy bien en el círculo de ayudantes que K. estaba reuniendo poco a poco a su alrededor. Había destacado en el banco por su talento organizativo, aquí, donde se le colocaba por completo con sus propios recursos, sería una buena oportunidad para poner a prueba ese talento hasta sus límites. El pintor observó el efecto que su explicación había causado en K. y luego, con cierto malestar, dijo: "¿No se te ocurre que mi forma de hablar es casi como la de un abogado? Es el contacto incessante con los señores de la corte lo que tiene esa influencia en mí. Gano mucho con ello, por supues-

to, pero pierdo mucho, artísticamente hablando". "Entonces, ¿cómo entró en contacto por primera vez con los jueces?", preguntó K., que quería ganarse primero la confianza del pintor antes de ponerlo a su servicio. "Eso fue muy fácil", dijo el pintor, "heredé estos contactos. Mi padre fue pintor de la corte antes que yo. Es un puesto que siempre se hereda. No pueden emplear a gente nueva para ello, las normas que rigen la forma de pintar a los distintos grados de funcionarios son tantas y tan variadas y, sobre todo, tan secretas que nadie, fuera de ciertas familias, las conoce. En el cajón, por ejemplo, tengo los apuntes de mi padre, que no enseñó a nadie. Pero sólo eres capaz de pintar a los jueces si sabes lo que dicen. Aunque, aunque los perdiera, nadie podría discutir mi posición por todas las reglas que llevo en la cabeza. Todos los jueces quieren ser pintados como lo fueron los antiguos y grandes jueces, y yo soy el único que puede hacerlo". "Eres envidiable", dijo K., pensando en su posición en el banco. "¿Su posición es bastante inexpugnable, entonces?" "Sí, bastante inexpugnable", dijo el pintor, y levantó los hombros con orgullo. "Así es como puedo incluso permitirme ayudar a algún pobre hombre que se enfrenta a un juicio de vez en cuando". "¿Y cómo lo haces?", preguntó K., como si el pintor no acabara de describirle como un pobre hombre. El pintor no se dejó distraer y dijo: "En tu caso, por ejemplo, como eres totalmente inocente, esto es lo que haré". La repetida mención de la inocencia de K. empezaba a

resultarle molesta. A veces le parecía que el pintor utilizaba estos comentarios para hacer de un resultado favorable del juicio una condición previa para su ayuda, lo que, por supuesto, haría innecesaria la propia ayuda. Pero a pesar de estas dudas, K. se obligó a no interrumpir al pintor. No quería prescindir de la ayuda del pintor, eso era lo que había decidido, y esta ayuda no le parecía en absoluto menos cuestionable que la del abogado. K. valoraba mucho más la ayuda del pintor porque se la ofrecía de forma más inofensiva y abierta.

El pintor había acercado su asiento a la cama y continuó con voz tenue: "Me olvidé de preguntarle: ¿qué clase de absolución es la que quiere? Hay tres posibilidades: absolución absoluta, absolución aparente y aplazamiento. La absolución absoluta es la mejor, por supuesto, sólo que no hay nada que pueda hacer para conseguir ese tipo de resultado. No creo que haya nadie que pueda hacer algo para conseguir una absolución absoluta. Probablemente lo único que podría hacer es que el acusado sea inocente. Como usted es inocente podría ser posible y podría depender sólo de su inocencia. En ese caso no me necesitarás a mí ni a ningún otro tipo de ayuda".

Al principio, K. se asombró ante esta ordenada explicación, pero luego, con la misma tranquilidad que el pintor, dijo: "Creo que te contradices". "¿Cómo es eso?", preguntó el pintor pacientemente, inclinándose hacia atrás con una sonrisa. Esta sonrisa hizo que K. se sintiera como si estuviera

examinando no las palabras del pintor sino buscando incoherencias en los procedimientos del propio tribunal. No obstante, continuó sin avergonzarse y dijo: "Antes comentaste que no se puede acudir al tribunal con pruebas razonadas, más tarde lo restringiste al tribunal abierto, y ahora llegas a decir que un inocente no necesita asistencia en el tribunal. Esto supone una contradicción. Además, usted dijo antes que los jueces pueden ser influenciados personalmente, pero ahora insiste en que una absolución absoluta, como usted la llama, nunca puede ser alcanzada a través de la influencia personal. Eso implica una segunda contradicción". "Es bastante fácil aclarar estas contradicciones", dijo el pintor. "Estamos hablando de dos cosas diferentes, está lo que dice la ley y está lo que sé por experiencia propia, no hay que confundir las dos cosas. Nunca lo he visto por escrito, pero la ley, por supuesto, dice por un lado que el inocente será puesto en libertad, pero por otro lado no dice que los jueces puedan ser influenciados. Pero en mi experiencia es al revés. No conozco ninguna absolución absoluta, pero sí sé de muchas ocasiones en las que un juez se ha dejado influir. Es posible, por supuesto, que no haya habido inocencia en ninguno de los casos que conozco. Pero, ¿es eso probable? ¿Ni un solo acusado inocente en tantos casos? Cuando era niño escuchaba atentamente a mi padre cuando nos contaba los casos de los tribunales en casa, y los jueces que acudían a su estudio hablaban del tri-

bunal, en nuestros círculos nadie habla de otra cosa; casi nunca tuve la oportunidad de ir yo mismo a los tribunales, pero siempre hice uso de ellos cuando pude, he escuchado innumerables juicios en etapas importantes de su desarrollo, los he seguido de cerca hasta donde se podía seguir, y tengo que decir que nunca he visto una sola absolución." "Así es. Ni una sola absolución", dijo K., como si hablara consigo mismo y con sus esperanzas. "Eso confirma la impresión que ya tengo del tribunal. Así que tampoco tiene sentido por este lado. Podrían sustituir a todo el tribunal por un solo verdugo". "No deberías generalizar", dijo el pintor, insatisfecho, "sólo he hablado de mi propia experiencia". "Pues ya está bien", dijo K., "¿o es que has oído hablar de alguna absolución que haya ocurrido antes?". "Dicen que ha habido algunas absoluciones anteriores", respondió el pintor, "pero es muy difícil estar seguro de ello. Los tribunales no hacen públicas sus conclusiones finales, ni siquiera los jueces están autorizados a conocerlas, así que todo lo que sabemos sobre estos casos anteriores son sólo leyendas. Pero en la mayoría de ellos hubo absoluciones absolutas, puedes creerlo, pero no se pueden probar. Por otro lado, tampoco hay que olvidarse de ellas, estoy seguro de que hay algo de verdad en ellas, y son muy bonitas, yo mismo he pintado algunos cuadros representando estas leyendas." "Mi valoración no se verá alterada por meras leyendas", dijo K. "Supongo que no es posible citar estas leyendas ante un tribunal, ¿verdad?".

El pintor se rió. "No, no se pueden citar en un tribunal", dijo. "Entonces no tiene sentido hablar de ellas", dijo K., que quería, por el momento, aceptar cualquier cosa que le dijera el pintor, aunque le pareciera inverosímil o contradijera lo que le habían contado otros. No tenía ahora tiempo para examinar la veracidad de todo lo que el pintor decía o incluso para refutarlo, habría conseguido todo lo que podía si el pintor le ayudaba de alguna manera aunque su ayuda no fuera decisiva. En consecuencia, dijo: "Así que no prestemos más atención a la absolución absoluta, pero usted mencionó otras dos posibilidades". "Absolución aparente y aplazamiento. Son las únicas posibilidades", dijo el pintor. "Pero antes de hablar de ellas, ¿no te gustaría quitarte el abrigo? Debes tener calor". "Sí", dijo K., que hasta entonces no había prestado atención más que a las explicaciones del pintor, pero ahora que le habían señalado el calor su frente comenzó a sudar copiosamente. "Es casi insostenible". El pintor asintió como si comprendiera muy bien el malestar de K. "¿No podríamos abrir la ventana?", preguntó K. "No", dijo el pintor. "Es sólo un cristal fijo, no se puede abrir". K. se dio cuenta ahora de que todo este tiempo había estado esperando que el pintor se acercara de repente a la ventana y la abriera. Se había preparado incluso para el vaho que respiraría por la boca abierta. La idea de que aquí estaba totalmente aislado del aire le hizo sentirse mareado. Golpeó ligeramente la colcha que tenía a su lado y, con voz débil, dijo:

"Eso es muy incómodo y poco saludable". "Oh, no", dijo el pintor en defensa de su ventana, "como no se puede abrir, esta habitación retiene el calor mejor que si la ventana tuviera doble cristal, aunque sea de una sola hoja. No hay mucha necesidad de ventilar la habitación, ya que hay mucha ventilación a través de los huecos de la madera, pero cuando quiero puedo abrir una de mis puertas, o incluso las dos". K. se consoló un poco con esta explicación y miró a su alrededor para ver dónde estaba la segunda puerta. El pintor le vio hacerlo y le dijo: "Está detrás de ti, tuve que esconderla detrás de la cama". Sólo entonces pudo K. ver la pequeña puerta en la pared. "Realmente es demasiado pequeño para un estudio aquí", dijo el pintor, como si quisiera anticipar una objeción que K. haría. "Tuve que arreglar las cosas como pude. Evidentemente, ese es un muy mal lugar para la cama, frente a la puerta. Por ejemplo, cuando viene el juez que estoy pintando ahora, siempre entra por la puerta que está junto a la cama, e incluso le he dado una llave de esta puerta para que me espere aquí en el estudio cuando no estoy en casa. Aunque hoy en día suele venir a primera hora de la mañana, cuando todavía estoy durmiendo. Y, por supuesto, siempre me despierta cuando oigo abrir la puerta junto a la cama, por muy dormida que esté. Si pudieras oír cómo le maldigo cuando se sube a mi cama por la mañana, perderías todo el respeto por los jueces. Supongo que podría quitarle la llave, pero eso sólo empeoraría las cosas. Sólo hace falta

un pequeño esfuerzo para romper cualquiera de las puertas de aquí de sus goznes". Mientras el pintor hablaba, K. estaba considerando si debía quitarse el abrigo, pero finalmente se dio cuenta de que, si no lo hacía, sería incapaz de permanecer aquí por más tiempo, así que se quitó la levita y la puso sobre su rodilla para poder ponérsela de nuevo en cuanto terminara la conversación. Apenas lo había hecho, una de las muchachas gritó: "¡Ahora se ha quitado el abrigo!", y se oyó que todas se apretaban en los huecos de los tablones para ver el espectáculo por sí mismas. "Las chicas creen que voy a pintar tu retrato", dijo el pintor, "y por eso te estás quitando el abrigo". "Ya veo", dijo K., sólo ligeramente divertido por esto, ya que se sentía un poco mejor que antes, aunque ahora estaba sentado en mangas de camisa. Con cierta irritación, preguntó: "¿Qué dijiste que eran las otras dos posibilidades?". Ya había olvidado los términos utilizados. "Absolución aparente y aplazamiento", dijo el pintor. "Depende de usted cuál elija. Puedes conseguir cualquiera de las dos si te ayudo, pero te costará un poco de esfuerzo, por supuesto, la diferencia entre ellas es que la absolución aparente necesita un esfuerzo concentrado durante un tiempo y que el aplazamiento requiere mucho menos esfuerzo pero hay que mantenerlo. Ahora bien, la absolución aparente. Si eso es lo que quieres, escribiré una afirmación de tu inocencia en un papel. El texto para una afirmación de este tipo me fue transmitido por mi padre y es bastante inata-

cable. Llevo esta afirmación a los jueces que conozco. Así que empezaré con el que estoy pintando en este momento, y le expondré la aseveración cuando venga a su sesión de esta tarde. Le expondré la afirmación, le explicaré que eres inocente y le daré mi garantía personal de ello. Y no se trata de una garantía superficial, sino real y vinculante". Los ojos del pintor parecían mostrar cierto reproche a K. por querer imponerle ese tipo de responsabilidad. "Sería muy amable por su parte", dijo K. "¿Y el juez le creería entonces y, sin embargo, no dictaría una sentencia absolutoria?" "Es como acabo de decir", respondió el pintor. "Y de todos modos, no es del todo seguro que todos los jueces me creyeran, muchos de ellos, por ejemplo, podrían querer que te llevara a verlos personalmente. Entonces también tendrías que venir tú. Pero al menos, si eso ocurre, el asunto está medio ganado, sobre todo porque te enseñaría de antemano cómo tendrías que actuar exactamente con el juez en cuestión, por supuesto. Pero lo que también ocurre es que hay algunos jueces que me rechazan de antemano, y eso es peor. Seguramente haré varios intentos, pero aun así, tendremos que olvidarnos de ellos, pero al menos podemos permitirnos el lujo de hacerlo ya que ningún juez puede emitir el veredicto decisivo. Entonces, cuando tenga suficientes firmas de jueces en este documento, se lo llevaré al juez que se ocupa de tu caso. Puede que incluso ya tenga su firma, en cuyo caso las cosas se desarrollan un poco más rápido de lo que lo

harían de otro modo. Pero a partir de ahí no suele haber muchos retrasos, y es el momento en que el acusado puede sentirse más seguro. Es curioso, pero cierto, que la gente se siente más segura en este momento que después de haber sido absuelta. Ahora no hay que hacer ningún esfuerzo especial. Cuando tiene el documento que afirma la inocencia del acusado, avalado por varios otros jueces, el juez puede absolverte sin ninguna preocupación, y aunque todavía quedan varios trámites por hacer no hay duda de que eso es lo que hará como favor a mí y a varios otros conocidos. Tú, sin embargo, sales del juzgado y eres libre". "Entonces, seré libre", dijo K., vacilante. "Así es", dijo el pintor, "pero sólo aparentemente libre o, para decirlo mejor, temporalmente libre, ya que los jueces más jóvenes, los que yo conozco, no tienen derecho a dar la absolución definitiva. Sólo el juez más alto puede hacerlo, en el tribunal que está bastante fuera del alcance para ti, para mí y para todos nosotros. No sabemos cómo son las cosas allí y, por cierto, no queremos saberlo. El derecho a absolver a las personas es un gran privilegio y nuestros jueces no lo tienen, pero sí tienen el derecho a liberar a las personas de la acusación.

Es decir, si se les libera de esta manera, por el momento se retira la acusación, pero sigue pendiente sobre sus cabezas y sólo hace falta una orden de más arriba para que vuelva a entrar en vigor. Y como estoy en tan buen contacto con el juzgado también puedo decirte cómo se describe

la diferencia entre absolución absoluta y aparente, sólo de forma superficial, en las directivas de las oficinas judiciales. Si hay una absolución absoluta todos los procedimientos deben detenerse, todo desaparece del proceso, no sólo la acusación sino el juicio e incluso la absolución desaparece, todo desaparece. Con una absolución aparente es diferente. Cuando eso ocurre, nada ha cambiado, salvo que los argumentos a favor de tu inocencia, de tu absolución y los motivos de la absolución se han reforzado. Aparte de eso, los procedimientos siguen como antes, las oficinas del tribunal continúan su negocio y el caso pasa a los tribunales superiores, vuelve a pasar a los tribunales inferiores y así sucesivamente, hacia adelante y hacia atrás, a veces más rápido, a veces más lento, de un lado a otro. Es imposible saber con exactitud lo que ocurre mientras esto sucede. Visto desde fuera, a veces puede parecer que todo se ha olvidado hace tiempo, que los documentos se han perdido y que la absolución es total. Nadie que conozca el tribunal lo creería. Nunca se pierde ningún documento, el tribunal no olvida nada. Un día -nadie lo espera- algún juez recoge los documentos y los examina más detenidamente, se da cuenta de que este caso concreto sigue activo y ordena la detención inmediata del acusado. He estado hablando aquí como si hubiera una larga demora entre la aparente absolución y la nueva detención, eso es muy posible y conozco casos así, pero es igual de probable que el acusado vaya a casa después de ha-

ber sido absuelto y encuentre a alguien allí esperando para volver a detenerlo. Entonces, por supuesto, su vida como hombre libre llega a su fin". "¿Y el juicio vuelve a empezar?", preguntó K., encontrándolo difícil de creer. "El juicio siempre vuelve a empezar", dijo el pintor, "pero existe, una vez más como antes, la posibilidad de obtener una aparente absolución. Una vez más, el acusado tiene que hacer acopio de todas sus fuerzas y no debe rendirse". El pintor dijo esa última frase posiblemente a raíz de la impresión que le causó K., cuyos hombros habían bajado un poco. "Pero conseguir una segunda absolución", preguntó K., como anticipándose a nuevas revelaciones del pintor, "¿no es más difícil de conseguir que la primera vez?". "En cuanto a eso", respondió el pintor, "no hay nada que se pueda decir con seguridad. Quiere usted decir que la segunda detención influiría negativamente en el juez y en el veredicto que emita sobre el acusado. No es así. Cuando se dicta la sentencia absolutoria los jueces ya son conscientes de que es probable una nueva detención. Así que cuando se produce apenas tiene efecto. Pero hay otras innumerables razones por las que el estado de ánimo de los jueces y su perspicacia jurídica en el caso pueden verse alterados, por lo que los esfuerzos para obtener la segunda absolución deben adecuarse a las nuevas condiciones y, en general, ser tan enérgicos como la primera." "Pero esta segunda absolución no será, una vez más, definitiva", dijo K., sacudiendo la cabeza. "Por

supuesto que no", dijo el pintor, "a la segunda absolución le sigue la tercera detención, a la tercera absolución la cuarta detención y así sucesivamente. Eso es lo que significa el término absolución aparente". K. guardó silencio. "Está claro que usted no cree que una absolución aparente ofrezca muchas ventajas", dijo el pintor, "tal vez le convenga más el aplazamiento. ¿Quiere que le explique en qué consiste el aplazamiento?". K. asintió. El pintor se había echado hacia atrás y se había extendido en su silla, con el camisón abierto de par en par, había metido la mano dentro y se acariciaba el pecho y los costados. "El aplazamiento", dijo el pintor, mirando vagamente delante de sí durante un rato, como si tratara de encontrar una explicación perfectamente adecuada, "el aplazamiento consiste en mantener el procedimiento permanentemente en su fase inicial. Para ello, es necesario que el acusado y los que le ayudan mantengan un contacto personal continuo con el tribunal, especialmente los que le ayudan. Repito, esto no requiere tanto esfuerzo como conseguir una aparente absolución, pero probablemente requiere mucha más atención. No hay que perder nunca de vista el juicio, hay que ir a ver al juez correspondiente a intervalos regulares, así como cuando surja algo en particular y, hagas lo que hagas, tienes que intentar mantener la amistad con él; si no conoces al juez personalmente tienes que influir en él a través de los jueces que sí conoces, y tienes que hacerlo sin renunciar a las discusiones directas. Mien-

tras no dejes de hacer ninguna de estas cosas puedes estar razonablemente seguro de que el juicio no pasará de sus primeras fases. El juicio no se detiene, pero el acusado está casi tan seguro de evitar la condena como si hubiera sido absuelto. En comparación con una absolución aparente, el aplazamiento tiene la ventaja de que el futuro del acusado es menos incierto, está a salvo del shock de ser detenido de nuevo de forma repentina y no tiene que temer los esfuerzos y el estrés que supone conseguir una absolución aparente justo cuando todo lo demás en su vida lo haría más difícil. Sin embargo, el aplazamiento también tiene sus propias desventajas, que no deben subestimarse. No quiero decir con esto que el acusado nunca esté libre, tampoco está libre en el sentido propio de la palabra con una aparente absolución. Hay otra desventaja. No se puede impedir que el proceso siga adelante a menos que se den algunos motivos, al menos ostensibles. Por lo tanto, es necesario que parezca que ocurre algo cuando se mira desde fuera. Esto significa que de vez en cuando hay que obedecer diversas órdenes judiciales, interrogar al acusado, realizar investigaciones, etc. El juicio ha sido restringido artificialmente dentro de un pequeño círculo, y tiene que girar continuamente dentro de él. Y eso, por supuesto, trae consigo ciertas incomodidades para los acusados, aunque no hay que imaginarse que sean tan malas. Todo esto es sólo para mostrar, los interrogatorios, por ejemplo, son muy breves, si alguna

vez no tienes tiempo o no te apetece ir a ellos puedes ofrecer una excusa, con algunos jueces puedes incluso concertar los requerimientos con mucha antelación, en esencia lo único que significa es que, como acusado, tienes que presentarte ante el juez de vez en cuando." Mientras el pintor pronunciaba estas últimas palabras, K. se había puesto el abrigo sobre el brazo y se había levantado. Inmediatamente, desde el exterior de la puerta, se oyó un grito de "¡Ya está de pie!". "¿Ya se va?", preguntó el pintor, que también se había levantado. "Debe ser el aire lo que te hace salir. Lo siento mucho. Todavía hay muchas cosas que tengo que contarte. He tenido que decirlo todo muy brevemente, pero espero que al menos haya quedado todo claro". "Ah, sí", dijo K., a quien le dolía la cabeza por el esfuerzo de escuchar. A pesar de esta afirmación, el pintor lo resumió todo una vez más, como si quisiera darle a K. algo para consolarlo en su camino a casa. "Ambos tienen en común que impiden que el acusado sea condenado", dijo. "Pero también impiden que sea debidamente absuelto", dijo K. en voz baja, como si le diera vergüenza reconocerlo. "Lo tienes, en esencia", dijo rápidamente el pintor. K. se llevó la mano a su abrigo de invierno, pero no se atrevió a ponérselo. Lo que más le hubiera gustado es recoger todo y salir corriendo al aire libre. Ni siquiera las chicas pudieron inducirle a ponerse el abrigo, a pesar de que ya se decían a gritos que lo hiciera. El pintor aún tenía que interpretar de alguna manera el estado de ánimo

mo de K., así que dijo: "Supongo que ya has evitado deliberadamente decidirte entre mis sugerencias. Eso es bueno. Incluso le habría aconsejado que no tomara una decisión de inmediato. No hay más que un pelo de diferencia entre las ventajas y los inconvenientes. Hay que sopesar todo cuidadosamente. Pero lo más importante es que no hay que perder demasiado tiempo". "Volveré aquí pronto", dijo K., que había decidido repentinamente ponerse la levita, se echó el abrigo al hombro y se apresuró a acercarse a la puerta tras la cual las chicas empezaban a gritar. K. pensó que incluso podía ver a las chicas gritando a través de la puerta. "Bueno, tendrás que cumplir tu palabra", dijo el pintor, que no le había seguido, "si no, iré al banco a preguntar yo mismo". "¿Me abres esta puerta?", dijo K. tirando del picaporte que, como notó por la resistencia, era sujetado con fuerza por las chicas del otro lado. "¿Quieres que te molesten las chicas?", preguntó el pintor. "Es mejor que utilices la otra salida", dijo señalando la puerta detrás de la cama. K. aceptó y volvió a saltar a la cama. Pero en lugar de abrir esa puerta, el pintor se metió debajo de la cama y desde abajo le preguntó a K.: "Un momento más, ¿no te gustaría ver un cuadro que podría venderte?". K. no quiso ser descortés, el pintor realmente se había puesto de su parte y le había prometido ayudarle más en el futuro, y por el olvido de K. no se había mencionado ningún pago por la ayuda del pintor, así que K. no podía rechazarlo ahora y le permitió mostrarle el cuadro, aunque

temblaba de impaciencia por salir del estudio. De debajo de la cama, el pintor sacó un montón de cuadros sin enmarcar. Estaban tan cubiertos de polvo que cuando el pintor trató de soplar el que estaba encima, el polvo se arremolinó frente a los ojos de K., robándole el aliento durante algún tiempo. "Paisaje de páramo", dijo el pintor pasándole el cuadro a K. Mostraba dos árboles enfermos, bien separados entre sí por la hierba oscura. En el fondo había una puesta de sol multicolor. "Es bonito", dijo K. "Lo compraré". K. se expresó de esta forma tan brusca y sin pensar, por lo que se alegró cuando el pintor no se lo tomó a mal y cogió un segundo cuadro del suelo. "Este es una contraparte del primer cuadro", dijo el pintor. Tal vez fuera una contrapartida, pero no había la menor diferencia entre el cuadro y el primero: allí estaban los árboles, allí la hierba y allí la puesta de sol. Pero esto tenía poca importancia para K. "Son hermosos paisajes", dijo, "compraré los dos y los colgaré en mi oficina". "Parece que te gusta este tema", dijo el pintor, cogiendo un tercer cuadro, "bueno, todavía tengo otro cuadro similar aquí". Pero el cuadro no era similar, sino que era exactamente el mismo paisaje de páramo. El pintor estaba aprovechando al máximo esta oportunidad para vender sus viejos cuadros. "Me llevaré éste también", dijo K. "¿Cuánto cuestan los tres cuadros?" "Podemos hablar de eso la próxima vez", dijo el pintor. "Ahora tienes prisa y seguiremos en contacto. Y además, me alegro de que te gusten los cuadros, te daré todos los

que tengo aquí abajo. Son todos paisajes de páramo, he pintado muchos paisajes de páramo. A mucha gente no le gusta ese tipo de cuadros porque son demasiado sombríos, pero hay otros, y tú eres uno de ellos, a los que les encantan los temas sombríos." Pero K. no estaba de humor para oír hablar de las experiencias profesionales de este pintor cum mendigo. "¡Envuélvalos todos!", gritó, interrumpiendo al pintor mientras hablaba, "mi criado vendrá a buscarlos por la mañana". "No es necesario", dijo el pintor. "Espero poder encontrar un mozo que pueda acompañarles ahora". Y, por fin, se inclinó sobre la cama y abrió la puerta. "Póngase sobre la cama, no se preocupe por eso", dijo el pintor, "eso es lo que hacen todos los que entran aquí". Incluso sin esta invitación, K. no mostró ningún reparo en colocar ya su pie en medio de las mantas de la cama, luego miró a través de la puerta abierta y retiró el pie de nuevo. "¿Qué es eso?", preguntó al pintor. "¿De qué te sorprendes?", preguntó él, sorprendido a su vez. "Son oficinas de los tribunales. ¿No sabías que aquí hay juzgados? Hay oficinas judiciales en casi todos los áticos, ¿por qué este edificio iba a ser diferente?"

Incluso mi estudio es en realidad una de las oficinas del tribunal, pero el tribunal lo puso a mi disposición". A K. no le escandalizaba tanto el hecho de encontrar despachos judiciales incluso aquí, sino que se escandalizaba sobre todo de sí mismo, de su propia ingenuidad en asuntos judiciales. Le parecía que una de las reglas más básicas que

regían el comportamiento de un acusado era estar siempre preparado, no permitir nunca las sorpresas, no mirar nunca, desprevenido, a la derecha cuando el juez estaba a su lado, a su izquierda, y ésta era la regla básica que él violaba continuamente. Frente a él se extendía un largo pasillo del que salía un aire que, comparado con el del estudio, era refrescante. Había bancos colocados a cada lado del pasillo, al igual que en la sala de espera de la oficina a la que él mismo acudía. Parecía haber normas precisas sobre el equipamiento de los despachos. No parecía haber mucha gente visitando las oficinas ese día. Allí había un hombre, medio sentado, medio tumbado, con la cara enterrada en el brazo del banco y que parecía estar durmiendo; otro hombre estaba de pie en la penumbra al final del pasillo. K. subió ahora a la cama, el pintor le siguió con los cuadros. Pronto se encontraron con un sirviente de la corte -K. era ahora capaz de reconocer a todos los sirvientes de la corte por los botones dorados que llevaban en sus ropas civiles por debajo de los botones normales- y el pintor le indicó que acompañara a K. llevando los cuadros. K. se tambaleaba más que caminaba, con el pañuelo apretado sobre la boca. Casi habían llegado a la salida cuando las chicas irrumpieron sobre ellos, por lo que K. no había podido evitarlas. Habían visto claramente que la segunda puerta del estudio estaba abierta y habían dado la vuelta para imponerse a él desde este lado. "¡No puedo acompañaros más!", gritó el pintor con una carca-

jada cuando las chicas entraron a presión. "¡Adiós, y no lo dudéis mucho!" K. ni siquiera le miró. Una vez en la calle, tomó el primer taxi que encontró. Ahora tenía que deshacerse del criado, cuyo botón dorado le llamaba continuamente la atención, aunque no llamara la atención de nadie más. Como sirviente, el criado de la corte iba a sentarse en la caja del autocar. Pero K. lo persiguió desde allí. Era ya bien entrada la tarde cuando K. llegó frente al banco. Le hubiera gustado dejar los cuadros en el taxi, pero temía que hubiera alguna ocasión en la que tuviera que hacer ver al pintor que todavía los tenía. Así que mandó llevar los cuadros a su despacho y los guardó bajo llave en el cajón más bajo de su escritorio, de modo que al menos pudiera mantenerlos a salvo de la vista del subdirector durante los próximos días.



CAPÍTULO 8

**BLOCK, EL HOMBRE DE NEGOCIOS
-RETIRADA DEL ABOGADO.**

K había tomado por fin la decisión de retirar su defensa al abogado. Le resultaba imposible despejar sus dudas sobre si era la decisión correcta, pero esto era superado por su creencia en su necesidad. Esta decisión, en el día en que pretendía ir a ver al abogado, le quitó muchas de las fuerzas que necesitaba para su trabajo, trabajó con una lentitud excepcional, tuvo que permanecer mucho tiempo en su despacho, y ya eran más de las diez cuando por fin se plantó delante de la puerta del abogado. Incluso antes de llamar, consideró si no sería mejor avisar al

abogado por carta o por teléfono, una conversación personal sería ciertamente muy difícil. Sin embargo, K. no quería prescindir de ello, si daba el aviso por cualquier otro medio sería recibido en silencio o con unas pocas palabras formuladas, y a menos que Leni pudiera descubrir algo, K. nunca se enteraría de cómo se había tomado el abogado su despido y cuáles podrían ser sus consecuencias, en la no poco importante opinión del abogado. Pero sentado frente a él y sorprendido por su despido, K. podría deducir fácilmente todo lo que quisiera de la cara y el comportamiento del abogado, aunque no pudiera ser inducido a decir mucho. Ni siquiera era descartable que K. se convenciera de que lo mejor era dejar su defensa en manos del abogado y retirar su despido.

Como de costumbre, al principio no hubo respuesta al llamado de K. a la puerta. "Leni podría ser un poco más rápida", pensó K. Pero al menos podía alegrarse de que no hubiera nadie más interfiriendo, como solía ocurrir, ya fuera el hombre en camión o cualquier otro que pudiera molestarle. Mientras K. pulsaba el botón por segunda vez, volvió a mirar hacia la otra puerta, pero esta vez también permanecía cerrada. Por fin, dos ojos aparecieron en la mirilla de la puerta del abogado, aunque no eran los ojos de Leni. Alguien desbloqueó la puerta, pero se mantuvo presionado contra ella mientras llamaba al interior: "¡Es él!", y sólo entonces abrió la puerta correctamente. K. se apretó contra la puerta, mientras detrás de él ya podía oír cómo

se giraba apresuradamente la llave en la cerradura de la puerta del otro piso. Cuando la puerta que tenía delante se abrió por fin, se lanzó directamente al pasillo. A través del pasillo que conducía entre las habitaciones, vio a Leni, a quien había dirigido el grito de advertencia del abridor de la puerta, que seguía huyendo en camión. La miró por un momento y luego miró a la persona que había abierto la puerta. Era un hombre pequeño y enjuto, con barba poblada, que llevaba una vela en la mano. "¿Trabaja usted aquí?", preguntó K. "No", respondió el hombre, "no pertenezco en absoluto a este lugar, el abogado sólo me representa, estoy aquí por asuntos legales". "¿Sin su abrigo?", preguntó K., indicando la deficiencia de la vestimenta del hombre con un gesto de su mano. "¡Oh, perdóneme!", dijo el hombre, y se miró a la luz de la vela que sostenía, como si no se hubiera enterado de su aspecto hasta entonces. "¿Es Leni tu amante?", preguntó K. secamente. Había separado ligeramente las piernas, sus manos, en las que sostenía su sombrero, estaban a su espalda. Por el mero hecho de poseer un grueso abrigo, sentía su ventaja sobre este hombrecillo delgado. "Oh, Dios", dijo y, conmovido, levantó una mano delante de su cara como si se defendiera, "no, no, ¿qué puedes estar pensando?". "Parece usted bastante honesto", dijo K. con una sonrisa, "pero venga de todos modos". K. indicó con su sombrero el camino que debía seguir el hombre y le dejó ir delante de él. "¿Cómo te llamas entonces?", preguntó K. en el ca-

mino. "Block. Soy un hombre de negocios", dijo el hombre pequeño, retorciéndose al presentarse así, aunque K. no le permitió dejar de moverse. "¿Es ese su verdadero nombre?", preguntó K. "Por supuesto que lo es", fue la respuesta del hombre, "¿por qué lo duda?". "Pensé que podría tener alguna razón para mantener su nombre en secreto", dijo K. Se sintió tan libre como normalmente sólo se siente en el extranjero cuando se habla con gente de menor categoría, guardando todo sobre sí mismo, hablando sólo casualmente sobre los intereses del otro, capaz de elevarlo a un nivel superior al propio, pero también capaz, a voluntad, de dejarlo caer de nuevo. K. se detuvo ante la puerta del despacho del abogado, la abrió y, al empresario que se había adelantado obedientemente, le llamó: "¡No tan rápido! Trae algo de luz aquí". K. pensó que Leni podría haberse escondido aquí, dejó que el empresario buscara en todos los rincones, pero la habitación estaba vacía. Frente al cuadro del juez, K. agarró al empresario de los tirantes para que no siguiera avanzando. "¿Lo conoces?", preguntó, señalando hacia arriba con el dedo. El empresario levantó la vela, parpadeó al mirar hacia arriba y dijo: "Es un juez". "¿Un juez importante?", preguntó K., y se puso a un lado y delante del empresario para poder observar qué impresión le causaba el cuadro. El empresario miraba con admiración. "Es un juez importante". "No tienes mucha idea", dijo K. "Es el más bajo de los jueces examinadores". "Ahora lo recuerdo", dijo el empresario

mientras bajaba la vela, "eso ya me lo han dicho". "Pues claro que lo has hecho", exclamó K., "lo había olvidado, claro que ya te lo habrían dicho". "¿Pero por qué, por qué?", preguntó el empresario mientras avanzaba hacia la puerta, impulsado por las manos de K. Fuera, en el pasillo, K. dijo: "Sabes dónde está escondida Leni, ¿verdad?". "¿Escondida?", dijo el empresario, "No, pero puede estar en la cocina preparando sopa para el abogado". "¿Por qué no lo dijiste inmediatamente?", preguntó K. "Iba a llevarte allí, pero me volviste a llamar", respondió el empresario, como si estuviera confundido por las órdenes contradictorias. "Te crees muy listo, ¿verdad?", dijo K., "¡ahora llévame allí!". K. nunca había estado en la cocina, era sorprendentemente grande y estaba muy bien equipada. Sólo la estufa era tres veces más grande que las normales, pero no era posible ver ningún detalle más allá de esto, ya que la cocina estaba en ese momento iluminada por no más que una pequeña lámpara colgada junto a la entrada. En los fogones estaba Leni, con un delantal blanco como siempre, rompiendo huevos en una olla que estaba sobre una lámpara de alcohol. "Buenas noches, Josef", dijo con una mirada de reojo. "Buenas noches", dijo K., señalando con una mano una silla en un rincón en la que debía sentarse el empresario, y efectivamente se sentó en ella. Sin embargo, K. se acercó mucho a la espalda de Leni, se inclinó sobre su hombro y preguntó: "¿Quién es este hombre?". Leni rodeó a K. con una mano mientras removía la

sopa con la otra, lo atrajo hacia sí y dijo: "Es un personaje lamentable, un pobre empresario llamado Block. Míralo". Los dos miraron por encima del hombro. El hombre de negocios estaba sentado en la silla que K. le había indicado, había apagado la vela cuya luz ya no necesitaba y presionaba la mecha con los dedos para detener el humo. "Estabas en camisón", dijo K., poniéndole la mano en la cabeza y volviéndola hacia la estufa. Ella guardó silencio. "¿Es tu amante?", preguntó K. Ella estaba a punto de coger la olla de sopa, pero K. le cogió las dos manos y le dijo: "¡Contesta!". Le dijo: "Ven al despacho, te lo explicaré todo". "No", dijo K., "quiero que me lo expliques aquí". Ella lo abrazó y quiso besarlo. Pero K. la apartó y dijo: "No quiero que me beses ahora". "Josef", dijo Leni, mirando a K. implorante pero francamente a los ojos, "no estarás ahora celoso del señor Block, ¿verdad? Rudi", dijo entonces, volviéndose hacia el empresario, "ayúdame, quieres, se sospecha de mí, ya lo ves, deja la vela en paz". Parecía que el Sr. Block no había prestado atención, pero le había seguido de cerca. "Ni siquiera sé por qué puedes estar celoso", dijo ingenuamente. "Yo tampoco, la verdad", dijo K., mirando al empresario con una sonrisa. Leni se rió a carcajadas y, mientras K. no le prestaba atención, aprovechó para abrazarlo y susurrarle: "Déjalo en paz, ya ves qué clase de persona es. Le he ayudado un poco porque es un cliente importante del abogado, y no por otra razón. ¿Y qué hay de ti? ¿Quieres hablar con el abogado a estas horas? Hoy está

muy mal, pero si quieres le digo que estás aquí. Pero desde luego puedes pasar la noche conmigo. Hace tanto tiempo que no vienes, que hasta el abogado ha preguntado por ti. ¡No descuides tu caso! Y tengo algunas cosas que contarte de las que me he enterado. Pero ahora, antes de nada, quítate el abrigo". Le ayudó a quitarse el abrigo, le quitó el sombrero de la cabeza, corrió con las cosas al pasillo para colgarlas, y luego volvió corriendo a ver la sopa. "¿Quieres que le diga que estás aquí directamente o que le lleve primero la sopa?" "Dile que estoy aquí primero", dijo K. Estaba de mal humor, al principio había tenido la intención de discutir detalladamente sus asuntos con Leni, especialmente la cuestión de su aviso al abogado, pero ahora ya no quería hacerlo por la presencia del empresario. Ahora consideraba que su asunto era demasiado importante como para dejar que este pequeño empresario tomara parte en él y tal vez cambiara alguna de sus decisiones, por lo que volvió a llamar a Leni a pesar de que ella ya estaba de camino al abogado. "Llévale primero la sopa", le dijo, "quiero que coja fuerzas para la discusión conmigo, la va a necesitar". "Tú también eres cliente del abogado, ¿no?", dijo el empresario en voz baja desde su rincón, como si quisiera averiguarlo. Sin embargo, no se lo tomó bien. "¿Qué asunto es el suyo?", dijo K., y Leni dijo: "Quédese callado. - Le llevaré primero la sopa, ¿le parece?". Y sirvió la sopa en un plato. "Lo único que me preocupa entonces es que se duerma pronto después de haber

comido". "Lo que tengo que decirle le mantendrá despierto", dijo K., que aún quería insinuar que tenía la intención de realizar algunas negociaciones importantes con el abogado, quería que Leni le preguntara de qué se trataba y sólo entonces pedirle consejo. Pero en lugar de eso, ella se limitó a cumplir puntualmente la orden que él le había dado. Cuando se acercó a él con el plato, le rozó deliberadamente y le susurró: "Le diré que estás aquí en cuanto se haya tomado la sopa para que te lleve de vuelta lo antes posible". "Sólo vete", dijo K., "sólo vete". "Sé un poco más amable", dijo ella y, todavía con el plato en la mano, se dio la vuelta por completo una vez más en la puerta.

K. la observó mientras se marchaba; finalmente se había tomado la decisión de que el abogado debía ser despedido, probablemente fue mejor que no hubiera podido discutir más el asunto con Leni de antemano; ella apenas comprendía la complejidad del asunto, seguramente le habría aconsejado que no lo hiciera y tal vez incluso le habría impedido despedir al abogado esta vez, él habría permanecido en la duda y el malestar y finalmente habría llevado a cabo su decisión después de un tiempo de todos modos, ya que esta decisión era algo que no podía evitar. Cuanto antes se llevara a cabo, más daño se evitaría. Y además, tal vez el empresario tuviera algo que decir al respecto.

K. se dio la vuelta, el empresario apenas lo notó ya que estaba a punto de levantarse. "Quédese donde está", dijo K. y acercó una silla a su lado. "¿Es

usted cliente del abogado desde hace mucho tiempo?", preguntó K. "Sí", dijo el empresario, "desde hace mucho tiempo". "¿Cuántos años lleva representándole hasta ahora?", preguntó K. "No sé a qué se refiere", dijo el empresario, "ha sido mi abogado de negocios -compro y vendo cereales-, ha sido mi abogado de negocios desde que me hice cargo de la empresa, y de eso hace ya unos veinte años, pero quizá se refiera a mi propio juicio y me ha representado en él desde que empezó, y de eso hace más de cinco años. Sí, más de cinco años -añadió sacando un viejo maletín-, lo tengo todo anotado; puedo decirle las fechas exactas si quiere. Es muy difícil recordarlo todo. Probablemente, mi juicio ha durado mucho más que eso, comenzó poco después de la muerte de mi esposa, y de eso hace ya más de cinco años y medio." K. se acercó a él. "¿Así que el abogado se encarga de los negocios legales ordinarios, no?", preguntó. Esta combinación de negocios penales y comerciales pareció sorprendentemente tranquilizadora para K. "Oh, sí", dijo el hombre de negocios, y luego susurró: "Incluso dicen que es más eficiente en la jurisprudencia que en otros asuntos". Pero luego pareció arrepentirse de haber dicho esto, y puso una mano en el hombro de K. y dijo: "Por favor, no me traiciones con él, ¿quieres?". K. le dio una palmadita en el muslo para tranquilizarlo y dijo: "No, yo no traiciono a la gente". "Puede ser muy vengativo, ya ves", dijo el empresario. "Estoy seguro de que no hará nada contra un cliente tan fiel como tú", dijo

K. "Oh, puede que sí", dijo el empresario, "cuando se enfada no importa quién sea, y de todos modos, no le soy realmente fiel". "¿Cómo es eso entonces?", preguntó K. "No estoy seguro de que deba contarlo", dijo el hombre de negocios titubeando. "Creo que estará bien", dijo K. "Bien entonces", dijo el empresario, "te contaré algo de ello, pero tendrás que contarme un secreto también, entonces podremos apoyarnos mutuamente con el abogado". "Eres muy cuidadoso", dijo K., "pero te contaré un secreto que te tranquilizará por completo. Ahora dime, ¿en qué sentido le has sido infiel al abogado?". "He...", dijo el empresario titubeando, y en un tono como si estuviera confesando algo deshonesto, "he contratado a otros abogados además de él". "Eso no es tan grave", dijo K., un poco decepcionado. "Lo es, aquí", dijo el empresario, que había tenido cierta dificultad para respirar desde que hizo su confesión, pero que ahora, tras escuchar el comentario de K., empezó a sentir más confianza por él. "Eso no está permitido. Y lo que menos se permite es contratar abogados de poca monta cuando ya tienes uno de verdad. Y eso es justo lo que he hecho, además de él tengo cinco abogados de poca monta". "¡Cinco!", exclamó K., asombrado por este número, "¿Cinco abogados además de éste?". El empresario asintió. "Incluso estoy negociando con un sexto". "¿Pero por qué necesita tantos abogados?", preguntó K. "Los necesito a todos", dijo el empresario. "¿Le importaría explicarme eso?", preguntó K. "Estaré encanta-

do", dijo el empresario. "Sobre todo, no quiero perder mi caso, eso es obvio. Eso significa que no debo descuidar nada que pueda serme útil; aunque haya muy pocas esperanzas de que una cosa concreta sea útil, no puedo tirarla. Así que todo lo que tengo lo he puesto en práctica en mi caso. Por ejemplo, las oficinas de mi negocio ocupaban casi toda una planta, pero ahora sólo necesito una pequeña habitación al fondo donde trabajo con un aprendiz. La dificultad no estriba únicamente en el uso del dinero, sino que tiene mucho más que ver con el hecho de que no trabaje en el negocio tanto como antes. Si quieres hacer algo con tu juicio no tienes mucho tiempo para nada más". "¿Así que tú también trabajas en el juzgado?", preguntó K. "Eso es justo lo que quiero aprender más". "No puedo decirte mucho sobre eso", dijo el empresario, "al principio también intenté hacerlo, pero pronto tuve que dejarlo de nuevo. Te desgasta demasiado, y realmente no sirve de mucho. Y resulta que es imposible trabajar allí y negociar, al menos para mí. Es un gran esfuerzo estar allí sentado y esperar. Tú mismo sabes cómo es el aire en esas oficinas". "¿Cómo sabes que he estado allí, entonces?" preguntó K. "Yo mismo estaba en la sala de espera cuando pasaste". "¡Qué casualidad!", exclamó K., totalmente absorto y olvidando lo ridículo que le había parecido antes el empresario. "¡Así que me viste! Estabas en la sala de espera cuando yo pasé. Sí, pasé por ella una vez". "No es una coincidencia tan grande", dijo el empresario, "estoy allí casi to-

dos los días". "Supongo que yo también tendré que ir allí bastante a menudo ahora", dijo K., "aunque no puedo esperar que me muestren el mismo respeto que entonces. Todos me defendieron. Debían de pensar que yo era un juez". "No", dijo el empresario, "estábamos saludando al servidor del tribunal. Sabíamos que usted era un acusado. Ese tipo de noticias se difunden muy rápido". "Así que ya lo sabíais", dijo K., "el modo en que me comporté os debió parecer muy arrogante. ¿Me criticaste por ello después?" "No", dijo el empresario, "todo lo contrario. Fue simplemente una estupidez". "¿Qué quieres decir con 'estupidez'?", preguntó K. "¿Por qué lo preguntas?", dijo el empresario con cierta irritación. "Parece que todavía no conoces a la gente de allí y podrías tomártelo a mal. No olvide que en procedimientos como éste siempre hay muchas cosas diferentes de las que hablar, cosas que no se pueden entender sólo con la razón, uno se cansa demasiado y se distrae para la mayoría de las cosas y, en cambio, la gente confía en la superstición. Me refiero a los demás, pero yo no soy mejor. Una de estas supersticiones, por ejemplo, es que se puede saber mucho sobre el resultado del caso de un acusado mirando su cara, especialmente la forma de sus labios. Hay muchos que creen eso, y dicen que pueden ver por la forma de sus labios que definitivamente será declarado culpable muy pronto. Repito que todo esto no es más que una superstición ridícula, y en la mayoría de los casos está completamente desmentida por los

hechos, pero cuando se vive en esa sociedad es difícil contenerse ante creencias como esa. Piensa en el efecto que puede tener esa superstición. Hablaste con uno de ellos allí, ¿no? Apenas pudo darte una respuesta. Hay muchas cosas que pueden confundirte, por supuesto, pero una de ellas, para él, era el aspecto de tus labios. Más tarde nos dijo a todos que creía ver algo en tus labios que significaba que él mismo estaría condenado". "¿En mis labios?", preguntó K., sacando un espejo de bolsillo y examinándose. "No veo nada especial en mis labios. ¿Puede usted?" "Yo tampoco puedo", dijo el empresario, "nada en absoluto". "¡Esta gente es tan supersticiosa!", exclamó K. "¿No es eso lo que acabo de decirle?", preguntó el empresario. "¿Tienen entonces tanto contacto entre ustedes, intercambiando sus opiniones?", dijo K. "Me he mantenido completamente al margen hasta ahora". "Normalmente no tienen mucho contacto entre ellos", dijo el empresario, "eso sería imposible, son muchos. Y tampoco tienen mucho en común. Si un grupo de ellos cree que ha encontrado algo en común, pronto resulta que se ha equivocado. No hay nada que puedan hacer como grupo en lo que respecta al tribunal. Cada caso se examina por separado, el tribunal es muy meticuloso. Así que no se consigue nada formando un grupo, sólo a veces un individuo consigue algo en secreto; y sólo cuando se ha hecho los demás se enteran; nadie sabe cómo se hizo. Así que no hay sensación de unión, te encuentras con gente de vez en cuando en las salas

de espera, pero no hablamos mucho allí. Las creencias supersticiosas se establecieron hace mucho tiempo y se propagan solas". "He visto a esos señores en la sala de espera", dijo K., "parecía tan inútil que estuvieran esperando de esa manera". "La espera no es inútil", dijo el empresario, "sólo es inútil si intentas interferir tú mismo. Te acabo de decir que tengo cinco abogados además de éste. Podría pensar -yo mismo lo pensé al principio- que ahora podría dejar todo el asunto en sus manos. Eso sería totalmente erróneo. Puedo dejarles menos que cuando sólo tenía uno. Quizá no lo entiendas, ¿verdad?". "No", dijo K., y para frenar al empresario, que había estado hablando demasiado rápido, puso su mano sobre la del empresario para tranquilizarlo, "pero me gustaría pedirle que hablara un poco más despacio, son muchas cosas muy importantes para mí, y no puedo seguir exactamente lo que está diciendo." "Hace usted muy bien en recordármelo", dijo el empresario, "usted es nuevo en todo esto, un junior. Tu juicio es de hace seis meses, ¿no? Sí, he oído hablar de él. ¡Un caso tan nuevo! Pero ya he pensado todas estas cosas innumerables veces, para mí son las cosas más obvias del mundo." "Debe estar contento de que su juicio haya avanzado tanto, ¿verdad?", preguntó K., no quería preguntar directamente cómo estaban los asuntos del empresario, pero de todos modos no recibió una respuesta clara. "Sí, ya llevo cinco años trabajando en mi juicio", dijo el empresario mientras hundía la cabeza, "eso no es poco". Luego guardó silencio du-

rante un rato. K. escuchó para saber si Leni estaba de vuelta. Por un lado no quería que volviera demasiado pronto, ya que aún tenía muchas preguntas que hacer y no quería que le encontrara en esa discusión íntima con el empresario, pero por otro lado le irritaba que se quedara tanto tiempo con el abogado cuando K. estaba allí, mucho más del necesario para darle su sopa. "Todavía lo recuerdo con exactitud", comenzó de nuevo el empresario, y K. le prestó inmediatamente toda su atención, "cuando mi caso era tan antiguo como el suyo ahora. Entonces sólo tenía un abogado, pero no estaba muy satisfecho con él". Ahora me enteraré de todo, pensó K., asintiendo enérgicamente con la cabeza, como si con ello pudiera animar al empresario a decir todo lo que vale la pena saber. "Mi caso -continuó el empresario- no avanzó en absoluto, hubo algunas audiencias que se celebraron y yo acudí a cada una de ellas, recogí materiales, entregué todos mis libros de negocios al tribunal -lo que más tarde descubrí que era totalmente innecesario-, corrí de un lado a otro con el abogado, y él presentó varios documentos al tribunal también..." "¿Varios documentos?", preguntó K. "Sí, eso es", dijo el empresario. "Eso es muy importante para mí", dijo K., "en mi caso todavía está trabajando en la primera serie de documentos. Todavía no ha hecho nada. Ahora veo que me ha descuidado bastante". "Puede haber muchas buenas razones para que los primeros documentos aún no estén listos", dijo el empresario, "y de todos modos, lue-

go resultó que los que me presentó no tenían ningún valor. Incluso leí uno de ellos yo mismo, uno de los funcionarios del juzgado me ayudó mucho. Era muy culto, pero en realidad no decía nada. Sobre todo, había mucho latín, que no puedo entender, luego páginas y páginas de apelaciones generales al tribunal, luego muchos halagos a funcionarios particulares, no se nombraban, estos funcionarios, pero cualquiera que esté familiarizado con el tribunal debe haber sido capaz de adivinar quiénes eran, luego había autoelogios del abogado donde se humillaba ante el tribunal de una manera francamente perruna, y luego interminables investigaciones de casos del pasado que supuestamente eran similares al mío. Aunque, por lo que pude seguir, estas investigaciones se habían llevado a cabo con mucho cuidado. Ahora bien, no pretendo criticar el trabajo del abogado con todo esto, y el documento que leí era sólo uno de tantos, pero aun así, y esto es algo que diré, en ese momento no pude ver ningún progreso en mi juicio." "¿Y qué tipo de progreso esperaba usted?", preguntó K. "Esa es una pregunta muy sensata", dijo el empresario con una sonrisa, "es muy raro que se vea algún progreso en estos procedimientos. Pero eso no lo sabía entonces. Soy un hombre de negocios, mucho más en aquellos días que ahora, quería ver algún progreso tangible, todo debería haber estado avanzando hacia alguna conclusión o al menos debería haber estado avanzando de alguna manera de acuerdo con las reglas. En

lugar de eso, sólo había más audiencias, y la mayoría de ellas pasaban por las mismas cosas de todos modos; yo tenía todas las respuestas al pie de la letra, como en un servicio religioso; había mensajeros del tribunal que venían a verme al trabajo varias veces a la semana, o venían a verme a casa o a cualquier otro lugar donde pudieran encontrarme; y eso era muy molesto, por supuesto (pero al menos ahora las cosas están mejor en ese sentido, es mucho menos molesto cuando se ponen en contacto contigo por teléfono), y los rumores sobre mi juicio incluso empezaron a extenderse entre algunas de las personas con las que hago negocios, y especialmente mis relaciones, así que me estaban haciendo sufrir de muchas maneras diferentes, pero todavía no había la más mínima señal de que incluso la primera audiencia se celebrara pronto. Así que fui al abogado y le reclamé. Me lo explicó todo detenidamente, pero se negó a hacer nada de lo que le pedía, nadie tiene influencia en el desarrollo del juicio, dijo, intentar insistir en ello en cualquiera de los documentos presentados -como yo pedía- era sencillamente inaudito y nos perjudicaría tanto a él como a mí. Pensé para mis adentros:

Lo que no puede o no quiere hacer este abogado, lo hará otro. Así que busqué otros abogados. Y antes de que digan nada: ninguno de ellos pidió una fecha definitiva para el juicio principal y ninguno la consiguió, y de todos modos, salvo una excepción de la que hablaré en un minuto, es

realmente imposible, eso es algo en lo que este abogado no me engañó; pero además, no tenía motivos para arrepentirme de haber recurrido a otros abogados. Tal vez ya hayan escuchado cómo el Dr. Huld habla de los abogados de poca monta, probablemente les haya hecho parecer muy despreciables, y tiene razón, son despreciables. Pero cuando habla de ellos y los compara con él mismo y con sus colegas hay un pequeño error en lo que dice, y, sólo por su interés, se lo contaré. Cuando habla de los abogados con los que se relaciona los distingue llamándolos "grandes abogados". Eso está mal, cualquiera puede llamarse 'grande' si quiere, claro, pero en este caso sólo el uso del tribunal puede hacer esa distinción. Verás, el tribunal dice que además de los abogados menores hay también abogados menores y grandes abogados. Éste y sus colegas son sólo abogados menores, y la diferencia de rango entre ellos y los grandes abogados, de los que sólo he oído hablar y nunca he visto, es incomparablemente mayor que entre los abogados menores y los despreciados abogados menores." "¿Los grandes abogados?" preguntó K. "¿Quiénes son entonces? ¿Cómo se contacta con ellos?" "¿No has oído hablar de ellos, entonces?", dijo el empresario. "No hay casi nadie que haya sido acusado que no pase mucho tiempo soñando con los grandes abogados una vez que ha oído hablar de ellos. Es mejor que no te dejes engañar de esa manera. No sé quiénes son los grandes abogados, y probablemente no haya forma de contactar con

ellos. No conozco ningún caso del que pueda hablar con certeza en el que hayan participado. Defienden a mucha gente, pero no se puede llegar a ellos por sus propios medios, sólo defienden a los que quieren defender. Y supongo que nunca aceptan casos que no hayan pasado ya por los tribunales inferiores. De todos modos, es mejor no pensar en ellos, ya que si lo haces hace que las discusiones con los otros abogados, todos sus consejos y todo lo que consiguen, parezcan tan desagradables e inútiles, yo mismo tuve esa experiencia, sólo quería tirar todo a la basura y quedarme en casa en la cama y no saber nada más de ello. Pero eso, por supuesto, sería lo más estúpido que podrías hacer, y tampoco te quedarías en paz en la cama por mucho tiempo." "¿Así que no pensabas en los grandes abogados en ese momento?", preguntó K. "No por mucho tiempo", dijo el empresario, y volvió a sonreír, "no puedes olvidarte de ellos por completo, me temo, sobre todo por la noche, cuando estos pensamientos llegan tan fácilmente. Pero en esos días quería resultados inmediatos, así que acudí a los abogados de poca monta".

"¡Pues mirad cómo estáis sentados acurrucados!", llamó Leni cuando volvió con el plato y se colocó en la puerta. En efecto, estaban sentados muy juntos, si alguno de los dos giraba la cabeza aunque fuera un poco habría chocado con la del otro, el empresario no sólo era muy pequeño sino que se sentaba encorvado, por lo que K. también se veía obligado a agacharse si quería oírlo

todo. "¡Todavía no!", gritó K., para apartar a Leni, su mano, aún apoyada en la del empresario, se crispaba de impaciencia. "Quería que le hablara de mi juicio", dijo el empresario a Leni. "Pues sigue, sigue", dijo ella. Le hablaba al empresario con afecto pero, al mismo tiempo, con condescendencia. A K. no le gustó eso, había empezado a aprender que el hombre tenía algún valor después de todo, tenía experiencia al menos, y estaba dispuesto a compartirla. Probablemente Leni se equivocaba con él. La observó con irritación mientras Leni tomaba ahora la vela de la mano del empresario -que había estado sosteniendo todo este tiempo-, le limpiaba la mano con su delantal y luego se arrodillaba a su lado para raspar un poco de cera que había goteado de la vela en sus pantalones. "Estabas a punto de hablarme de los abogados de poca monta", dijo K., apartando la mano de Leni sin hacer más comentarios. "¿Qué te pasa hoy?", preguntó Leni, le dio un suave golpecito y siguió con lo que había estado haciendo. "Sí, los abogados de poca monta", dijo el empresario, llevándose la mano a la frente como si estuviera pensando mucho. K. quiso ayudarlo y dijo: "Querías resultados inmediatos y por eso acudiste a los pequeños abogados". "Sí, así es", dijo el empresario, pero no continuó con lo que había estado diciendo. "Quizá no quiera hablar de ello delante de Leni", pensó K., reprimiendo su impaciencia por escuchar el resto de inmediato, y dejó de intentar presionarle.

"¿Le has dicho que estoy aquí?", preguntó a Leni.

"Claro que sí", dijo ella, "te está esperando. Deja a Block en paz ahora, puedes hablar con él más tarde, todavía estará aquí". K. seguía dudando. "¿Seguirá aquí?", preguntó al empresario, queriendo escuchar la respuesta de él y no queriendo que Leni hablara del empresario como si no estuviera allí, hoy estaba lleno de un secreto resentimiento hacia Leni. Y una vez más fue Leni la única que respondió. "Duerme a menudo aquí". "¿Duerme aquí?", exclamó K., había pensado que el empresario se limitaría a esperarle allí mientras arreglaba rápidamente sus asuntos con el abogado, y que luego se marcharían juntos para discutir todo a fondo y sin ser molestados. "Sí", dijo Leni, "no todo el mundo es como tú, Josef, que puedes ver al abogado cuando quieras. Ni siquiera te sorprendas de que el abogado, a pesar de estar enfermo, te siga recibiendo a las once de la noche. Das demasiado por sentado lo que tus amigos hacen por ti. Bueno, tus amigos, o al menos yo, nos gusta hacer cosas por ti. No quiero ni necesito más agradecimiento que el hecho de que me tengas cariño". "¿Cariñosa contigo?", pensó K. al principio, y sólo entonces se le ocurrió: "Bueno, sí, le tengo cariño". Sin embargo, lo que dijo, olvidando todo lo demás, fue: "Me recibe porque soy su cliente. Si necesitara la ayuda de cualquier otro tendría que rogar y mostrar gratitud cada vez que hago algo". "Hoy está muy desagradable, ¿verdad?" le preguntó Leni al empresario. "Ahora soy yo quien no está aquí", pensó K., y estuvo a punto de perder los nervios con el em-

presario cuando, con la misma grosería que Leni, dijo: "El abogado también tiene otros motivos para recibirlo. Su caso es mucho más interesante que el mío. Y además está sólo en su fase inicial, probablemente no ha avanzado mucho, por lo que al abogado todavía le gusta tratar con él. Todo eso cambiará más adelante". "Sí, sí", dijo Leni, mirando al empresario y riendo. "¡No habla a medias!", dijo, volviéndose a mirar a K. "No se puede creer una palabra de lo que dice. Es tan hablador como dulce. Quizá por eso el abogado no lo soporta. Al menos, sólo lo ve cuando está de buen humor. Ya he intentado por todos los medios cambiar eso, pero es imposible. Piensa que hay veces que le digo que Block está aquí y no lo recibe hasta tres días después. Y si Block no está en el lugar cuando se le llama entonces todo se pierde y hay que volver a empezar. Por eso dejo que Block duerma aquí, no sería la primera vez que el Dr. Huld quiere verlo por la noche. Así que ahora Block está preparado para ello. A veces, cuando sabe que Block sigue aquí, incluso cambia de opinión sobre dejarle entrar a verle". K. miró interrogativamente al empresario. Éste asintió con la cabeza y, aunque antes había hablado abiertamente con K., pareció confundirse con la vergüenza al decir: "Sí, luego se vuelve uno muy dependiente de su abogado". "Sólo finge que le importa", dijo Leni. "En realidad le gusta dormir aquí, lo ha dicho a menudo". Se acercó a una pequeña puerta y la abrió de un empujón. "¿Quieres ver su dormitorio?", preguntó. K. se acercó a la ha-

bitación baja y sin ventanas y miró desde la puerta. La habitación tenía una cama estrecha que la llenaba por completo, de modo que para entrar en ella había que trepar por el poste de la cama. En la cabecera de la cama había un nicho en la pared, donde se encontraban, meticulosamente ordenados, una vela, un frasco de tinta y una pluma con un fajo de papeles que probablemente tenían que ver con el juicio. "¿Duermes en el cuarto de la criada?", preguntó K., mientras volvía al empresario. "Leni me la ha dejado", respondió el empresario, "tiene muchas ventajas". K. le miró largamente; su primera impresión del empresario quizás no había sido correcta; tenía experiencia, pues su prueba ya había durado mucho tiempo, pero había pagado un alto precio por esta experiencia. De repente, K. no pudo soportar más la visión del empresario. "¡Traedlo a la cama, entonces!", le gritó a Leni, que pareció entenderle. En cuanto a él, quería ir a ver al abogado y, al despedirlo, liberarse no sólo del abogado, sino también de Leni y del empresario. Pero antes de llegar a la puerta, el empresario le habló suavemente. "Discúlpeme, señor", dijo, y K. miró en redondo. "Has olvidado tu promesa", dijo el empresario, extendiendo la mano hacia K. de forma implorante desde donde estaba sentado. "Ibas a contarme un secreto". "Eso es cierto", dijo K., mientras miraba a Leni, que le observaba atentamente, para comprobar cómo estaba. "Pues escucha; de todos modos, ahora apenas es un secreto. Voy a ver al abogado ahora para despedir-

lo". "¡Lo va a despedir!", gritó el empresario, y se levantó de la silla y corrió por la cocina con los brazos en alto. Siguió gritando: "¡Está despidiendo a su abogado!". Leni trató de abalanzarse sobre K., pero el empresario se interpuso en su camino, de modo que lo apartó con los puños. Luego, todavía con las manos cerradas en puños, corrió tras K. que, sin embargo, se había adelantado. Cuando Leni lo alcanzó, ya estaba dentro de la habitación del abogado. Casi había cerrado la puerta tras de sí, pero Leni mantuvo la puerta abierta con el pie, le agarró del brazo e intentó tirar de él hacia atrás. Pero él ejerció tal presión sobre su muñeca que, con un suspiro, se vio obligada a soltarlo. No se atrevió a entrar en la habitación de inmediato, y K. cerró la puerta con la llave.

"Llevo mucho tiempo esperándote", dijo el abogado desde su cama. Había estado leyendo algo a la luz de una vela, pero ahora la dejó sobre la mesilla de noche y se puso las gafas, mirando a K. con dureza a través de ellas. En lugar de disculparse, K. dijo: "Pronto me iré de nuevo". Como no se había disculpado, el abogado ignoró lo que dijo K., y respondió: "La próxima vez no te dejaré entrar tan tarde". "Me parece bastante aceptable", dijo K. El abogado le miró extrañamente. "Siéntese", dijo. "Como quiera", dijo K., acercando una silla a la mesita de noche y sentándose. "Me pareció que había cerrado la puerta con llave", dijo el abogado. "Sí", dijo K., "fue por Leni". No tenía intención de dejar a nadie en libertad. Pero el abogado le preguntó:

"¿Estaba siendo importuna otra vez?". "¿Importuna?", preguntó K. "Sí", dijo el abogado, riéndose al hacerlo, tuvo un ataque de tos y luego, una vez pasado, comenzó a reírse de nuevo. "Estoy seguro de que se habrá dado cuenta de lo importuna que puede ser a veces", dijo, y dio una palmadita a la mano de K. que éste había apoyado en la mesilla de noche y que ahora le arrebató. "No le das mucha importancia, entonces", dijo el abogado cuando K. guardó silencio, "tanto mejor. De lo contrario, habría tenido que disculparme con usted. Es una peculiaridad de Leni. Hace tiempo que la perdóné por ello, y no estaría hablando de ello ahora, si no hubieras cerrado la puerta hace un momento. De todos modos, tal vez debería explicarte al menos esta peculiaridad suya, pero pareces bastante perturbado, por la forma en que me miras, y por eso lo haré, esta peculiaridad suya consiste en esto: Leni encuentra atractivos a la mayoría de los acusados. Se apega a cada uno de ellos, los ama, incluso parece ser amada por cada uno de ellos; luego a veces me entretiene hablándome de ellos cuando se lo permito. Todo esto no me asombra tanto como a ti. Si los miras de la manera correcta, los acusados pueden ser realmente atractivos, muy a menudo. Pero eso es un fenómeno notable y hasta cierto punto científico. Ser acusado no causa ningún cambio claro y precisamente definible en la apariencia de una persona, por supuesto. Pero no es como en el caso de otros asuntos legales, la mayoría se mantiene en su forma de vida

habitual y, si tiene un buen abogado que le atienda, el juicio no le estorba. Pero, sin embargo, hay quienes tienen experiencia en estos asuntos que pueden mirar a una multitud, por muy grande que sea, y decirte cuál de ellos se enfrenta a una acusación. ¿Cómo pueden hacerlo, se preguntará usted? Mi respuesta no le gustará. Es simplemente que los que se enfrentan a una acusación son los más atractivos. No puede ser su culpabilidad lo que los hace atractivos, ya que no todos son culpables -al menos eso es lo que yo, como abogado, tengo que decir- y tampoco puede ser el castigo adecuado lo que los ha hecho atractivos, ya que no todos son castigados, por lo que sólo puede ser que el proceso que se les imputa se apodere de ellos de alguna manera. Sea cual sea la razón, algunas de estas personas atractivas son realmente muy atractivas. Pero todos son atractivos, incluso Block, lamentable gusano que es". Mientras el abogado terminaba lo que estaba diciendo, K. estaba totalmente en control de sí mismo, incluso había asentido llamativamente a sus últimas palabras para confirmarse a sí mismo la opinión que ya se había formado: que el abogado estaba tratando de confundirlo, como siempre hacía, haciendo observaciones generales e irrelevantes, y así distraerlo de la cuestión principal de lo que realmente estaba haciendo para el juicio de K. El abogado debió notar que K. le ofrecía más resistencia que antes, pues se calló, dando a K. la oportunidad de hablar por sí mismo, y luego, como K. también permaneció

ció en silencio, le preguntó: "¿Tenía usted alguna razón particular para venir a verme hoy?" "Sí", dijo K., levantando la mano para sombrear ligeramente sus ojos de la luz de la vela y poder ver mejor al abogado, "quería decirle que le retiro mi representación, con efecto inmediato". "¿Le he entendido bien?", preguntó el abogado mientras se medio levantaba en su cama y se apoyaba con una mano en la almohada. "Creo que sí", dijo K., sentándose rígidamente erguido como si estuviera esperando en una emboscada. "Bueno, podemos discutir este plan tuyo", dijo el abogado después de una pausa. "Ya no es un plan", dijo K. "Puede ser", dijo el abogado, "pero aun así no debemos precipitarnos". Utilizó la palabra "nosotros", como si no tuviera intención de dejar a K. en libertad, y como si, aunque ya no pudiera representarlo, pudiera al menos seguir siendo su asesor. "Nada se precipita", dijo K., levantándose lentamente y yendo detrás de su silla, "todo ha sido bien pensado y probablemente incluso durante demasiado tiempo. La decisión es definitiva". "Entonces, permítanme decir unas palabras", dijo el abogado, tirando el cubrecama a un lado y sentándose en el borde de la cama. Sus piernas desnudas y blancas temblaban por el frío. Le pidió a K. que le pasara una manta del sofá. K. le pasó la manta y le dijo: "Corres el riesgo de resfriarte sin motivo". "Las circunstancias son lo suficientemente importantes", dijo el abogado mientras envolvía la mitad superior de su cuerpo con el cobertor de la cama y luego la manta alrededor de

sus piernas. "Tu tío es mi amigo y con el tiempo me he encariñado contigo también. Lo admito abiertamente. No hay nada de lo que deba avergonzarme". Para K. fue muy inoportuno escuchar al anciano hablar de esta forma tan conmovedora, ya que le obligaba a dar más explicaciones, que hubiera preferido evitar, y era consciente de que también le confundía, aunque nunca podría hacerle dar marcha atrás en su decisión. "Gracias por sentirte tan amigable conmigo", dijo, "y también me doy cuenta de lo mucho que te has involucrado en mi caso, lo más profundamente posible para ti y para traerme la mayor ventaja posible. Sin embargo, recientemente he llegado a la convicción de que no es suficiente. Naturalmente, nunca intentaría, teniendo en cuenta que usted es mucho mayor y tiene más experiencia que yo, convencerle de mi opinión; si alguna vez lo he hecho involuntariamente, le ruego que me perdone, pero, como usted mismo acaba de decir, las circunstancias son lo suficientemente importantes y creo que mi juicio debe abordarse con mucho más vigor de lo que se ha hecho hasta ahora." "Ya veo", dijo el abogado, "te has impacientado". "No estoy impaciente", dijo K., con cierta irritación y dejó de prestar tanta atención a su elección de palabras. "Cuando vine aquí por primera vez con mi tío, probablemente notaste que no me preocupaba mucho por mi caso, y si no me lo recordaban a la fuerza, por así decirlo, lo olvidaba por completo. Pero mi tío insistió en que debía permitirle que me representara y lo hice

como un favor hacia él. Podía haber esperado que el caso fuera menos pesado de lo que había sido, ya que el objetivo de contratar a un abogado es que éste asumiera parte de su peso. Pero lo que realmente ocurrió fue lo contrario. Antes, el juicio nunca fue una preocupación tan grande para mí como lo ha sido desde que usted me representa. Cuando estaba solo nunca hice nada con respecto a mi caso, apenas estaba pendiente de él, pero luego, una vez que había alguien que me representaba, todo estaba preparado para que pasara algo, siempre estaba, sin cesar, esperando que hicieras algo, poniéndome cada vez más tenso, pero no hacías nada. Conseguí de ti alguna información sobre el tribunal que probablemente no podría haber conseguido en ningún otro sitio, pero eso no puede ser suficiente cuando el juicio, supuestamente en secreto, está cada vez más cerca de mí." K. apartó la silla y se puso de pie, con las manos en los bolsillos de su levita. "A partir de cierto momento del proceso -dijo el abogado en voz baja y con calma-, nunca ocurre nada nuevo de importancia. Muchos litigantes, en la misma etapa de sus juicios, se han presentado ante mí igual que usted ahora y han hablado de la misma manera." "Entonces esos otros litigantes", dijo K., "han tenido todos razón, igual que yo. Eso no demuestra que yo no la tenga". "No trataba de demostrar que usted se equivocaba", dijo el abogado, "sino que quería añadir que esperaba de usted un mejor criterio que de los demás, sobre todo porque le he

dado a conocer el funcionamiento del tribunal y mis propias actividades más de lo que normalmente hago. Y ahora me veo obligado a aceptar que, a pesar de todo, tienes muy poca confianza en mí. No me lo pones fácil". ¡Cómo se humillaba el abogado ante K.! No estaba mostrando ninguna consideración por la dignidad de su posición, que en este punto, debía estar en su punto más sensible. ¿Y por qué lo hacía? Parecía estar muy ocupado como abogado y también como hombre rico, ni la pérdida de ingresos ni la pérdida de un cliente podían tener mucha importancia para él en sí mismas. Además, estaba enfermo y debería haber pensado en pasar el trabajo a otros. Y a pesar de todo eso se aferró fuertemente a K. ¿Por qué? ¿Era algo personal por el bien de su tío, o realmente veía el caso de K. como algo excepcional y esperaba poder distinguirse con él, ya fuera por el bien de K. o -y esta posibilidad nunca podía excluirse- por sus amigos de la corte? No era posible saber nada mirándolo, aunque K. lo escudriñaba con bastante descaro. Casi podría suponerse que ocultaba deliberadamente sus pensamientos mientras esperaba a ver qué efecto tendrían sus palabras. Pero consideró claramente que el silencio de K. era favorable para él y continuó: "Se habrá dado cuenta del tamaño de mi despacho, pero de que no tengo personal que me ayude. Antes era muy diferente, hubo una época en la que trabajaban para mí varios abogados jóvenes, pero ahora trabajo solo. Esto tiene que ver en parte con los cambios

en mi forma de hacer negocios, en el sentido de que hoy en día me concentro cada vez más en asuntos como su propio caso, y en parte con la comprensión cada vez más profunda que adquiero de estos asuntos legales. Descubrí que nunca podría dejar que otra persona se ocupara de este tipo de trabajo, a menos que quisiera perjudicar tanto al cliente como al trabajo que había asumido. Pero la decisión de hacer todo el trabajo yo mismo tuvo su resultado obvio: Me vi obligado a rechazar a casi todos los que me pedían que les representara y sólo pude aceptar a los que me interesaban especialmente; ya hay bastantes criaturas que saltan a cada migaja que les tiro, y no están muy lejos. Lo más importante es que enfermé por exceso de trabajo. Pero a pesar de ello no me arrepiento de mi decisión, posiblemente debería haber rechazado más casos de los que hice, pero resultó totalmente necesario que me dedicara plenamente a los casos que acepté, y los resultados satisfactorios demostraron que merecía la pena. Una vez leí una descripción de la diferencia entre representar a alguien en asuntos legales ordinarios y en asuntos legales de este tipo, y el escritor lo expresó muy bien. Esto es lo que dijo: algunos abogados llevan a sus clientes en un hilo hasta que se dicta sentencia, pero hay otros que inmediatamente levantan a sus clientes sobre sus hombros y los llevan hasta la sentencia y más allá. Eso es así. Pero era muy cierto cuando decía que nunca me arrepiento de todo este trabajo. Pero si, como en tu caso, son

tan incomprendidos, entonces estoy muy cerca de arrepentirme". Toda esta charla sirvió más para impacientar a K. que para persuadirlo. Por la forma en que el abogado hablaba, K. pensó que podía oír lo que podía esperar si cedía, los retrasos y las excusas comenzarían de nuevo, los informes sobre cómo avanzaban los documentos, cómo había mejorado el estado de ánimo de los funcionarios del tribunal, así como todas las enormes dificultades; en resumen, todo lo que había oído tantas veces antes volvería a salir a la luz de forma aún más completa, trataría de engañar a K. con esperanzas que nunca se especificaron y de hacerle sufrir con amenazas que nunca fueron claras. Tenía que poner fin a eso, así que le dijo: "¿Qué va a emprender en mi nombre si sigue representándome?". El abogado aceptó tranquilamente incluso esta pregunta insultante, y respondió: "Debería continuar con lo que ya he estado haciendo por usted". "Eso es justo lo que pensaba", dijo K., "y ahora no hace falta que diga una palabra más". "Haré un intento más", dijo el abogado como si lo que había estado molestando tanto a K. le afectara también a él. "Verá, tengo la impresión de que no sólo ha juzgado mal la asistencia jurídica que le he prestado, sino que ese juicio erróneo le ha llevado a comportarse de esta manera, parece que, a pesar de ser usted el acusado, se le ha tratado demasiado bien o, por decirlo mejor, se le ha tratado con negligencia, con aparente negligencia. Incluso eso tiene su razón; a menudo es mejor estar encadenado que

ser libre. Pero me gustaría mostrarle cómo se trata a otros acusados, tal vez logre aprender algo de ello. Lo que haré es llamar a Block, abrir la puerta y sentarme aquí junto a la mesilla". "Con mucho gusto", dijo K., e hizo lo que el abogado sugería; siempre estaba dispuesto a aprender algo nuevo. Pero para estar seguro de sí mismo en cualquier caso, añadió: "Pero te das cuenta de que ya no vas a ser mi abogado, ¿verdad?". "Sí", dijo el abogado. "Pero aún puede cambiar de opinión hoy si lo desea". Volvió a tumbarse en la cama, se subió la colcha hasta la barbilla y se puso de cara a la pared. Luego llamó a la puerta.

Leni apareció casi en el momento en que lo hizo. Miró apresuradamente a K. y al abogado para intentar averiguar qué había pasado; pareció tranquilizarse al ver a K. sentado tranquilamente en la cama del abogado. Sonrió y asintió a K., quien le devolvió la mirada. "Trae a Block", dijo la abogada. Pero en lugar de ir a buscarlo, Leni se dirigió a la puerta y gritó: "¡Block! Al abogado!" Entonces, probablemente porque el abogado había vuelto la cara hacia la pared y no le prestaba atención, se deslizó detrás de la silla de K. A partir de entonces, le molestó inclinándose hacia delante sobre el respaldo de la silla o, aunque con mucha ternura y cuidado, le pasaba las manos por el pelo y por las mejillas. K. acabó intentando detenerla cogiéndole una mano y, tras cierta resistencia, Leni le dejó que la mantuviera. Block acudió en cuanto le llamaron, pero permaneció de pie en el umbral de la puerta

y pareció preguntarse si debía entrar o no. Levantó las cejas y bajó la cabeza como si estuviera escuchando para saber si se repetiría la orden de asistir al abogado. K. podría haberle animado a entrar, pero había decidido romper definitivamente no sólo con el abogado sino con todo lo que había en su casa, así que se mantuvo inmóvil. Leni también guardaba silencio. Block se dio cuenta de que al menos nadie le perseguía y, de puntillas, entró en la habitación, con el rostro tenso y las manos apretadas a la espalda. Dejó la puerta abierta por si tenía que volver a entrar. K. ni siquiera le miró, sino que se limitó a mirar la gruesa colcha bajo la cual el abogado no podía verse, ya que se había apretado muy cerca de la pared. Entonces se oyó su voz: "¿Está Block aquí?", preguntó. Block ya se había colado un poco en la habitación, pero esta pregunta pareció darle primero un empujón en el pecho y luego otro en la espalda, parecía a punto de caerse, pero permaneció de pie, profundamente inclinado, y dijo: "A sus órdenes, señor". "¿Qué quieres?", preguntó el abogado, "has venido en mal momento". "¿No he sido convocado?", preguntó Block, más para sí mismo que para el abogado. Se llevó las manos al frente como protección y hubiera estado dispuesto a huir en cualquier momento. "Estaba usted citado", dijo el abogado, "pero aun así ha venido en mal momento". Luego, tras una pausa, añadió: "Siempre vienes en mal momento". Cuando el abogado empezó a hablar, Block había dejado de mirar la cama, sino que se

quedó mirando una de las esquinas, simplemente escuchando, como si la luz del altavoz fuera más brillante de lo que Block podía soportar. Pero también le resultaba difícil escuchar, ya que el abogado hablaba hacia la pared y lo hacía con rapidez y en voz baja. "¿Quiere que me vaya otra vez, señor?", preguntó Block. "Pues ahora estás aquí", dijo el abogado. "¡Quédate!" Era como si el abogado no hubiera hecho lo que Block quería, sino que lo hubiera amenazado con un palo, ya que ahora Block empezó a temblar de verdad. "Ayer fui a ver", dijo el abogado, "al tercer juez, un amigo mío, y poco a poco fui llevando la conversación al tema de usted. ¿Quiere saber lo que dijo?" "Oh, sí, por favor", dijo Block. El abogado no respondió inmediatamente, así que Block repitió su petición y bajó la cabeza como si estuviera a punto de arrodillarse. Pero entonces K. le habló: "¿Qué crees que estás haciendo?", gritó. Leni había querido impedirle que gritara y por eso se agarró a su otra mano. No fue el amor lo que le hizo apretarla y aferrarla con tanta fuerza, sino que ella suspiró con frecuencia y trató de desprender sus manos de él. Pero Block fue castigado por el arrebató de K., ya que el abogado le preguntó: "¿Quién es su abogado?". "Usted, señor", dijo Block. "¿Y quién además de mí?", preguntó el abogado. "Nadie además de usted, señor", dijo Block. "Y que no haya nadie más que yo", dijo el abogado. Block comprendió perfectamente lo que eso significaba, miró a K. con el ceño fruncido y sacudió la cabeza con violencia. Si estas ac-

ciones se hubieran traducido en palabras, habrían sido insultos groseros. ¡K. había sido amable y estaba dispuesto a discutir su propio caso con alguien así! "No le molestaré más", dijo K., recostándose en su silla. "Puedes arrodillarte o arrastrarte a cuatro patas, como quieras. No te molestaré más". Pero Block aún tenía cierto sentido del orgullo, al menos en lo que respecta a K., y se dirigió hacia él agitando los puños, gritando tan fuerte como se atrevió mientras el abogado estaba allí. "No deberías hablarme así, eso no está permitido. ¿Por qué me insulta? Sobre todo aquí, delante del abogado, donde los dos, tú y yo, sólo somos tolerados por su caridad. No eres mejor persona que yo, tú también has sido acusado de algo, también te enfrentas a una acusación. Si, a pesar de eso, sigues siendo un caballero, entonces yo soy tan caballero como tú, si no más. Y quiero que me hablen como un caballero, especialmente tú. Si crees que el hecho de que se te permita sentarte y escuchar tranquilamente mientras yo me arrastro a cuatro patas, como tú dices, te convierte en algo mejor que yo, entonces hay un viejo dicho legal que deberías tener en cuenta: Si estás bajo sospecha es mejor estar en movimiento que quieto, ya que si estás quieto puedes estar en el platillo de la balanza sin saberlo y ser pesado junto con tus pecados." K. no dijo nada. Se limitó a mirar con asombro a aquel ser distraído, con los ojos completamente inmóviles. ¡Había sufrido tales cambios en tan sólo las últimas horas! ¿Era el juicio lo que le hacía ir de un

lado a otro de esta manera y le impedía saber quién era amigo y quién enemigo? ¿No podía ver que el abogado le estaba humillando deliberadamente y que no tenía otro propósito hoy que el de mostrar su poder a K., y quizás incluso subyugar a K.? Pero si Block era incapaz de ver eso, o si temía tanto al abogado que esa percepción no le serviría de nada, ¿cómo es que fue tan astuto o tan audaz como para mentirle al abogado y ocultarle el hecho de que tenía otros abogados trabajando a su favor? ¿Y cómo se atrevió a atacar a K., que podía traicionar su secreto en cualquier momento? Pero aún se atrevió a más, se dirigió a la cama del abogado y comenzó allí a formular quejas sobre K. "Dr. Huld, señor - dijo-, ¿ha oído cómo me ha hablado este hombre? Puede contar la duración de su juicio en horas, y quiere decirme lo que tengo que hacer cuando llevo cinco años en un caso judicial. Incluso me insulta. No sabe nada, pero me insulta, cuando yo, en la medida de mi escasa capacidad, he estudiado a fondo cómo comportarme con el tribunal, qué debemos hacer y cuáles son las prácticas judiciales." "No dejes que nadie te moleste", dijo el abogado, "y haz lo que te parezca correcto". "Lo haré", dijo Block, como si hablara consigo mismo para darse valor, y con una rápida mirada a un lado se arrodilló cerca de la cama. "Me arrodillo ahora, doctor Huld, señor", dijo. Pero el abogado permaneció en silencio. Con una mano, Block acarició cuidadosamente la cubierta de la cama. En el silencio mientras lo hacía, Leni, al liberarse de las ma-

nos de K., dijo: "Me haces daño. Suéltame. Me voy con Block". Se acercó a él y se sentó en el borde de la cama. Block se alegró mucho de ello y con gestos vivaces, pero silenciosos, la instó inmediatamente a interceder por él ante el abogado. Estaba claro que necesitaba desesperadamente que el abogado le dijera algo, aunque tal vez sólo para poder hacer uso de la información con sus otros abogados. Seguramente Leni sabía muy bien cómo hacer entrar en razón al abogado, le señaló la mano y frunció los labios como si le diera un beso. Block realizó inmediatamente el beso de mano y, ante la insistencia de Leni, lo repitió dos veces más. Pero el abogado continuó en silencio. Entonces Leni se inclinó sobre el abogado, al estirarse se podía ver la atractiva forma de su cuerpo, e inclinándose cerca de su cara, le acarició el largo cabello blanco. Eso le obligó ahora a dar una respuesta. "Me da bastante reparo decírselo", dijo el abogado, y se pudo ver que movía ligeramente la cabeza, quizá para sentir mejor la presión de la mano de Leni. Block escuchaba atentamente con la cabeza baja, como si al escuchar estuviera incumpliendo una orden. "¿Por qué tienes tanto recelo?", preguntó Leni. K. tenía la sensación de estar escuchando un diálogo artificioso que se había repetido muchas veces, que se repetiría muchas veces más, y que sólo para Block nunca perdería su frescura. "¿Cómo ha sido su comportamiento hoy?", preguntó el abogado en lugar de una respuesta. Antes de que Leni dijera nada, miró a Block y lo observó un rato

mientras levantaba las manos hacia ella y las frotaba implorante. Finalmente asintió con seriedad, se volvió hacia el abogado y dijo: "Ha estado tranquilo y trabajador". Se trataba de un anciano empresario, un hombre con una larga barba, y estaba rogando a una joven que hablara en su nombre. Aunque hubiera algún plan detrás de lo que hizo, no había nada que pudiera restituirlo a los ojos de sus semejantes. K. no podía entender cómo el abogado podía pensar que esta actuación le iba a convencer. Aunque no hubiera hecho nada antes para que quisiera marcharse, esta escena lo habría hecho. Era casi humillante incluso para el espectador. Así que estos eran los métodos del abogado, a los que afortunadamente K. no había estado expuesto durante mucho tiempo, para que el cliente se olvidara de todo el mundo y no le dejara más que la esperanza de llegar al final de su juicio por este medio engañoso. Ya no era un cliente, era el perro del abogado. Si el abogado le hubiera ordenado que se metiera debajo de la cama como si fuera una perrera y que ladrara desde abajo, lo habría hecho con entusiasmo. K. escuchó todo esto, probándolo y pensándolo como si le hubieran encomendado la tarea de observar atentamente todo lo que aquí se hablaba, informar a un despacho superior sobre ello y redactar un informe. "¿Y qué ha estado haciendo todo el día?", preguntó el abogado. "Lo he tenido todo el día encerrado en el cuarto de la criada", dijo Leni, "para que no me impida hacer mi trabajo. Allí es donde suele quedarse. De

vez en cuando miraba a través de la mirilla para ver qué hacía, y cada vez estaba arrodillado en la cama y leyendo los periódicos que le diste, apoyado en el alféizar de la ventana. Eso me impresionó mucho, ya que la ventana sólo da a un pozo de aire y apenas da luz. Demostró lo obediente que es que incluso estaba leyendo en esas condiciones". "Me alegra oírlo", dijo el abogado. "¿Pero entendió lo que estaba leyendo?". Mientras se desarrollaba esta conversación, Block movía continuamente los labios y estaba formulando claramente las respuestas que esperaba que diera Leni. "Bueno, no puedo darle ninguna respuesta segura a eso, por supuesto", dijo Leni, "pero pude ver que estaba leyendo a fondo. Se pasaba todo el día leyendo la misma página, pasando el dedo por las líneas. Cada vez que lo veía, suspiraba como si esa lectura le supusiera mucho trabajo. Supongo que los papeles que le diste eran muy difíciles de entender". "Sí", dijo el abogado, "ciertamente lo son. Y realmente no creo que haya entendido nada de ellos. Pero al menos deberían darle una idea de lo dura que es la lucha y el trabajo que supone para mí defenderle. ¿Y para quién estoy haciendo todo este duro trabajo?"

Lo hago -es ridículo decirlo- lo hago por Block. Él también debería darse cuenta de lo que significa. ¿Estudió sin pausa?" "Casi sin pausa", respondió Leni. "Sólo una vez me pidió un trago de agua, así que le di un vaso por la ventana. Luego, a las ocho, le dejé salir y le di algo de comer". Block miró de

rejo a K., como si le estuvieran alabando y tuviera que impresionar también a K. Ahora parecía más optimista, se movía con más soltura y se balanceaba hacia adelante y hacia atrás sobre sus rodillas. Esto hizo que su asombro fuera aún mayor cuando escuchó las siguientes palabras del abogado: "Hablas bien de él", dijo el abogado, "pero eso es justo lo que me dificulta. Verá, el juez no habló bien de él en absoluto, ni de Block ni de su caso". "¿No habló bien de él?", preguntó Leni. "¿Cómo es posible?" Block la miró con tanta tensión que le pareció que, aunque las palabras del juez se habían pronunciado mucho antes, ella podría cambiarlas a su favor. "En absoluto", dijo la abogada. "De hecho se enfadó bastante cuando empecé a hablarle de Block. 'No me hables de Block', dijo. Es mi cliente', dije. 'Estás dejando que abuse de ti', dije. No creo que su caso esté perdido todavía", dije. "Estás dejando que abuse de ti", repitió. No lo creo', dije. 'Block trabaja duro en su caso y siempre sabe dónde está. Prácticamente vive conmigo, así que siempre está al tanto de lo que ocurre. No siempre se encuentra un entusiasmo así. No es muy agradable personalmente, lo reconozco, sus modales son terribles y es sucio, pero en lo que respecta al juicio es bastante inmaculado'. Dije inmaculado, pero estaba exagerando deliberadamente. Luego dijo: "Block es astuto, eso es todo. Ha acumulado mucha experiencia y sabe cómo retrasar los procedimientos. Pero es más lo que no sabe que lo que sabe. ¿Qué crees que diría si se enterara de que

su juicio aún no ha comenzado, si le dijeras que ni siquiera han tocado la campana para anunciar el inicio del proceso? De acuerdo, Block, de acuerdo -dijo el abogado, ya que al oír estas palabras Block había empezado a levantarse sobre sus temblorosas rodillas y claramente quería pedir alguna explicación. Era la primera vez que el abogado se dirigía directamente a Block con palabras claras. Miró con sus ojos cansados, medio en blanco y medio a Block, que se hundió lentamente sobre sus rodillas bajo esta mirada. "Lo que ha dicho el juez no tiene ningún significado para usted", dijo el abogado. "No tiene que asustarse por cada palabra. Si lo vuelves a hacer no te diré nada más. Es imposible empezar una sentencia sin que me mires como si estuvieras recibiendo el juicio final. ¡Debería darte vergüenza estar aquí delante de mi cliente! Y estás destruyendo la confianza que tiene en mí. ¿Qué es lo que quieres? Todavía estás vivo, todavía estás bajo mi protección. ¡No tiene sentido preocuparse! En algún lugar has leído que el juicio final puede venir a menudo sin previo aviso, de cualquier persona en cualquier momento. Y, en las circunstancias adecuadas, eso es básicamente cierto, pero también es cierto que me disgusta tu ansiedad y tu miedo y veo que no tienes la confianza en mí que deberías tener. Ahora bien, ¿qué acabo de decir? He repetido algo dicho por uno de los jueces. Sabes que hay tantas opiniones diversas sobre el procedimiento que se forman en un gran montón y nadie puede darles sentido. Este juez, por ejemplo,

considera que el procedimiento comienza en un punto diferente al mío. Una diferencia de opinión, nada más. En un momento determinado del procedimiento, la tradición dice que se da una señal tocando una campana. Este juez considera que ese es el momento en que comienza el procedimiento. No puedo exponer aquí todas las opiniones contrarias a ese punto de vista, y de todas formas no lo entenderías, basta con decir que hay muchas razones para no estar de acuerdo con él." Avergonzado, Block se pasó los dedos por el montón de la alfombra, su ansiedad por lo que había dicho el juez le había hecho olvidar por un momento su condición de inferioridad respecto al abogado, pensó sólo en sí mismo y le dio la vuelta a las palabras del juez para examinarlas desde todos los ángulos. "Block", dijo Leni, como si lo reprendiera, y, agarrando el cuello de su abrigo, tiró de él un poco más arriba. "Deja la alfombra y escucha lo que dice el abogado". Este capítulo quedó inconcluso.



CAPÍTULO 9

EN LA CATEDRAL.

Un importante contacto comercial italiano del banco había venido a visitar la ciudad por primera vez y K. recibió el encargo de mostrarle algunos de sus lugares de interés cultural. En cualquier otro momento habría considerado este trabajo como un honor, pero ahora, cuando le resultaba difícil incluso mantener su posición actual en el banco, lo aceptó sólo con reticencia. Cada hora que no podía estar en la oficina era un motivo de preocupación para él, ya no era capaz de aprovechar su tiempo en la oficina ni mucho menos como antes, pasaba muchas horas simplemente fingiendo que hacía un trabajo importante, pero eso sólo aumentaba su ansiedad por no

estar en la oficina. Entonces, a veces le parecía ver al subdirector, que siempre estaba vigilando, entrar en el despacho de K., sentarse en su mesa, revisar sus papeles, recibir a clientes que casi se habían convertido en viejos amigos de K., y apartarlos de él, tal vez incluso descubriría errores, errores que parecían amenazar a K. desde mil direcciones cuando estaba en el trabajo ahora, y que ya no podía evitar. Así que ahora, si alguna vez le pedían que saliera de la oficina por motivos de trabajo o incluso tenía que hacer un corto viaje de negocios, por mucho que le pareciera un honor -y resultaba que las tareas de este tipo habían aumentado sustancialmente en los últimos tiempos-, siempre quedaba la sospecha de que querían sacarlo de su oficina durante un tiempo y comprobar su trabajo, o al menos la idea de que lo consideraban prescindible. No le habría resultado difícil rechazar la mayoría de esos trabajos, pero no se atrevió a hacerlo porque, si sus temores tenían el más mínimo fundamento, rechazarlos habría sido un reconocimiento de los mismos. Por esta razón, nunca se recusó de aceptarlos, e incluso cuando le pidieron que fuera a un agotador viaje de negocios de dos días, no dijo nada de tener que salir en el lluvioso clima otoñal cuando tenía un fuerte escalofrío, sólo para evitar el riesgo de que no le pidieran que fuera. Cuando, con un fuerte dolor de cabeza, llegó de vuelta de este viaje, se enteró de que había sido elegido para acompañar al contacto comercial italiano al día siguiente. La tentación de rechazar por una vez el trabajo era muy grande, sobre todo porque

no tenía ninguna relación directa con los negocios, pero no se podía negar que las obligaciones sociales con este contacto comercial eran en sí mismas lo suficientemente importantes, sólo que no para K., que sabía muy bien que necesitaba algunos éxitos en el trabajo si quería mantener su posición en él y que, si fracasaba en eso, no le serviría de nada aunque este italiano lo encontrara de alguna manera encantador; no quería que lo sacaran de su lugar de trabajo ni siquiera un día, ya que el miedo a que no lo dejaran volver era demasiado grande, sabía muy bien que el miedo era exagerado pero aun así lo ponía ansioso. Sin embargo, en este caso era casi imposible pensar en una excusa aceptable, sus conocimientos de italiano no eran grandes pero sí lo suficientemente buenos; el factor decisivo era que K. había sabido antes un poco de historia del arte y esto se había dado a conocer en el banco de forma extremadamente exagerada, y que K. había sido miembro de la Sociedad para la Conservación de los Monumentos de la Ciudad, aunque sólo por razones de negocios. Se decía que este italiano era un amante del arte, por lo que la elección de K. para acompañarle era algo natural.

Era una mañana muy lluviosa y tormentosa cuando K., de mal humor al pensar en el día que le esperaba, llegó temprano, a las siete, a la oficina para poder al menos hacer algo de trabajo antes de que su visitante se lo impidiera. Había pasado la mitad de la noche estudiando un libro de gramática italiana para estar algo preparado y estaba muy cansado; su escritorio le resultaba menos atractivo

que la ventana donde últimamente había pasado demasiado tiempo sentado, pero resistió la tentación y se sentó a trabajar. Desgraciadamente, justo en ese momento entró el criado e informó de que el director le había enviado para ver si el jefe de la oficina estaba ya en su despacho; si lo estaba, tendría la amabilidad de pasar a su sala de recepción, ya que el caballero de Italia ya estaba allí. "Iré enseguida", dijo K. Se guardó un pequeño diccionario en el bolsillo, cogió bajo el brazo una guía de los lugares turísticos de la ciudad que había recopilado para los forasteros, y pasó por el despacho del subdirector al del director. Se alegró de haber llegado a la oficina tan temprano y de poder ser útil de inmediato, nadie podía esperar seriamente eso de él. El despacho del subdirector seguía, por supuesto, tan vacío como en plena noche, probablemente se había pedido al criado que lo convocara también, pero sin éxito. Cuando K. entró en la sala de recepción, dos hombres se levantaron de los profundos sillones donde habían estado sentados. El director le dedicó una sonrisa amistosa, estaba claramente muy contento de que K. estuviera allí, inmediatamente le presentó al italiano que estrechó la mano de K. enérgicamente y bromeó diciendo que alguien era madrugador. K. no entendió muy bien a quién se refería, además era una expresión extraña y K. tardó un poco en adivinar su significado. Respondió con algunas frases anodinas que el italiano recibió de nuevo con una carcajada, pasándose la mano nerviosa y re-

petidamente por el bigote gris azulado y poblado. Este bigote estaba evidentemente perfumado, era casi tentador acercarse a él y olerlo. Cuando todos se sentaron y comenzaron una ligera conversación preliminar, K. se desconcertó al notar que no entendía más que fragmentos de lo que decía el italiano. Cuando hablaba con mucha calma entendía casi todo, pero eso era muy poco frecuente, la mayoría de las veces las palabras salían a borbotones de su boca y parecía estar disfrutando tanto que su cabeza temblaba. Cuando hablaba así, su discurso solía estar envuelto en una especie de dialecto que a K. le parecía que no tenía nada que ver con el italiano, pero que el director no sólo entendía sino que también hablaba, aunque K. debería haberlo previsto, ya que el italiano procedía del sur de su país, donde el director también había pasado varios años. Sea cual sea la causa, K. se dio cuenta de que la posibilidad de comunicarse con el italiano le había sido arrebatada en gran medida, incluso su francés era difícil de entender, y su bigote ocultaba los movimientos de sus labios que podrían haber ofrecido alguna ayuda para entender lo que decía. K. empezó a anticipar muchas dificultades, renunció a tratar de entender lo que decía el italiano -con el director allí, que podía entenderle con tanta facilidad, habría sido un esfuerzo inútil- y por el momento no hizo más que fruncir el ceño al italiano mientras se relajaba sentado profunda pero cómodamente en el sillón, mientras tiraba con frecuencia de su corta chaqueta de

corte ajustado y en un momento dado levantaba los brazos en el aire y movía las manos libremente para tratar de representar algo que K. no podía captar, aunque estaba inclinado hacia delante y no perdía de vista las manos. K. no tenía otra cosa en que ocuparse que en observar mecánicamente el intercambio entre los dos hombres y su cansancio acabó por hacerse notar, para su alarma, aunque afortunadamente a tiempo, una vez se sorprendió a sí mismo casi levantándose, dándose la vuelta y marchándose. Finalmente, el italiano miró el reloj y se levantó de un salto. Tras despedirse del director, se dirigió a K., acercándose tanto a él que éste tuvo que apartar su silla para poder moverse. El director, que sin duda había visto la ansiedad en los ojos de K. al tratar de enfrentarse a este dialecto del italiano, se incorporó a la conversación de una forma tan hábil y discreta que parecía no añadir más que pequeños comentarios, cuando en realidad estaba desgranando rápida y pacientemente lo que el italiano decía para que K. pudiera entenderlo. K. se enteró así de que el italiano tenía que resolver primero algunos asuntos de negocios, de que desgraciadamente disponía de poco tiempo, de que no tenía intención de ir corriendo a ver todos los monumentos de la ciudad, de que prefería -al menos mientras K. estuviera de acuerdo, era su decisión- ver sólo la catedral y hacerlo a fondo. Se alegró mucho de estar acompañado por alguien tan culto y tan agradable -se refería a K., que no estaba ocupado en escuchar al italiano sino al di-

rector- y le preguntó si sería tan amable, si la hora era adecuada, de encontrarse con él en la catedral dentro de dos horas, hacia las diez. Esperaba poder estar allí a esa hora. K. dio una respuesta adecuada, el italiano estrechó primero la mano del director y luego la de K., y después la del director de nuevo y se dirigió a la puerta, dirigiéndose a medias a los dos hombres que le seguían y continuando la conversación sin pausa. K. permaneció un rato junto al director, aunque éste parecía hoy especialmente descontento. Pensó que debía disculparse con K. por algo y le dijo -estaban íntimamente juntos- que al principio había pensado acompañar él mismo al italiano, pero luego -no dio una razón más precisa que ésta- decidió que sería mejor enviar a K. con él. No debía sorprenderse si no podía entender al italiano al principio, pronto podría hacerlo, e incluso si realmente no podía entender mucho, dijo que no era tan malo, ya que realmente no era tan importante que el italiano se entendiera. Y de todos modos, el conocimiento de K. del italiano era sorprendentemente bueno, el director estaba seguro de que se las arreglaría muy bien. Y con eso, llegó la hora de que K. se fuera. Pasó el tiempo que le quedaba con un diccionario, copiando palabras oscuras que necesitaría para guiar al italiano por la catedral. Era una tarea sumamente fastidiosa, los sirvientes le traían el correo, los empleados del banco venían con diversas consultas y, cuando veían que K. estaba ocupado, se paraban junto a la puerta y no se iban

hasta que él los había escuchado, el subdirector no perdía la oportunidad de molestar a K. El subdirector no perdía la oportunidad de molestar a K. y entraba con frecuencia, le quitaba el diccionario de la mano y hojeaba sus páginas, claramente sin ningún propósito; cuando se abría la puerta de la antesala, incluso los clientes aparecían de la penumbra y se inclinaban tímidamente hacia él -querían llamar su atención, pero no estaban seguros de que los hubiera visto-; toda esta actividad giraba en torno a K., con él en el centro, mientras compilaba la lista de palabras que necesitaría, luego las buscaba en el diccionario, luego las escribía, luego practicaba su pronunciación y, finalmente, intentaba aprenderlas de memoria. Sin embargo, las buenas intenciones que había tenido antes parecían haberle abandonado por completo, era el italiano el causante de todo este esfuerzo y a veces se enfadaba tanto con él que enterraba el diccionario bajo unos papeles con la firme intención de no hacer más preparativos, pero entonces se daba cuenta de que no podía pasearse por la catedral con el italiano sin decir una palabra, así que, con una rabia aún mayor, volvía a sacar el diccionario.

A las nueve y media exactamente, justo cuando estaba a punto de salir, le llamaron por teléfono, Leni le deseó buenos días y le preguntó cómo estaba, K. se lo agradeció apresuradamente y le dijo que le era imposible hablar ahora porque tenía que ir a la catedral. "¿A la catedral?", preguntó Leni. "Sí, a la catedral". "¿Para qué tienes que ir a la

catedral?", dijo Leni. K. intentó explicárselo brevemente, pero apenas había empezado cuando Leni dijo de repente: "Te están acosando". Algo que K. no podía soportar era una lástima que no había querido ni esperado, se despidió de ella con dos palabras, pero al volver a colocar el auricular en su sitio dijo, mitad para sí mismo y mitad para la chica del otro lado de la línea que ya no podía oírle: "Sí, me están acosando".

Ya era tarde y casi había peligro de que no llegara a tiempo. Tomó un taxi hasta la catedral, en el último momento se había acordado del álbum que antes no había tenido oportunidad de entregar al italiano y por eso se lo llevó ahora. Lo sostuvo sobre sus rodillas y tamborileó impacientemente sobre él durante todo el trayecto. La lluvia había amainado un poco, pero seguía estando húmeda, fría y oscura; sería difícil ver algo en la catedral, pero estar de pie sobre las frías losas podría agravar el frío de K. La plaza frente a la catedral estaba bastante vacía, K. recordaba que ya de pequeño había notado que casi todas las casas de esta estrecha plaza tenían las cortinas de sus ventanas cerradas la mayor parte del tiempo, aunque hoy, con el tiempo que hacía, era más comprensible. La catedral también parecía bastante vacía, claro que a nadie se le ocurriría ir allí en un día como aquel. K. se apresuró a recorrer las dos naves laterales, pero no vio a nadie más que a una anciana que, envuelta en un cálido chal, estaba arrodillada ante una imagen de la Virgen María y la miraba fijamen-

te. Luego, a lo lejos, vio a un funcionario de la iglesia que se alejaba cojeando por una puerta de la pared. K. había llegado a tiempo, habían dado las diez justo cuando entraba en el edificio, pero el italiano aún no estaba allí. K. regresó a la entrada principal, se quedó allí indeciso durante un rato, y luego recorrió la catedral bajo la lluvia por si el italiano estaba esperando en otra entrada. No estaba en ninguna parte. ¿Podría el director haber entendido mal la hora que habían acordado? De todos modos, ¿cómo podría alguien entender bien a alguien así? Fuera lo que fuera, K. tendría que esperar por él al menos media hora. Como estaba cansado quería sentarse, volvió a entrar en la catedral, encontró algo parecido a una pequeña alfombra en uno de los escalones, la movió con el pie hasta un banco cercano, se envolvió más en su abrigo, se subió el cuello y se sentó. Para pasar el rato abrió el álbum y hojeó un poco las páginas, pero pronto tuvo que desistir porque se hizo tan oscuro que cuando levantó la vista apenas pudo distinguir nada en la nave lateral que tenía al lado.

A lo lejos había un gran triángulo de velas parpadeando en el altar mayor, K. no estaba seguro de haberlas visto antes. Tal vez acababan de ser encendidas. El personal de la iglesia se arrastra silenciosamente como parte de su trabajo, no se nota. Cuando K. se volvió por casualidad, vio también una vela alta y robusta sujeta a una columna no muy lejos de él. Era todo muy bonito, pero totalmente inadecuado para iluminar las imágenes que

normalmente se dejaban en la oscuridad de los altares laterales, y parecía hacer la oscuridad aún más profunda. Fue descortés por parte del italiano no venir, pero también fue sensato por su parte, no habría habido nada que ver, habrían tenido que contentarse con buscar algunos cuadros con la linterna eléctrica de bolsillo de K. y mirarlos una pequeña parte cada vez. K. se acercó a una capilla lateral cercana para ver qué podían esperar, subió unos escalones hasta una barandilla baja de mármol y se inclinó sobre ella para mirar el cuadro del altar a la luz de su linterna. La luz eterna colgaba inquietantemente delante de él. Lo primero que K. vio en parte y en parte adivinó fue un gran caballero con armadura que se mostraba en el extremo del cuadro. Se apoyaba en su espada, que había clavado en el suelo desnudo que tenía delante, donde sólo crecían algunas briznas de hierba aquí y allá. Parecía estar prestando mucha atención a algo que se desarrollaba frente a él. Era sorprendente ver cómo se quedaba allí sin acercarse. Tal vez era su trabajo hacer guardia. Hacía mucho tiempo que K. no miraba ningún cuadro y estudió al caballero durante un buen rato, aunque tenía que parpadear continuamente porque le costaba soportar la luz verde de su linterna. Luego, cuando movió la luz hacia las otras partes del cuadro, encontró un entierro de Cristo mostrado de la manera habitual, también era una pintura comparativamente nueva. Guardó la linterna y volvió a su sitio.

Parecía que no tenía sentido seguir esperando al

italiano, pero fuera llovía ciertamente con fuerza, y como en la catedral no hacía tanto frío como K. había esperado, decidió quedarse allí por el momento. Cerca de él estaba el gran púlpito, en cuyo tejado redondo había dos cruces lisas y doradas, casi planas, cuyas puntas se cruzaban. El exterior de la balaustrada del púlpito estaba cubierto de un follaje verde que continuaba hasta la columna que lo sostenía, entre las hojas se veían angelitos, algunos de ellos animados y otros quietos. K. se acercó al púlpito y lo examinó desde todos los ángulos, su piedra había sido esculpida con gran cuidado, parecía como si el follaje hubiera atrapado una profunda oscuridad entre y detrás de sus hojas y la mantuviera allí prisionera, K. puso la mano en uno de estos huecos y palpó cautelosamente la piedra, hasta entonces había desconocido totalmente la existencia de este púlpito. Entonces K. se dio cuenta de que uno de los empleados de la iglesia estaba de pie detrás de la siguiente fila de bancos, llevaba una sotana negra suelta y arrugada, tenía una caja de rapé en la mano izquierda y estaba observando a K. ¿Qué quiere ahora? pensó K. ¿Le parezco sospechoso? ¿Quiere una propina? Pero cuando el hombre de la sotana vio que K. se había fijado en él, levantó la mano derecha, con un pellizco de rapé aún sostenido entre dos dedos, y señaló en una vaga dirección. Era casi imposible entender qué significaba este comportamiento, K. esperó un rato más pero el hombre de la sotana no dejó de gesticular con la mano e incluso lo aumen-

tó asintiendo con la cabeza. "¿Y ahora qué quiere?", preguntó K. en voz baja, no se atrevió a gritar aquí; pero entonces sacó su cartera y se abrió paso entre los bancos más cercanos para llegar hasta el hombre. Éste, sin embargo, hizo inmediatamente un gesto para rechazar la oferta, se encogió de hombros y se alejó cojeando. Cuando era niño, K. había imitado la forma de montar a caballo con el mismo tipo de movimiento que esta cojera. "Este viejo es como un niño", pensó K., "no tiene sentido para nada más que servir en una iglesia. Mira cómo se detiene cuando yo me paro, y cómo espera a ver si continúo". Con una sonrisa, K. siguió al anciano todo el camino hasta la nave lateral y casi hasta el altar principal, todo este tiempo el anciano continuó señalando algo pero K. evitó deliberadamente mirar a su alrededor, sólo estaba señalando para hacer más difícil que K. lo siguiera. Finalmente, K. dejó de seguirlo, no quería preocupar demasiado al anciano, y tampoco quería asustarlo del todo por si al final aparecía el italiano.

Cuando entró en la nave central para volver a donde había dejado el álbum, se fijó en un pequeño púlpito secundario sobre una columna, casi al lado de la sillería junto al altar donde se sentaba el coro. Era muy sencillo, de piedra blanca y lisa, y tan pequeño que desde la distancia parecía un nicho vacío donde debería haber estado la estatua de un santo. Ciertamente, habría sido imposible que el sacerdote diera un paso completo hacia atrás desde la balaustrada y, aunque no había ninguna

decoración en ella, la parte superior del púlpito se curvaba de forma excepcionalmente baja, de modo que un hombre de estatura media no podría mantenerse erguido y tendría que permanecer inclinado hacia delante sobre la balaustrada. En conjunto, parecía que había sido concebido para hacer sufrir al sacerdote, era imposible entender por qué se necesitaba este púlpito, ya que también estaban los otros disponibles, que eran grandes y estaban tan artísticamente decorados.

Y K. no habría reparado en este pequeño púlpito si no hubiera habido una lámpara sujeta sobre él, lo que normalmente significaba que se iba a dar un sermón. ¿Y se iba a dar un sermón ahora? ¿En esta iglesia vacía? K. miró los escalones que, pegados a la columna, conducían al púlpito. Eran tan estrechos que parecían estar allí como decoración de la columna más que para que alguien los usara. Pero bajo el púlpito -K. sonrió asombrado- había realmente un sacerdote de pie, con la mano en el pasamanos, dispuesto a subir los escalones y mirando a K. Luego asintió muy levemente, de modo que K. se cruzó de brazos y se hizo la genuflexión que debía haber hecho antes. Con un pequeño balanceo, el sacerdote subió al púlpito con pasos cortos y rápidos. ¿Realmente iba a comenzar un sermón? Tal vez el hombre de la sotana no había sido realmente tan demente, y había pretendido guiar el camino de K. hacia el predicador, lo que en esta iglesia vacía habría sido muy necesario. Y también había, en algún lugar frente a una imagen

de la Virgen María, una anciana que debería haber venido a escuchar el sermón. Y si iba a haber un sermón, ¿por qué no se había introducido en el órgano? Pero el órgano permaneció callado y se limitó a mirar débilmente desde la oscuridad de su gran altura.

K. se planteó ahora si debía salir lo antes posible, si no lo hacía ahora no habría posibilidad de hacerlo durante el sermón y tendría que quedarse allí todo el tiempo que durara, había perdido mucho tiempo cuando debería haber estado en su despacho, hacía tiempo que no tenía necesidad de esperar más al italiano, miró su reloj, eran las once. Pero, ¿podría realmente darse un sermón? ¿Podría K. constituir toda la congregación? ¿Cómo iba a hacerlo si sólo era un extraño que quería ver la iglesia? Eso, básicamente, era todo lo que era. La idea de un sermón, ahora, a las once, en un día de trabajo, con un tiempo horrible, era un disparate. El sacerdote -no cabía duda de que era un sacerdote, un hombre joven de rostro liso y oscuro- iba claramente a apagar la lámpara después de que alguien la hubiera encendido por error.

Pero no había habido ningún error, el sacerdote parecía más bien comprobar que la lámpara estaba encendida y la giró un poco más arriba, luego se volvió lentamente hacia el frente y se inclinó sobre la balaustrada agarrando su barandilla angular con ambas manos. Se quedó así un rato y, sin girar la cabeza, miró a su alrededor. K. había retrocedido mucho y apoyaba los codos en el pri-

mer banco. En algún lugar de la iglesia -no habría podido decir exactamente dónde- pudo distinguir al hombre de la sotana encorvado bajo su espalda doblada y en paz, como si su trabajo estuviera terminado. En la catedral había ahora mucho silencio. Pero K. tendría que perturbar ese silencio, no tenía intención de quedarse allí; si el deber del sacerdote era predicar a una hora determinada, independientemente de las circunstancias, entonces podía hacerlo, y podía hacerlo sin que K. tomara parte, y la presencia de K. no haría nada para aumentar el efecto del mismo. Así que K. comenzó a moverse lentamente, se abrió paso de puntillas a lo largo del banco, llegó al amplio pasillo y lo recorrió sin ser molestado, excepto por el sonido de sus pasos, aunque ligeros, que resonaban en el suelo de piedra y en la bóveda, silenciosos pero continuos a un paso repetitivo y regular. K. se sintió ligeramente abandonado mientras, probablemente observado por el sacerdote, caminaba solo entre los bancos vacíos, y el tamaño de la catedral parecía estar justo en el límite de lo que un hombre podía soportar. Cuando llegó de nuevo al lugar donde había estado sentado, no dudó, sino que simplemente alargó la mano para coger el álbum que había dejado allí y se lo llevó. Casi había abandonado la zona cubierta por los bancos y estaba cerca del espacio vacío entre él y la salida cuando, por primera vez, escuchó la voz del sacerdote. Una voz potente y experimentada. Atravesó los alcances de la catedral que estaba lista para esperarla. Pero

el sacerdote no llamaba a la congregación, su grito era bastante inequívoco y no había escapatoria, llamaba "¡Josef K.!"

K. se quedó quieto y miró al suelo. En teoría todavía era libre, podría haber seguido caminando, a través de una de las tres pequeñas y oscuras puertas de madera no muy lejos de él y alejarse de allí. Eso significaría simplemente que no había entendido, o que había entendido pero había decidido no prestarle atención. Pero si se daba la vuelta estaría atrapado, entonces habría reconocido que había entendido perfectamente, que realmente era el Josef K. al que el sacerdote había llamado y que estaba dispuesto a seguir. Si el cura hubiera vuelto a llamar, K. habría salido sin duda por la puerta, pero todo estaba en silencio mientras K. también esperaba, giró ligeramente la cabeza porque quería ver qué hacía ahora el cura. Estaba simplemente de pie en el púlpito como antes, pero era obvio que había visto a K. girar la cabeza. Si K. no se giraba ahora por completo habría sido como un niño jugando al escondite. Así lo hizo, y el sacerdote le hizo una señal con el dedo. Como ahora todo podía hacerse abiertamente, corrió -por curiosidad y por el deseo de acabar de una vez- con largos saltos hacia el púlpito. Al llegar a los bancos delanteros se detuvo, pero al sacerdote le pareció que aún estaba demasiado lejos, extendió la mano y señaló bruscamente con el dedo hacia abajo, a un lugar situado inmediatamente delante del púlpito. Y K. hizo lo que se le dijo, de pie en ese lugar

tuvo que agachar mucho la cabeza hacia atrás sólo para ver al sacerdote. "Usted es Josef K.", dijo el sacerdote, y levantó la mano de la balaustrada para hacer un gesto cuyo significado no estaba claro. "Sí", dijo K., pensó en la libertad con la que siempre había dado su nombre en el pasado, desde hacía algún tiempo era una carga para él, ahora había gente que sabía su nombre a la que nunca había visto, había sido tan agradable primero presentarse y sólo después que la gente supiera quién era. "Has sido acusado", dijo el sacerdote, con especial delicadeza. "Sí", dijo K., "así me han informado". "Entonces es usted a quien busco", dijo el sacerdote. "Soy el capellán de la prisión". "Ya veo", dijo K. "Hice que lo llamaran aquí", dijo el sacerdote, "porque quería hablar con usted". "No sabía nada de eso", dijo K. "He venido a enseñar la catedral a un caballero de Italia". "Eso no viene al caso", dijo el sacerdote. "¿Qué tiene usted en la mano? ¿Es un libro de oraciones?" "No", respondió K., "es un álbum de los lugares turísticos de la ciudad". "Déjalo", dijo el cura. K. lo tiró con tal fuerza que se abrió y rodó por el suelo, rompiendo sus páginas. "¿Sabes que tu caso va mal?", preguntó el sacerdote. "A mí también me lo parece", dijo K. "Me he esforzado mucho en él, pero hasta ahora sin resultado. Aunque todavía tengo que presentar algunos documentos". "¿Cómo crees que acabará?", preguntó el sacerdote. "Al principio pensé que iba a terminar bien", dijo K., "pero ahora tengo mis dudas al respecto. No sé cómo acabará. ¿Lo sabe usted?" "No lo sé",

dijo el sacerdote, "pero me temo que acabará mal. Se le considera culpable. Su caso probablemente no pasará de un tribunal menor. Provisionalmente, al menos, tu culpabilidad se considera probada". "Pero no soy culpable", dijo K., "ha habido un error. ¿Cómo es posible que alguien sea culpable? Aquí todos somos seres humanos, unos como otros". "Es cierto", dijo el sacerdote, "pero así hablan los culpables". "¿Supone usted que yo también soy culpable?", preguntó K. "No hago presunciones sobre usted", dijo el sacerdote. "Se lo agradezco", dijo K. "Pero todos los demás implicados en este proceso tienen algo contra mí y presumen que soy culpable. Incluso influyen en los que no están implicados. Mi posición es cada vez más difícil". "No entiendes los hechos", dijo el sacerdote, "el veredicto no llega de repente, los procedimientos continúan hasta que se llega a un veredicto gradualmente". "Ya veo", dijo K., bajando la cabeza. "¿Qué piensa hacer ahora con su caso?", preguntó el sacerdote. "Todavía necesito encontrar ayuda", dijo K., levantando la cabeza para ver qué pensaba el sacerdote de esto. "Todavía hay ciertas posibilidades que no he aprovechado". "Buscas demasiada ayuda en gente que no conoces", dijo el sacerdote con desaprobación, "y especialmente en mujeres. ¿No ves que esa no es la ayuda que necesitas?" "A veces, de hecho muy a menudo, podría creer que tienes razón", dijo K., "pero no siempre. Las mujeres tienen mucho poder. Si pudiera persuadir a algunas de las mujeres que conozco para que colaboren

conmigo, seguro que tendría éxito. Sobre todo en un tribunal como éste, que parece estar formado sólo por mujeres. Muéstrale al juez de instrucción una mujer en la distancia y pasará por encima del escritorio, y del acusado, sólo para llegar a ella tan pronto como pueda". El sacerdote bajó la cabeza hacia la balaustrada, sólo que ahora el techo del púlpito parecía presionarle. ¿Qué tipo de tiempo espantoso podía hacer fuera? Ya no era sólo un día aburrido, era la noche más profunda. Ninguna de las vidrieras de la ventana principal arrojaba siquiera un parpadeo de luz sobre la oscuridad de las paredes. Y este fue el momento en que el hombre de la sotana decidió apagar las velas del altar mayor, una por una. "¿Estás enfadado conmigo?", preguntó K. "Quizá no sepas a qué clase de tribunal sirves". No recibió respuesta. "Bueno, es sólo mi propia experiencia", dijo K. Por encima de él seguía el silencio. "No pretendía insultarle", dijo K. En ese momento, el sacerdote le gritó a K.: "¿No ves dos pasos delante de ti?". Gritó con rabia, pero también fue el grito de quien ve caer a otro y, conmocionado y sin pensar, grita contra su propia voluntad.

Los dos hombres, entonces, permanecieron en silencio durante mucho tiempo. En la oscuridad que había debajo de él, el sacerdote no podría haber visto claramente a K., aunque K. podía verle claramente a la luz de la pequeña lámpara. ¿Por qué no bajó el sacerdote? No había dado un sermón, sólo le había dicho a K. algunas cosas que, si las seguía de cerca, probablemente le harían más

daño que bien. Pero el sacerdote parecía ciertamente tener buenas intenciones, incluso podría ser posible, si bajaba y cooperaba con él, obtener algún consejo aceptable que pudiera marcar la diferencia, podría, por ejemplo, mostrarle no tanto cómo influir en los procedimientos sino cómo liberarse de ellos, cómo evadirlos, cómo vivir lejos de ellos. K. tenía que admitir que esto era algo que le rondaba por la cabeza últimamente. Si el sacerdote conocía tal posibilidad, podría, si K. se lo pedía, hacérselo saber, a pesar de que él mismo formaba parte de la corte y de que, cuando K. había criticado a la corte, había reprimido su carácter amable y en realidad le había gritado a K.

"¿No quieres bajar aquí?", preguntó K. "Si no vas a dar un sermón, baja aquí conmigo". "Ahora puedo bajar", dijo el sacerdote, quizá arrepentido de haber gritado a K. Mientras descolgaba la lámpara de su gancho dijo: "para empezar tenía que hablarte desde la distancia. De lo contrario, soy demasiado fácil de influenciar y olvido mi deber".

K. le esperaba al pie de la escalera. Cuando todavía estaba en uno de los escalones más altos, al bajarlos, el sacerdote le tendió la mano a K. para que la estrechara. "¿Puede dedicarme un poco de su tiempo?", preguntó K. "Todo el tiempo que necesite", dijo el sacerdote, y le pasó la pequeña lámpara para que la llevara. Incluso a corta distancia, el sacerdote no perdía una cierta solemnidad que parecía formar parte de su carácter. "Es usted muy amable conmigo", dijo K., mientras caminaban de

un lado a otro en la oscuridad de una de las naves laterales. "Eso te convierte en una excepción entre todos los que pertenecen a la corte. Puedo confiar en ti más que en cualquiera de los otros que he visto. Puedo hablar abiertamente contigo". "No te engañes", dijo el sacerdote. "¿Cómo podría engañarme a mí mismo?", preguntó K. "Te engañas a ti mismo en la corte", dijo el sacerdote, "se habla de este autoengaño en los párrafos iniciales de la ley. Frente a la ley hay un portero. Un hombre del campo se acerca a la puerta y pide la entrada. Pero el portero le dice que no puede dejarle entrar a la ley en este momento. El hombre se lo piensa y pregunta si podrá entrar más tarde. Es posible", dice el portero, "pero no ahora". La puerta de la ley está abierta como siempre, y el portero se ha hecho a un lado, así que el hombre se agacha para intentar ver dentro. Cuando el portero se da cuenta de ello, se ríe y dice: "Si tienes la tentación de intentarlo, intenta entrar aunque yo te diga que no puedes. Pero ten cuidado: soy poderoso. Y yo sólo soy el más bajo de todos los porteros. Pero hay un portero para cada una de las habitaciones y cada uno de ellos es más poderoso que el anterior. Es más de lo que puedo soportar sólo con mirar al tercero". El hombre del campo no esperaba dificultades como ésta, se suponía que la ley era accesible para cualquiera en cualquier momento, piensa, pero ahora mira más de cerca al portero con su abrigo de piel, ve su gran nariz ganchuda, su larga y fina barba de tártaro, y decide que es mejor esperar hasta que

tenga permiso para entrar. El portero le da un taburete y le deja sentarse a un lado de la puerta. Se sienta allí durante días y años. Intenta que le dejen entrar una y otra vez y cansa al portero con sus peticiones. El portero le interroga a menudo, preguntándole de dónde viene y muchas otras cosas, pero son preguntas desinteresadas como las que hacen los grandes hombres, y siempre acaba diciéndole que sigue sin poder dejarle entrar. El hombre había venido bien equipado para su viaje, y utiliza todo, por muy valioso que sea, para sobornar al portero. Éste lo acepta todo, pero mientras lo hace le dice: "Sólo acepto esto para que no piense que hay algo en lo que ha fallado". Durante muchos años, el hombre observa al portero casi sin descanso. Se olvida de los demás porteros y empieza a pensar que éste es lo único que le impide acceder a la ley. Durante los primeros años maldice en voz alta su infeliz condición, pero más tarde, al envejecer, se limita a refunfuñar para sí mismo. Se vuelve senil, y como ha llegado a conocer hasta las pulgas del cuello de piel del portero durante los años que lleva estudiándolo, incluso les pide que le ayuden y hagan cambiar de opinión al portero. Finalmente sus ojos se oscurecen, y ya no sabe si realmente se está oscureciendo o sólo son sus ojos los que le engañan. Pero ahora le parece ver que una luz inextinguible comienza a brillar desde la oscuridad detrás de la puerta. Ya no le queda mucho tiempo de vida. Justo antes de morir, reúne toda su experiencia de todo este tiempo en

una pregunta que aún no ha formulado al portero. Le hace señas, pues ya no es capaz de levantar su cuerpo rígido. El portero tiene que inclinarse profundamente, ya que la diferencia de sus tamaños ha cambiado mucho en detrimento del hombre. '¿Qué es lo que quieres saber ahora?', pregunta el portero, 'Eres insaciable'. Todo el mundo quiere acceder a la ley", dice el hombre, "¿cómo es que, en todos estos años, nadie más que yo ha pedido que le dejen entrar?". El portero se da cuenta de que el hombre ha llegado a su fin, su oído se ha desvanecido, así que, para que se le escuche, le grita: "Nadie más podría haber entrado por aquí, ya que esta entrada estaba destinada sólo a ti. Ahora iré a cerrarla".

"Así que el portero engañó al hombre", dijo inmediatamente K., que había quedado cautivado por la historia. "No te apresures", dijo el sacerdote, "no tomes la opinión de otro sin comprobarla. Te he contado la historia exactamente como estaba escrita. No hay nada en ella sobre el engaño". "Pero está bastante claro", dijo K., "y tu primera interpretación de la misma era bastante correcta". El portero le dio la información que le liberaría sólo cuando no pudiera ser de más utilidad." "No le preguntó antes de eso", dijo el sacerdote, "y no olvides que sólo era un portero, y como portero cumplió con su deber". "¿Qué te hace pensar que cumplió con su deber?", preguntó K., "No lo hizo. Puede que su deber fuera mantener alejados a todos los demás, pero este hombre es a quien esta-

ba destinada la puerta y debería haberle dejado entrar." "No estás prestando suficiente atención a lo que se escribió y estás cambiando la historia", dijo el sacerdote. "Según la historia, hay dos cosas importantes que el portero explica sobre el acceso a la ley, una al principio y otra al final. En un lugar dice que no puede permitirle la entrada ahora, y en el otro dice que esta entrada estaba destinada sólo a él. Si una de las afirmaciones contradijera a la otra tendrías razón y el portero habría engañado al hombre del país. Pero no hay ninguna contradicción. Al contrario, la primera afirmación incluso insinúa la segunda. Casi se podría decir que el portero fue más allá de su deber al ofrecer al hombre alguna perspectiva de ser admitido en el futuro. A lo largo de la historia, su deber parece haber sido simplemente rechazar al hombre, y hay muchos comentaristas que se sorprenden de que el portero ofreciera esta insinuación, ya que parece amar la exactitud y vigila estrictamente su posición. Permanece en su puesto durante muchos años y no cierra la puerta hasta el final, es muy consciente de la importancia de su servicio, ya que dice: "Soy poderoso", tiene respeto por sus superiores, ya que dice: "Sólo soy el más bajo de los porteros", no es hablador, ya que a lo largo de todos estos años las únicas preguntas que hace son "desinteresadas", no es corruptible, como cuando se le ofrece un regalo, dice: "Sólo aceptaré esto para que no pienses que hay algo que has dejado de hacer", en cuanto al cumplimiento de su deber no

puede ser ni molestado ni mendigado, como se dice del hombre que, "cansa al portero con sus peticiones", incluso su aspecto externo sugiere un carácter pedante, la gran nariz ganchuda y la larga y delgada barba negra de tártaro. ¿Cómo podría un portero ser más fiel a su deber? Pero en el carácter del portero hay también otros rasgos que podrían ser muy útiles para los que pretenden entrar en la ley, y cuando insinuaba alguna posibilidad en el futuro siempre parecía dejar claro que podría incluso ir más allá de su deber. No se puede negar que es un poco simplón, y eso lo hace un poco engreído. Incluso si todo lo que dijo sobre su poder y el poder de los otros porteros y cómo ni siquiera él podía soportar la vista de ellos, digo que incluso si todas estas afirmaciones son correctas, la forma en que las hace muestra que es demasiado simple y arrogante para entenderlo correctamente. Los comentaristas dicen al respecto que 'la comprensión correcta de un asunto y la incompreensión del mismo asunto no son mutuamente excluyentes'. Tengan o no razón, hay que conceder que su simplicidad y arrogancia, por poco que muestren, debilitan su función de vigilar la entrada, son defectos del carácter del portero. También hay que tener en cuenta que el portero parece ser amable por naturaleza, no es siempre un simple funcionario. Hace una broma desde el principio, ya que invita al hombre a entrar al mismo tiempo que mantiene la prohibición de que entre, y luego no le echa, sino que le da, como dice el texto, un ta-

burete para que se siente y le deja quedarse al lado de la puerta. La paciencia con la que soporta las peticiones del hombre a lo largo de todos estos años, las pequeñas sesiones de preguntas, la aceptación de los regalos, su cortesía cuando aguanta que el hombre maldiga su destino aunque haya sido el portero el causante de ese destino... todas estas cosas parecen querer despertar nuestra simpatía. No todos los porteros se habrían comportado de la misma manera. Y finalmente, deja que el hombre le haga señas y se inclina hacia él para que pueda formular su última pregunta. No hay más que una ligera impaciencia -el portero sabe que todo ha llegado a su fin- que se manifiesta en las palabras: "Eres insaciable". Hay muchos comentaristas que van más allá en la explicación y piensan que las palabras "eres insaciable" son una expresión de admiración amistosa, aunque con cierta condescendencia. Se mire como se mire la figura del portero sale de forma diferente a como se podría pensar". "Tú conoces la historia mejor que yo y la conoces desde hace más tiempo", dijo K. Estuvieron un rato en silencio. Y entonces K. dijo: "Entonces crees que el hombre no fue engañado, ¿verdad?". "No me malinterpretes - dijo el sacerdote-, sólo estoy señalando las diferentes opiniones al respecto. No hay que prestar demasiada atención a las opiniones de la gente. El texto no puede ser alterado, y las diversas opiniones no son a menudo más que una expresión de desesperación sobre él. Incluso hay una opinión que dice que es el

portero el que ha sido engañado". "Eso parece llevar las cosas demasiado lejos", dijo K. "¿Cómo pueden argumentar que el portero ha sido engañado?" "Su argumento", respondió el sacerdote, "se basa en la simplicidad del portero. Dicen que el portero no conoce el interior de la ley, sino sólo el camino hacia ella, donde sólo camina hacia arriba y hacia abajo. Ven sus ideas de lo que hay dentro de la ley como algo infantil, y suponen que él mismo tiene miedo de lo que quiere asustar al hombre. Sí, tiene más miedo que el hombre, ya que éste no quiere otra cosa que entrar en la ley, incluso después de haber oído hablar de los terribles porteros que hay allí, en contraste con el portero, que no quiere entrar, o al menos no se oye nada al respecto. Por otra parte, hay quienes dicen que ya debe haber estado dentro de la ley, ya que se ha puesto a su servicio y eso sólo podría haberse hecho dentro. Eso se puede rebatir suponiendo que le pudieron dar el trabajo de portero por alguien que llamara desde dentro, y que no puede haber ido muy adentro ya que no podía soportar la vista del tercer portero. Tampoco, a lo largo de todos esos años, la historia dice que el portero le dijera nada sobre el interior, aparte de su comentario sobre los otros porteros. Podría habersele prohibido hacerlo, pero tampoco dice nada al respecto. Todo esto parece demostrar que no sabe nada sobre cómo es el interior o lo que significa, y que por eso está siendo engañado. Pero también está siendo engañado por el hombre del campo ya que es el subordinado de este hom-

bre y no lo sabe. Hay muchos indicios de que trata al hombre como su subordinado, espero que lo recuerdes, pero los que sostienen este punto de vista dirían que está muy claro que realmente es su subordinado. Sobre todo, el hombre libre es superior al hombre que tiene que servir a otro. Ahora bien, el hombre realmente es libre, puede ir a donde quiera, lo único que le está prohibido es entrar en la ley y, además, sólo hay un hombre que se lo prohíbe: el portero. Si toma el taburete y se sienta junto a la puerta y se queda allí toda la vida, lo hace por su propia voluntad, no hay nada en la historia que diga que fue obligado a hacerlo. Por otro lado, el portero se mantiene en su puesto por su empleo, no se le permite alejarse de él y parece que tampoco se le permite entrar, ni siquiera si quisiera. Además, aunque esté al servicio de la ley, sólo está allí para esta entrada, por lo que sólo está al servicio de este hombre al que está destinada la puerta. Esta es otra forma en la que es su subordinado. Podemos considerar que ha estado realizando este servicio algo vacío durante muchos años, durante toda la vida de un hombre, ya que dice que vendrá un hombre, es decir, alguien lo suficientemente mayor como para ser un hombre. Eso significa que el portero tendrá que esperar mucho tiempo antes de que se cumpla su función, tendrá que esperar todo el tiempo que quiera el hombre, que llegó a la puerta por su propia voluntad. Incluso el final del servicio del portero está determinado por el final de la vida del hombre, por lo que el portero

sigue siendo su subordinado hasta el final. Y se señala repetidamente que el portero parece no saber nada de todo esto, aunque esto no se ve como algo destacable, ya que los que sostienen este punto de vista ven al portero como engañado de una manera que es mucho peor, una manera que tiene que ver con su servicio. Al final, hablando de la entrada dice: "Ahora iré a cerrarla", aunque al principio de la historia dice que la puerta de la ley está abierta como siempre, pero si siempre está abierta -siempre- significa que está abierta independientemente del tiempo de vida del hombre al que va destinada, y ni siquiera el portero podrá cerrarla. Hay varias opiniones al respecto, algunos dicen que el portero sólo estaba respondiendo a una pregunta o mostrando su devoción al deber o que, justo cuando el hombre estaba en sus últimos momentos, el portero quería causarle pesar y tristeza. Hay muchos que coinciden en que no pudo cerrar la puerta. Incluso creen que, al menos al final, el portero es consciente, en el fondo, de que es el subordinado del hombre, ya que éste ve la luz que brilla en la entrada de la ley mientras que el portero probablemente estaría de espaldas a ella y no dice nada en absoluto para demostrar que ha habido algún cambio." "Eso está bien fundamentado", dijo K., que había estado repitiendo para sí algunas partes de la explicación del sacerdote en un susurro. "Está bien fundamentado, y ahora yo también pienso que el portero debe haber sido engañado. Aunque eso no significa que haya abandonado lo que pensaba

antes, ya que las dos versiones son, hasta cierto punto, no incompatibles. No está claro si el portero ve con claridad o es engañado. He dicho que el hombre ha sido engañado. Si el portero entiende claramente, entonces podría haber alguna duda al respecto, pero si el portero ha sido engañado entonces el hombre está obligado a creer lo mismo. Eso significaría que el portero no es un tramposo, sino que es tan simple de mente que debería ser despedido de su trabajo inmediatamente; si el portero se equivoca no le hará ningún daño, pero el hombre se verá inmensamente perjudicado." "Ahí has encontrado otra opinión", dijo el cura, "pues hay muchos que dicen que la historia no da derecho a juzgar al portero. Por más que nos parezca que está al servicio de la ley, por lo que pertenece a la ley, por lo que está más allá de lo que el hombre tiene derecho a juzgar. En este caso no podemos creer que el portero sea el subordinado del hombre. Aunque tenga que quedarse en la entrada de la ley su servicio le hace incomparablemente más que si viviera libremente en el mundo. El hombre ha llegado a la ley por primera vez y el portero ya está allí. La ley le ha dado su posición, dudar de su valía sería dudar de la ley". "No puedo decir que esté totalmente de acuerdo con este punto de vista", dijo K. sacudiendo la cabeza, "ya que si lo aceptas tendrás que aceptar que todo lo dicho por el portero es cierto. Pero ya has explicado muy bien que eso no es posible". "No", dijo el sacerdote, "no tienes que aceptar todo como verdadero, sólo tie-

nes que aceptarlo como necesario". "Visión deprimente", dijo K. "La mentira convertida en regla del mundo".

K. dijo eso como si fuera su última palabra, pero no era su conclusión. Estaba demasiado cansado para pensar en todas las ramificaciones de la historia, y el tipo de pensamientos a los que le llevaban no le eran familiares, cosas irreales, cosas más adecuadas para que las discutieran los funcionarios de la corte que él. La simple historia había perdido su forma, quería deshacerse de ella, y el sacerdote, que ahora se sentía bastante compasivo, lo permitió y aceptó las observaciones de K. sin hacer comentarios, aunque su punto de vista era ciertamente muy diferente al de K. En silencio, siguieron caminando durante algún tiempo, K. se mantuvo cerca del sacerdote sin saber dónde estaba. La lámpara que llevaba en la mano hacía tiempo que se había apagado. Una vez, justo delante de él, creyó ver la estatua de un santo por el brillo de la plata que había en ella, aunque rápidamente volvió a desaparecer en la oscuridad. Para no depender totalmente del sacerdote, K. le preguntó: "Ya estamos cerca de la entrada principal, ¿verdad?". "No", dijo el sacerdote, "estamos muy lejos de ella. ¿Quieres ir ya?" K. no había pensado en ir hasta entonces, pero inmediatamente dijo: "Sí, ciertamente, tengo que ir. Soy el jefe de personal de un banco y hay gente esperándome, sólo he venido a enseñarle la catedral a un contacto comercial extranjero". "De acuerdo", dijo el sacerdote ofreciéndole la mano, "vete

entonces". "Pero no puedo encontrar el camino en esta oscuridad por mí mismo", dijo K. "Ve a tu izquierda hasta la pared", dijo el sacerdote, "luego continúa junto a la pared sin dejarla y encontrarás una salida". El sacerdote sólo se había alejado unos pasos de él, pero K. ya gritaba con fuerza: "¡Por favor, espere!". "Estoy esperando", dijo el sacerdote. "¿Hay algo más que quieras de mí?", preguntó K. "No", dijo el sacerdote. "Antes fuiste muy amable conmigo", dijo K., "y me explicaste todo, pero ahora me abandonas como si no fuera nada para ti". "Tienes que irte", dijo el sacerdote. "Bueno, sí", dijo K., "tienes que entenderlo". "Primero, tienes que entender quién soy", dijo el sacerdote. "Usted es el capellán de la prisión", dijo K., y se acercó más al sacerdote, no era tan importante para él volver directamente al banco como había hecho ver, podía perfectamente quedarse donde estaba. "Así que eso significa que pertenezco a la corte", dijo el sacerdote. "Entonces, ¿por qué iba a querer algo de usted? El tribunal no quiere nada de ti. Te acepta cuando vienes y te deja ir cuando te vas".



CAPÍTULO 10

FIN.

La víspera del trigésimo primer cumpleaños de K. -era alrededor de las nueve de la noche, la hora en que las calles estaban tranquilas dos hombres llegaron a donde él vivía. En batas, pálidos y gordos, con sombreros de copa que parecían no poder quitarse de la cabeza. Tras unas breves formalidades en la puerta del piso cuando llegaron por primera vez, las mismas formalidades se repitieron con mayor extensión en la puerta de K. No le habían avisado de que vendrían, pero K. se sentó en una silla cerca de la puerta, vestido de negro como ellos, y se puso lentamente unos guantes nuevos que le tapaban los dedos y se comportó como si esperara visitas. Inmediatamente se levantó y miró a los caballeros inquisitivamente.

"Han venido a buscarme, ¿verdad?", preguntó. Los caballeros asintieron, uno de ellos indicó al otro con la mano superior que ahora tenía en la mano. K. les dijo que esperaba otra visita. Se acercó a la ventana y miró una vez más hacia la oscura calle. La mayoría de las ventanas del otro lado de la calle también estaban ya a oscuras, muchas de ellas tenían las cortinas cerradas. En una de las ventanas del mismo piso en la que había una luz encendida, se podía ver a dos niños pequeños jugando entre ellos dentro de un corralito, sin poder moverse de donde estaban, tendiéndose la mano el uno al otro. "Unos actores antiguos y sin importancia, eso es lo que han mandado a buscarme", se dijo K., y volvió a mirar a su alrededor para confirmárselo. "Quieren arreglarme lo más barato posible". K. se volvió de repente para mirar a los dos hombres y preguntó: "¿En qué teatro actúan?". "¿Teatro?", preguntó uno de los caballeros, volviéndose hacia el otro en busca de ayuda y tirando de las comisuras de los labios. El otro hizo un gesto como el de alguien mudo, como si estuviera luchando con algún organismo que le causara problemas. "No estás bien preparado para responder a las preguntas", dijo K. y fue a buscar su sombrero.

En cuanto estuvieron en la escalera, los caballeros quisieron tomar los brazos de K., pero éste dijo: "Esperen a que estemos en la calle, no estoy enfermo". Pero sólo esperaron hasta la puerta principal antes de tomar sus brazos de una manera que K. nunca había experimentado antes. Mantuvieron sus hombros cerca de los suyos, no giraron sus brazos hacia adentro sino

que los enroscaron alrededor de toda la longitud de los brazos de K. y se apoderaron de sus manos con un agarre que era formal, experimentado y al que no se podía resistir. K. se mantuvo rígido y erguido entre ellos, ahora formaban una sola unidad de modo que si alguno de ellos hubiera sido derribado todos habrían caído. Formaban una unidad del tipo que normalmente sólo puede formar la materia sin vida.

Cada vez que pasaban por debajo de una lámpara, K. trataba de ver a sus compañeros con mayor claridad, en la medida en que era posible cuando estaban tan juntos, ya que en la tenue luz de su habitación esto apenas había sido posible. "Quizá sean tenores", pensó al ver sus grandes papadas. La limpieza de sus rostros le repugnaba. Podía ver las manos que los limpiaban, pasando por las comisuras de los ojos, frotando sus labios superiores, rascando los pliegues de esas barbillas.

Cuando K. se percató de ello, se detuvo, lo que significó que los demás tuvieron que detenerse también; estaban al borde de una plaza abierta, desprovista de gente pero decorada con parterres de flores. "¿Por qué te enviaron a ti, de entre toda la gente?", gritó, más como un grito que como una pregunta. Los dos caballeros no sabían claramente qué responder, sino que esperaban, con los brazos libres colgando, como las enfermeras cuando el paciente necesita descansar. "No iré más lejos", dijo K. como para ver qué pasaba. Los caballeros no necesitaron dar ninguna respuesta, bastó con que no aflojaran su agarre sobre K. y trataron

de hacerle avanzar, pero K. se les resistió. "Pronto no necesitaré mucha fuerza, la usaré toda ahora", pensó. Pensó en las moscas que se arrancan las patas luchando por liberarse del papel matamoscas. "Estos señores tendrán un duro trabajo que hacer".

Justo en ese momento, la señorita Bürstner subió a la plaza frente a ellos desde los escalones que conducían desde una pequeña calle en un nivel inferior. No era seguro que fuera ella, aunque el parecido era, desde luego, grande. Pero a K. no le importaba si era ciertamente ella de todos modos, simplemente se dio cuenta de repente de que no tenía sentido su resistencia. No habría nada de heroico en ello si se resistía, si ahora causaba problemas a estos caballeros, si al defenderse buscaba disfrutar de su último destello de vida. Comenzó a caminar, lo que agradó a los caballeros y algo de su placer se transmitió a él. Ahora le permitieron decidir qué dirección tomaban, y él decidió tomar la que seguía a la joven que tenían delante, no tanto porque quisiera alcanzarla, ni siquiera porque quisiera tenerla a la vista el mayor tiempo posible, sino sólo para no olvidar el reproche que ella representaba para él. "Lo único que puedo hacer ahora", se dijo a sí mismo, y su pensamiento se vio confirmado por la igualdad de sus propios pasos con los de los otros dos, "lo único que puedo hacer ahora es mantener mi sentido común y hacer lo necesario hasta el final. Siempre quise ir por el mundo y tratar de hacer demasiado, e incluso hacerlo por algo que no fuera demasiado barato. Eso fue un

error por mi parte. ¿Debo mostrarles ahora que no aprendí nada al enfrentarme a un juicio durante un año? ¿Debo salir como alguien estúpido? ¿Debo dejar que alguien diga, después de que me haya ido, que al principio del proceso quería acabar con él, y que ahora que ha terminado quiero empezarlo de nuevo? No quiero que nadie diga eso. Agradezco que hayan enviado a estos hombres que no hablan y no comprenden para que me acompañen en este viaje, y que me hayan dejado a mí decir lo necesario.

"Mientras tanto, la joven se había desviado por una calle lateral, pero K. podía prescindir de ella ahora y dejar que sus compañeros le guiaran. Ahora los tres, completamente de acuerdo, pasaron por un puente a la luz de la luna, los dos caballeros estaban dispuestos a ceder a cada pequeño movimiento que hacía K. mientras se movía ligeramente hacia el borde y dirigía al grupo en esa dirección como una sola unidad. La luz de la luna brillaba y temblaba en el agua, que se dividía en torno a una pequeña isla cubierta por una masa de follaje y árboles y arbustos densamente amontonados. Bajo ellos, ahora invisibles, había caminos de grava con cómodos bancos donde K. se había estirado en muchos días de verano. "En realidad no quería parar aquí", dijo a sus compañeros, avergonzado por su conformidad con sus deseos. A espaldas de K. uno de ellos pareció criticar en voz baja al otro por el malentendido de la parada, y luego siguieron adelante. Subieron por varias calles en las que había policías cami-

nando o parados aquí y allá; algunos en la distancia y otros muy cerca. Uno de ellos, con un bigote espeso y la mano en la empuñadura de su espada, parecía tener algún propósito al acercarse al grupo, que no era nada sospechoso. Los dos caballeros se detuvieron, el policía parecía estar a punto de abrir la boca, y entonces K. hizo avanzar a su grupo con fuerza. Varias veces miró cautelosamente hacia atrás para ver si el policía les seguía; pero cuando tuvieron una esquina entre ellos y el policía, K. empezó a correr, y los dos caballeros, a pesar de estar seriamente faltos de aliento, tuvieron que correr con él.

De este modo, abandonaron rápidamente la zona urbanizada y se encontraron en los campos que, en esta parte de la ciudad, comenzaban casi sin zona de transición. Había una cantera, vacía y abandonada, cerca de un edificio que seguía siendo como los de la ciudad. Aquí los hombres se detuvieron, quizás porque éste había sido siempre su destino o quizás porque estaban demasiado agotados para seguir corriendo. Aquí soltaron a K., que se limitó a esperar en silencio, y se quitaron los sombreros de copa mientras observaban la cantera y se secaban el sudor de la frente con sus pañuelos. La luz de la luna se extendía por todas partes con la paz natural que no concede ninguna otra luz.

Después de intercambiar algunas cortesías sobre quién iba a realizar las siguientes tareas -los caballeros no parecían tener asignadas funciones

específicas-, uno de ellos se dirigió a K. y le quitó el abrigo, el chaleco y finalmente la camisa. K. hizo un escalofrío involuntario, ante lo cual el caballero le dio un suave y tranquilizador golpe en la espalda. Luego dobló cuidadosamente las cosas como si aún fueran a ser necesarias, aunque no en un futuro próximo. Sin embargo, no quería exponer a K. al aire frío de la noche sin moverse, así que lo tomó bajo el brazo y caminó con él un poco hacia arriba y hacia abajo mientras el otro caballero buscaba un lugar adecuado en la cantera. Cuando lo encontró, hizo una señal y el otro caballero le acompañó hasta allí. Estaba cerca de la superficie de la roca, había una piedra tirada que se había desprendido. Los caballeros sentaron a K. en el suelo, lo apoyaron contra la piedra y le acomodaron la cabeza encima. A pesar de todo el esfuerzo que hicieron, y de toda la cooperación mostrada por K., su comportamiento parecía muy forzado y difícil de creer. Así que uno de los caballeros pidió al otro que le concediera un breve tiempo mientras ponía a K. en posición por sí mismo, pero ni siquiera eso mejoró la situación. Al final dejaron a K. en una posición que distaba mucho de ser la mejor de las que habían probado hasta entonces. Entonces, uno de los caballeros se abrió su levita y de una funda que colgaba de un cinturón extendido a lo largo de su chaleco sacó un cuchillo de carnicero largo y delgado, de doble filo, que levantó a la luz para comprobar su filo. Las repulsivas cortesías comenzaron de nuevo, uno de ellos pasó

el cuchillo por encima de K. al otro, que lo volvió a pasar por encima de K. al primero. K. sabía ahora que era su deber tomar el cuchillo cuando pasaba de mano en mano por encima de él y clavarlo en sí mismo. Pero no lo hizo, sino que torció su cuello, que aún estaba libre, y miró a su alrededor. No era capaz de mostrar toda su valía, no era capaz de quitarle todo el trabajo a los cuerpos oficiales, le faltaba el resto de la fuerza que necesitaba y esta última carencia era culpa de quien se la había negado. Cuando miró a su alrededor, vio el último piso del edificio junto a la cantera. Vio cómo se encendía una luz y se abrían las dos mitades de una ventana, alguien, debilitado y delgado por la altura y la distancia, se asomó de repente a ella y estiró aún más los brazos. ¿Quién era? ¿Un amigo? ¿Una buena persona? ¿Alguien que participaba? ¿Alguien que quería ayudar? ¿Estaba solo? ¿Era todo el mundo? ¿Ayudaría alguien? ¿Había objeciones que se habían olvidado? Seguro que las hubo. La lógica no puede ser refutada, pero alguien que quiere vivir no se resiste a ello. ¿Dónde estaba el juez que nunca había visto? ¿Dónde estaba el alto tribunal al que nunca había llegado? Levantó las dos manos y extendió todos los dedos.

Pero las manos de uno de los caballeros estaban puestas en la garganta de K., mientras el otro empujaba el cuchillo hasta lo más profundo de su corazón y lo retorció allí, dos veces. Al fallarle la vista, K. vio a los dos caballeros mejilla con mejilla, cerca de su cara, observando el resultado. "¡Como un pe-

rro!", dijo, como si la vergüenza le sobreviviera.



Este libro se terminó de imprimir el 29 de noviembre de 2024 en papel Earthpack de 72 gramos, cuidando cada detalle para honrar la obra de Franz Kafka. Fue editado y diseñado en la Biblioteca Entretramas, utilizando la tipografía Hind. Cada página refleja noches de trabajo arduo y apasionado, donde cada línea buscó encarnar el espíritu profundo de Kafka. A quienes compartieron conmigo este viaje de desvelos y esfuerzo, les dedico este resultado, que ha valido cada instante. ¡Gracias por ser parte de este sueño hecho libro!